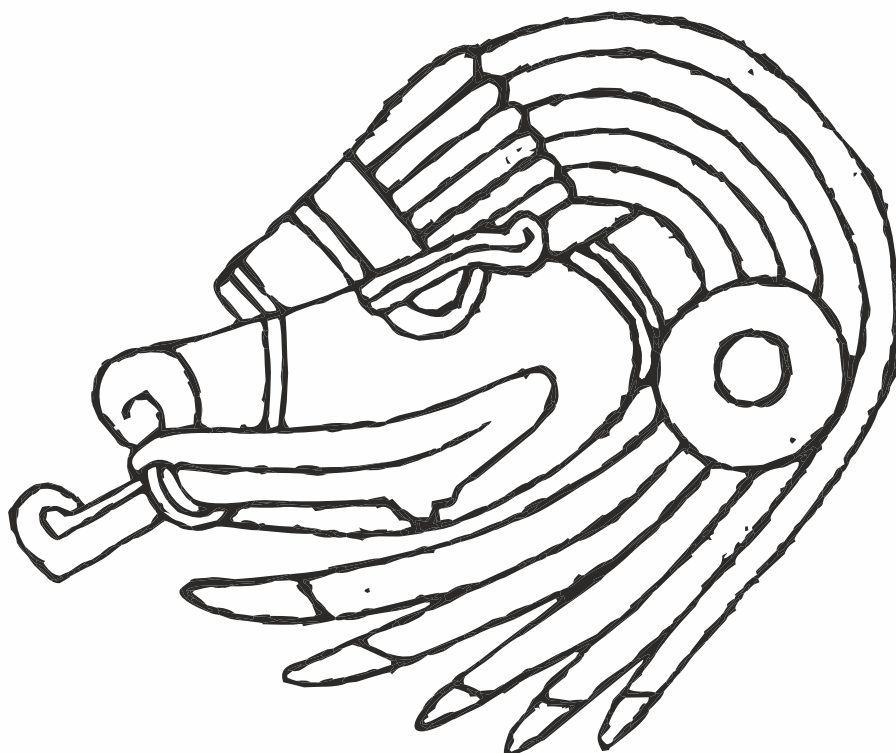


CRÓNICAS
DE LA
SERPIENTE
EMPLUMADA



EL LIBRO DEL GUERRERO
EDGARDO CIVALLERO



CHRONICAS·D·LA
SERPIËTE·EMPLVMADA

EL·LIBRO
D·GVERRERO

EDGARDO·CIVALLERO

Edición revisada y corregida por el autor

Abril de 2020

Civallero, Edgardo

Crónicas de la Serpiente Emplumada 2: El Libro del Guerrero / Edgardo Civallero. -
- ed. revisada -- Madrid : Edgardo Civallero, 2020. c2009.

p. : il. en b/n.

1. Ucronía. 2. Aztecas. 3. Mayas. 4. Serpiente Emplumada. 5. Descubrimiento de
América. 6. Taínos. I. Civallero, Edgardo. II. Título.

© Edgardo Civallero, 2009

© de la presente edición digital, 2020, Edgardo Civallero

Diseño de portada e interior: Edgardo Civallero

La distribución de esta edición digital se realiza exclusivamente a través de las plataformas
virtuales, sitio web y redes sociales del autor.

“Crónicas de la Serpiente Emplumada 2: El Libro del Guerrero” se distribuye bajo una
licencia Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas Internacional de Creative
Commons.

CHRONICAS·D·LA
SERPIËTE·EMPLVMADA

QVETZALCÔÄTL·IN·IÄMOXTIN

LIBRO·II

INIC·OMĒ·ĀMOXTLI

EL·LIBRO
DL·GVERRERO

YĀŌQUĪZQUIĀMOXTLI

...el Extranjero era diferente. Si resultaba aterrador, era por ser irreconocible, incomprensible. Utilizaba armas desconocidas. Hablaba un idioma completamente distinto. Su comportamiento no concordaba con nada conocido. Su actitud ante el amor y el honor no se parecía en nada a la de los pueblos que atravesaba. Era esa diferencia la que le hacía tan destructivo y despiadado a los ojos de la tribu.

Robert Holdstock, *Mythago Wood*. 1984.

Jamás la naturaleza humana ha sido tan envilecida como cuando la ignorancia está armada de poder; [los] tristes efectos de la inquisición son poca cosa en comparación con los sacrificios públicos llamados *autos de fe*, y con los horrores que los preceden ... Todo lo que se nos refiere de los pueblos que han sacrificado hombres a las divinidades no se aproxima siquiera a estas ejecuciones acompañadas de ceremonias religiosas ... Se reprochó a Moctezuma el inmolar cautivos a sus dioses; ¿qué habría dicho él si hubiese visto un *auto de fe*?

D. Diderot y J. le Rond d'Alembert, *Encyclopédie*. 1751-1772. Entrada «Inquisition». Tomo VIII, p. 775.

INTRODUCCIÓN

ESPAÑA, 1521

Un mensajero de piel y ojos claros gritó, con toda la fuerza de sus pulmones, la siguiente proclama frente a las murallas de Sevilla:

«Somos mexicas. Somos los hijos de la Serpiente Emplumada, cuyo emblema adorna nuestras velas. Somos los que invocan la protección de Huitzilopochtli y Tezcatlipoca. Somos los guerreros-jaguar y los guerreros-águila. Somos los temidos por totonacas y tlaxcaltecas, por huastecas y otomíes, por zapotecas y mixtecas, por taínos y caribes, por itzáes y chichimecas. Somos una nación, sus vasallas y sus aliadas. Somos miles.

Hemos viajado soles y lunas hasta aquí desde las Tierras del Oeste, merced a los conocimientos que nos legaron vuestros enviados. Rendid vuestra ciudad y aceptad el vasallaje a nuestro *hueyi tlahtoani*, Moteuczoma Xocoyotzin. Rendid vuestras tierras, vuestras gentes y vuestros bienes y aceptad la vida como súbditos de nuestros dioses y nuestro regente. O enfrentad nuestras fuerzas sabiendo que el único destino que os espera es recorrer el camino a Mictlan, la tierra de los muertos.

Somos mexicas, llamados aztecas por nuestros orígenes en la mítica Aztlan. Somos los guerreros-águila y los guerreros-jaguar llegados desde occidente. Somos los temidos. Y somos miles.

Somos los nacidos en Tenochtitlan, los que vienen del otro lado del mar, de las Tierras del Oeste, allí donde se pone el sol. Y las velas de nuestros barcos fueron empujadas hasta aquí por el soplo de Quetzalcoatl, aquél que controla los vientos.

Nuestra Serpiente Emplumada».



Hacia dos años que un flamenco, conocido en España como Carlos de Gante, se había convertido en heredero de títulos, coronas y territorios en media Europa. Era Rey de Nápoles, de Aragón y de Sicilia, y —junto a su madre, Juana— de Castilla y León; Archiduque de Austria; Duque de Zeeland, de Luxemburgo, de Lothier, de Limburg y de Brabante; Conde de Holanda, de Hainault, de Flandes, de Charolais y de Artois; Conde Palatino de Burgundia; Margrave de Namur; y Emperador electo del Sacro Imperio Romano.

Medio siglo antes, los que podían escrutar los tiempos que aún no habían llegado se atrevieron a profetizar sus pasos. Dijeron que para 1521, ese Carlos ahogaría en sangre la rebelión de los comuneros castellanos, sofocaría a las *germanías* valencianas, derrotaría al ejército navarro-francés que buscaba la separación de sus dominios y presidiría la Dieta de Worms, en la que declararían fuera de la ley al monje alemán Martín Lutero. Pronosticaron que en 1522 el flamenco doblegaría a los *agermanats* mallorquines y se enfrentaría, en territorio italiano, a una serie de interminables conflictos por el Milanesado con sus vecinos franceses. Vieron, entre la niebla del futuro, que en 1523 sus tropas —apoyadas por Inglaterra y financiadas con el oro

proveniente de un mundo nuevo que alguien bautizaría «América»— invadirían Francia y ocuparían Provenza. También auguraron que en 1525, luego de varios juegos tácticos de ocupaciones y batallas, sus ejércitos superarían a las fuerzas galas en Pavía. Para 1526 —dictaron los vaticinadores— mientras observara la derrota húngara ante los otomanos en Mohács, se casaría en Sevilla con su prima Isabel de Portugal, y al año siguiente nacería su heredero, Felipe. Finalmente, aventuraron que en 1535 tomaría Túnez de manos de los piratas berberiscos de Barbarroja, y mucho después sus barcos y los de sus aliados vencerían a los de su enemigo otomano en Lepanto.

En otro tiempo, en otra historia, Carlos de Habsburgo cumpliría al pie de la letra tales predicciones. Construiría las bases de un verdadero imperio, conteniendo la expansión turca de Sulayman el Magnífico, asfixiando a las ricas ciudades mercantiles italianas, manteniendo a raya a los príncipes alemanes protestantes y hundiéndose en un duelo eterno con su archienemigo Francisco I de Francia. El oro de sus colonias de allende los mares permitiría el florecimiento de su reinado y el crecimiento de muchas de las ciudades de su extenso imperio.

Pero en esta historia, en este tiempo que ningún augur pudo siquiera presagiar, el monarca de múltiples títulos no contará con el oro llegado de las lejanas «Américas», pues en 1521 tales tierras aún no están representadas en sus mapas. De hecho, jamás lo estarán bajo esa denominación. Y en su horizonte acaba de aparecer una nueva y poderosa amenaza, absolutamente ignota hasta el momento.

I

SEVILLA, 1521

E volaron las flechas de los de Michhuahcan y de Totonacapan, y los de Tlaxcallan lanzaron sus venablos junto a los Zapoteca, los Mixteca y los Huasteca. Los Chinanteca, Mazateca, Tlapaneca y Otomí prepararon sus armas en frente de la grande cibdad de Sevilla, dispuestos a rendilla ante sus esforçados braços. E fue assí que començó una batalla que nuestra memoria recordará por siempre: la primera do enfrentáronse las dos Tierras.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo III.

Una mano oscura enterró, de un golpe, siete flechas en la arena.

Rodilla en tierra, el hombre tensó su arco, llevando la cuerda hasta su rostro pintado de negro y surcado por líneas blancas. Un escudo *chimalli*, adornado con una angulosa mariposa blanca y negra, cubría todo su costado izquierdo. La punta de su primera flecha buscaba blancos sobre las murallas almenadas de aquella ciudad. El estruendo a su alrededor parecía haberse apagado: sólo distinguía su respiración, el acelerado golpeteo de su corazón, el flujo de la sangre que inundaba su vista, las plumas de la flecha entre sus

dedos apretados, el olor acre del humo de la pólvora quemada.

Sólo eso podía percibir. Sensaciones aumentadas. Nada más.

Dejó ir la saeta, y la vio incrustarse en su objetivo: un bulto oscuro que desapareció tras la muralla. «*Mitl!*»¹, oyó la orden a sus espaldas. «*Mitl!*». Desenterró rápidamente la segunda flecha y tensó de nuevo su arma. A su alrededor, otros hombres —envueltos en corazas de algodón reforzadas con cuero y metal, y luciendo plumas de garza *axoquen* en sus negros cabellos— surgían como fantasmas desde el vientre de la espesa humareda que avivaban cañones y arcabuces, y clavaban sus flechas en el suelo.

Disparos de armas de fuego, saetas, proyectiles... El asalto a Sevilla era ya una realidad el 8 de julio del año del Señor de 1521. Amanecía.



El primer día de aquel malhadado mes de julio, una flota de ciento cincuenta barcos asestaba un duro golpe a Sanlúcar y comenzaba a ascender el Guadalquivir con rumbo a Sevilla. Casi a la vez, una segunda armada —con otras tantas embarcaciones— atacaba Cádiz y desembarcaba en sus costas un ejército numeroso y bien pertrechado. Tras saquear la ciudad, esos hombres emprendieron la marcha hacia Sevilla, una marcha que se vería interrumpida por los continuos ataques que lanzaban y el saqueo de todo cuanto hallaban. Ante semejante amenaza, la población huía e intentaba ponerse a salvo en el

¹ En náhuatl, «¡Flechas!».

interior de la vieja Al-Andalus, convirtiendo muchos pueblos de los amplios dominios de los Medina-Sidonia en auténticos descampados.

Para el día 4 los barcos de la primera flota llegaban al Arenal sevillano. Mientras tanto, las tropas que avanzaban a pie dejaban atrás una Jerez arrasada, alzando a su paso víveres, prisioneros y todo lo que pudiera serles útil, y desbaratando las débiles y desorganizadas resistencias que osaron hacerles frente. Por su parte, la segunda armada invasora, concluida la ofensiva contra el puerto gaditano, remontaba el Guadalquivir habiendo cañoneado también Sanlúcar, que sufría así un nuevo asalto. Esta flota esperaba los jabeques que, regresando desde Sevilla —adonde guiaran a la primera por la ruta más segura— la conducirían a su vez por el único camino libre de escollos.

Esa misma jornada, mensajeros sevillanos abandonaban la ciudad para advertir a cuantos caseríos encontraran en su carrera. Su destino final era Toledo, punto en el que se decía que se concentraría el grueso de las tropas imperiales que bajaban desde Navarra para sitiar a la última resistencia comunera castellana, encabezada allí por María Pacheco. Las fuerzas andaluzas de la casa de Medina-Sidonia, leales a Carlos I, hacía días que habían partido al mando de Pedro Pérez de Guzmán a sofocar la rebelión toledana. Por su parte, los hombres de armas que habían quedado en la región estaban siendo convocados por las casas nobles a las que debían fidelidad. Con un poco de fortuna, quizás esos hombres se vieran apoyados por los dos mil andaluces del Guzmán, si fueran alertados a tiempo. Y con un mucho más de suerte, esas huestes volverían con la ayuda de las tropas imperiales, en las cuales participaban forzosamente muchos de los vencidos en Villalar, escenario del golpe de gracia propinado a los comuneros.

Si así fuese, no serían dos, sino treinta los miles de españoles bien pertrechados y mejor dirigidos que plantarían cara a aquellos extranjeros llegados Dios sabía de donde.

La Torre de la Fortaleza de Triana había sido derruida, así como el Puente de Barcas que cruzaba el Guadalquivir, y la Torre del Oro, ocupada. Apenas arribada, la primera armada arrojó a tierra un ejército similar al que subía desde Cádiz, que cercó rápidamente la villa y sometió sus murallas a incesante cañoneo y sus arrabales y campiñas a minucioso pillaje. Las aguas que saciaban la sed de la ciudad habían sido envenenadas y los acueductos que las transportaban, volados por los aires.

Cuando clareaba el 6 de julio, las dos flotas invasoras se reunían en Sevilla y compartían importantes novedades y bienes. Con el Puente de Barcas destruido, los trescientos barcos no tardarían en ubicarse alrededor de la ciudad, ocupando toda la curva que el río formaba en torno a ella. Las embarcaciones extranjeras apuntarían enseguida sus cañones a las riberas, dispuestas a hacer fuego ante el más mínimo atisbo de resistencia. Nada más pisar la orilla, los atacantes habían repartido grupos de guardia, tropas, avanzadillas de exploración, vigías y mensajeros en una enorme superficie, rodeando el núcleo hispalense. Las urcas todavía contenían numerosas armas, especialmente saetas, y buenos depósitos de pólvora, bronce y plomo. Pero algunas carabelas tendrían que regresar aguas abajo y hacerse con provisiones para alimentar a tan larga tropa.

En el interior de la ciudad amurallada, el agua se volvía un bien precioso. El húmedo calor estival y las malas condiciones lograrían que los alimentos perecederos se pudrieran antes de lo esperado. El comercio y el suministro de bienes se habían interrumpido. El trigo se acababa: la carestía

que se sufría desde hacía meses en la región —y que ya había motivado una revuelta sangrienta en la propia Sevilla poco tiempo atrás— provocaría una segura hambruna. La mayor parte de la población de Triana y alrededores se había retirado, intentando proteger sus vidas antes que sus haciendas. Y mientras los atacantes se preparaban bajo las murallas de Sevilla, los defensores, sobre ellas, se agotaban en una espera interminable.



El 7 de julio, un mensajero de piel clara había gritado una misteriosa proclama. Al amanecer se había dirigido ante la Puerta Real, había pedido por el gobernador de aquella ciudad y, frente a él, a sus acompañantes y a todos aquellos que se asomaban a los muros para defenderlos, había declarado la guerra a la villa. Era el pueblo mexica, vociferaba, el que había llegado desde allende los mares para hacerla suya.

Pese al enmarañado castellano en el que se expresaba, el extranjero supo hacerse entender. Por el aspecto que presentaban los recién llegados y la disposición de su flota, a los sevillanos no les habría costado demasiado adivinar sus intenciones si el hombre las hubiese manifestado en lengua náhuatl. Las habrían comprendido incluso si se hubiesen ahorrado dicha confesión, como había ocurrido días antes en Cádiz. Sin embargo, los altos mandos de tamaño ejército tenían una razón para actuar como actuaban. Si podían evitarlo, deseaban no tener que arrasar por completo aquella ciudad en particular.

Tras el anuncio, el mensajero había dejado un escudo, un puñado de flechas y una manta en el mismo sitio en el que se había parado. Aquello era,

entre los mexicas, el equivalente ceremonial de una declaración de guerra: ofrecer armas y vestiduras con las que los enemigos pudieran entrar en combate. Pero los hispanos estaban lejos de saberlo. Tan lejos como estaban de entender por qué eran atacados.

¿Quiénes eran los tales «mexicas»? ¿De dónde venían? ¿Qué era esa «Serpiente Emplumada» de la que hablaba aquel extranjero, ésa que parecía divisarse en las velas de todos los barcos que ya cubrían el río Guadalquivir? Tras oír las palabras del enviado enemigo, ésas fueron las primeras preguntas que se hicieron los miembros de los Cabildos secular y eclesiástico junto a los nobles y los capitanes de las compañías militares destacadas en la ciudad, reunidos todos en los Alcázares. ¿«Mexicas»? ¿«Vuestros enviados»? ¿«Llegados desde occidente»? ¿Qué significaba todo aquello?

Las deliberaciones entre la clase dirigente de la villa fueron largas. No se sabía con cuánto tiempo se contaba para tomar decisiones. Allí no se habían dado plazos. Tampoco se habían expuesto las razones del ataque, ni se habían dejado espacios para el diálogo, la concertación o las tratativas. Sólo había una amenaza —muy tangible, por cierto— y dos salidas posibles: sumisión o destrucción.

Pero... ¿sumisión a qué monarca, a qué reino, a qué cultura? ¿Aceptación de qué condiciones, de qué dioses, de qué leyes? En caso de preparar una defensa armada... ¿habría posibilidades de resistencia o de victoria? Y en caso de ofrecer una rendición... ¿se respetarían las vidas, haciendas y dignidades de los sevillanos? ¿Qué deparaba el futuro, en cualquiera de los casos?

Ninguna de esas incógnitas podía ser despejada. Las dudas aumentaban con cada minuto que pasaba, y mientras más se discutía el

asunto, más confuso se tornaba y mayor era la incertidumbre que flotaba sobre los españoles.

En tanto que los miembros del Cabildo —nobles, clérigos, hidalgos y mandos militares— discutían, las murmuraciones corrían de boca en boca por los callejones y plazas de la ciudad, deformándose más y más a lo largo del proceso. Muchos decían que eran cincuenta mil los hombres de allí fuera, y otros juraban y perjuraban que no pasaban de dos mil y que cualquier milicia española podría romper el cerco. Jactanciosos y temerosos, hombres y mujeres, ricos y pobres, todos compartían las mismas inquietudes y los mismos miedos.

El Capitán General de Sevilla, don Fernando Enríquez de Ribera —hermano del Marqués de Tarifa, don Fadrique— se había hecho cargo de la organización de las defensas. El hombre no quería perder demasiado tiempo en las reuniones que en ese momento celebraban los miembros del Cabildo y la aristocracia sevillana. Sabía que cada minuto valía oro. Dotado de un sentido común más práctico, había ordenado a sus subordinados que vigilaran cuidadosamente cada uno de los movimientos de las fuerzas a las cuales se enfrentaban, para lo cual llevaban horas oteándolas desde las torres. Aquel minucioso reconocimiento les deparó la certeza de ser ampliamente superados en número, artillería y provisiones. Así se lo hicieron saber a su superior: estaban aislados e incommunicados; la ciudad era un verdadero caos; la población, presa del pánico resultaba incontrolable; las aguas habían sido emponzoñadas y cortadas en su mayor parte, y las que quedaban no alcanzarían para proveer líquido a todos los habitantes intramuros. Todos esos factores —y otros tantos que preferían no tener en cuenta para poder conservar algo de ánimo— precipitarían la caída de Sevilla en unos pocos días, o tal vez en horas, si los enemigos desplegaban todo su poderío. Había

que decidir rápidamente qué movimiento se iba a efectuar. No era de esperar que los atacantes tuvieran demasiada paciencia, aunque, en su posición, podían alargar aquel cerco durante meses, matándolos de hambre, sed, desesperación y enfermedades.

Era mediodía. Los representantes sevillanos seguían encerrados en los Alcázares, espacio elegido para tratar el delicado asunto en cuestión, en lugar del tradicional punto de reunión de los cabildantes en el Corral de los Olmos. Enríquez de Ribera comunicó entonces el resultado de las observaciones llevadas a cabo por la gente a su mando y expuso claramente que, en su opinión, la respuesta más plausible era la resistencia armada. Los capitanes de las compañías de Sevilla —recién formadas con la leva de ciudadanos— asintieron quedamente. Ninguno ignoraba que había escasas posibilidades de tener éxito en una confrontación con aquel enemigo que acampaba extramuros. Pero daban por hecho que cualquier otra acción difícilmente les conduciría a un mejor final. Y preferían morir luchando a convertirse en siervos de un señor desconocido.

Los nobles, los clérigos representantes del Arzobispo Diego de Deza, los burgueses, los letrados e hidalgos presentes en la sala no encontraron nada que argumentar. Aquella situación aparentaba no tener otra salida. El Asistente del Cabildo, don Sancho Martínez de Leyra, preguntó si se habían tomado las medidas oportunas y si los hombres dispuestos a combatir habían sido convenientemente advertidos y provistos de armas y munición. Los militares respondieron con frases cortas, que daban a entender que todo eso estaba en proceso y que poco más podía hacerse en una ciudad anárquica. Se concluyó, por ende, que la ciudad opondría resistencia tras las murallas, confiando en la pronta llegada de tropas leales al rey Carlos, a quienes se habían enviado mensajeros tres días antes.

El Capitán General pidió a todos los miembros de las casas nobles sevillanas que llamaran a guerra a sus barriadas, a sus deudos y a sus dependientes. Y que los equiparan de su propio pecunio: las magras finanzas del Cabildo debían destinarse, en la medida de lo posible, a mantener los hospitales y a dar de comer a los numerosos hambrientos. Éstos últimos, debido a la escasez de trigo y otras vituallas, abundaban entre los muros de la ciudad. Asimismo, requirió de los representantes eclesiásticos que exhortaran a las diferentes cofradías y parroquias a organizar la resistencia de sus collaciones, así como la distribución de víveres y la seguridad de los más indefensos. Don Rodrigo de Figueroa, Duque de Arcos, y su fogoso e indisciplinado hermano don Juan anunciaron que aportarían un millar de hombres armados y todos los caballos de su casa que se hallaran en aquel momento dentro de la villa. Los enviados de las poderosas y acaudaladas Duquesas de Medina-Sidonia —suegra y nuera, tradicionalmente enfrentadas a la Casa de Arcos— ofrecieron también los servicios de su gente, entre ellos los de caballeros fieles como el joven Conde de Belalcázar. Y de esa manera, cada representante fue brindando su colaboración, lo cual no era poco en una Sevilla dividida por seculares luchas intestinas de poder.

Antes del atardecer, las barriadas eran avisadas de los sucesos del día, y las defensas se aprestaban, comandadas por el Capitán General, el Duque de Arcos y otros nobles desde los Alcázares Reales. Y fue un capitán sevillano —un hidalgo llamado Miguel de Montecruz— el que respondió a la declaración de guerra de los mexicas, cuando el mismo mensajero que había hecho su proclama al amanecer se acercó a las murallas al ponerse el sol y repitió de nuevo su anuncio.

A Montecruz le bastó un disparo de arcabuz.



Las hogueras ardieron alrededor de la ciudad toda la noche, y los inmensos tambores *teponaztli* y *tlalpanhuehuetl* retumbaron con voces profundas. Voces llegadas desde el otro lado del mundo. Voces en las que hablaban las gargantas de ancestros que no habían sido olvidados.

Danzaron los guerreros de las cien naciones que componían el ejército de la serpiente con plumas. Agitaron sus manos y sus pies, sus adornos y sus cabellos a la vera del manso Guadalquivir, testigo mudo de aquella celebración. Sus ropas, sus cintas y sus borlas cortaron el aire del estío andaluz, y callaron los grillos y las ranas, embelesadas —o quizás sorprendidas— por sus cantares, coplas en lenguas exóticas que sólo sus intérpretes comprendían.

Bailaron los tzotziles, los kaqchikeles, los tzeltales, los k'iches y los ch'oles de las tierras calientes, con sus prendas de algodón bordado anudadas en torno a la cintura, con sus pieles oscuras tatuadas y sus rostros pintados de colores y orlados de plumas. Evocaban los templos de piedra y las casas de techos de palma de su tierra, el olor del maíz fresco, el tacto de la corteza de los árboles *ya'*, el sabor de la fruta *poox* y los ojos oscuros de sus mujeres. Rompían la noche las docenas de tabacos encendidos, aspirados al son de las sonajas *tuch'* y *soot* que hacían suyo el ritmo del universo. Y las alas de los espíritus de sus bosques los rodearon y los acariciaron, recordándoles las hazañas de sus antepasados guerreros y los poemas que loaban sus triunfos.

Bailaron los aliados y vasallos de los mexicas: tepanecas y aculhuas, chalcas y xochimilcas, totonacas y tlaxcaltecas, zapotecas y mixtecas, huastecas y culhuas, chinantecas y mazatecas, tlapanecas y otomíes, hombres procedentes del suelo que lamían los dos mares, en la región central de las Tierras del Oeste. Atravesaron los enjambres de chispas que desprendían las fogatas siguiendo las sonajas *ayacachtli*, y las llamas se reflejaron en sus armas, en sus pulseras de *chalchihuitl* verde, en sus colgantes de metal y caracola atigrada, en sus pendientes de hueso. Sangraban sus orejas, allí donde habían hundido las espinas *huitztli* de maguey para ofrendar el rojo líquido vital a sus dioses. Y en sus *chimalli* flameaban largos mechones de cabellos de *cihuateteoh*, mujeres muertas durante el parto, espíritus poderosos, temibles, fantasmales casi, que moraban en el oeste y cuyos restos tenían el poder de petrificar a los enemigos.

Bailaron los quechuas, wankas, chankas y aymaras de las altas cordilleras nevadas del lejano sur, con sus vestidos de lana de llama y sus estridentes flautas, sus recuerdos de altiplanos poblados de pajas blancas y el gusto de las hojas de coca en la boca. Con sus *ushuta* de cuero patearon la arena, marcando el pulso de su danza. Y a su lado brincaron los taínos y caribes de las islas del Mar Central, engalanados sus torsos y sus largos cabellos con plumas rojas y amarillas de guacamayos, representando en las Tierras del Este las ceremonias de sus *areítos*.

Bailaron los p'urhépechas de Michhuahcan, los tohono o'odham, los o'ob, los macurawe, los konkáak y los yoreme de los desolados desiertos y montañas del norte, y sus cuerpos contaron las historias de los arenales sedientos, de los brazos erizados de espinas de sus plantas y del color ocre de sus casas, de sus cacharros y de sus pieles. Y junto a ellos danzaron los wayuu, los warao y los tïha de las interminables selvas y los grandes ríos del sudeste,

nombrando con cada paso a los translúcidos guardianes de las flores, de las lluvias, de las plantas, de las aves de colores y de los felinos inquietos.

Todos ellos bailaron y cantaron, cada uno en su lengua, cada uno celebrando las memorias pasadas y las proezas futuras.

Y giraron sin descanso los *chichimecah*: los rarámuri, wixárika, naáyerite y o'dami, ebrios de hongo *peyotl* traído de Wirikuta, que en sus lenguas llamaban *ciguri*, *hikuri*, *hualari* y *kamaba*. Y viajaron a otro mundo, al universo de los dioses, y allí siguieron marcando el ritmo con sus piernas y sus brazos desnudos, golpeando un suelo irreal con sus pies descalzos. Y cuando retornaron de su travesía de ensueño, luego de largas horas, contaron lo que habían visto: ciudades de extensas murallas vencidas por el «fuego y el agua» de la guerra, sangre alimentando a la tierra y al sol, humaredas que cubrían el horizonte y, tras ellas, enormes animales de crines largas sobre los cuales montaban hombres pálidos. Y una voz les había musitado, en su sueño narcotizado, que habían llegado a la tierra de los guerreros y la riqueza, la tierra del este, allí donde nacía el sol. Y que ese lugar sería *su lugar*, su capital, el corazón palpitante de un reino que se volvería próspero y poderoso cuando lo hubieran conquistado.

Al otro lado de las murallas, en las iglesias y conventos sevillanos, los religiosos y sus feligreses oraron toda la noche, aterrorizados. Por las calles transitaban procesiones de penitentes y flagelantes: más de millar y medio de personas que acarreaban pesadas cruces y caminaban con el torso descubierto y sogas al cuello, entonando salves y plegarias. Muchos cristianos juraron allí que Dios, la Virgen, los arcángeles y los santos de su extenso paraíso se habían presentado ante ellos y habían respondido a sus plegarias, prometiéndoles la salvaguarda de sus vidas y el perdón de todos sus pecados.

Años después, algunos de los sobrevivientes de esas jornadas aún seguían recordando aquella noche, y llevaban grabadas dentro las palabras que habían recibido de sus dioses a ambos lados de las murallas de Sevilla. Y muchos de los que entonces estuvieron en el interior del recinto jamás pudieron dejar de sentirse traicionados por aquellas divinidades en las que habían creído y a las que habían lanzado sus ruegos.



Al alba del día 8, el ejército de la Serpiente Emplumada encontró las murallas sevillanas rematadas de banderas. Ese mismo amanecer, los defensores de los elevados muros descubrieron ante sí un formidable ejército de veinticinco millares de almas con todos sus pabellones desplegados al aire suave de la mañana. Aves y castillos, almenas y pedernales, leones y dragones se veían en aquellos estandartes, allá arriba, allá abajo.

El *tlacochcalcatl*, el general en jefe de las huestes invasoras, era un noble de la casa real de Tenochtitlan llamado Tepehuahtzin. Hijo de una de las esposas del antiguo *tlahtoani* Tizoc y primo del actual, Moteuczoma Xocoyotzin, su nombre significaba «el conquistador». Pertenecía a la feroz clase guerrera de los *cuachicqueh* —condición necesaria para alcanzar su rango, el más alto de la escala militar— y era hombre célebre y respetado por los suyos. Su fama y nobleza fueron razones de peso para que el *hueyi tlahtoani* delegara en él el liderazgo de aquella expedición en vez de encabezarla personalmente, como marcaba la tradición mexicana.

Antes de la alborada, Tepehuahtzin reunió a los jefes de las distintas elites guerreras mexicas, a los *tiyahcahuan* que comandaban las secciones de

soldados comunes y a los generales *tlacateccatl* de los distintos cuerpos de naciones aliadas y vasallas. E impartió sus órdenes finales, disposiciones que cerraban un plan diseñado a bordo de la *Ayahuicoatl* —la «Serpiente de niebla», nao capitana de la flota— durante los días que llevaban estacionados frente a Sevilla. Los hispanos no habían aceptado la rendición. No habían admitido que se encontraban en franca desventaja: habían sobrepuesto ciegamente su orgullo al bienestar y la conveniencia de su gente y su ciudad. Habían desestimado todas las advertencias que estaban a la vista. Y habían matado con alevosía a su embajador, aquel joven descendiente de uno de los Mensajeros. Debían, en consecuencia, sufrir el embate de las armas mexicas. Los hijos de Huitzilopochtli y Quetzalcoatl y sus aliados y vasallos de los cuatro horizontes de las Tierras del Oeste caerían sobre aquella villa con toda su ira, con todo su ímpetu. ¡Misericordiosos fueran los dioses con las almas de aquellos que se les opusieran!

En su arenga, el *tlacochcalcatl* pidió a su consejo de capitanes, a sus hermanos de armas, que pensaran en sus familias, en sus amigos, en su gente, en los paisajes que habían dejado atrás al partir de sus tierras. Pues, de alcanzar la victoria, no sólo llegarían de su mano los trofeos y los prisioneros, sino también un retorno lleno de honor a los brazos de aquellas familias y amigos y a aquellos rincones añorados. Para aquellos mexicas que decidieran volver a su terruño resonarían entonces las bocinas de caracol sobre las torres de los templos de Tenochtitlan, e infinitas barcas ocultarían las aguas del lago para darles la bienvenida, y mujeres, niños y ancianos saldrían a las calzadas a recibirlos entre cánticos y lágrimas de alegría.

Y si llegaba la hora de afrontar la muerte, que fuera valerosamente, dejando atrás una memoria digna de gloria y respeto eterno. Tras el último aliento, defendido bravamente, se iniciaría el camino hacia el Tonatiuh

Ilhuicatl, morada de guerreros, donde acompañarían al Sol en su viaje diario a lo largo de cuatro años para bajar luego a la tierra convertidos en colibríes de plumaje deslumbrante. En aquel lugar, para poder admirar al Sol en su magnífica potestad tendrían que cubrirse los ojos con sus escudos, tal era su resplandor, y solo podrían atisbar su sagrada figura a través de los agujeros que las flechas y las balas hubieran horadado en sus rodela. Los más bravos, pues, serían los que mejor lograrían ver a la deidad.

Eso dijo Tepehuahtzin a sus hombres aquel día bajo las murallas de Sevilla, y eso dirían los capitanes a sus tropas. Así lo repetirían luego los que sobrevivieron a aquella jornada. Y así lo cantarían, siglos después, los que reviviesen esos recuerdos para que jamás se perdieran.

En las torres y almenas, cientos de defensores aprestaban arcabuces y ballestas, dardos y balas, pólvora y mecha. Sobre el Arenal, miles de atacantes comprobaban el filo de espadas y cuchillos, cargaban flechas y piedras, tensaban cuerdas, preparaban boleadoras, sujetaban postes y estacas.

La calma y el silencio reinaron momentáneamente tras el fragor de los preparativos, vislumbrándose uno de esos intervalos en suspenso, un instante vacío e irreal, similar al que se produce en el pecho antes de lanzar un grito, o en el cielo antes de que caiga un rayo. Uno de esos paréntesis estériles que preceden a una explosión de vida, o de ruido, o de rabia.

Y esa explosión llegó.

Nació de pronto, casi inesperadamente, del interior de docenas de bocinas de caracol *tecciztli* y *wayllaqipa*, que lanzaban la orden de ataque con sus voces guturales.

Fue entonces cuando los cañones —sujetos a recias cureñas de madera encajadas y aseguradas en la tierra reseca— arrojaron hierro y piedra,

una vez más, contra los muros y las puertas de Sevilla, con una precisión que pocas piezas de artillería europeas tenían.

Fue entonces cuando las banderas de señales indicaron a los innumerables arqueros *chichimecah*, caribes y mayas que era hora de adelantarse. Y así lo hicieron también los honderos quechuas, wankas y chankas, con sus *waraka* de lana y sus proyectiles de piedra.

Fue entonces cuando a bordo de los trescientos barcos que se mecían sobre el Guadalquivir volvieron a retumbar los tambores: medio millar de *teponaztli*, *wankara* y *tlalpanhuehuetl* cuyos golpes ya se habían grabado, día tras día y noche tras noche, en las cabezas y las entrañas de los sevillanos.

Fue entonces cuando todas las campanas de todas las iglesias de Sevilla se pusieron a sonar a rebato, y cuando los clarines españoles dieron una imperiosa llamada de alerta.

Fue entonces, justo entonces, cuando comenzó la primera batalla entre las dos Tierras.

II

TENOCHTITLAN, 1493

Son los mercados o tianguis cosas de la más grande maravilla, que ocupan lo que dos Salamancas llenarían. Trúbanse en ellos muchísimas mercancías non conocidas en Europa, que llegan desde todos los rincones de aquesta tierra... E son de admirar sus labores de metales e piedras preziosas, e de plumas, que fazen dellas bellísimos abanicos e tocados... Mas el maior deleite es conocer allí las diferentes viandas e manxares que comen aquestos mexicas.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo III.

Los granos de maíz reventaban en el interior de una marmita *xoctli* puesta al fuego sobre las tres *tenamaztli*, las piedras del hogar mexica. Y en su lugar aparecían unas «rosetas» blancas que impregnaban el aire con un aroma apetitoso.

—*Momochitl*— dijo Cuitlachnehnemini, el *pochtecatl*, tomando un puñado y ofreciéndoselo a Escobedo.

El segoviano recordó que el nombre de su amigo significaba algo así como «el que cuida el sueño del maíz». Eso había creído entender en alguna

ocasión. Por ello, no sólo no le sorprendió sino que además le hizo gracia estar descubriendo, de su mano, tantas maravillas asociadas a aquella semilla de coloraciones variadas. El segoviano ya había visto granos color borra de vino, ascuas encendidas, agua profunda y hueso, además de los más comunes de tonalidad amarilla.

Inmediatamente después de llevarse el puñado a la boca, aquellas «rosetas» parecieron disolverse lentamente sobre la lengua. Estaban realmente sabrosas.

—Momoche— repitió el escribano, aún masticando.

El mexica meneó la cabeza. Sí, se entendía, pero no era precisamente una pronunciación perfecta del náhuatl. Quizás el hablar con la boca llena no ayudara. Sin embargo, tuvo que reconocer que Escobedo era el que estaba realizando los mayores progresos con la lengua, aunque muchos de sus compañeros tampoco se quedaban atrás. Condenados, en cierta forma, a permanecer en aquellas tierras, resolvieron pronto que su tarea prioritaria era averiguar cómo funcionaba todo aquel universo, tan distinto del mundo en el que ellos habían nacido y se habían criado. Y una parte nada desdeñable de esa ambiciosa empresa consistía, en primera instancia, en aprender el idioma, un código lleno de consonantes impronunciables y largas palabras que se deshacían en la boca de los castellanos —como el *momochitl*— antes de que logaran llegar a la sílaba final.

—*Xizo...*— asintió el mexica en un murmullo. Caminaban, sorteando el gentío, por el mercado de Tlatelolco, el inmenso escenario donde negociantes y compradores repetían diariamente el mismo espectáculo de aglomeración, voces y transacciones. Aquel lugar probablemente hubiera ocupado la superficie de dos Sevilas juntas —o quizás el de dos Salamancas;

exagerar era innecesario— y era el corazón mercantil del estado, si es que podía llamarse así a Tenochtitlan. En el *tiyanquiztli* de Tlatelolco, el mayor de los tantos que había en la ciudad, podía encontrarse cualquier cosa encontrable en esa parte del planeta: esclavos fácilmente identificables por el pequeño yugo de madera que llevaban alrededor del cuello, ricas mantas de algodón, placas de metal labrado, cera, miel, bloques de sal, cuchillos de piedra, goma negra *olli*, cañas para fumar, engrudo de raíces, resinas olorosas, escobas, «betún de mar» *chapopohtli*...

Exhibían allí sus destrezas los más habilidosos artesanos: los maestros de las plumas, que trabajaban con riquísimas materias primas procedentes de los bosques y selvas del sur cálido; los plateros, que golpeaban las chapas de oro hasta convertirlas en magníficos pendientes, brazaletes y orejeras; los alfareros, que untaban sus pocillos y vasijas con el hueso molido de la fruta *tzapotl* y ahumaban las piezas sobre el fuego del hogar; los fabricantes de cestas y canastas, los bordadores, los tratantes de piedras preciosas... Todos desempeñaban su trabajo y todos regateaban el precio final de cada artículo.

Los había —como en tantas otras partes— que vendían mantas de basto tejido *ayatl*, paños *maxtlatl* y vestidos *huipilli* podridos y remendados, o granos de cacao rellenos de cenizas y barro, o maíz con gorgojos y más de cinco años de cosecha, o frutos *tomatl* rancios y machucados, o frijoles ruines. Ésos eran los que más hablaban, intentando convencer a sus compradores de la «alta calidad» de sus productos.

Pero había también verdaderos artistas en sus oficios. Aquí, unos mostraban paños delgados de fibra de maguey, de trama fina y abierta e hilos bien torcidos, y más allá, eran de palma o de algodón las engalanadas telas que vendían otros. Los dedos del español se perdían en las urdimbres y en las

nuevas texturas de aquellos hilos desconocidos. Acullá, los vendedores de espejos frotaban láminas de piedra con estiércol de murciélago y las pulían con unas cañas llamadas *quetzalotlatl*, obteniendo resultados sorprendentes. Mirándose en uno de ellos —y extrañándose del aspecto demacrado y sufrido del rostro que le devolvía la mirada— el escribano se asombró de la calidad del artefacto. «Hecho de un simple pedrusco» se dijo, desconcertado. «Pedruscos» usaban también los que trabajaban las piedras preciosas. Ésos mercaban esmeraldas *quetzalitztl*, turquesas *teoxihuitl*, translúcidos cristales de roca *tehuilotl* y finos rubíes *tlapalteoxihuitl* de color sangre. También tenían perlas, nácares, corales, jaspes, jades *chalchihuitl*, mármoles *aitztli* y un curioso pedernal verde claro con pintas azules que llamó la atención de Escobedo, y al que denominaban *tecelic*.

Verdaderas bellezas, sí, y proezas de la habilidad del hombre. Pero el castellano seguía prefiriendo, entre todas las secciones del inmenso *tiyanquiztli*, el área en donde se concentraban las cocineras y los vendedores de alimentos. Quizás había perdido un poco el interés por lo que sus compañeros sin duda considerarían «riquezas» y se había concentrado más en conocer la naturaleza de aquella gente. Y descubrir las costumbres culinarias y alimenticias era un paso esencial. Estaba convencido de que casi todas las cosas importantes —desde un matrimonio hasta un trato comercial, pasando por el aprecio hacia la ciudad en la que se vivía— empezaban por la mesa y la bebida. Si esos dos elementos ganaban el paladar y el estómago, cualquier individuo se vería compelido a mirar con mejores ojos la situación por la que atravesara.

Fueran creencias personales o experiencia de vida, lo cierto es que Escobedo se había concentrado en conocer e identificar los sabores, olores y texturas de las comidas mexicas, con gran placer de su compañero *pochtecatl*,

que se afanaba, gustoso, en familiarizarlo con todo aquello que fuera comible o bebible en su ciudad. Así, desfilaban ante los que vendían el jugo *meneuctli* extraído del maguey, y el *octli* que se obtenía al fermentarlo, y los gusanos rojos que habitaban la planta, los cuales, asados, eran una delicia. Había docenas de variedades de frijoles *etl* amarillos y colorados, blancos y jaspeados, grandes y menuditos. Había mazorcas de maíz verdes y tiernas, crudas y doradas, y tortillas de masa mezclada con miel, y granos tostados envueltos en esa misma masa. Y pepitas de calabaza hervidas o asadas, frutas *xicohtzapotl* y *xocotl*, raíces *xicamatl*, ciruelas *mazaxocotl*, piñas, verdes *ahuacatl* de carne mantecosa, y esas tunas espinosas llamadas *nochtli* —fruto de los *nohpalli*— rosadas y amarillas, blancas y bermejas, rebosantes de semillas y jugo.

Había carnes de medio centenar de patos. Cuitlachnehnemini, encantado, comenzó a recitar los nombres, y Escobedo enseguida se mareó: *yacapatlahuac*, *chilcanauhtli*, *zolcanauhtli*, *tzonyayauhqui*, *xalcuani*, *atapalcatl*, *amanacochtli*... La lista parecía interminable, y siguió otra: la de los peces de lago y mar que comían los mexicas. Allí se exponían, envueltos en el espeso y clásico olor de las pescaderías: *huitzitzilmichin*, *papalomichin*, *ocelomichin*... Estaba claro que *michin* significaba «pez», y el segoviano agendó el dato en el único rincón de su memoria que parecía estar sobreviviendo vacío a tal inundación de saber.

Poco reconocía el hombre de todo lo que veía: algunos de aquellos patos le recordaban a los ánades de su tierra, pero los peces le eran completamente extraños. Lo que sí pudo distinguir fueron las tortugas de mar *chimalmichin* que durante semanas constituyeron parte de su dieta a través de su periplo desde Cuba, así como los cangrejos *tecuic ihtli* y los caracoles *tecciztli*. Todos ellos eran viejos conocidos que le habían salvado la vida,

destrozado los dientes, quemado la garganta y arruinado los riñones para el resto de sus días.

También identificó las *iguanas*, que allí llamaban *cuauhcuetzpalin*. Unos pasos más allá encontró conejos *tochtli*, que eran cocidos con unos trebolillos *xocoyolli* y servidos sobre «cueritos» de maguey. Muy cerca advirtió la presencia de liebres, y de topillos *tozan*, y de las curiosas *tlacuatzin*. E incluso había perros pelados *xoloitzcuintli*, a pesar de ser sagrados. Pero no se detuvo ante ninguno de ellos. Sí lo hizo al dar con un insólito animal que jamás había visto, y que el *pochtecatl* denominó *ayotochtli*. Aquello significaba algo así como «conejo-tortuga». Por las expresiones de su compañero, aquel bicho debía ser verdaderamente sabroso, y adivinó que se guisaba en su propio caparazón. Por desgracia, eso era todo lo que Escobedo alcanzaba a ver del animalito: un carapacho de varias bandas pardas, con aspecto de mosaicos de piecitas irregulares. Allí no se observaban patas ni cabeza por ninguna parte, hasta que el vendedor, a pedido de Cuitlachnehnemini, desenroscó al animal, que estaba vivo y hecho una pelota, según pudo comprobar el segoviano tras la operación.

Se preguntó a qué sabría la carne de ese pequeño monstruillo, y se repitió la pregunta cuando se cruzó con los vendedores de camarones del lago, que también incluían entre sus mercaderías a renacuajos *atepocatl* y a unas mosquillas —Escobedo no hallaba otra palabra mejor para designarlas— que había visto corretear sobre el agua de los canales que constituían las calles principales de aquella ciudad. ¿Eso se comía? Su eterna curiosidad se vio amenazada por una arcada de asco, de solo pensar en llevarse a la boca «aquello». Las mosquillas en cuestión recibían el nombre de *amoyotl* y eran, en efecto, otra de sus comidas, así como las larvas llamadas *izcahuihtli*, recomendadas para las madres sin leche. Haciendo un esfuerzo

supremo, probó algunas que estaban preparando en guiso, y tuvo que reconocer, en contra de sus prejuicios, que su instinto le había engañado: el manjar estaba bueno. Por supuesto, no había que tener en cuenta las diminutas patitas que la lengua podía distinguir en medio de aquel cocido.

No eran los únicos insectos que se veían en el mercado. El segoviano encontró larvas de hormigas negras *tlilazcatl*; gusanos *cinocuilin* de las mazorcas del maíz; hormigas *tzintlatlauhqui azcatl*; chinches; orugas de la que en Castilla se llamaba «mariposa de la muerte»; huevos, larvas y pupas de una avispa muy venenosa que denominaban *quetzalmiyahuatl*; y unas chinches que eran conocidas como *axayacatl* —«rostro de agua»— y que se comían hechas una pasta junto con sus puestas *ahuauhtli*.

«Palabras, palabras y más palabras...» se decía el español, agobiado. Nunca hasta ese momento había valorado tanto la riqueza de términos de una lengua. Sin duda eran aquellos complicados e inacabables vocablos los únicos que posibilitaban nombrar todo lo que albergaba aquel universo.

Entre los vegetales —cuidadosamente ordenados sobre mantas, en canastos o espuertas— había batatas *camohtli*, unas raíces llamadas *tolcimatl* —redondillas y blancas, pero amarillas al cocerse— y otras que parecían cebollas y sabían a castañas, a las que decían *cacomitl*. Había hojas de amaranto *huauhquilitl*, que se comían hervidas o en *tamalli*, y otra variedad de la misma planta que se hervía con salitre y recibía el nombre de *quiltonilli*. Había flores de diferentes tipos, que eran muy usadas en las comidas e incluso mezcladas en el *cacahuatl*. Escobedo descubrió las *ayoxochitl* de la calabaza, y las del maguey, la *yuca*, el *nohpalli*, la espadaña...

Y había hongos *nanacatl* —algunos alucinógenos— y cebollitas *xonacatl*, y calabazas *ayohtli*, *cayohtli* y *tzilacayohtli*, y habas, y frutos

xitomatl de muchas variedades, y semillas de *huauhtli* y *chiyan*, y piñones *ococenyollohtli*, y semillas del girasol *chimalxochitl* que el escribano reconoció con una sonrisa.

Aquel torbellino de gente, compras y regateos estaba, de alguna manera, regulado por una docena de jueces *tiyanquizpan tlayanqueh*, pertenecientes al gremio de los *pochtecah*. Allí estaban siempre, albergados en una casa especial, dispuestos a arbitrar en cualquier litigio que se presentara o a disponer soluciones a las quejas. Eran fácilmente reconocibles por sus barbotes curvos *tencololli* de jade, oro, ámbar o turquesa, y por otros rectos y largos llamados *apozonaltezzacatl*. Además de esos jueces, estaban los vigilantes del mismo gremio, quienes recorrían permanentemente las callejas en las que se arremolinaban los vendedores, controlando mercaderías y precios. Precios que, por otra parte, estaban expuestos en paneles en donde se establecían los valores mínimos de cada producto.

Todo ello quedaría plasmado, por supuesto, en las minuciosas y pormenorizadas «Crónicas» que iba compilando el segoviano, quien, dicho sea de paso, debía obtener tinta y papel aquella mañana sin falta. Al menos, si deseaba continuar con sus escritos. Pues los materiales que había traído desde Castilla, empleados hasta el límite de sus posibilidades, habían terminado por agotarse al cabo de los numerosos capítulos de tan largo periplo.

Cuitlachnehnemini también poseía una curiosidad insaciable. Preguntaba constantemente a Escobedo por los paralelismos que pudieran existir entre su mundo mexica y el universo al otro lado del gran mar. Y Escobedo intentaba —a veces con cierto éxito— explicar a su amigo las características generales de las comidas, las bebidas y las costumbres de su tierra natal, proveyendo el mayor lujo de detalles que le permitía su aún

limitado dominio del náhuatl.

Cuando estuvieron frente al tenderete de un anciano cubierto con una cuidada manta de algodón blanco anudada sobre el hombro, el comerciante le hizo saber al español que allí podría conseguir tinta y papel. Provisto en palacio de piedras verdes, granos de cacao y muchos otros bienes de gran valor, el hispano podía darse el lujo de adquirir aquello que le hiciera falta. Aunque muy bien podría haber solicitado las cosas que necesitara al *petlacatl*, el mayordomo general del *hueyi tlahtoani*, prefería tener cierta independencia en sus actos: ello le permitía conocer un poco mejor las formas de trabajo locales, los materiales con los que se elaboraban los objetos que tenía a la vista y también a los artífices que les daban vida.

«*Cualli tonaltzintli*» saludaron los recién llegados. El anciano les respondió, rindiendo los honores que delataban las ricas vestimentas del *pochtecatl* y la piel clara de Escobedo. Toda Tenochtitlan sabía de la presencia de los extranjeros, alojados por el regente Ahuitzotl como invitados especiales. Considerados embajadores amigos, debían recibir un determinado tratamiento y una serie de saludos adicionales durante el complicado ritual de iniciar una conversación mexicana.

El mercader vendía papel, tintas, colores, cal y pinceles, y se dedicaba, él mismo, a la ilustración o escritura de códices, una profesión muy respetada en todos aquellos horizontes. Escobedo se sentó en un taburete bajo y observó el trabajo del viejo. Éste, a pedido de Cuitlachnehnemini, procedió a revelar el proceso de fabricación de las tiras de papel *amatl*, de la tinta y de los diversos pigmentos. En un rincón podían apreciarse panes de un color rojo vivo llamado *nocheztli*, «sangre de tuna», porque era fabricado con las cochinillas que vivían en los *nohpalli* y en sus frutos. En otro estaban los

tonos elaborados con flores de las tierras calientes, como el rosa anaranjado *xochipalli* o el azul verdoso *matlalli*. De las tortillas de hierbas *zacatlaxcalli* se obtenía un tinte amarillo pálido que, combinado con el azul *texohtli* y con un poco de alumbre *tlalxocotl*, daba un bellissimo verde oscuro *iyappalli*. Había un violáceo oscuro de las hierbas del índigo *xiuhquilitl*, una grana de mala calidad que llamaban *tlapalnextli* —que estaba mezclada con harina o tiza y era realmente pésima— y un hermoso tono colorado que se lograba hirviendo la madera de un árbol conocido como *huitzcuahuitl*. Había además mucho aceche para fabricar los colores, y tinta *tlilli* de excelente calidad, hecha de hollín de teas. Y piedras de barniz, y otro tinte conseguido a partir de agallas *nacazcolotl*.

El segoviano, cada vez más atiborrado de términos nuevos, deslizó sus pupilas sobre los dibujos realizados por aquel escriba y se deleitó con la cantidad de detalles que incorporaban las ilustraciones mexicas. Aquellas gentes, desprovistas de letras para perpetuar sus recuerdos, parecían codificar muchas de sus experiencias e ideas a través de complejos diseños. Aún desconocía lo que representaban la mayor parte de ellos, pero su intuición le decía —tras revisar unos pocos documentos en palacio— que cada elemento incluido debía tener un profundo significado, así como lo tenían los colores usados, o las dimensiones, o la posición en la que habían sido ubicados dentro la página.

Tomó uno de los códices que el hombre preparaba, manipulándolo con un exquisito cuidado, y lo revisó manifestando verdadero interés. Estaba formado por largas hojas plegadas en zig-zag, elaboradas con de fibras de corteza de higuera machacadas y sobadas, y recubiertas luego con una fina capa de estuco blanco sobre la cual se pintaban imágenes multicolores. Había allí templos, mercados, dioses, animales, plantas, diversas mercancías y

personas. Escobedo acarició las tapas —de madera forrada en piel— y curioseó nuevamente los contenidos. Fue entonces cuando notó que algunas de esas figuras humanas estaban pintadas de amarillo. ¿Significaría eso que padecían algún tipo de enfermedad?

—*In imehuayo*— dijo, haciendo un esfuerzo por recordar las palabras exactas. —*Coztic in imehuayo*— tartamudeó, señalando una piel amarilla.

Los dos hombres asintieron, animándole a seguir.

—*Cocoxqueh*?—preguntó, tratando de averiguar si las imágenes simbolizaban enfermos.

Los mexicas no comprendieron. Escobedo lo intentó de nuevo.

—*In cocoxqueh, in imehuayo coztic*?

—*Ahmo, niman ahmo...*— negó el viejo artesano con una sonrisa al adivinar lo que había llamado la atención a su interlocutor. E inmediatamente después le aclaró que en los códices, las mujeres solían representarse con la piel de aquel color.

—*Cihuah*?— quiso asegurarse el español, dibujando con las manos una curvilínea silueta femenina.

—*Quemah*— afirmaron ambos casi al unísono, riendo abiertamente.

Las mujeres se distinguían por la piel amarilla, al igual que algunos muertos; las pecadoras iban desnudas y con unas vendas sobre los ojos; la sangre aparecía como agua orlada de piedras preciosas y flores, pues eso era, en definitiva, para los mexicas; los dioses estelares llevaban dos rizos enhiestos sobre la frente; los enfermos eran identificables por sus miembros torcidos y sus ojos saliéndose fuera de las órbitas. Un ave *quetzaltototl*/bajo el brazo era la representación del placer, una cruz blanca era tanto la del viento

como la del cielo, y una serpiente enroscada en torno al cuello de algún personaje, la del pecado carnal. Los jeroglíficos —conjuntos de signos que simbolizaban conceptos concretos o abstractos— eran algo más complicados. Escobedo señaló uno al *pochtecatl*, manifestando una vez más su interés.

—*Yaoyotl*— respondió con simpleza el mexica. «Guerra».

El español miró de nuevo aquellas formas artísticas: una rodela *chimalli*, un haz de dardos *mitl*, una espada angulosa *macuahuitl*, una maza erizada de espinas *cuauholli*... Se sintió un imbécil. Definitivamente, aquello se expresaba por sí solo y no necesitaba aclaraciones.

Antes de alejarse de aquel puesto, Escobedo compró varios códices en blanco ya armados y un puñado de panes de tinta negra de humo, que era la que estaba más acostumbrado a usar. En un futuro quizás se animara a experimentar con algunos colores: el rojo, tal vez, o el azul. Dado que los mexicas usaban pinceles para escribir, como los de cola de ardilla *techalotl*, las plumas que buscaba fueron un artículo más difícil de conseguir. Sin embargo, luego de mostrarle los gastados restos de la suya a Cuitlachnehnemini, lograron obtener unas cuantas, fuertes y muy bien cortadas, en la tienda de un vendedor de penachos.

Con su carga y algunos sabores nuevos en el paladar —y muchas, muchísimas ideas para anotar en su bitácora de viaje, que empezaba a convertirse en su diario de vida— regresaron lentamente a palacio, compartiendo risas y una animada charla. Para no perder la costumbre, hablaban de comida. Tras ellos, el mercado seguía palpitando, alborotado e incansable.



En uno de los patios de palacio, el cordobés Diego de Arana, Martín de Urtubia, Antonio de Cuéllar, Domingo de Lequeitio y otros españoles intercambiaban conocimientos sobre armas con algunos *cuachicqueh*, la elite más poderosa de guerreros mexicas.

Esos hombres llevaban la cabeza rapada por ambos lados y los cabellos restantes colgando, como una cresta caída, hacia la derecha la parte superior y hacia atrás en una trenza la inferior. Era ése un peinado que llamaban *tzotzocolli*, y que sólo ellos podían usar. Del mismo modo, eran los únicos que podían adornárselo con las plumas blancas de la garza *aztatl*, las cuales tenían una profunda significación ceremonial. Si bien a diario se dejaban los cabellos colgando, en momentos de guerra, danzas o ceremonias se los alzaban en un penacho que los hacía espantables.

Su nombradía y su estatus les permitían tener el gran honor de ser los primeros en entrar en batalla. Habían alcanzado esas posiciones privilegiadas gracias al elevado número de prisioneros que habían capturado durante sus incursiones y aventuras bélicas. Tenían fama de ser individuos feroces, orgullosos e impasibles, auténticos émulos de los históricos espartanos. Y ellos sabían hacer valer y respetar esa reputación, tanto con su apariencia como con sus actos.

Justamente llegaban Escobedo y su compañero *pochtecatl* —aún hablando de opíparos banquetes de uno y otro lado del vasto océano— cuando Arana pedía una de las espadas locales y la observaba con expresión burlona.

—A fe que aquestas armas de palo no soportarían un solo embate de nuestros fierros. ¿No lo ven así vuesas mercedes?— se jactaba ante los otros hispanos, que asentían entre risotadas y frases soeces. El resultado del choque

de madera contra metal no presentaba demasiadas alternativas, como ya habían comprobado en tierras de Yucatán.

—El capitán Arana debiera pensar que la labor del arma depende de la habilidad de la mano que la maneja, y no de la su industria— intervino Escobedo con sorna. Las relaciones entre él y Arana, lejos de suavizarse, se habían endurecido bastante.

Todos lo miraron. Los *cuachicqueh* notaron el matiz áspero de las voces y se interesaron en la conversación, a pesar de que estaban lejos de entenderla. No obstante, siendo agudos observadores, a veces les bastaba un olor, un sonido o una mueca para aprehender mucho más que lo que las palabras decían. Inmutables, se ocuparon de no perder detalle.

—¡Pecador de mí! ¿De cuando acá los escribanos saben de peleas?— exclamó el hombre. Luego, dirigiéndose a los otros españoles, agregó: —Nuestro comepapeles, que es hombre leído y escrito, ¿piensa quizás que aquestos soldados pueden darnos de coces con sus espadillas y rodela de maderos?

—No digo tal, ni Dios lo permita, que el que negocia con la pluma poco sabe de espadas. Mas creo tener algo de sentido común, que si hubiésemos esperado del vuestro, medrados estaríamos ahora.— Arana arqueó una ceja, malhumorado. —Y digo que esos hombres de allí me parecen ser gente de grandísima fiereza y de no andarse con rodeos.

Rió el cordobés y se volvió a sus compañeros.

—¿Vosotros que opináis, señores míos? ¿Han de romperme los tales mexicas la cabeza con sus machangadas de palo?

—De vello holgáseme yo— sentenció el de Lequeitio con toda su flema.

Arana se tornó hacia uno de los guerreros y le propuso, usando un náhuatl básico, un pequeño combate de demostración. El hombre miró a Arana, miró a los suyos y después al *pochtecatl* y a Escobedo. No entendía bien de qué se trataba aquello, y no quería pagar con su vida ante el *tlahtoani* por haber injuriado a un embajador extranjero. El *pochtecatl* consultó con Escobedo, que le puso al tanto de la situación. Lo que dijo luego el comerciante suavizó los rasgos del *cuachicqui*. «Xizo» fue su lacónica respuesta, y tomó un *chimalli* y una espada *macuahuitl* de práctica, una lonja de madera que, en su forma verdadera, hubiera tenido los bordes poblados de filosas lascas de obsidiana. Entregándoselos a Arana, buscó los propios y se dispuso para el combate.

—Diez maravedíes por Arana— chicoteó el de Cuéllar al de Urtubia.

—Vete a cagar, Antonio. Apuesta granos de *kakaw*, o nada apuestes.

El primero tentó su bolsa, dubitativo.

—Ya, ya... Pues diez de éstos.

—Pláceme. Vayan en buena hora.

Arana hizo un molinete con la espada, tanteando su tacto y su peso y calibrando su agarre a la mano. «Ea, capitán Arana, téngaselas bien tiesas a ese condenado» gritaron algunos de sus compañeros. Su oponente mexica se cruzó el escudo en el brazo izquierdo y, con la guardia baja y la punta de su arma casi tocando el suelo, se curvó sobre sí mismo como un gato dispuesto a saltar, concentrándose en los movimientos del hispano. El capitán cordobés comenzó a dibujar un círculo con sus pasos, pero el mexica no siguió su juego.

Atravesó de improviso el imaginario óvalo y, agachándose y cubriéndose la cabeza con el escudo, trazó una media luna con su espada, intentando alcanzar las piernas del español. Éste retrocedió desordenadamente y descargó un golpe débil sobre el escudo contrario, que resonó seco. El mexica, sin haber acertado en su blanco, se levantó de pronto, golpeó con su *chimalli* el de su contrincante y se lo arrancó del brazo. Luego, girando sobre sí mismo, se colocó detrás de Arana. Agachándose nuevamente y a toda velocidad, empujó con el borde del escudo la parte trasera de las rodillas del español, haciendo que éste cayera de hinojos. En ese instante el mexica se puso en pie, tomó suavemente al cordobés de los cabellos y le puso el borde romo de la *macuahuitl* en el cuello. La secuencia no duró ni cinco segundos, y el andaluz apenas si tuvo tiempo de reaccionar con algún mandoble al aire.

—Joder...— sisearon los hispanos presentes, que ni siquiera habían tenido la oportunidad de dar más voces de ánimo.

El guerrero ayudó al capitán a incorporarse. Arana estaba confundido y un tanto azorado.

—¿Han visto vuestras mercedes la desvergüenza deste bellaco, que quiere hacer cocos con una espada de palo?— bromeó, para quitarle importancia al asunto.

Los hombres reían por lo bajo, pero en realidad estaban un poco molestos. Antonio de Cuéllar, a regañadientes, pagó sus granos a Martín. Arana propuso otra vuelta. El mexica se encogió de hombros y se colocó de nuevo en su posición inicial, impertérrito. Esta vez, los españoles se pusieron a gritar con fuerza a su compañero, instándole a que luciera sus artes.

Lejos de quedarse esperando la acometida del oponente, y entendiendo que no vendría a su redil, el cordobés se dirigió de frente hacia

él, lanzándole un golpe diagonal de derecha a izquierda. Con un ágil paso hacia atrás, casi cimbreado como un junco, el mexica esquivó el tajo y acto seguido, aprovechando el impulso de retorno a su ubicación original, saltó hacia delante y con la rodela topó al español, que cayó de espaldas al suelo. Rápido, el mexica se lanzó encima de su adversario, aprisionó con la mano del escudo la que sujetaba la espada hispana y acercó el borde de la suya a la garganta de Arana, que estaba rojo de rabia.

Escobedo disfrutaba como pocos de aquel espectáculo.

—Halló lugar muy bastante do daros coces el mexica, mi señor capitán.

El hombre se alzaba del suelo con la ayuda del silencioso *cuachicqui* y se limpiaba las ropas de polvo, hecho un mar de furia.

—Maese Escobedo, guardaos vuestros comentarios, si os place— fue lo único que escupió.

—Harto más me place ver vuestra exhibición de destreza, señor Arana. Déjese de verbos y siga, siga, háganos placer a todos— se mofó el escribano.

Los otros hombres ya no apostaban. Aquello estaba pasando el límite de la cordialidad y se estaba convirtiendo en una afrenta. El de Cuéllar gritó:

—Dad al diablo esa rodela, don Diego, y jugad con dos espadas, al uso nuestro.

El cordobés se volvió.

—Por el siglo de mi padre que agora dices algo con sentido, mozo. Dacá otro de esos palos.

Sin *chimalli* y con dos espadas mexicas de práctica, Arana se paró de otra forma. Se sintió distinto. El *cuachicqui* avanzó una vez más, pero el cordobés le cortó el paso, tirando un golpe a la entrepierna con la mano izquierda y haciendo zumbir luego la mano derecha sobre la cabeza contraria. Sorprendido, el guerrero cubrió el primer embate y se agachó para evitar el segundo. Al devolver éste la estocada, Arana trabó la acometida con la espada derecha y puso la izquierda bajo la barbilla de su oponente. El mexica sonrió.

—*Cenah cualli*...— fue lo único que dijo. «Muy bien».

Sus compañeros participaron entonces en el juego.

Caía la tarde y allí seguían todos, enseñándose distintos movimientos y técnicas con algunas *macuahuitl* de práctica. Otros hombres se habían sumado a la partida.

III

SEVILLA, 1521

Todo fue matanza e sangre, de la nuestra e de la dellos. El entrechoque de fierros e la algaçara de las voces se oiesse desde lejos, que harto fragor leuantaban los ombres allí luchando. E los defensores de las puertas de la cibdad de Sevilla defendiéronlas con gran esfuerço e sacrificio de sus vidas.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo III.

Los defensores hispanos sentían los muros temblar y quebrarse bajo sus pies cada vez que los proyectiles se estrellaban contra ellos. Llegaba primero a sus oídos el estampido del golpe, y exactamente tras él notaban la vibración de las piedras añosas trepando por la médula de sus huesos. Y percibían el silbido de los incontables fragmentos de piedra y metal escupidos por los cañones zumbando sobre sus cabezas, entre sus cuerpos o a través de sus miembros. Cada hombre podía escuchar el ruido de esos pedazos de hierro, de bronce o de pedernal al acercarse, el sonido grave que se volvía agudo de pronto, el aliento que se contenía hasta que las esquirlas pasaban de largo sin dar en ningún blanco, y el suspiro de alivio que se expelía para ser

retenido de nuevo ante la siguiente amenaza, que no se hacía esperar más de un latido de corazón.

Ante los españoles, la oscura línea de agua del Guadalquivir iba difuminándose poco a poco hasta casi desaparecer, oculta por el centenar de humaredas provocadas por los obuses. Del interior de esa niebla densa y maloliente vieron surgir una sombra que avanzaba irguiéndose hacia ellos.

Dos millares de flechas buscaban sus presas. Tras su paso, los sevillanos que aún permanecían en pie pudieron atisbar a los dos mil de hombres que las habían lanzado.

La gritería que se desató provocó que muchas pieles se erizasen de espanto. Algunos españoles tensaban, entre voces y alaridos, las cuerdas de sus ballestas con la ayuda de ganchos. Colocando dardos y «cuadrillos» en los surcos de las cureñas, las manos raspadas apretaban los disparadores, soltaban las nueces y enviaban afilados pedazos de hierro a asomar medio palmo por la parte interior de las rodela enemigas. Otros soplaban las mechas de sus arcabuces y largaban onzas y onzas de buen plomo castellano a cortar el aire persiguiendo el blanco de algún pecho. Todos ellos intentaban protegerse de la segunda, y la tercera, y la cuarta andanada de flechas y piedras que volaban sin tregua en dirección a las torres y almenas, rastreando sus siluetas como hurones que se orientaran por las sonoras maldiciones que lanzaban sus bocas.

Cubiertos por pequeños pero fuertes escudos *chimalli* —algunos de madera, *cuauhchimalli*, reforzados con placas de metal salpicadas de púas, y otros más ligeros de cañas de maíz, *ohuachimalli*, forrados de cuero— los arqueros invasores vaciaban sus aljabas con una destreza infernal, enviando sentencias de muerte pocas veces fallidas. Las coloridas hondas de lana de los

guerreros quechuas despedían pedruscos con la fuerza de un torbellino. Todos ellos se movían aprisa y con gran ligereza entre el humo y los incinerados restos que asfixiaban el Arenal, cambiando continuamente de posición para no regalar blancos fáciles a sus adversarios. Y, al igual que los españoles, gritaban: gritaban todo el tiempo su exaltación, su dolor, su furia, su miedo o su sorpresa. Desde las murallas se oían, entre el tronar de cañones y las imprecaciones y campanas andaluzas, algunos retazos de frases que el viento hacía subir hasta las almenas.

...wañuchiychis...tlatelchiuhtli...

...k'uurucho'ob...xamechmictiacan...

Poco se acercaron esas tropas a la línea de muros. Buscaban hacer un trabajo de zapa entre las huestes defensoras y evitar bajas que, a pesar de sus precauciones, ya se estaban produciendo entre los suyos. Pues los disparos y saetazos que prodigaban los sevillanos habían alcanzado con buena puntería a algunos atacantes.

Las bocinas mexicas sonaron nuevamente, las banderas se alzaron y tremolaron y aquellos hombres se replegaron, sólo para posibilitar que el cañoneo se efectuara de forma más directa sobre las puertas. Si bien en principio los disparos llegaban errados, la pronta corrección de sus trayectorias permitió acertar en los objetivos después de varias detonaciones más. Y esas puertas —que no habían sido diseñadas ni pensadas para soportar el embate que estaban sufriendo en aquel momento— enseguida mostraron los primeros signos de debilidad.

En el interior, las cuadrillas de las distintas collaciones sevillanas, hombres de todas las edades y clases, se empeñaban en fortalecer la resistencia de las entradas. Una vez que éstas fueran voladas, la única barrera

que existiría entre los extranjeros y la población de Sevilla serían sus brazos y sus armas. Ninguno de ellos quería pensar en lo que vendría después.



Tepehuahtzin, el *tlacochcalcatl* de las fuerzas de la serpiente con plumas, esperaba pacientemente el momento en que las defensas sevillanas se rompieran. Sus arqueros y honderos habían hecho un buen trabajo sin sufrir por ello bajas excesivas. El cañoneo de los días anteriores había convertido la cara exterior de la ciudad en un conjunto deforme de ruinas y cicatrices astilladas, y había reducido a escombros y pavesas los edificios extramuros y secciones enteras de la barbacana, una barrera exterior baja separada de la muralla principal por un foso de tres metros. Las piezas de artillería que poseía para ataques en tierra eran excelentes, y eso le complacía. Ahora era necesario concentrar su pesado fuego en las puertas, para así franquear la entrada a la ciudad. Para cuando lograra destrozarlas, los diestros arqueros se ocuparían de mantener a raya a quienes aún osaran reorganizarse y resistir tras las almenas de Sevilla, y permitirían el ataque del grueso de las tropas, infantería de a pie armada hasta los dientes que ya ardía en deseos de entrar en combate. Pues no había mayor honor y gloria para ellos que los que podía depararles una batalla.

Batallas... Muchas había visto y dirigido Tepehuahtzin. Ciudades capturadas, templos incinerados, prisioneros enemigos ritualmente asidos de los cabellos y despojados de sus armas, vida alimentando la tierra a través de los sacrificios. Muchas cosas habían cambiado en los últimos años, desde la llegada de los Mensajeros de las Tierras del Este a Tenochtitlan. Mas no por eso la guerra había dejado de ser lo que finalmente era: el fuego que corría

por las venas de los hombres, la saliva espesa que se acumulaba en la boca cargada de pánico, el sudor que cubría las manos y que se mezclaba con los coágulos de sangre propia o contraria. Y las miradas de los que morían clavadas para siempre en las pupilas de quienes los mataban, enterradas allí para que escocieran cada vez que se cerraran los ojos. Y el olor de las armas, que a veces parecían resbalar entre los dedos, y el dolor de los brazos tras horas de combate, y la cabeza que dejaba de esgrimir motivos para ocuparse en una única empresa: no morir, no ser alcanzado, no ser vencido ni tomado prisionero.

Para los mexicas la guerra era conflicto entre pares opuestos, pares como el cielo y la tierra, el sol y la lluvia. O como *el agua y el fuego*, la imagen metafórica usada en lengua náhuatl para referirse a cualquier contienda. Uno de esos elementos siempre terminaba por incorporar, de alguna manera, al otro. Esta anexión podía tener matices muy diversos y asumir distintas formas, como bien sabía cualquier ciudad-estado de las Tierras del Oeste que se hubiera atrevido a enfrentarse con Tenochtitlan y sus aliados.

Todo eso... por poder. Poder. El que daban los tributos y las mercancías, las tierras y el trabajo de otros, los bienes preciosos y los alimentos. Cientos, miles de hombres que abandonaban sus vidas, sus sueños y sus familias por las decisiones de los que buscaban *poder*. En los tiempos antiguos —aunque no tanto como para que Tepehuahtzin no los recordara— había otras causas: las ofrendas de sangre que permitían al mundo seguir funcionando y cumpliendo sus ciclos. Pero esas razones parecían haberse difuminado, u olvidado, o descartado quizás de la memoria de los mexicas. Sea como fuere, la que él dirigía entonces era una guerra por poder. Y no tenía ninguna intención de perderla.

Las noticias que había traído la segunda flota, comandada por la *Tzitzimitl* —la «Espíritu oscuro»², nao gemela de la capitana— eran óptimas: el puerto de Cádiz arrasado, las tropas desembarcadas y el espanto adueñándose de las riberas del Guadalquivir. Todo ello se ajustaba al plan general de las huestes de la Serpiente Emplumada, el cual, de momento, mantenía entera su validez.

Todas esas certezas le obligaban a pensar en otra bastante más amarga: sus hombres estaban agotados. Muchos soles de viaje cruzando el mar. Falta de descanso. Demasiado miedo al atravesar tierras y aguas poco menos que desconocidas. Y hambre, una imperiosa necesidad de llevarse a la boca lo que fuera. A través del saqueo, sus fuerzas habían logrado obtener comida, pero... ¡era tan extraña en aquel pedazo de mundo! Allí no había más maíz que el *pinolli* tostado y molido que ellos llevaban como matalotaje, ni más animales conocidos que los perros *chichimeh* y algunas aves, aunque muchos de sus hombres ya habían sacrificado otras grandes bestias —sólo adivinadas con anterioridad a través de los relatos de los Mensajeros— y las habían asado. Entre ellas había varios de aquellos seres casi legendarios, los *cahuayomeh*, raramente comidos, siempre montados por los hispanos. Algunos le fueron presentados en las jornadas previas y había ordenado que los mantuvieran vivos, pues eran ejemplares realmente imponentes. ¿Contarían los defensores con aquellos animales? ¿Los usarían contra ellos?

² Para los mexicas, las *tzitzimimeh* eran espíritus femeninos vinculados con las estrellas y los eclipses. De formas esqueléticas y aspectos sombríos, estaban asociadas a varias deidades importantes. Los observadores europeos calificaron a estos espíritus como «demonios (de la oscuridad, de la noche, del oeste)».

Del otro lado, Enríquez de Ribera, el Capitán General andaluz, dirigía las acciones desde los Alcázares Reales. Sabía que poco o nada tardarían los cañones enemigos —piezas increíblemente certeras— en echar abajo las puertas, y que entonces todo dependería del valor de sus hombres para defender, calle por calle y casa por casa, sus vidas y las de sus familias. Escapar a través de aquel cerco parecía imposible, y la ayuda esperada quizás no llegara a tiempo de evitar lo que se avecinaba.

Reunido con otros nobles en la lujosa Sala de la Media Naranja del Alcázar, el Capitán escuchaba con desgana las alucinadas bravatas de los de la Casa de Arcos y los requerimientos de seguridad y protección —plagados de ínfulas— que demandaban las poderosas Duquesas de Medina-Sidonia a través de sus enviados. Silencioso y con la barbilla descansando sobre los nudillos, el hombre contemplaba aquel deplorable espectáculo y se preguntaba de qué valdría toda esa «autoridad» —ésa que tantas veces había sumido a la ciudad en el caos más extenuante— cuando aquellos «mexicas» de fuera lograran forzar el paso y presentarse en los Alcázares y en todos los palacetes de Sevilla. ¿Se mostrarían altivas y orgullosas las de Medina-Sidonia, la casa más rica de Castilla? ¿Despilfarrarían bravuconadas los de Arcos? ¿Ante quién se arrodillarían y rendirían pleitesía los serviles vasallos sevillanos de las Grandes Casas de España, éstos que vivían de las rentas y las limosnas que los nobles les dispensaban?



Se acercaba la hora sexta. Casi mediodía. Tepehuahtzin oyó el áspero llamado de sus bocinas desde el borde sureste de la ciudad. Casi al mismo tiempo, desde el otro extremo llamaron también las caracolas *tecciztli* y las

flautas *tlapitzalli*. No hizo falta que sus subordinados le dijeran que las puertas habían comenzado a quebrarse. Algo dentro suyo —ese sentido infalible, ese instinto casi animal que tenían algunos guerreros— ya se lo había anticipado.

Se ciñó la túnica *cuitlatexohehuatl* de plumas de loro azul sobre su vestido y se colocó el tocado sobre sus cabellos cortados en cresta y trenzados como los de todos sus hermanos de armas *cuachicqueh*. Tomando su espada y su *tlauhitectli chimalli* —un escudo de un blanco cegador— se dirigió hacia el campo de batalla. Ya sus hombres preparaban mazas cubiertas de espinas, cuchillos curvos, espadas de filos irregulares, escudos, arcabuces, ballestas, lanzadores *atlatl* y venablos *tlacochtli*, hachas, hondas *tematlatl*, picas, lanzas *tepoztopilli* y muchos, muchísimos arcos.

Él mismo lideraría aquel combate. Así había sido siempre. Así debía ser.



Uno de los capitanes de las recién formadas compañías sevillanas —el muy mentado Miguel de Montecruz— llegó a caballo a los Alcázares de la villa. Venía de la Puerta Real, sobre el Arenal. Dejó su montura en la entrada del lugar, bajo los dos imponentes torreones musulmanes que la flanqueaban. Por aquel punto se entraba al perímetro fortificado, atravesando la «coracha» o muro accesorio que rodeaba por completo el edificio y se extendía desde allí hasta la Torre del Oro, junto al río.

El hombre cruzó corriendo el Patio de la Montería y se enfrentó al Palacio de Don Pedro, el viejo corazón musulmán del Alcázar. En un

santiamén barrió con la mirada la fachada, sin distinguir la caligrafía cúfica de la inscripción de alabanza a Alá de los caracteres góticos del nombre del remodelador del edificio. Superó varias puertas ricamente aderezadas y llegó al bellissimo Patio de las Doncellas, espacio en el que se había desarrollado la vida pública del antiguo palacio. Apenas si vio las arcadas lobuladas que lo coronaban: los brocados y encajes tallados en piedra no fueron para él más que sombras desdibujadas. Aún a la carrera, se aventuró por un par de corredores hasta alcanzar la Sala de la Media Naranja, pasando bajo el arco en el cual se repetía hasta la saciedad la inscripción nazarita «Sólo Alá es vencedor».

En aquel salón se hallaban los nobles, las autoridades, el Capitán General y numerosos mensajeros que iban y venían llevando órdenes y novedades desde y hacia los distintos puntos de la ciudad. Montecruz se detuvo, jadeante, e hizo la reverencia de rigor.

—Ahorrad las cortesías y hablad presto las nuevas que traéis— gruñó Enríquez.

—Caen las puertas sobre el Arenal. El enemigo se prepara para entrar al asalto.

—Los hideputas tardaron menos de lo que yo creía— repuso el Capitán General con un gesto hosco. Pareció pensar un momento y luego, dirigiéndose al Duque de Arcos y a los representantes de las Duquesas de Medina-Sidonia, les preguntó de cuántas caballerías disponían. En total se habían reunido un millar, dado que el mayor número de animales se encontraba fuera de la villa, en los feudos ducales de Mairena y Olivares. Enríquez ordenó que la mitad fueran concentradas, junto con la media docena de piezas de artillería que estaban en el Alcázar, en las tres puertas

principales del lado del río: la Real, la de Triana y la del Arenal. El resto debían repartirse entre la Plaza de San Francisco, las gradas de la Catedral y la Plaza de la Alfalfa, en el centro de la villa. Además, mandó que se aparejaran detrás de todas las puertas y postigos bajo ataque —y en las almenas por encima de ellas— la mayor cantidad posible de arcabuceros y ballesteros, y que se avisara al Mayoral de Negros y Loros —siervos negros y mulatos— para que organizara a los esclavos cerca de la iglesia de la collación de Santa María La Blanca, su habitual lugar de reunión. Finalmente, resolvió que la ciudad fuera alertada del inminente asalto. Aunque estaba seguro de que la noticia volaba ya por callejas y callejones, más rápida de garganta en garganta que si viajara a lomos de corcel.

Los mensajeros y algunos nobles abandonaron la sala a toda prisa. El Capitán General se volvió entonces hacia Montecruz.

—Fuisteis vos el que disparó al emisario extranjero, ¿verdad?

—Cierto es, su excelencia— respondió el capitán con una inclinación de cabeza, halagado.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—Miguel de Montecruz, señor.

—Pues sólo una cosa os diré, señor de Montecruz— dijo Enríquez agriamente —y es que os ocultéis do ninguno os conozca, porque de entrar estos invasores que agora nos sitian, querrán saber quién cometió la barbarie de matar al su enviado. Y por mi ánima que, si quedo vivo, no seré yo quien les niegue el nombre del que buscan.

Montecruz hizo una venia y se retiró, inflamado de ira, bajo la mirada más furiosa aún de su superior.

Muchos sevillanos se habían empleado hasta el último aliento para asegurar las puertas. Pero, toda vez que éstas se estaban viniendo abajo en todos los puntos del frente del río, se preparaban para lo peor. De entre quienes seguían resollando, algunos se sumaron a los puestos tras las almenas con la vaga esperanza de poder descargar sus armas sobre los enemigos que se acercaran a ellas cuando intentaran atravesar las puertas. Otros, más decididos quizás, se aprestaron al combate cuerpo a cuerpo. Y otros tantos corrieron al interior de la villa, procurando tal vez defender ellos mismos a sus familias, o escapar de una segura confrontación para la cual no estaban ni entrenados ni preparados. Pues un arma en las manos no siempre hace al soldado, aunque lo que dependa de su uso sea la propia vida.

Las entrañas de aquel recinto circular estaban sumidas en un completo caos. Era tal el desbarajuste reinante que de nada servían las órdenes emitidas a gritos. El desconcierto y la exasperación se habían adueñado de los sevillanos, cuyos espíritus se exacerbaban aún más con el arrebatado toque de campanas y el interminable redoble de tambores. Fuera, los disparos de los cañones seguían hostigando las entradas. Y toda la masa del ejército invasor, tensa como un enorme predador preparado para arrojar sobre su víctima, esperaba la señal para lanzarse al asalto.

Enríquez de Ribera permanecía en la sala de los Alcázares. Se inclinó sobre la mesa, apoyando los puños sobre la lustrada madera, y desvió su atención hacia una carta de Sevilla que se desplegaba ante sus ojos preñados de desesperanza. Los extranjeros habían rodeado la ciudad completamente, ocupando en mayor número todo el flanco del Guadalquivir. Por el oriente, de momento se limitaban a cercar la villa impidiendo todo intento de escape. Los cañones de tierra se habían ensañado con las puertas y las murallas del Arenal. Los barcos, mientras tanto, habían bombardeado Triana, al otro lado

del río, de manera sistemática. La habían reducido casi a escombros, desbaratando cualquier resistencia o ayuda que pudiera proceder de aquella parte. Los gitanos, moriscos, barqueros, labradores y pequeños comerciantes que vivían en esa barriada habían huido hacia el oeste, buscando algo de seguridad, si es que tal seguridad era posible con aquellos indeseables visitantes en pleno corazón de Andalucía.

Ante el asombro de unos y la perplejidad de otros, los invasores habían evitado disparar sobre la aún imponente mole del Castillo de San Jorge, edificio trianero que se elevaba junto al Puente de Barcas. Aquella antigua fortaleza no cumplía funciones defensivas desde hacía tiempo y los recién llegados sabían que no les supondría mayor peligro. Se había convertido, sin embargo, en el terror de muchos sevillanos: sus estancias albergaban las cárceles de la Inquisición.

Con los ojos clavados en el plano, el Capitán General veía aquella situación como si estuviera dibujada en la propia carta. «Están destrozando las puertas que dan al río», se repitió mentalmente. Si bien eran varias, Enríquez confiaba en que podrían ser defendidas concentrando allí el grueso de las fuerzas españolas. Pero a los suyos no les estaba permitido darse el lujo de ser desprevenidos: con un golpe de audacia, el enemigo podría forzar su entrada por la retaguardia del flanco oriental. Aunque, bien mirado, con el mismo movimiento audaz sus hombres podrían efectuar una salida sorpresiva por esos accesos menos custodiados.

Aquellos malditos de extramuros parecían haber sido creados por el demonio, se decía el de Ribera. Las historias que ya habían hecho circular los que defendían las almenas eran estremecedoras. La noche anterior los habían sorprendido bailando como en un aquelarre, gritando en sus lenguas y

tocando sus condenados atabales. Durante los días del sitio habían asado y hervido a todos los perros de los que pudieron dar cuenta. ¡Comedores de perros! Debían dormir por turnos, y aún muchos se preguntaban si realmente lo hacían. Sus letales cañones eran bien diferentes de los de España, en donde las piezas de artillería sólo servían para hacer humo y ruido, y descalabrar quizás alguna pared o hundir un trozo de tierra.

¿Dónde estarían las fuerzas andaluzas que se habían dirigido a Toledo para apoyar al ejército imperial en su lucha contra los comuneros? ¿Habrían sido ya alertadas? ¿Llegarían a tiempo para socorrerlos, o solamente para enterrarlos? ¿Enviarían las ciudades y casas nobles vecinas a Sevilla algún refuerzo? ¿O se limitarían a alejarse de allí?

«Dios dirá» pensó para sí el Capitán General, mientras inconscientemente pasaba los dedos sobre el sector del plano de la ciudad en donde se encontraba el Palacio de las Dueñas, su hogar, el lugar en donde se refugiaba su familia. ¿Escaparían vivos a aquella debacle que se cernía sobre ellos? ¿Volvería a ver a su hijo Per Afán, a su mujer Inés?

«Dios dirá», se repitió.

IV

TENOCHTITLAN, 1493

E ante cualesquiera ofensa de las naciones vasallas e sometidas, los mexicas de Tenochtitlán alzaban luego sus armas de guerra e convocaban amigos e deudos para ir a dar batalla a los ofensores. E formábanse ejércitos numerosos e bien pertrechados, que en el su camino al lugar do libraríanse los combates ibanse haciendo con prouisiones e más ombres de pelea.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo III.

Corrían ya los primeros días de octubre de 1493.

En el recinto central de Tenochtitlan, allí donde se asentaban los templos, los palacios y las «casas» de los guerreros-jaguar *ocelomeh* y los guerreros-águila *cuacuauhtin*, la actividad había explotado. Ahuitzotl, el *hueyi tlahtoani*, había decidido enviar una expedición de castigo a la tierra de los totonacas, buscando tomar represalia por el intolerable ataque que había sufrido la caravana de *pochtecah* mexicas, aquella que había conducido a los españoles hasta la ciudad del lago. Los espías *quimichin* emplazados en Cempohuallan habían confirmado que la agresión había sido ordenada por el

gobernante local y que, ante el fracaso de la misma, el jefe de los guerreros — líder de la partida atacante— había sido ejecutado, los caminos destrozados y la villa, amurallada. Semejante violación de la precaria paz mantenida entre la gran *altepetl* y sus vasallos no podía quedar impune. Por eso, las fuerzas mexicas y las aliadas de los reinos aculhua y tepaneca —con cuyas ciudades capitales, Texcoco y Tlacopan, Tenochtitlan mantenía una alianza antigua— se aprestaban para el viaje y el combate. Entre ellos irían el propio Ahuitzotl, el rey aculhua Nezahualpilli y el tepaneca, Totoquihuaztli. Pues era tradición que los reyes comandaran sus ejércitos, mientras el gobierno de las *altepetl* quedaba en manos de los *cihuacoatl*, importantes personajes —siempre pertenecientes a la familia real— que cumplían las funciones de un virrey.

A esa partida se sumarían varios *pochtecah*, que eran, además de mercaderes, buenos conocedores de rutas, lenguas y tierras y renombrados guerreros con altos títulos nobiliarios. Quizás todo el asunto no pasara de una exhibición de fuerza y poder por parte de las elites guerreras mexicas y aliadas, y una bien declarada disculpa totonaca adornada con profundas muestras de arrepentimiento y humildad y regada con numerosos presentes y tributos. Aún así, probablemente hubiera algún cruce de armas que permitiría a las huestes atacantes la captura de prisioneros. El destino de esos hombres sería honrar a los dioses sobre el altar de sacrificios de los incontables templos que se elevaban por encima de las aguas del lago Texcoco. Desde tiempos de Tlacaelel la política de los mexicas al respecto era clara: gobernar desde el miedo y rendir culto a la sangre.

Tlacaelel había sido un personaje poderoso dentro de la historia de Tenochtitlan. Hijo del segundo *tlahtoani*, Huitzilihuitl, hermano del tercero, Chimalpopoca, y sobrino del cuarto, Itzcoatl, se había convertido en consejero de éste y había asumido, bajo sus cinco sucesores, importantes

puestos, incluyendo el de *cihuacoatl*, un rango que quedaría en manos de sus descendientes a perpetuidad. De hecho, con Ahuitzotl esa posición la había ocupado su hijo Tlilpotonqui.

Hacia más de medio siglo hispano, durante el reinado de Itzcoatl, Tlacaelel había cambiado gran parte del originario sistema de creencias, códigos y leyendas de los mexicas y los había reinventado, interpretándolos desde un punto de vista nuevo. Así lo contaban algunos cantares:

Se guardaba la historia.
Pero, entonces fue quemada:
cuando reinó *Itzcoatl* en *Mehxico*.
Se tomó una resolución.
Los señores mexicas dijeron:
«No conviene que toda la gente
conozca las pinturas.
Los que están sujetos
se echarán a perder
y andará torcida la tierra,
porque allí se guarda mucha mentira,
y muchos en ellas han sido tenidos por dioses».

La historia antigua, la que conservaban en sus códices los sabios *tlamatinimeh*, había sido reinterpretada y, a veces, directamente destruida para ser rescrita de acuerdo a una postura más interesada. Con ese movimiento, el sagaz y legendario Tlacaelel había logrado que los mexicas y sus dioses dominaran la región de forma absoluta, concediendo orígenes

divinos a sus antepasados y otorgando méritos y atributos heroicos a sus modestas deidades originarias. Al mismo tiempo había conseguido, manipulando las leyendas, que el tributo de sangre fuera el eje de la religión y de todas las actividades militares y socio-políticas de Tenochtitlan y sus aliados. Como resultado, el pueblo mexica pasó de ser un mero grupo tributario a una gran nación respetada y temida. Una especie de *pueblo elegido*. A partir de ese momento, siempre existieron o se buscaron buenas razones para entrar en guerra, anexionarse nuevas tierras, exigir tributos y mantener subyugados y sin memoria a los vasallos.

No dejaba de ser llamativo que para las celebraciones en donde se realizaban masivos sacrificios humanos —celebraciones escasas, por cierto— se invitara a Tenochtitlan a los dirigentes de aquellos reinos considerados como enemigos acérrimos: Tlaxcallan, Michhuahcan, Cholollan, Huexotzinco...

Quizás algún día todo cambiara, se retornara al antiguo sistema de pensamiento y volvieran los tiempos de sabiduría y buen juicio. El mítico rey tolteca Quetzalcoatl —ése del que hablaban tantas leyendas, y del que los mexicas decían ser herederos— sólo sacrificaba mariposas, resinas, flores, hierbas y gotas de sangre propia ante el altar, y se había opuesto estrictamente al sacrificio de seres humanos.

Aquél había sido considerado un monarca bueno, justo, pacífico e inteligente. Pero durante el último ciclo todo eso se perdió y se crearon otros códigos. Desde entonces, la sangre —el «agua preciosa», la joya vital— era la base del sistema. Su derramamiento masivo era necesario, según las elites dirigentes, para que el tiempo y el espacio continuaran su devenir y su equilibrio. También se justificaba cuando los hombres reclamaban la

protección de los dioses o la concesión de algunos beneficios. Y, por supuesto, para que el inestable sistema económico y social mexicana pudiera perpetuarse a lo largo de las generaciones.

A través de un *tlacochcalcatl* —un noble militar de alto rango— los españoles habían sido convocados a participar en la expedición contra los totonacas de Cempohuallan. Muchos habían declinado cortésmente la invitación, entre ellos el escribano segoviano Escobedo y algunos andaluces y murcianos: argumentaron que no tenían demasiada experiencia con las armas... ni deseaban tenerla si no era para defender su propia vida, lo cual no era el caso. Sin embargo, Arana, la gente de Lequeitio, Rodrigo de Jerez, Antonio de Cuéllar y un puñado más habían aceptado con gusto la oferta.

Durante una de las jornadas previas a la expedición, Txatxu de Lequeitio y Rodrigo de Jerez se encontraban en una de las salas de la casa de los *ocelomeh*, ubicada a un lado del gran templo de Tlaloc y Huitzilopochtli, en el recinto central de Tenochtitlan. El segundo —al igual que Escobedo y Luis de Torres— ya manejaba de forma aceptable el idioma náhuatl y era capaz de explicar procedimientos tan complejos como, en aquel momento, el funcionamiento de un arcabuz. Los españoles habían propuesto llevar los cinco que tenían consigo en el viaje que les esperaba, y los guerreros mexicanos habían estado de acuerdo. Su consentimiento no estaba exento de interés. Siguiendo órdenes específicas de sus líderes, los *ocelomeh* y *cuacuauhtin* deseaban conocer todos los detalles y aprender el manejo de aquel misterioso tubo de hierro, que tanta admiración les había provocado desde el principio.

—No entiendo aún, señor don Rodrigo, como podéis hablar esa jerga con tanta soltura. Treinta palabras he aprendido yo hasta ahora, y ninguna dellas pronuncio bien— admitía frustrado el de Lequeitio ante su compañero,

mientras éste aleccionaba a su audiencia sobre la estructura del arma.

—Dello no os preocupéis, amigo mío, que nadie aquí querrá oíros hablar— repuso Rodrigo, enigmático.

—Valme Dios... ¿Y eso por qué?

—Porque nadie querrá verse obligado a sufiros el mal olor de boca, que os hiede a demonios a tres tiros de ballesta— concluyó el otro la chanza, entre dos carcajadas.

Esa misma noche, reunidos para comer algo, los españoles charlaron sobre la expedición. Mientras mojaba una tortilla en salsa picante, Arana preguntó:

—¿Cuánta pólvora nos queda?

—Poca hay— respondió Jacome, el genovés, que era el virtual encargado de llevar la contabilidad de los bienes comunes hispanos. —La mayor parte della es perdida e inservible, que harta salitre de la mar la ha entrado y no creo yo que pueda funcionar.

—Debiéramos elaborar más, a tener lugar de hacello— comentó Escobedo. —Los mexicas han mostrado ya demasiado interés en nuestras armas, a fe mía, y en cómo funcionan. Mucho más después de las demostraciones que muy bien hicieran don Rodrigo y el señor de Lequeitio.— Los mencionados sonrieron halagados. —Si consiguiéramos fabricar más pólvora, más balas, más arcabuces y más hierros, sería bueno para nosotros y, allende desto, bueno para los mexicas. Y así, doble de bueno para nosotros, si vuestas mercedes me entienden.

—Habla con prudencia nuestro escribiente— sentenció Luis de Torres, expresando en palabras la aprobación general. —Mas una vez que los

mexicas aprendan ellos mismos a fabricar las nuestras armas, ¿qué nos garantiza que nos sigan teniendo con vida?

—Lo mismo que lo garantiza ahora, don Luis— repuso el segoviano. —Su buena voluntad. Y nada más. Los mexicas pueden seguir viviendo sin las nuestras cosas, que hasta hogaño hanlo hecho, y harto bien. Si respondemos al su interés y así nos los ganamos, nos volveremos sus aliados, sus amigos, sus hermanos.

—Con vuestra merced me entierren, que sabe de todo— dijo su interlocutor. —Mas tarea dura será el encontrar los elementos, que hierros no he visto aquí, ni plomos.

—Tiempo habemos de sobra para buscallos, don Luis, y nada de más provecho podemos hacer que tenernos ocupados en aquesas nuestras industrias. Que lo invertido agora será ganancia mañana.

Los oídos de todos recibieron complacidos aquella arenga al tiempo que sus bocas daban cuenta de la cena. Con el paso de los días el aspecto de aquellos hombres se había vuelto un tanto curioso: al tener los elementos adecuados, se habían hecho confeccionar calzones, jubones y ropillas por el sastre Juan de Medina, pues ninguno se planteaba siquiera la idea de vestir el taparrabos *maxtlatl*, una experiencia que consideraban desagradable y que ya les había tocado vivir a la fuerza en Kaan Peech y en Cempohuallan. No obstante, calzaban gustosamente las ajorcas *cactli* que eran de uso común en la tierra, pues sus botas y zapatos habían llegado a Tenochtitlan —los que llegaron— podridos y hechos trizas. Y muchos ya se cubrían con las clásicas capas anudadas de los mexicas, las *tilmahtli*, que les ayudaban a defenderse del aire fresco de aquella región en esa época del año. Sentados en cojines bajos *tolcuextli* confeccionados con esteras atadas, masticaban

meditabundos, comiendo con las manos y la ayuda de sus cuchillos, de los cuáles pocas veces se separaban. Ante ellos había una cazuela de *nacatlaolli patzcalloh*, carne aderezada con *chilli* rojo, *tomatl* y semillas de calabaza pisadas. También les habían llevado codornices asadas, tortillas rellenas *tlaxcalpacholli* y cuencos con salsas. Los olores de aquellas viandas se mezclaban con el humo denso y aromático de los braseros que caldeaban e iluminaban de manera difusa aquella cámara. Al cabo de un rato habló Arana.

—Mientras los ocho que vamos a Cempoala nos enteramos de los asuntos y usos de pulicía y guerra de aquesta gente, los que se estén aquí pueden trabajar en ello, que para eso quedarán en la villa nuestro lombardero, y nuestro tonelero, que algo entiende de maderas. Pueden tentar de hacer armazones de arcabuces y ballestas, y, de haber metal bueno, alguna espada o cuchillo.

A eso, Alonso de Morales declaró que él también sabía algo de carpintería, al igual que un tal Lope y el murciano Diego Pérez, que eran calafates. Ellos podrían echar una mano. Dos onubenses, Francisco y Andresillo, sabían de hierros. El primero era el lombardero de la expedición: conocía de cañones, arcabuces y pólvora, además de tener alguna experiencia en minas; el segundo había trabajado algún tiempo en una fragua, como ayudante de un herrero de Huelva. Ambos podrían ocuparse, con un poco de práctica y de colaboración mexicana, de buscar mineral y armar una forja. Y cuando volvieran, los que se iban a tierras totonacas igualmente aportarían sus brazos o sus conocimientos, pues varios de ellos eran hombres familiarizados, de una forma o de otra, con tales oficios. Las tareas quedaron así repartidas, y se apuraron los últimos restos de la comida de aquella noche.



Dos días después —12 de octubre, según el registro que llevaba Escobedo en sus «Crónicas»— el escribano y su amigo *pochtecatl* estaban sentados en el amplio patio de la casa del último, lugar en el cual el extranjero era siempre bienvenido. Cuitlachnehnemini consideraba un honor sus frecuentes visitas, y creía que el comportamiento y las costumbres respetuosas de Escobedo hablaban por sí solas de su corrección. El español descubrió que pasaba mucho más tiempo en aquel lugar o en compañía del *pochtecatl* que en palacio, con su propia gente. Se había dicho a sí mismo que sólo intentaba conectarse mejor con la tierra y sus habitantes. Pero no era del todo cierto. Lo que realmente experimentaba en la casa de su amigo era ese calor familiar que él no tenía ni podía encontrar en otro sitio, un calor que mitigaba el profundo sentimiento de soledad que cada vez lo invadía con más frecuencia. Claro que tampoco podía descartarse el hecho de que a su sensación de comodidad y bienestar estuvieran contribuyendo, y mucho, los ojos oscuros de la joven hija del comerciante.

Por su parte, sus compañeros le reprochaban veladamente sus ausencias. Pero en aquel momento su presencia no era necesaria en palacio. Con Arana y los suyos viajando hacia Cempohuallan y con Luis de Torres, Jacome el genovés y el gris Pero Gutiérrez «haciéndose cargo de todo», él disponía de licencia para ocuparse de sus asuntos como le viniera en gana. Aunque, por supuesto, su participación en las decisiones que afectaran al grupo estaba garantizada. De momento, y a excepción de Escobedo y unos pocos más, el contingente hispano no había puesto demasiado de su parte para integrarse a su nueva vida. Quizás los hombres todavía se estaban reponiendo de su interminable jornada por mares taínos e itzáes, o tal vez asimilar todo aquello les estaba insumiendo más tiempo del esperado.

Cuitlachnehnemini intentaba enseñarle las reglas básicas del *patolli*, juego que se asemejaba al antiguo *parchís* —con su tablero de esterilla, sus dados de judías y sus fichas de piedra— y que, en aquella tierra, tenía cierto trasfondo religioso. Fumaban ambos un fino tabaco en cañas decoradas con verdadero arte, estucadas por fuera y pintadas a mano con vivos colores. La noche caía serena, interrumpida a veces por los sonidos provenientes de la ciudad, los canales y el extenso lago. El español, lejos de prestar atención a las indicaciones que le brindaba el mexica, se había dejado llevar por sus recuerdos. Hacía un año —si no llevaba mal la cuenta— que los tres barcos del Almirante habían llegado a aquella tierra. Doce meses había deambulado por aquel mundo nuevo con sus compañeros, buscando un destino que parecía haberles querido eludir siempre. «Al destino no se lo busca» pensaba el segoviano. «A la postre, es él el que te encuentra».

Si algún día alguien del otro lado del mar pudiera leer las historias que había recogido en su cuaderno de bitácora, quizás creyera muy poco de todas aquellas palabras. «Increíble» era, en efecto, el adjetivo apropiado para calificar todo lo que habían vivido, todo lo que habían atravesado, todos los escollos que habían topado y a los que sólo algunos habían logrado sobrevivir. Se preguntaba si, como había prometido, don Cristóbal habría regresado a buscarlos al Fuerte de la Natividad. Se preguntaba también qué habría ocurrido en tierras españolas durante todo aquel tiempo. «Si esto no es nostalgia, ¿qué es?» se dijo, mientras se acariciaba la poblada barba y veía, a través del humo de su tabaco, a Cuitlachnehnemini. El hombre había interrumpido sus explicaciones y lo miraba con una sonrisa indefinida.

—Un año ha que estoy aquí— manifestó en español, lacónico. Su interlocutor permaneció en silencio y alzó una ceja. Escobedo tradujo la frase.

—*Cuix cactimaniliztli*?³— se interesó el comerciante.

«*Cactimaniliztli*» repitió quedo el segoviano. Probablemente la palabra tendría algo que ver con *cactihcac*, «vacío», o con soledad, o tal vez con añoranza, con algo que se pierde y deja un hueco, o con el pesar que ese mismo hueco provoca. No sabía lo que significaba el vocablo exactamente, o lo que su amigo mexica comprendería al usarlo. Así de complicados eran los idiomas. Pero entendía el sentido, la idea. Y eso, entre ellos, bastaba.

—Un poco...— respondió el escribano, asintiendo.

El mexica dio un par de lentas chupadas a su caña de tabaco, sin despegar sus ojos entrecerrados de los del hispano. Escobedo no hubiera podido precisar la edad de su amigo: era un hombre robusto, de su misma estatura, con la piel muy cobriza, el perfil aguileño, los ojos oscuros y rasgados, el cabello aún negro y vigoroso, los lóbulos de las orejas deformados por los pendientes y surcados por las cicatrices de los autosacrificios. Todo él daba una honda sensación de vitalidad, de energía, de entereza y, a la par, de tranquilidad, de paz consigo mismo. Una paz que el segoviano definitivamente no tenía: a pesar de haber sabido tomarse las cosas con mucha calma, algo se le estaba rasgando por dentro. Quizás el cansancio había llegado todo de repente, junto con el desánimo, la desesperanza, la tristeza...

Y sí: también la melancolía.

Cuitlachnehnemini comentó que lo mejor que podía hacer era mantenerse atareado, cuidarse bien, ocuparse de sí mismo y de su bienestar y planear qué quería hacer en el futuro. A lo mejor debería pensar en una

³ En náhuatl, «¿Es nostalgia?».

familia, en un oficio, en echar raíces en aquel lugar en el que ahora estaba. Sus destrezas y su saber serían muy apreciados por todos allí. «El que interpreta los signos; el sabio; aquel en cuya mano reposan los libros, los escritos; aquel que guarda la tinta negra y la tinta roja»: tales epítetos eran usados por los mexicas para designar a sus escribas, colmándolos siempre de grandes alabanzas. Con esas posibilidades, no le sería difícil formar un hogar propio. Escobedo esbozó una sonrisa. Quizás su compañero mexica llevara razón.

Dejó de lado el tabaco, que ya se agotaba en las últimas briznas, y miró el cielo estrellado.

—*Notech icniuh... xipahpaqui. Tehhuantin timitztlazohtlah...*⁴— le animó el mexica con un gesto amable.

Escobedo se lo agradeció de veras. En efecto, aquél ya era un buen comienzo. Antes de concentrarse en las reglas del *patolli*, el segoviano quiso sacarse una duda.

—*Cuitlachnehnemini... Ic otiyol, otitlacat*.⁵

El mexica meneó la cabeza. Aquel hombre y su curiosidad eran exasperantes. Usando el castellano básico que, gracias a la suya propia, había ido aprendiendo, respondió a la pregunta del español con otra:

—¿Cuándo cortáis la vuesa barba?

Las carcajadas cortaron el aire nocturno de aquel patio y se perdieron en alguno de los canales que atravesaban la enorme ciudad de Tenochtitlan.

⁴ En náhuatl, «Amigo mío... alégrate. Nosotros te queremos...».

⁵ En náhuatl, «¿Cuándo has venido a la vida, has nacido?».

V

SEVILLA, 1521

E cantaron las tropas del sur, las de las montañas nevadas y las aldeuelas de barro e paxa. Al ritmo de las sus rodelas avançaron, que harto espanto puso en los ánimos de los defensores de las murallas. E letanías entonaban en su lengua, amenaçando de muerte a los sevillanos e sus familias, e otras tantas cosas que ellos usaban dezir en ocasiones de guerra.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo III.

En algún momento entre sexta y nona de aquel 8 de julio, las entradas de Sevilla finalmente cedieron. Primero se derrumbó la Puerta Real, y luego la del Arenal y la de Triana. Todo el ángulo sudeste de la villa, desde la Mancebía al Alcázar y las Atarazanas, estaba quedando desprotegido.

Al frente de las tropas invasoras, ataviado con sus mejores galas de combate, el *tlacochcalcatl* mexica Tepehuahtzin observaba el panorama desde la orilla del Guadalquivir. Aquellas puertas sevillanas eran bajas y ciertamente estrechas, y por encima de ellas, tras ellas y en sus flancos se vislumbraba un enjambre de hispanos sosteniendo armas de fuego y ballestas

que brillaban bajo el sol. Sus disparos significarían numerosas bajas en su ejército. Debía ocuparse de proteger la infantería con sus arqueros y arcabuceros. No podía exponerse a perder hombres que no podrían ser reemplazados en el corto plazo. Ordenó a sus mensajeros que, mediante las banderas de colores y los toques de bocinas, avisaran a los infantes de la vanguardia y a los hombres armados de arcos y arcabuces que se alistaran para entrar en combate.

En la primera línea de ataque de la Serpiente Emplumada estaban las naciones vasallas. Las antiguas costumbres que obligaban a las más expertas elites de combatientes mexicas y sus aliados a entrar los primeros en batalla habían sido modificadas muchos años antes. Las nuevas reglas requerían que las huestes que no pertenecieran a Tenochtitlan encabezaran la formación, abriendo el avance de las otras tropas y convirtiéndose, muchas veces, en un verdadero escudo humano.

Allí, en aquellas filas adelantadas, tensos como cuerdas de arco, se situaban las fuerzas de las montañas del sur, los hombres del Inca del Tawantinsuyu. Había quechuas, wankas, chankas, aymaras, yunkas, hombres de distintas comunidades y orígenes vinculados por la piel, las costumbres y la lengua quechua del Qusqu. Y obligados por su regente a servir a los señores mexicas en sus guerras, igual que los mercenarios mexicas lo servían a él en las propias. Sus manos apretaban mazas *waqtana* con cabezas de piedra en forma de estrella, espadas *tuqsina* y picas *turpuna*, y de sus fajas de lana *chunpi* colgaban haces de boleadoras capaces de romper piernas o desnucar a los guerreros más fornidos. Algunos se cubrían con cascos *umachina* embellecidos con lana o plumas, y casi todos llevaban las orejas perforadas, exhibiendo adornos que delataban su origen y procedencia. Cargaban, sobre el brazo izquierdo, rodela de madera *wallkanka* reforzadas con placas de

hierro, y unos pocos aún sujetaban las hondas *waraka* que habían empleado en los primeros ataques contra los defensores de las murallas aquella misma mañana.

El general *tlacateccatl* de aquel cuerpo, siguiendo las indicaciones de los heraldos de Tepehuahtzin —que alzaban banderas y soplaban caracolas— mandó a sus hombres que se aprestaran. Aquel oficial se llamaba Wayrachaki, y había sido un famoso Hatun Apu del ejército Inqa. Procedía del norte del Tawantinsuyu, según se decía, y se dirigía a sus hombres usando la lengua quechua de su patria, aunque hablaba también el náhuatl de los aliados mexicas. El conjunto de hombres a su mando se concentraban ante las puertas abatidas en pequeños grupos, con las elites guerreras a sus espaldas, oyendo el repicar de las campanas de la ciudad y el estrépito de los tambores de los barcos de la serpiente con plumas. Los cañones habían cesado sus disparos. El momento se acercaba. A los lados de esa vanguardia se aprestaron arqueros y arcabuceros: caribes y taínos de las islas del Mar Central, mayas de las selvas del sur y *chichimecah* de los desiertos del norte. Más diestros con los arcos que con las armas de fuego, usaban poco las últimas pero eran capaces de acertar cualquier blanco a una distancia de cincuenta varas con los primeros.

Tepehuahtzin no perdía de vista las murallas. Meditaba. El movimiento que pensaba hacer era demasiado arriesgado. Inmediatamente después de la avanzada había ubicado el fuerte contingente de *cuachicqueh*, de guerreros-jaguar *ocelomeh* y de guerreros-águila *cuacuauhtin*. El resto de sus fuerzas —un conglomerado de combatientes jóvenes, aliados y artilleros— quedaban detrás, casi arrinconados contra las orillas del río, o desplegados en distintas agrupaciones frente a los paños de muralla que se extendían entre las puertas, alrededor de toda la ciudad. Aquello sería como

jugar *patolli* con su oponente, un desconocido general o capitán que seguramente estaría devanándose los sesos en algún punto del interior de aquel recinto fortificado. ¿Cuál sería su próximo movimiento? ¿Se abandonaría a la desesperación de una partida tan desigual, o escondería sorpresas inesperadas tras los muros? ¿Tendría allí cañones, *cahuayomeh*, armas de fuego...?

El general mexica seguía cavilando. Intuía una amenaza sobre las murallas y quería evitar pérdidas. A través de uno de sus mensajeros, hizo llamar urgentemente al jefe de artillería. El *tlacochcalcatl* quiso saber si los cañones podrían lanzar metralla y cadenas a la altura de las almenas. El hombre miró el borde de aquellas paredes, hizo un par de rápidos cálculos mentales y asintió en silencio. Había entendido la idea. Volvió a su puesto mientras despachaba avisos a todas las unidades de artillería con órdenes precisas. Al mismo tiempo, Tepehuahtzin mandaba alertar a las tropas para que esperaran.

Los primeros disparos de metralla no alcanzaron su objetivo. Sólo algunas esquirlas de piedra y metal mordieron los cuerpos de los defensores en lo alto; las demás se deshicieron contra la piedra y la argamasa. Los artilleros mexicas corrigieron el alza de sus obuses, levantando los pesados cilindros de bronce con la ayuda de cuñas de madera y otros elementos a mano. Para la cuarta andanada habían logrado el ángulo preciso, sembrando graves heridas en toda la línea de almenas, pero sobre todo en las más próximas a las puertas. Tepehuahtzin se sintió satisfecho. Aquello lucía mucho mejor.

Había llegado el momento. Tomó de entre sus ropas un pequeño tamborcillo de oro, el *yopihhuehuatl* —divisa de todos los grandes líderes

guerreros mexicas— y batió con fuerza su decorado parche. Los tañedores de caracolas, ante aquel gesto, agotaron el aire de sus pulmones en un soplo conjunto, unánime.

La tensión de las huestes de la Serpiente Emplumada fue rota por tan ansiada señal. Resonó un bramido de bocinas, y el grito de Wayrachaki a sus hombres partió el aire y se escuchó en todo el Arenal.

«*Jacku, runakuna! Tukuy kallpawan!*».⁶



Las voces de los arcabuceros y ballesteros que estaban en las almenas, sobre las puertas que se asomaban al Arenal, anunciaron el inminente choque. Soldados, artilleros, *pecheros* armados y jinetes se persignaron.

El grueso del ejército de la serpiente con plumas se dirigió hacia la Puerta de Triana mientras importantes secciones avanzaban sobre la Real y la del Arenal, sorteando pavesas y restos negruzcos y alzando ceniza a su paso. En lo alto, los defensores afirmaron sus armas contra los bordes de piedra de los fatigados muros. Allí asentaron las cureñas de las ballestas y los caños de los arcabuces, mientras intentaban esquivar las infinitas esquirlas que les enviaban los cañones contrarios. Aquellas figuras oscuras se les venían encima lentamente, casi en formación. Su espanto no fue menor cuando un extraño sonido escaló las murallas y sobresaltó el ánimo de todos ellos.

Los invasores cantaban.

⁶ En quechua, «¡Vamos, hombres! ¡Con toda la fuerza!».

El canto provenía de los hombres del Tawantinsuyu. Entonaban una letanía en quechua, cuya primera frase era delineada por unas pocas gargantas y respondida por todas las fuerzas al mando de Wayrachaki, las cuales, además, marcaban el ritmo golpeando sus escudos *wallkanka* con las armas que esgrimían, y haciendo rugir trompetas de caracol o de cráneos de perros. Aquella mezcla de voces, opacadas —o quizás reforzadas— por el estruendo de los tambores, el voltear de las campanas y el entrechocar de las armas, se presentaba a los ojos hispanos como algo sobrenatural, un espectáculo que ponía los pelos de punta, secaba bocas y encogía pechos.

—*Auqakunata wañuchisunmi...*— proferían aquellos funestos alaridos.

—*Kunturhinami chawpi pachapi...*⁷— respondía al unísono la masa, cuando algunos chicotazos de las ballestas hispanas atravesaban ya aire y canto para ir a enterrarse, con ecos secos y vibrantes, en las *wallkanka* más adelantadas.

—*Wach'ikunanku wayra kanqanku...*— se exaltaban las voces iniciales.

—*Rumihinaqa, sallu kasunchiq...*⁸— contestaba la furibunda tropa a voz en pecho, a la vez que los arqueros *chichimecah*, caribes, taínos y mayas iniciaban las escaramuzas y bajaban un puñado de enemigos de las almenas con sus certeros disparos.

⁷ En quechua, «A los enemigos demos muerte / como el cóndor en el centro del mundo».

⁸ En quechua, «Sus flechas serán aire. / Como la piedra, duros seremos».

—*Yawarninkuta ujjakusunchiq...*— volvían a clamar los conductores de aquella arenga, avanzando con una resolución y una temeridad inauditas hacia la línea de fuego de los sevillanos y hacia las puertas que les esperaban a unos pocos pasos, abiertas entre los escombros como una invitación.

—*Hatun llallita ujsarisunchiq...*⁹— aullaban las bocas morenas, acentuando cada sílaba, mientras arqueros y arcabuceros tomaban precauciones. Estaban casi en la línea donde podían ser blanco fácil de los proyectiles.

—*Tawantinsuyup runakunanta...*— exclamaron las voces principales, cerrando aquella letanía.

—*Auqakunanchiq yuyarinqanku...*¹⁰— corearon los hombres de las montañas y valles del austro de las Tierras del Oeste. No se había apagado aún el sonido de aquella frase final cuando los flancos recibieron la orden.

«*Mitl!*».

De aquella marea humana surgió la enésima lluvia de flechas que los hispanos soportaron aquel infausto día. Los arqueros se iban turnando, convirtiendo la andanada en una corriente continua de puntas de madera, metal, hueso y piedra que buscaban, hambrientas, carnes en las que hundirse. Obligados a refugiarse tras los muros para protegerse o a cubrirse por completo con las rodela, los tiradores de las almenas quedaron casi inmovilizados. Las bocinas de la Serpiente Emplumada dieron el aviso para avanzar de nuevo, mandato que fue obedecido ciegamente por las fuerzas de

⁹ En quechua, «La sangre de ellos nos beberemos. / La gran victoria lograremos».

¹⁰ En quechua, «A los hombres del Tawantinsuyu / nuestros enemigos recordarán».

vanguardia y por las elites que les pisaban los talones, impacientes por entrar en combate.

Lo que habían visto los defensores de las entradas del casco viejo del puerto de Cádiz una semana antes no fue nada comparado con el espectáculo de río crecido y desbocado que brindaron los atacantes a aquellos sevillanos que los esperaban al otro lado de las puertas destrozadas. Éstos dispararon las piezas de artillería que habían reunido tras ellas, y un torbellino de balas y saetas segó la vida de quienes se internaron primero en el recinto fortificado, yunkas, quechuas y aymaras que jamás volverían a ver sus aldeas de adobe y piedra ni sus terruños natales. Pero el flujo de hombres era imparable. Saltando por encima de los cuerpos deshechos, siguieron entrando y siguieron cayendo, hasta que la capacidad de los defensores de recargar sus armas se vio desbordada y comenzó la lucha cuerpo a cuerpo. La delantera allanó el camino para que irrumpieran las elites mexicas, mientras cañones y arqueros no dejaban de arrojar sus mortíferas cargas desde fuera —aunque en un ángulo más cerrado, para evitar que los tiros perdidos hirieran a los hermanos que ya luchaban dentro— y muchos saeteros penetraban en Sevilla para ocuparse de cubrir las espaldas a sus compañeros.

Y allí se cruzaron y entrelazaron miles de pequeños dramas personales, cuyos desenlaces eran veloces; cientos y cientos de momentos en los que hombre y hombre se enfrentaban y peleaban por su vida y la muerte contraria, que para el caso era lo mismo. Y de aquellas historias instantáneas y fugaces sólo quedó el relato de los protagonistas que lograron sobrevivir y contarlas.



Un mexica abatido por las balas y los chicotazos sevillanos yacía entre los demás cuerpos caídos ante las murallas, en un lecho de cenizas y escombros. El dolor provocado por el fuego que lo había atravesado había dado paso a un frío intenso y paralizante, un abrazo gélido como el de los vientos que bajaban a Tenochtitlan desde las montañas en los días de invierno. Apenas sentía el brazo derecho pero, haciendo un último esfuerzo, pudo levantar el izquierdo, en el cual aún llevaba su rodela. Muy despacio, la alzó sobre su rostro, bajo un sol difuminado por las humaredas.

Dos docenas de débiles rayitos de luz atravesaron los agujeros que perforaban su escudo y dibujaron pequeños círculos sobre su cara pintada, cubierta de mugre. Antes de dormirse para siempre, aquel guerrero pensó con orgullo que dos docenas de orificios serían más que suficientes para poder contemplar al dios sol.



Wayrachaki y un puñado de seguidores chankas y wankas —famosos por su arrojo y valentía— entraron por la Puerta Real y desafiaron a la caballería que comandaba el hermano del Duque de Arcos, don Juan de Figueroa. Cubiertos de petos, cascos, morriones y golas, aquellos hombres vestidos de acero embistieron desde lejos contra las tropas invasoras con rodela, picas y espadas en mano. Sin dudarlos, los hombres de Wayrachaki desenlizaron las boleadoras de sus fajas *chunpi* y comenzaron a revolverlas, mientras, a sus espaldas, los *ocelomeh* mexicas y sus pares tlaxcaltecas, totonacas y zapotecas acababan con la vida de un buen número de sevillanos que intentaban cortarles el paso.

Encabezaban la embestida el de Arcos y varios de sus seguidores, entre quienes se encontraban los Tello, los Portocarrero, los Pineda, los Saavedra, los Esquivel y los Cassaus. Pero sus apellidos no significaban nada para los wankas, en cuyos brazos giraban las tres cuerdas trenzadas de cuero crudo de llama, rematadas en sendas pelotas de piedra. Con la carga de hierro y caballos a veinte varas, lanzaron las boleadoras *liwi* a las patas de los animales, se cambiaron de mano la pesada maza y saltaron hacia sus adversarios. Los primeros caballos, con las extremidades enredadas por los certeros tiros, se desplomaron entre el polvo que habían levantado sus cascos. Los que venían detrás, al no lograr esquivarlos, tropezaron y cayeron sobre ellos. El de Arcos no tuvo siquiera tiempo de salir de debajo de su derribada montura, y su casco de acero toledano poco pudo hacer ante la media docena de mazazos con los que un moreno guerrero del Tawantinsuyu borró sus recuerdos, sus ínfulas y sus pecados. Sus compañeros hacían lo propio con caballos y hombres por igual, destrozándoles el cráneo a golpes. Los caballeros que no habían chocado con los animales derrumbados se reordenaron y volvieron a cargar. Wayrachaki y los suyos se dispersaron entonces, buscando otros objetivos, y dejaron el campo libre a los feroces *cuachicqueh* mexicas, dignos de ser temidos. Con sus cabezas semi-rapadas, sus tocados de plumas, sus labios y orejas horadados y sus rostros pintados, esos espantosos guerreros iban armados con un hierro en cada mano y una rodela en el antebrazo izquierdo. Una de esas armas era, invariablemente, una especie de espada de dos filos, de hoja ancha y deforme. En la otra mano, muchos llevaban un cuchillo fuerte y curvo como una hoz, y otros, un hacha doble. Girando sobre sí mismos, cubriéndose ora la cabeza, ora el costado, saltando, empujando, pateando, ejercitando toda su violencia, sus peores instintos y sus mejores habilidades, avanzaban tumbando sevillanos. Lo

mismo atravesaban cuerpos que tajaban brazos y cabezas, sin importarles lo cubiertos de hierro que estuvieran. Enfrentados a los jinetes, hicieron patinar las puntas de las picas contrarias sobre sus escudos mientras desjarretaban las caballerías y las abatían. Ya en tierra, los españoles no tuvieron ninguna oportunidad de defenderse, pues terminaban enredados en estribos, sillas y riendas, sobre los que brincaban sus oponentes para acallar para siempre sus alaridos.

Muchos invasores eran alcanzados por los proyectiles que seguían disparando los soldados españoles desde las almenas. Pero los arqueros que cruzaban las puertas ya se ocupaban sumariamente de ellos. Con dos o tres flechas cruzadas entre los dientes para no perder tiempo buscando en las aljabas, apuntaban al pecho o al abdomen de sus contrarios y arrojaban saetas a una velocidad de vértigo. En algunas ocasiones sus puntas ya estaban ensangrentadas, pues habían traspasado con anterioridad caras, brazos y vientres hispanos en las cercanías de la puerta.

Los *atlatl* de los tlaxcaltecas y otomíes tampoco descansaban. Uno tras otro echaban a volar agudos venablos de madera endurecida al fuego. Desconocidas por los españoles, esas armas eran capaces de perforar petos y gruesos jubones. Algo sencillo para los guerreros de las Tierras del Oeste, cuya habilidad les permitía efectuar varios disparos en instantes. Fueron ellos quienes se enfrentaron a las descargas de los arcabuces sevillanos, inclinándose para evitar el disparo y aprovechando el tiempo de recarga de las primeras filas para abatir a cuantos se cruzaron ante sus ojos oscuros. La confusión que sembraron entre los soldados les permitió acortar las distancias y caer sobre ellos, ultimándolos a golpes de hacha o a filo de cuchillo. Eran tan diestros con el *atlatl* como en la lucha cuerpo a cuerpo: agachándose, quebrando rodillas y muslos primero, y hundiendo a sus

enemigos en la tierra para luego degollarlos, acrecentaron el pánico que cundía en toda Sevilla.

Guerreros chankas y wankas al mando de Wayrachaki, sujetando las *wallkanka* abolladas, continuaban destrozando cuerpos con sus mazas, aunque muchos eran rendidos por las espadas o el plomo de los arcabuces. A manos wankas cayó aquel Valencia de Benavides emparentado con la casa de Medina-Sidonia. Como el suyo, otros rostros quedaron literalmente borrados ante el embate de aquellos espantosos martillos. Bajo las picas andaluzas pereció una tropa entera de guerreros mixtecas, junto a su famoso *tlacateccatl*. Al cabo de unas pocas horas la tierra y el empedrado de las vecindades de la puerta lucían bermejos: oscurecidos y húmedos, despedían ese olor a metal tan reconocible de la sangre. Los gritos rebotaban entre las paredes de piedra y ladrillo, voces en medio centenar de lenguas distintas que hablaban de dolor, de miedo, de muerte.

Los sevillanos más avezados en el arte de la esgrima protagonizaron breves duelos que bien podrían haber sido cantados luego por los trovadores nómadas. Enfrentados a bravísimos contrincantes, lucharon a dos manos, con daga y toledana, intentando alcanzar al contrario, el cual, conocedor de sus mañas, terminaba siempre por encontrar el hueco o el momento para herir al español, derribarlo y ejecutarlo sin miramientos. Fue así como perecieron Luis de Guzmán, cuarto señor de la Algaba, y el oidor don Juan de Guzmán, entre tantos otros valientes.

Bajo los arcos de la Puerta de Triana pasó Tepehuahtzin con otros generales aliados y vasallos. Junto a ellos había muchísimos hombres de los desiertos del norte —p'urhépechas, macurawes, konkáak y yoremes— avezados en el uso del cuchillo y de las filosas hachas de bronce y hierro. Los

guerreros-águila mexicas que acompañaban al gran general debieron hacer nuevos y denodados esfuerzos para vencer la porfiada firmeza con la que seguían aguantando los sevillanos allí concentrados. Sin embargo, cuando los arcabuces y las ballestas fallaron, el cuerpo a cuerpo dirimió las diferencias a favor de los atacantes, que poco después se hicieron definitivamente con la entrada y comenzaron a invadir parte de las vecinas callejas, estrechas y sinuosas.

El aire se había vuelto irrespirable de tanto humo y tanta sangre como arrastraba: la pestilencia de las armas y las heridas se pegaba en la piel, en el pelo, en la boca, en los ojos, en el alma. Para los locales, excitados por el fragor, por la quemazón en el estómago, por su propio terror a ser aniquilados, no parecía haber otra cosa que el desesperado intento por sobrevivir a cada encontronazo con un rival. En aquel punto de la batalla fueron varios los guerreros-águila que todavía tuvieron que hacer frente a los hombres a caballo que lideraba Francisco de Sotomayor y Portugal, quinto conde de Belalcázar, quien a la fecha no contaba con más de veinte años. Algunos mexicas, a pesar de su osada valentía, no supieron protegerse y cayeron bajo las picas de los jinetes y los cascos de sus bestias. Pero en seguida otros más hábiles se ocuparon de matar a los enjaezados animales —apuntándoles a los ojos o a los flancos— y de poner fin a la obstinada resistencia de los españoles, hincando sus armas en cuanto resquicio hallaran en sus armaduras. El de Belalcázar aún se defendió bravamente, pie en tierra, y acabó con dos de sus rivales antes de que una tosca espada le abriera las entrañas.

En la Puerta del Arenal ocurría otro tanto. Allí, los aliados mayas de las húmedas selvas del sur —ch'oles, kaqchikeles, tzeltales—, ondeando sus plumas manchadas de coágulos rojizos y exhibiendo en sus tiznados rostros

los restos de las pinturas que no habían sido borradas por el sudor, abrían el camino para el trabajo de los guerreros-jaguar y de muchos otros bravos. Acostumbrados a inutilizar a sus adversarios para hacerlos prisioneros, los mayas no tuvieron mucha dificultad en desarmar a los mermados defensores y acabar con sus vidas de un certero tajo en la garganta. Los *ocelomeh* dieron cuenta de la caballería ayudados por varios guerreros tzotziles, que usaron sus cerbatanas para herir a los animales y convertir la ordenada formación de los sevillanos en una tropelía confusa.

Aunque el Postigo del Carbón —cercano a la Torre de la Plata—, el del Aceite, el del Alcázar y la Puerta de Jerez no resultaron ser presas tan fáciles, las demás puertas que miraban al Arenal —la de San Juan, la de la Almenilla— eran rebasadas una tras otra. Lo mismo acontecía en los restantes accesos a la ciudad, donde escaramuzas e intercambios de disparos se sucedían sin interrupción. En todos ellos los peones y hombres a caballo iban retrocediendo sin dejar de pelear.

Los invasores insistían en limpiar las almenas de tiradores, lo cual tomó mucho tiempo y costó numerosas vidas. Pero, toda vez que la lucha se desarrollaba entonces dentro de la ciudad y no en sus bordes, los arqueros *chichimecah* fueron dejando de lado sus arcos y metiendo mano a sus armas de filo, a sus mazas, a sus hachas y sus lanzones, enfrentados a los cuales perecían sus enemigos tras una opresiva agonía.

Pasaba la hora de vísperas y ya atardecía cuando las campanas de Sevilla se llamaban a silencio y los tambores y bocinas de la serpiente con plumas anunciaban la victoria, ajenos a los tortuosos caminos que aún les faltaba recorrer a sus huestes para que la villa del Guadalquivir cayera totalmente. Retirados al interior de su laberíntica ciudad, los sevillanos

esperaban. Por su parte, resguardados en las recién tomadas puertas y murallas, los mexicas y sus aliados se preparaban para afrontar la larga noche que les aguardaba.

Poco después sólo se oían los gritos y quejidos de los heridos allí donde se habían sucedido los combates. Aunque los de los hispanos no durarían demasiado.

VI

TENOCHTITLAN, 1493

Non son conocidas las herramientas de fierro entre los naturales de Tenochtitlán, ni entre ninguno de los pueblos del Yucatán, que de piedra, leño y bronze hizieran sus armas e útiles... De grande utilidad serían sierras e hachuelas para labrar las fermosas maderas que crescen en las florestas e montañas magníficas de la tierra de los mexicas.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo III.

—Paresce que don Rodrigo de Jerez hásenos enamorado— decía con toda la mala intención del mundo Andrés, el grumetillo de Huelva, mientras él y sus compañeros fumaban tabaco después de la cena. Habían «llegado a las aceitunas», como aún gustaban decir para señalar el fin de la comida, aunque allí en Tenochtitlan las aceitunas no fueran ni siquiera un recuerdo.

Todos sonrieron pícaramente. Si había algo a lo que eran dados aquellos españoles era a los chismes y a las chanzas, especialmente cuando el individuo objeto de las mismas no se encontraba presente. Tal era el caso: Rodrigo de Jerez —que no era de Jerez, sino de Ayamonte, Huelva— estaría

en aquel momento camino a Cempohuallan junto con Diego de Arana, Txatxu y Domingo de Lequeitio, Martín de Urtubia, Antonio de Cuéllar, el cordobés Corvalán y el sevillano Fernando Ordóñez. Podían hablar libremente. Y como eso no era pecado...

—¿De una mexica?— preguntaba Alonso de Morales.

—Ajajá...— asentía, divertido, el jovencito. —¿De quién, si no? ¿De una florentina?

—Bufff, pues a ver si con su don de lenguas cantalle puede eso de...

A tus labios rosados,
niña graciosa,
van a buscar almíbar
las mariposas.

Todos rieron, imaginándose al onubense traduciendo esforzadamente la tal coplilla al náhuatl.

—Hombre, mal gusto no tiene el mozo, que las mujeres de estos lares bellas son. Que ya lo dice el cantarejo ese:

Como una y una son dos
por las morenas me muero.
Lo blanco lo hizo un platero,
lo moreno lo hizo Dios.

—Mucho pelar la pava veo yo— terció Jacome el genovés —mas tengan en mientes vuestas mercedes, que jóvenes son, que...

Nadie pele la pava
porque está visto
que de pelar la pava
nacen pavitos.

—Bueno... ¿Es que usted no piensa pelar la pava, don Jacome?—
pinchó Andrés.

—Eso, eso...— agregó otro. —Y decille a una moza aquello de...

Si yo me viera contigo,
la llave a la puerta echada
y el herrero se muriera
y la llave se quebrara.

Las carcajadas atronaban. El genovés se quedó pensativo y sin respuesta ante los chicotes de los demás, acordándose de un refrán de su tierra: *Chi dixè donna, dixè danno*.¹¹

—Debe animarse vuesa merced, señor Jacome. Ande la rueda y coz con ella— aconsejaba el murciano Diego Pérez.

¹¹ Proverbio genovés basado en un juego de palabras. «Quien dice mujer, dice daño».

—Reíd, reíd, mas algo habrá el matrimonio cuando menester ha de bendición de cura— apuntó Pero Gutiérrez, antiguo repostero real y hombre tímido y opaco donde los hubiera.

—¡Ah! ¿Tiene miedo de que lo anoten a vuesa merced en el grueso registro de San Cornelio?— gimoteó, aún riendo, Andrés de Huelva, imitando con los dedos índice y meñique un par de cuernos sobre la frente.

—Muchos melindres no se gastan las mujeres para inscribirte en él, zagal— respondió el otro, picado. —En menos que tumba un dado te encuentras con la gente murmurando si te apunta o no te apunta hueso de más en la cabeza. Y el que se lleva el chasco termina mamándose el dedo y aguantándose el clavo sin voces.

—Eso será porque es vuasé más manso que todos los carneros de la cristiandad y la morería juntos, maese Pero.

—Tú pregúntale al señor de Arana, que allá en Castilla dejó mujer e hija— argumentó el aludido, con una mueca odiosa. —Ya sabes eso de que...

Pocos eclipses el sol,
y mil la luna padisce;
que son al deslíz más prontas
que los hombres las mujeres.

—¿Dejó allá mujer?— se interesó Escobedo que, raro en él, estaba en la rueda de presentes.

—El capitán Diego Henríquez de Arana, don Rodrigo, es primo segundo de la segunda mujer del Almirante don Cristóbal. Tiene esposa en

Córdoba, y una hija, doña Catalina Henríquez de Arana— informó sumariamente el interpelado. —Lo sé porque don Diego pidió al Almirante, antes de que volviera éste a Castilla, que a ellas fueran sus sueldos, que varios miles de maravedíes cuentan. Eso oílo yo en persona.

—Pues si le han robado a la parienta— intervino Andrés —que allá se vuelva y que cante...

Mi mujer me han robado
tres días ha;
ya para bromas basta:
vuelvanmelá.

Las risas no paraban. Los de Huelva —mayoría en aquella sala— tenían una labia tremenda y más refranes que libro antiguo.

—Al casamiento, pecho y a otra cosa, señores. No se fundieron campanas para asustarse del repique— señalaba Francisco de Lepe.

—Sí, sí, mas para el señor Arana cuernos hay, como que cada cuatro años uno es bisiesto.

—Tened la lengua, señores— recomendó el escribano segoviano — que si maese Arana se entera de vuestros dichos, va a echar bellos verbos por su boquita de hijodalgo.

—Bien está, mas... ¿quién es la moza que mira maese de Jerez, Andresillo?— se volvieron algunos al grumete, retomando el tema principal.

—La hija de un señor guerrero, hombre de más humos que una chimenea vieja. A ver quién es el monigote que le resuelle gordo. No le veo yo

buenas trazas al tal asunto, no...

—¿Y es linda moza?

—Por la cruz de mis calzones que vale la pena, sí.

—Por la cruz que no tienes...— aclaró Escobedo.

—...de los calzones que tampoco tengo, señor escribano— puntualizó riendo Andrés. —Mas don Rodrigo tiene harta experiencia en eso de los lances amatorios, que eso lo sé yo. No hubo hembra de tumba y trueno en su tierra que él no tratase de tú a tú.

—Mucho sabes tú, *zoenòtto*— sentenciaba el genovés. —Con tantos jemes de lengua como la tuya podríamos hacer comilona.

—No sé, no sé— replicó el muchachillo. —Mas si don Rodrigo no quiere nada con la mexicana, yo le haría un favor a la moza, que hartito me gustaría.

—¿Y después dello?— preguntó Jacome.

—Nada, don Jacome, nada... Pasará como con el virgo de Justilla, que se perdió entre las pajas.

—¡Ved qué torpe y qué cosas!— se exasperaba el genovés. —Vas a terminar tú con la testa en el «zompante» ese.

—¿Qué a mí?— se mofaba el onubense, descostillándose. —No, no, no... ¿Acaso no sabe vuesa merced que a virgo perdido nunca le falta marido?

—Puede que estos mexicas tengan viejas que zurzan virgos con seda, como en Castilla— comentaba Francisco de Lepe.

—Ya me sé yo de que pata cojeas tú, Andresillo— concluía Escobedo. —Mal sosegada debes traer tú la punta de la barriga.

—No lo sabe bien vuesa merced... ¡Como cola de alacrán, y aún peor!

—Y aún peor, sí, que aquella muerde sin hinchar, y la tuya hincha por nueve meses.

En aquel momento llegaba el *cacahuatl* —amargo, espumoso y caliente— con el que concluía la cena, y algunas vasijas de *octli*. Los hombres dejaron el primero de lado porque, según ellos, para amarguras ya tenían las suyas.

—Ah, he aquí la alegría de todas mis penas— suspiró embelesado Juan de Medina, el sastre del grupo, asiendo una de las botijas de *octli*.

—Agua haría mejor en beber, don Juan, así os medre Dios, que los mexicas no gustan de borrachos— le previno Pero Gutiérrez.

—El agua cosa mala es, don Pero, que en ella críanse ranas y sabandijas. En cambio, ¿veis alguna dellas aquí dentro? A fe que no. Este brebaje conserva la salud y alegra el espíritu del hombre— explicó el interpelado antes de vaciar su primera jarra y acercarse a un brasero para encender otro manojo de tabaco suave. Luego agregó: —Además, maese Pero, ya sabe vuasé que la seca garganta, ni gruñe ni canta.

—Oídme un momento— anunció Escobedo, levantándose mientras terminaba su *cacahuatl*, al cual él, particularmente, se había aficionado. —Mañana comenzaremos las labores, que es hora ya de principiar las nuestras industrias. Creo que don Luis tiene aparejado todo para que los que conozcan de maderas tengan tratos con ellas.— El aludido afirmó que así era. —Llevad vuestras herramientas, que hierros no trubaremos aquí y habredes menester dellos. Los que saben de menas de metal vendrán conmigo en unos días, creo...

Todos dieron su visto bueno. Algunos también se levantaron, y otros sacaron unos dados para echar una partida. Antes de abandonar la sala, Escobedo puso su mano sobre el hombro de Juan de Medina.

—Sed juicioso con la bebida, hermano Juan— le dijo suavemente. —Aquí no gustan ni de «bebiendos» ni de «bebidos», y ved que no estamos en posición de disputas.

Molesto, el reprendido se zafó de la palmadita del segoviano.

Cuando Escobedo se marchó, Medina se sirvió otra jarra de *octli* de maguey y, mirando por encima del hombro, recitó pomposamente:

Un escribano y un gato
en un pozo se cayeron.
Como los dos tenían uñas
por la pared se subieron.



Luis de Torres y Rodrigo de Escobedo salieron juntos de la *cohuacalli*, sector del palacio en el que se alojaban: el primero, para terminarse su tabaco bajo las estrellas; el segundo, camino de la casa de su amigo mercader.

—¿Habéis novedades de los nuestros, don Luis?

El murciano —judío viejo, buen intérprete de lenguas y hombre de confianza— meneó la cabeza, mientras chupaba su *cohiba* de finas hojas mexicas.

—Nada he oído. Quiera Dios que salgan bien parados de la aventura.

—Nosotros, a lo nuestro— continuó Escobedo. —Mañana nos ocuparemos de iniciar el trabajo...

—...y de ver si aquestos mexicas poseen buenas maderas.

—A fe que las poseen, si engañado no me han mis ojos.

—¿Habéis notado que aquestas gentes no conocen ni de carros ni de ruedas?— comentó Torres.

—Ajá. Mas tampoco he visto bestias que puedan tirar de carros.— Se acarició la barba el segoviano. —Entre cargar pesos a la espalda o tirar de un carro, pienso que los siervos de los mexicas preferirán lo primero, don Luis. Y por la cruz que beso y juro que no quisiérade ver los mis huesos tirando de un carro por las calzadas de montaña que vos y yo ya hemos andado.

—Cierto es... ¿Salís de ronda, don Rodrigo?

—Hay una partida de *patolli* que me espera en la collación de los *pochtecah*— respondió Escobedo con una sonrisa enigmática.

—Paresce que vuesa merced juégase mucho en aquesa partida— sonrió también el otro, pescando en el aire la idea.

—La vida, don Luis. Juégome la vida— declaró socarronamente el escribano antes de arrebujaarse en su capa mexica y dirigirse, a paso reposado, hacia la puerta sur de la *coatepantli*, la muralla decorada con zócalos de serpientes entrelazadas que rodeaba al gran recinto ceremonial, corazón de Tenochtitlan.

—*Ma'a-s salaama, in shaa'a-l-lah*¹²— se despidió desde la oscuridad la silueta de Escobedo, usando el arábigo que ambos conocían.

—*Ma'a-s salaama...*— contestó el murciano, exhalando su última bocanada de humo.



—Aquestos valen— indicó a la mañana siguiente el tonelero Domingo Pérez, hombre de Lequeitio él, acariciando un conjunto de troncos gruesos de *tlahcuilolcuahuitl*. Rojiza y con bellísimas vetas negras, aquella madera tan exquisita era usada por los mexicas para sus instrumentos musicales. Estaban en el *petlacalco*, el almacén general del palacio del *hueyi tlahtoani*. Alonso de Morales y Diego Pérez estuvieron de acuerdo en que era excelente material para empezar a serrar, a lijar y a encolar. Material de primera.

—¿De cuántos habredes menester para hacer algunas cureñas de ballesta y un par de fustes de arcabuz?— preguntó Luis de Torres.

—Con esto alcanza, que si es bueno como pienso ha de ser, de sobra habremos— respondió el tonelero. —Podríamos usar también de éstos para agenciarnos un par de toneles— observó, señalando unos troncos de ceiba *pochotl*. —Mas tenga en cuenta, mi señor don Luis, que deberemos de fabricar cola, y también habremos menester de hierros o algún metal...

¹² En árabe, «Hasta mañana, si Dios quiere».

—¿Serviría el bronce, maestro Domingo?— inquirió Escobedo, que tomaba nota mental de todo lo que ocurría para verterlo más tarde en sus «Crónicas».

—Como servir, sirve, mas hierro es menester para las ballestas, y porque aguanten mejor los aros de los toneles.

—Bien está. Poneos manos a la obra que ya me ocuparé yo del resto— repuso el segoviano. Luis de Torres le preguntó si había tenido noticias de que los mexicas manejaran bronce.

—Supe ayer que los de Tenochtitlán mercan planchas de ese metal a una nación del norte que llaman Michhuahcan, o Michoacán— refirió el segoviano. —Esos de Michoacán y los mexicas son amargos enemigos, mas igualmente tienen comercio entre ellos.

—Hombre, don Rodrigo, y yo creído era que los únicos que comerciaban con sus enemigos eran los genoveses.

—Ya sabe vuesa merced...

En el cielo manda Dios,
los diablos en el infierno,
y en este pícaro mundo
el que manda es el dinero.

—Déjese de coplillas, amigo mío, que ya hartas dellas tuve anoche. En fin, de ser buen bronce el que consiguen de esos que decís, cañones y hasta caños de arcabuz pudiéramos fabricar.— El escribano asintió. —¿Y que más habéis sabido de aquesas gentes del norte?

—Dícenme que es reino importante, y que tiene por capital ciudad grande y fuerte, que llaman Tzintzuntzani... o así me sonó.

—Vaya nombrecillo.

—Según supe, significa «el lugar de los *tz'intzuni*», que son unos pequeños pajarillos a guisa de moscardones que nosotros hemos visto ya en isla Mujeres, si no me engaño.

—Ah, ya recuerdo, ya... Asombrosas avecillas, y muy bellas, por mi fe.

—Pues así llaman a su villa. Contáronme que tiene hartos y bellos templos que se levantan a las riberas de un lago, el Pátzcuaro creo, que precisamente quiere decir, en la lengua de aquellas gentes, «ciudad de piedra». En aquesa lengua los locales se denominan a sí mismos «purépechas» y a su rey, «cazonzi».

—Vuesa merced es un libro abierto— bromeó el murciano.

—Sólo repito, como las grajas— devolvió el otro la chanza. —Explicáronme también que son bravíos guerreros, ferocísimos, y que no ha sido posible domeñallos, a pesar de los intentos de Ahuitzotl y de los sus aliados de otras naciones. Graves derrotas hanles infligido, según me han contado. Y dícenme que usan buen metal para armas y herramientas, y que son maestros diestros en la forja.

—Pues si mal no me acuerdo, habiánnos hablado ya de esas gentes los comerciantes que nos trajeron a Tenochtitlán, en viniendo desde la costa.

—Pues sí, cierto es, agora que lo mentáis. En cuanto a la cola...

—...menester es hervir pezuñas, huesos, pellejos...— señaló el tonelero, interviniendo en la conversación. —Provéame vuesa merced de esos despojos, que yo me ocuparé de tornallos en cola.

En aquel momento, el *petlalcacatl* —mayordomo palaciego y encargado del *petlalcaco*— se acercó a ellos para averiguar si aquellos maderos serían de utilidad, y ambos españoles expresaron su satisfacción y su agradecimiento. El mexica les informó que se había reservado para sus hombres una sección de los talleres de palacio, lugar en donde dispondrían de la mano de obra necesaria para ayudarles a llevar a cabo sus faenas. Los interpelados, conformes, agradecieron nuevamente. Mientras tanto, el resto de los españoles medían los troncos, los marcaban e intercambiaban burlas, más por pasar el tiempo y despuntar el vicio que por otra cosa.

—Decid, hermano Domingo... ¿Estáis casado?— espoleaba Alonso de Morales.

—Ahórrame historias, Alonso, y marca bien ese madero, que do tú has marcado no sale ni una astilla para prender el brasero— gruñía el tonelero, que no quería entrar en la red que le tendían.

—Pues yo reniego de las mujeres— confesaba Lope, calafate de Moguer. —¡Bueno ando! La mejorcita, señores, corta un pelo en el aire.

—No hable contra las faldas, maese Lope, que mal con ellas y peor sin ellas. Ya sabe: ni chato ni narigón— replicaba Juan de Medina.

—Calle, calle, señor sastre, que no sabe vuesa merced qué sesito hay debajo de esas toquillas ni tras esos afeites, pestañas luengas y dientes menudos.

—¿Agora queda bien marcado, maestro Domingo?— quiso asegurarse Alonso.

Asentía el tonelero. Escobedo le preguntó si era cosa difícil cortar aquellos troncos enormes con las herramientas que traían.

—Más fácil es que sorberse un huevo, señor mío. Tenedme fe, que de aquí saldrán recios tablones y listones, por mi vida. ¡Andresillo! Sé útil para algo más que para dalle a la sin hueso, hijo. Vente aquí, ayúdame con la sierra.

—Ese Andrés es más sabido que Séneca y demás sabios de la cristiandad y la judería— advertía Jacome el genovés.

—Bla, bla, bla— repuso Juan de Medina, mirando al mentado de reojo. —El mozo es como el gazpacho del tío Damián: mucho caldo y poco pan.

—Lo que tiene es lengua de barbero, en lo afilada y cortadora— agregaba otro, guiñando un ojo a la compañía.

El mencionado no sabía hacia donde disparar para defenderse. Así, entre bromas y veras, se pusieron a aserrar las maderas que les permitirían mostrar los primeros ejemplos de su trabajo ante el *hueyi tlahtoani* de Tenochtitlan y su gente. Y de paso, empezar a ganarse la vida, que ya era tiempo de dejar los usos celestiales de embajadores nobles y comenzar a planear un futuro más terrenal y concreto.

VII

SEVILLA, 1521

Desperados, ombres e mugeres, ancianos e críos salieron por la Puerta llamada de Carmona, tentando de escapar el cerco de las fuerzas de la Serpiente Emplumada. Quando el aviso de aquesta tal locura e insensatez arribó a los Alcázares, los comandantes de la cibdad de Sevilla no quisieron creello. Ya nada poderían fazer por la su gente, que perdida estaba fuera de las murallas.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo III.

Tepehuahtzin volvió a su tienda *xacalli* en la orilla del río. Reunido allí con sus principales generales *tlacateccatl*, tuvo elocuentes palabras de ánimo para ellos. Acto seguido, dispuso que las piezas de artillería fueran trasladadas a la zona exterior del Alcázar y las Reales Atarazanas, especialmente a la puerta de Jerez, y que batieran toda esa zona durante la noche. Asimismo, ordenó que algunos escuadrones de arqueros *chichimecah*, taínos y caribes se ubicaran en el área opuesta de la ciudad, hacia naciente. Aunque se tratase de una idea descabellada, cabía la posibilidad de que los defensores intentaran una salida desesperada por aquel lado, quizás por la

puerta de Carmona, o por la de Macarena. Por eso se aseguró de que los hombres allí enviados pudieran luchar en la oscuridad y fueran capaces de disparar «flechas negras». Esa técnica —la de lanzar flechas invisibles en la penumbra— sería letal contra blancos que seguramente llevarían antorchas para alumbrarse y serían, pues, fácilmente distinguibles entre las sombras. Por otro lado, mandó reforzar las guardias en los lugares tomados y que las murallas y almenas del flanco del Arenal fueran resguardadas. En esa zona mandó colocar guerreros mayas armados con cerbatanas y vigías zapotecas que eran capaces de comunicarse con un lenguaje de silbos casi imperceptible. Envío aviso a los artilleros y marineros de los barcos que se balanceaban sobre el Guadalquivir, para que estuvieran atentos, y pidió que los hombres que pudieran darse algo de reposo lo hicieran en los derruidos arrabales extramuros, pero sin descuidarse. Al día siguiente tendrían mucho trabajo, y quería gente despejada en su ejército. Sabía del cansancio y la fatiga que aquejaban a sus huestes, pero todavía les quedaban algunas batallas por librar antes del merecido descanso.

En el Alcázar sevillano, la desesperación no podía ser mayor. Todos los nobles y autoridades de la ciudad discutían a voces, intentando «analizar» la situación. Aquella ciudad no sería fácil de conquistar, pero ya había sido abierta y su extremo occidental, ocupado. ¿Qué quedaba por hacer? ¿Rendirse? ¿Intentar escapar? ¿Seguir resistiendo y confiar en una improbable y milagrosa llegada de fuerzas hispanas desde Toledo o desde villas vecinas?

El Capitán General recogía los informes de los mensajeros que llegaban de todos los puntos de la ciudad y del frente de combate. Las noticias no podían ser peores. Era consciente de que la angustia que lo embargaba en aquel momento tendría que verse mil veces multiplicada en los vecinos de

Sevilla, a quienes estarían llegando nuevas igual de crueles, y que no tendrían su temple para afrontarlas.

—Soy todo oídos, señores míos. Escucho vuestras sugerencias— dijo secamente Enríquez de Ribera, invitando a pronunciarse a los dos Cabildos, el secular y el eclesiástico, congregados en la Sala de la Media Naranja.

Los enviados de la casa de Medina-Sidonia opinaron que quizás pudiera ofrecerse un rescate en oro por la ciudad y sus habitantes. Muchos se revolvieron en sus asientos, incómodos, y cruzaron miradas asaz significativas. Probablemente las de Medina-Sidonia pagarían por sus vidas, pero... ¿quién podría hacer lo que ellas? ¿De dónde sacaría la ciudad dineros para comprar la paz a aquel ejército, si es que aceptaba un soborno tal?

Otros nobles presentes preferían seguir resistiendo, a la espera de las tropas imperiales. El Capitán General alegó que, dado que no se habían recibido noticias ni había visos de que fueran a aparecer en un futuro inmediato, aquello era bastante inviable. Los representantes del clero sostenían que había que tener fe en Dios y que podría obrarse un milagro si la ciudad se sometía a penitencia. A eso muchos sugirieron a los religiosos que ya bastante penitencia había sufrido la villa y que, en aquel momento, valía más el antiguo «ayúdate que te ayudaré» que cualquier otro artículo de fe.

Los capitanes de las compañías sevillanas narraron algunas escenas que les había tocado vivir durante el asalto de aquella tarde, y pronosticaron que los invasores, hábiles en la lucha, muy numerosos y bien pertrechados, no se detendrían ante nada. Quizás una salida por las puertas menos custodiadas hubiera sido una opción razonable, pero los vigías acababan de descubrir tropas desplazándose hacia Carmona y Macarena. Podía deducirse que los enemigos habían previsto esa posibilidad. Los mismos vigías hablaban de

movimiento de piezas de artillería hacia la parte sur, tal vez buscando vencer la pertinaz resistencia que habían encontrado en el Alcázar.

—Quizás puédase luchar casa por casa, y así obligarlos a retirarse por pérdidas— insinuó el Asistente del Cabildo, aunque su opinión equivalía a desangrarse peleando para intentar alcanzar un objetivo imposible, una especie de victoria pírrica.

Precisamente en aquel momento entraba a la sala un hombre llegado desde el extremo opuesto de Sevilla. Sin venia ni ceremonia que mediasen, el individuo se acercó a la mesa y anunció a voces que los esclavos, beatas, rufianes, vendedores y otras gentes de la collación de Santa María La Blanca habían tomado el control de su zona y estaban cruzando la Puerta de Carmona, tratando de escapar de la villa. A eso agregó que había un fuerte motín en la cárcel. Todos quedaron boquiabiertos.

El eco de aquellas noticias llegó enseguida a la tienda de Tepehuahtzin, que se lavaba los brazos cubiertos de coágulos de sangre.

—*Xiquimminacan, xiquimtlequiquiztlazacan*¹³— ordenó el mexica.



La Puerta de Carmona, situada en la banda oriental de Sevilla, era una de las entradas que permitían el acceso al interior del recinto amurallado. Junto a ella estaban situados los caños de agua que fueron bautizados en su honor, caños que muy cerca de allí volcaban su carga límpida en un enorme

¹³ En náhuatl, «Disparadles flechas, disparadles arcabuces».

abrevadero para caballerías y en un arca de distribución, desde la cual el valioso líquido se repartía a fuentes públicas, baños y palacios.

Hasta ese acceso llegaba la Calzada de la Cruz del Campo, el camino que venía desde el este, desde Mairena, Alcalá de Guadaira y Marchena. Antes de alcanzar el casco sevillano y la Puerta, la vía sorteaba el arroyo Tamarguillo, atravesaba las huertas y casas aisladas de la barriada campesina de San Roque y recorría el arrabal extramuros conocido precisamente como «La Calzada». Inmediatamente después cruzaba el arroyo Tagarete por una *alcantarilla* o pequeño puente adosado al acueducto, llamado «de las Madejas».

«La Calzada» era, en tiempos de paz, lugar de paso para viajeros, comerciantes, ganaderos y labradores, y estaba lleno de posadas bulliciosas donde quienes arribaban a la ciudad tras el cierre de sus puertas podían comer algo, enterarse de las últimas novedades, echar una partida de naipes o dados, dormir mal y llenarse de pulgas. Vivían en ese arrabal muchos esclavos africanos que habían obtenido su libertad y se habían organizado en una cofradía o hermandad, la de Nuestra Señora de los Ángeles. Fueron ellos los que erigieron en su barriada un *humilladero* bautizado como «la Cruz del Campo», el cual dio nombre a la calzada. Próximo a ese rincón de devoción —una sencilla cruz de madera— estaba la Huerta de los Ángeles, en donde terminaba el Vía Crucis que en la Semana Santa de 1521 había instaurado el Marqués de Tarifa, don Fadrique Enríquez de Ribera. La *vía dolorosa* comenzaba en su propia casa, el Palacio de San Andrés, denominado, desde entonces, «Casa de Pilatos».

La rutina de aquella parte de la ciudad siempre había sido un continuo trajinar: el tránsito permanente, las idas y venidas de noticias

entrecruzadas, la picaresca, la mezcla de razas y lenguas. En un día normal, todo eso quedaba reflejado en las aguas del Tagarete, igual que lo hacía el perfil somnoliento de las vendedoras que cruzaban la Alcantarilla de las Madejas cada mañana —cuando se abría la Puerta de Carmona— para llevar sus productos a los mercados de las Plazas de la Alfalfa, del Pan o de la Pescadería. Junto a los reflejos, en ese arroyo temblaban las sombras de los pilluelos que jugaban entre los arcos del acueducto, las de los mendigos que contaban las monedas de su limosna y las de los hombres de piel caoba que arreglaban sus asuntos a viva voz, usando un castellano «bozal» muy teñido de los tonos y las formas de sus lenguas natales.

Pero en los tiempos de guerra que presenciaba Sevilla, el arrabal de La Calzada había sido asolado, saqueado e incendiado por las avanzadas de la Serpiente Emplumada. Muchos de sus pobladores se habían refugiado tras las murallas, aunque los más previsores habían recogido sus cosas y habían huido hacia oriente. El acueducto ya no llevaba agua —había sido volado en las cercanías de la dispersa barriada de San Roque— y las antiguas posadas servían ahora de alojamiento a las huestes mexicas, que escrutaban incansablemente la Puerta y no perdían de vista la Alcantarilla.

En aquel sector, las escaramuzas con los defensores de las murallas se habían limitado a una serie de intercambios de disparos y saetazos que poco resultado dieron. Las hermandades de *loros y mulatos* y los rufianes de la collación de Santa María La Blanca —exactamente al otro lado del muro— no dejaron de asomarse por las almenas y de lanzar improprios jactanciosos, juramentos, arcabuzazos y pedradas a los invasores. Éstos se conformaron con devolver algunos tiros y mantener una silenciosa y casi invisible vigilancia. En general, pues, aquél había resultado ser un frente relativamente tranquilo.

Hasta la noche del 8 de julio.



Para entonces, los mensajeros sevillanos estaban a poca distancia de Almodóvar del Campo. Pasando por Carmona y Écija, habían llegado a Córdoba el día cinco y, tras dar el aviso al Cabildo, habían cruzado la Sierra Morena por los puertos de Acetre o Valderrepisa y de Niefla. Transitaban el Camino Real de la Plata, el «camino a La Mancha», el único que permitía atravesar esas montañas con rapidez. Sin descansar siquiera, cabalgando día y noche, alertando donde pudieron, habían salvado el valle de Alcudia y los invernaderos, desde donde los últimos rebaños trashumantes de ovejas merinas de la Mesta emprendían su marcha hacia el norte. Dejando atrás las ventas del Alcalde, del Molinillo y de Tartaneda, se aproximaban a tierras almodovareñas.

Aún les quedaban dos días de marchas forzadas para llegar a Toledo.



Las campanas de Sevilla no habían dejado de repicar durante toda la mañana del día ocho, y los cañonazos que se disparaban sobre el Arenal podían oírse desde el Tagarete. Las fuerzas de la serpiente con plumas que se concentraban en La Calzada estaban tensas, nerviosas, intranquilas. Eran compañías de jóvenes guerreros mexicas y aliados casi desconocidos, comandadas por un general de segundo rango. No tenían demasiada experiencia y, aunque valerosas y bien equipadas, no deseaban tener que

enfrentar una salida sorpresiva por aquel lado de Sevilla. Temían verse sobrepasados y no cumplir con su deber como se esperaba de ellos. Para evitar cualquier tipo de inconveniente, confiaban en una línea de mensajeros zapotecas que rodeaba la ciudad. Aquellos hombres se comunicaban con los altos mandos mediante silbidos. Su lengua estaba dotada de tonos musicales muy particulares. Esa característica les permitía expresar, por medio de sonidos modulados con los labios, frases completas. Un solo aviso y tendrían allí a varias unidades de expertos guerreros para apoyarlos.

El puesto más avanzado de vigilancia de aquellas huestes lo componía una pareja de guerreros del pueblo miskitu, hombres procedentes de las costas y montañas situadas al sur de las tierras mayas. Estaba situado en lo alto, en los mismos canales secos de los Caños de Carmona, sobre la Alcantarilla de las Madejas. Atardecía cuando uno de ellos llegaba desde el campamento central de aquella avanzadilla, situado unas doscientas varas a sus espaldas, cerca del humilladero.

—*Diura, man sma ki?*— preguntó, en un susurro, el que estaba arriba.

—*Au, yang sika...*¹⁴

El que se acercaba sacó de su *macuto* de fibras tejidas unas pocas tortillas asadas, todavía calientes, y se las alcanzó a su compañero. También le pasó un odre de cuero lleno hasta los topes de *atolli* mexicana. El vigía echó un trago, aunque, como cualquier otro miskitu, hubiera preferido beber *waspu* o *twalbi*, ese mismo líquido pero fermentado. O, mejor aún, un poco de *wabul*, un batido a base de raíces de *yuca* y otros tubérculos dulces. Ambos masticaban despacio y hablaban en voz baja, con la vista fija en las murallas,

¹⁴ En miskitu, «– ¿Hermano, eres tú? – Sí, soy yo...».

en la Puerta y en los metros de arrabal desolado que los separaban de ellas. El primero instó al recién llegado a que le contase las novedades que traía.

—*Upla sut tlacateccatl ba mapara rangbisa*¹⁵— murmuró, encogiéndose de hombros.

El otro meneó la cabeza en un gesto de desaprobación. Dio un último trago al odre, lo cerró y, chistando, lo dejó caer a los pies del acueducto. Allí había otro puesto de observación en el que se hallaban tres vigías miskitu, uno de los cuales estaba de paso. Al tiempo que agarraba el recipiente, uno de ellos suspiró.

—*Mayi latwankira laiura ba dukiara uba aikulkisna*.¹⁶

El hombre que no pertenecía a la pareja de vigilancia de ese punto esperó a que ambos bebieran y luego, tomando el odre, se despidió. Los otros dos dijeron adiós con un ademán mudo. Cruzando la Alcantarilla de las Madejas casi sin ser visto, bien pegado a los muros del acueducto, fue a ocultarse a una casilla donde se habían instalado su compañero miskitu y otra pareja de guardias del pueblo lenca. El miskitu les enseñaba una frase en su lengua.

—*Tusban ba bin kum dauki takisa*.¹⁷

El que acababa de entrar tuvo que reprimir una sonora carcajada al oír tal sentencia y ver a los lencas repitiendo aquello sin entender en absoluto el significado. Saludó —«*noxsa, noxsa, nakeesma*»— y tendió el odre a su

¹⁵ En miskitu, «Todos los hombres se quejan contra el *tlacateccatl*».

¹⁶ En miskitu, «Me aflijo mucho por la lejanía de mi amada esposa».

¹⁷ En miskitu, «Los pedos salen haciendo ruido».

compatriota, mientras contenía a duras penas su hilaridad. Luego le pidió que le dejase a él continuar con las «lecciones» de su idioma y que pasase el *atolli* a sus vecinos de más atrás. El hombre asintió, se asomó, chifló bajo y lanzó aquel trozo de cuero cosido a la siguiente pareja de vigías miskitu, que estaban acompañados por hombres nawat y lenca. Allí se respiraba un ambiente de franca camaradería. La «bota» pasó de mano en mano y, con menos de la mitad de su contenido original, voló a la siguiente casilla, en la cual se hablaba de la guerra, y en la que se juntaban ya, además de los vigías miskitu y lenca, varios guerreros mexicas.

—*Sibilia ba kutbanka tara nani bilara sa*¹⁸— manifestaba uno, infiriendo lo difícil que sería su toma. Los miskitu no estaban acostumbrados a ver ciudades amuralladas.

—*Au, au... Sakuna naha bailara upla manis bara sa*¹⁹— apuntaba otro. Tampoco estaban familiarizados con ejércitos tan grandes. Un trago al odre y éste salió disparado hacia un pequeño círculo de hombres de todas las nacionalidades, en pleno barrio de La Calzada. Un joven guerrero miskitu apretaba con fuerza el amuleto *kangbaya* que llevaba enroscado al cuello. Parecía temeroso. Uno de sus compañeros, mirándolo, lo señaló con la barbilla y musitó:

—*Ai waihla sia sip apia takisa.*

—*Tat tanta ba baiwaia isti*²⁰— sentenció otro.

¹⁸ En miskitu, «Sevilla se encuentra entre grandes murallas».

¹⁹ En miskitu, «Sí, sí... Pero en este lado (orilla) hay mucha gente».

²⁰ En miskitu, «Por miedo a su enemigo, se vuelve incapaz» y «La madera delgada se raja rápidamente».

Pasaría un rato antes de que aquellas charlas se vieran interrumpidas por el inesperado aviso de la pareja de vigías apostados frente a la puerta de Carmona.



Avanzando unas cinco leguas por día, bajo un calor seco que no les hacía demasiada mella — viniendo de donde venían — y siguiendo la antigua ruta romana que unía Gades o Cádiz con Hispalis o Sevilla, las tropas desembarcadas de la serpiente con plumas habían dejado atrás Los Palacios y Villafranca de la Marisma. Era ésa una zona rural, propiedad de la casa de Arcos, rodeada por terrenos pantanosos, el caño de la Vera, el arroyo de la Raya y las marismas. La exigua población que allí había quedado tras los avisos de los pobladores de la ribera del Guadalquivir había presentado una resistencia pobre al ejército que se movía por tierra.

Al atardecer llegarían a Dos Hermanas. Y no aminorarían la marcha en toda la noche.



En el interior de la muralla sevillana, los vecinos de Santa María La Blanca habían decidido escapar del cerco enemigo a cualquier precio. No querían morir dentro de aquellos muros, atrapados como ratas. Convocándose mutuamente, provistos de teas encendidas y de las pocas armas de las que pudieron echar mano, aquella muchedumbre se dirigió a la Puerta de Carmona, defendida por un puñado de soldados —libertos y

valentones recientemente levados— que pertenecían precisamente a aquella barriada. Incapaces de detener la creciente marejada de voces, puños y desesperación, no tuvieron más remedio que franquear el paso y unirse a los suyos en esa huida enloquecida.

Antes de emprender aquel camino, hombres, mujeres, ancianos y niños se agruparon frente a la portada gótica de la iglesia de Santa María y se arrodillaron para rezar una oración, encomendando su destino a las fuerzas del cielo. Junto a todas aquellas almas asustadas estaba Inés.

Era curioso para esa mujer estar de rodillas frente a aquel templo que antaño había sido una de las principales sinagogas de la Aljama o barrio judío, un barrio ya desaparecido que en sus tiempos se extendía desde Santa Cruz, pegado al Alcázar, hasta la Puerta de Carmona. Y era curioso porque ella era judía. Después del Edicto de la Alhambra —en 1492, o 5252 para los hebreos— su familia tomó la decisión de «convertirse» al cristianismo para evitar la expulsión que sufrieron muchos otros. En aquella época no era más que una niña, pero tuvo que aprender a encubrir sus creencias y su origen en público, a aguantar el epíteto de «marrana» que la población le había puesto a los suyos y a honrar las imágenes y ceremonias de la religión de Cristo. Tuvo que bautizarse y cambiar su nombre original, Aliza, por el de su madrina, Inés. Aliza, su apelativo hebreo, quería decir «alegre». Aunque desde entonces la alegría con la que vivió su primera infancia había sido sustituida por un miedo cerval casi inmanejable, alimentado por el triste sino que habían soportado tantos judíos sevillanos.

«Conversa», «judaizante», «judía escondida», «cristiana nueva»... Así la habían etiquetado. Ella se sabía una *anús*, una «forzada» a abandonar la ley de sus ancestros en contra de su voluntad. Desde que Fernando e Isabel,

los Reyes Católicos, habían creado el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en 1480 —con las primeras ejecuciones en 1481 en la propia Sevilla— y desterrado a los judíos sevillanos en 1485, la persecución no había cesado. Muchos hebreos habían sido amparados por algunas casas nobles sevillanas, como las de Niebla y Medina-Sidonia. Entre ellos se contaba su propia familia. Su padre era un apreciado *rabbí*, un hombre sabio e influyente, y ello le ganó tal protección.

Otros, quizás los más numerosos, habían abandonado *Sefarad*, encaminando sus pasos hacia tierras más promisorias o, al menos, más acogedoras: Flandes, las antiguas ciudades de la Hansa. O Estambul, donde el sultán Bayezid II —que envió su flota a buscarles a España— los recibió con una frase que se hizo famosa: *Gönderenler kaybeder, ben kazanýrým*. «Aquellos que les mandan, pierden; yo gano».

Así que allí estaba, disimulando entre aquella turba que la hubiera linchado si hubiera conocido su origen, y sabiendo que lo que iba a hacer —lo que iban a hacer todos ellos— era un suicidio. De sus labios, apenas audible, brotó una plegaria de su fe, la *shema*, aquella que pronunciaba un judío cada mañana y cada noche. Aquella que se decía antes de morir...

«*Shema, Yisrael, Adonay elohaynu, Adonay echad*».²¹

A su lado, un hombre de piel caoba rezaba a su manera, en voz alta.

«*Que ello no llega aquí no, pobe puebo de bo potege, tó nojotro potege, lo mujé potege... Agua ta malo, comida ta malo, Dió ayuda a nojotro... ¿Cómo nojotro pobe va viví? Agoda bo va ayudá nojotro... Diablia llega agoda mima, bo ayuda... Acoddá di yo, acoddá di nojotro pobe...*».

²¹ En hebreo, «Escucha, Israel, Adonay es nuestro Dios, Adonay es uno».

Del otro lado de la muralla, un mensajero zapoteca, en su guardia insomne, musitaba una canción de sus tierras natales, una letra casi premonitoria.

Laanu ma' ziuunu guiba'
Xunaxido' nga gapa laanu ndaani na'.
Ora ma' ziuunu nacahui riaana
*ndaani yoo...*²²

Inés continuaba su oración —de rodillas, aunque hubiera debido hacerlo de pie— con sus manos tapando sus ojos y los párpados cerrados conteniendo las lágrimas. La voz se le extravió en el fondo de la garganta.

«*Baruch shem k'vod malchuto le'olam va'ed*».²³

El zapoteca finalizaba su canto.

Guiruti' na' que zie,
guira' napa xi che';
ne dxi ma' guidxiña dxi
*zaduunanenu guira' ni ma' ze'...*²⁴

²² En zapoteca, «Nosotros ya nos vamos a la flor de tumbas / donde la Diosa de la muerte nos acogerá en sus brazos. / Cuando nos hayamos marchado, / oscuro quedará dentro de la casa».

²³ En hebreo, «Bendito el Nombre de la Gloria de su Reino, por siempre jamás».

²⁴ En zapoteca, «Que nadie diga que se va a ir, / todos tendrán que irse; / y cuando llegue el día / nos encontraremos con todos los que se han ido».

VIII

TENOCHTITLAN, 1493

E son las casas de aquestos mexicas de tan diversas formas e maneras que sería luengo describillas a todas sin ahorrarse detalles. Mas distínguense a oxo desnudo aquellas de los nobles e comerciantes ricos de las del pueblo llano, que son las últimas choças de barro con techumbres de cañas pobrísimas, e las primeras galanas, bien adereçadas e pintadas, con su patio e puertas e uertos bien cuidados.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo III.

Pasaba mediodía y los españoles ya sentían hambre. Los mexicas solían tomar algún tentempié a esa hora, dejando la comida principal para el atardecer. Luis de Torres había pedido que llevaran las viandas allí donde ellos estaban trabajando, para ahorrarse molestias.

Mientras comían tortillas, Rodrigo de Escobedo, pluma y «Crónicas» en mano, tomaba algunas sabrosas notas. Quería contar en su cuaderno de bitácora —que ahora estaba escrito en papel *amatl* mexica, con el formato de un códice— un poco de la vida y la historia de sus compañeros.

—Maestro Domingo, dejadme que aclare un poco las mis notas, por no confundiros con el otro Domingo, que también es de Lequeitio— le decía al tonelero.

—Apunte vuesa merced, señor escribano, que mi nombre es Domingo Pérez de Achía, y que dejé en mi pueblo a mi mujer y a mi hijo Juan— aclaró, para luego agregar, volviéndose a Andresillo: —Y más te vale que no hagas ninguna chanza, zagal, si no quieres verte con el gaznate relleno de serrín.

El jovencito, con la boca llena, levantó los brazos y abrió desmesuradamente los ojos, revelando con el gesto que él no había pensado decir ni una palabra.

—¿Y vos, señor Jacome?

—*Son zeneize, rizo ræo, strenzo i dentim, e parlo ciæo*²⁵— repuso el genovés, echando mano a los habituales dichos en su lengua natal. —Mujer e hijos hube en Huelva, don Rodrigo, si os place anotallo en vuestros cuadernos.

—¿Don Diego?

—Diego Lorenzo es mi nombre, don Rodrigo, y en Huelva se estará todavía la mi esposa, Inés Díaz.

—Y Diego Pérez, murciano y calafate— continuó el tocayo, que «Diegos» había varios en la partida, incluyendo al capitán Arana.

Escobedo escribió, revisó sus notas al tiempo que masticaba su último pedazo de tortilla y comentó:

²⁵ Tradicional sentencia genovesa. «Soy genovés, raramente me río, hago rechinar los dientes y hablo claro».

—Bien. A don Luis de Torres y a don Pero Gutiérrez ya los tengo anotados. Me faltan Francisco de Lepe, que es de Huelva y tiene allá padres y hermanos, según sé— el hombre lo corroboró con una leve inclinación de cabeza —y Lope, que es calafate, y don Juan de Medina, que es nuestro sastre, y Andresillo...

—Mujer no he dejado atrás, don Rodrigo, ni familia, que me crié por la bondad de los hermanos del Monasterio de La Rábida— se apresuró a señalar el grumete.

—Ya veo...— apuntaba el segoviano. —Me quedáis vos, don Alonso.

—Alonso de Morales, don Rodrigo. En Moguer vive mi mujer, doña Leonor Alonso.

—Pues ya tengo aquí consigna de todos vosotros para la posteridad, señores míos— sonrió. —Si los nuestros vuelven sanos y salvos, así Dios lo quiera, de su visita a los totonacas de Cempoala, haré lo mismo con ellos. Y de los nuestros muertos, poca memoria ha quedado, que no tuve oportunidad yo de conocerlos a todos lo bien que hubiese querido. Aunque quizás algún día, entre *cohibas* y *octli*, podrían vuestras mercedes referirme algo de ellos, si es que de algo se acuerdan.

—No olvidéis a aquel infelice que quedó en la isla de Cozolumel— mencionó el genovés.

—Personas hay a las que es mejor no mentar, señor Jacome— terció Juan de Medina con sequedad. Tras sus palabras se produjo un incómodo silencio.

—¿Creéis que alguna vez tornaremos a nuestras tierras?— preguntó de pronto Andrés, cambiando abruptamente de tema y sin dirigirse a nadie

en particular. Todos quedaron serios y callados, terminando su comida.

—Mira, hijo— rompió el mutismo Domingo el tonelero, con esa calma que sólo tenían los vascongados. —Más te vale olvidar lo que atrás dejaste y que de agora en más te apliques el dicho: «Casa en la que vivas, viña de la que bebas, y tierras, cuantas veas y puedas». El cielo lo hizo Dios para quien lo merezca y la tierra para quien la gane, y a nosotros nos cumple avivar el ojo y ponernos a trabajar para ganalla, que nadie va a regalarnos nada y harto camino habemos aún por andar. Si vida quieres aquí, gánatela, que el Creador te puso dos manos y un seso para que los uses en tu favor, si es que listo eres.

—Amén— prorrumpieron varias voces con gravedad.

—Ea, pues, señores míos— cerró el discurso Domingo. —Manos a la obra, que de los codos no salen lonjas de tocino, ni de esas maderas saldrán armas hechas si no sudamos gordo sobre ellas.

Y manos a la obra se pusieron. Momentos después recogía Escobedo su recado de escribir, charlando tranquilamente con Jacome y con Luis de Torres, cuando escucharon al tonelero reprendiendo a Andrés.

—¡Cállate, mastuerzo, y no me vengas con filosofías ni con dingolodangos que no son para zamacucos como tú! ¡Si agora hasta los escarabajos empinan la cola, hombre! ¡Anda, condenado, y haz como te digo!

—Con maestros como éste— señaló el escribano a sus compañeros, riendo —buenos pupilos sacaremos en aquestas tierras, señores.



«Octubre, veynte, año del Sñr de myll y quatrocientos e noventa y tres» rezaba el comienzo de la entrada que Escobedo se acababa de poner a redactar en sus «Crónicas».

El segoviano se quedó detenido en el gesto de escribir, con la pluma clavada sobre el papel y la mirada perdida en algún punto del *amatl* de corteza sobre el que anotaba sus historias.

Cuando salió de España era un hombre cercano a los treinta, fuerte, de perfil aguileño y cuerpo enjuto, culto y lleno de sueños de gloria. Un año después, con la salud quebrantada y manchones de sufrimiento sobre la piel y en su memoria, se sentía un anciano. Muchos de sus cabellos oscuros se habían blanqueado, y en el fondo de sus ojos marrones se había extendido una especie de niebla que a veces, mas sólo a veces, llovía. Todas las fantasías con las que se subió a las carabelas que zarparon de Palos de la Frontera habían quedado hechas añicos bajo el peso de la realidad, esa realidad que ningún libro de romances y aventuras reflejaba. Ninguno de ellos hablaba del hambre que retorció las tripas hasta desear arrancárselas con las propias manos; de los vómitos interminables por beber agua enfangada; de las fiebres que causaban las eternas horas bajo el sol y que provocaban alucinaciones y desmayos; de las picaduras de los insectos extraños, que destrozaban el pellejo e inflamaban las carnes; de los dientes caídos por el escorbuto y las encías sangrantes por comer lo primero que estuviera al alcance, aunque fueran cortezas o espinas.

No. Nadie contaba eso.

Tampoco explicaban cómo cargar el fardo de culpa por haber dejado atrás compañeros heridos para que muriesen a manos de los enemigos mientras se corría para salvar el pellejo propio, o cómo echar por la borda los

cuerpos sin vida de hombres con los que se había compartido penurias y que habían perecido sin que fuera posible hacer nada por ahorrarles sufrimientos.

Tal vez ésa era la razón que lo había empujado a escribir todo lo que había pasado con sus compañeros a través de su periplo. Lo había hecho en castellano simple y vulgar, desprovisto de esas formas rebuscadas y esas abreviaturas ilegibles que plagaban la escritura de los de su oficio. No sabía si alguien posaría su mirada sobre esas palabras suyas. Pero tenía la esperanza de que, en algún tiempo futuro, sus cuadernos cruzasen el mar nuevamente y llegaran a España, a sus tierras castellanas o a cualquier otra. Quizás entonces sus amigos, sus familiares, sus descendientes —de quienes los tuvieran— podrían enterarse de lo que el destino les había deparado a ellos, un simple puñado de hombres que, de la noche a la mañana, se habían encontrado en medio de una odisea que ni la más febril de las mentes europeas podría haber soñado siquiera.

Y tal vez en ese momento muchos hidalguillos y segundones de las Españas dejaran de soñar con aventuras por los mares y los puertos de allende los horizontes. Pues fáciles eran las bravuconadas en las mesas de las tabernas y en los mentideros de las villas. Pero la realidad —siempre la realidad— era bien distinta.

Dos lágrimas resbalaron de sus ojos cansados y fueron a dar sobre la única frase escrita en el código. Dos borrones se formaron lentamente, y el papel absorbió el agua salada, y la tinta se difuminó.

Escobedo se observó las manos. Estaban agrietadas, llenas de cicatrices, con las uñas partidas. Recordó sus años mozos, cuando era estudiante, cuando lo más áspero que habían tocado sus dedos era el papel o el pergamino, o quizás la empuñadura lustrosa de una espada nueva. Sí, algo

sabía de hierros el escribano, aunque no lo quisiera decir. En realidad sabía mucho. Pero prefería olvidar tal saber, pues en malos pasos lo había metido en el pasado. A su memoria acudía la imagen de cierta reyerta en Salamanca, que acabó con cruce de toledanas y un ahogado «¡Dios mío!» que no pronunciaron sus labios. Desde aquella noche funesta había preferido confiar su camino a las enseñanzas de los libros, pero reconocía que la mayor parte de las veces, en aquel valle de zarzas que era el mundo, las cosas no podían solucionarse simplemente con buenos verbos.

—Don Rodrigo... Don Rodrigo, ¿me oís?— lo reclamaba una voz desde el otro lado de sus pensamientos. El hombre, ensimismado, no había notado la llegada de maese Domingo el tonelero, que sólo buscaba decirle que las maderas estaban ya cortadas y listas para ser trabajadas más finamente al día siguiente. El escribano celebró los progresos de aquella jornada y volvió a su pluma y a su papel de corteza sin mucho entusiasmo.

«Octubre, veynte, año del Sñr de myll y quatrocientos e noventa y tres», rezaba el comienzo de la entrada, con sus dos pequeñas manchas. Y así se quedó. Porque Rodrigo de Escobedo cerró su cuaderno plegado y recogió cuidadosamente sus cosas, con una infinita tristeza en el pecho. Y salió a pasear bajo el atardecer mexicana, que en aquella ciudad cruzada de canales se saturaba de croar de ranas, cantos de pájaros y el aroma de cocinas en las que gente de paz preparaba la última comida del día.



«Veinte de octubre» pensó Rodrigo Balmaceda esa noche en Kosom Lu'umil. Estaba afilando su espada con una piedra negra de moler maíz traída

de tierra firme. La había mercado a un comerciante en los puertos de Xaman Nah, al oeste de la isla, cuando la suya se perdió. «Ha más de un año que salí de Castilla, y cinco meses que pisé Ixlapak» se dijo el muchacho. En las cinco lunas que llevaba viviendo en aquella aldea itzá, el aspecto del andaluz había cambiado mucho. Se había hecho perforar las orejas, luciendo en ellas sencillos adornos de piedras verdes, y solía exhibir pinturas de color bermellón en el torso y los brazos. El sol había oscurecido su piel, volviéndola del color de la arena mojada, y el salitre marino había aclarado sus cabellos largos, los cuales llevaba recogidos en una cola a la usanza de los hombres del lugar. Pero usar el mismo peinado no evitaba que, en comparación con los lisos y recios mechones negros de los locales, los suyos parecieran vedijas de oveja sucias y arruinadas.

Se había habituado a rasurarse todas las semanas, especialmente desde que su pequeña «hermana favorita», Ix Xíiw, le había dicho que su barba «pinchaba». Agradecía contar, entre sus pertenencias, con un espejo que conservó de los «rescates» y con una daga sevillana que, entre sus múltiples funciones, cumplía con la de afeitarlo. Pues el sistema itzá de quitar el vello facial —depilando pelo a pelo con una pinza, o quemándolo directamente con paños calientes— no le atraía demasiado.

Vestía prendas sencillas de algodón. No se había podido acostumbrar al *ex* de los itzáes, así que había logrado que su «madre adoptiva» le confeccionara, siguiendo sus austeras indicaciones, una especie de amplia camisa marinera abierta y unos burdos calzones que llevaba atados con un cordón a la cintura. Sus botas, como el resto de sus ropas originales, habían terminado pudriéndose del todo, por lo que debió de conseguirse unas sandalias fuertes, al estilo de las de esparto de su pueblo natal. Conservaba sus alforjas, su cinturón y sus armas, que cuidaba casi con mimo, pues le eran

de mucha utilidad en una región en la que el hierro era prácticamente desconocido.

Se había tomado la costumbre de marcar las semanas en el cuero de su alforja con diminutos tajos de cuchillo, señalando algunas con un corte un poco más grueso para no olvidar ciertos acontecimientos. A decir verdad, a Balmaceda el calendario jamás le había importado demasiado. Hijo de su época, el tiempo no había sido para él más que una sucesión de días y noches sin mayores hitos que algún suceso importante. Además, el muchacho no había tenido la oportunidad de aprender a escribir, con lo cual no podía — como el escribano Escobedo, su antiguo compañero de andanzas— relatar sobre hojas de papel todo lo que vivía día a día. No obstante, algo dentro de él le decía que mantener frescos los recuerdos era importante. En consecuencia, consignaba sus tiempos al cuero... y su historia a la memoria, como solía hacer la gente allá donde había nacido y allí donde ahora vivía.

Su vida se desarrollaba al lento ritmo de las mareas que acariciaban las playas cercanas a la aldea de Ixlapak. Había aprendido a hablar fluidamente la lengua de los itzáes y, con la ayuda de algunos vecinos, había conseguido construirse una *cano*a a partir de un enorme tronco de *ya'axche'*. Lejos de interesarse por los cultivos, decidió ocuparse en las faenas de pesca, empleando redes de fibras, arpones, canastos de palma y algunos anzuelos de hueso. Con paños bastos de algodón y con bejucos había armado una vela que hacía que surcase las aguas a mayor velocidad que las barcas de los pescadores locales, movidas a remo. Ello le permitía pasar sus días navegando las costas de Kosom Lu'umil, en las cuales ya empezaba a ser conocido, tanto por su singular aspecto como por su trabajo.

Sus capturas eran buenas: aquel mar turquesa era generoso con quienes lo trataban con respeto y sabían esperar. En los puertos de Xaman Nah trocaba los frutos de su trabajo —pescado seco y salado, mariscos y caracolas— por los bienes que necesitaba, y en su propia aldea cambiaba parte de su «cosecha» por maíz, calabazas, tabaco y *ají*.

Había obtenido de su comunidad el permiso para adueñarse de un pequeño retazo de tierra en donde, con la colaboración de su familia adoptiva, había levantado una casita de paredes de madera y techo de palma. Allí dentro conservaba sus escasas pertenencias: redes, anzuelos y herramientas... pues ¿qué más necesitaba?

Por las noches, a la luz de las estrellas y entre el humo del tabaco al que se había vuelto muy aficionado, había escuchado incontables narraciones con un deleite especial. Los cuentos y leyendas que narraban la aparición de la vida sobre la tierra y las hazañas de los héroes ancestrales itzáes hacían que su espíritu volase lejos, a edades fantásticas, cuando la magia caminaba sobre la tierra, los animales hablaban y los dioses hollaban los senderos y trataban sus asuntos con los hombres.

Pero además había aprendido mucho sobre la historia de aquel pueblo y sobre la geografía de la tierra firme que se adivinaba en el horizonte del oeste. Allí, decían, se encontraban las grandes ciudades de piedra, las murallas defensivas, las torres, los templos, los observatorios de las estrellas. Allí se habían gestado las guerras, las traiciones, las alianzas, los ataques, los amores y odios que poblaban las páginas de la historia itzá, pocas veces escritas, casi siempre contadas. Los nombres de las villas y provincias resonaban en sus oídos con ecos de ensueño: Coba, Tzama, Xel Ha, Conil, Chichen Itza, Chikin Chel, Uaymil, Ch'aak Temal...

A veces se detenía a pensar en su vida anterior. Le había costado mucho dejarla de lado para iniciar una nueva andadura en aquel mundo que, a pesar de sus esfuerzos, aún le resultaba poco conocido. Todavía tenía pesadillas, y muchos de sus fantasmas seguían visitándolo puntualmente cada noche. Por otra parte, no se sentía totalmente incluido en la comunidad en la que vivía. Su espíritu nómada y aventurero no cuadraba demasiado bien con las existencias tranquilas de los labradores de Ixlapak, apegadas a los campos de cultivo y al trabajo diario. Y sobre todo, aún no había encontrado compañera, lo cual le impedía participar en el ciclo natural de la vida humana tal y como la entendían los itzáes. Pero con una buena dosis de paciencia y otra de confianza, tal vez pronto lograra que unos ojos oscuros lo miraran con interés.

Por lo demás, pasaba mucho tiempo con la familia que él consideraba suya por adopción, personas a las que amaba y respetaba y de las que recibía igual afecto. Era gente sencilla, y le dolía ver cómo prestaban servicios a los grandes señores de la isla a cambio de nada. Le recordaba las relaciones de vasallaje que los «Grandes» de Castilla imponían a sus siervos, entre los cuales se encontraban sus padres, sus tíos y todos los conocidos de su niñez. No estaba dispuesto a encadenarse con ese tipo de grilletes: fue eso, probablemente, lo que lo llevó a escoger ganarse la vida como pescador y navegante en Kosom Lu'umil, y a poner su destino y su sustento en manos del mar.

Amaba el mar, que hasta aquel momento había sido un compañero bastante fiel. En ocasiones pasaba noches y días sobre su barca, rodeando la isla, descubriendo todos los rincones de sus fondos arenosos y coralinos, los detalles de sus playas y lagunas, la fuerza de sus corrientes y de sus vientos, la posición de las estrellas sobre su cabeza. Otras veces destinaba horas y más

horas a revisar el casco de su embarcación y planear aditamentos o mejoras, que llevaba a cabo lentamente, con una tenacidad y un empeño asombrosos en persona tan joven y con tanto fuego en las venas.

«Veinte de octubre» se repetía Rodrigo, embadurnando cuidadosamente las hojas de su toledana y de su «daga de riñones» con grasa de *manatí*, para preservarlas de la herrumbre y de los efectos nocivos del salitre. Canturreaba bajito el *ch'ee* una canción itzá. «*Ma' maachik tèen, ma' maachik tèen u neh chan weecho*»²⁶. En los últimos días había decidido navegar hacia tierra firme, hacia los puertos de Pole y Xaman Ha'. De allí venían muchas barcas cargadas de peregrinas de Ix Chéel, de bienes y de relatos: relatos de selvas y montañas, de costas interminables hacia el norte y hacia el sur, de mercados y comerciantes. ¿Quién sabía? Era posible que, con un poco de fortuna y tesón, pudiera dedicarse al comercio, mejorar su embarcación o construir otra más grande y fuerte. Y entonces tal vez pudiera consolidar mejor su posición y su independencia, conseguir una compañera y crear su propia familia. Según había podido comprobar, los comerciantes eran hombres muy poderosos y bien considerados en aquellas tierras.

Volvió sus ojos claros hacia el cielo y, con las manos sobre el puño de su espada —cruz de gavilanes finos y guarnición de cazoleta— se quedó mirando las estrellas que formaban la constelación de Orión, el cazador...



²⁶ En maya yucateco, «No me quites, no me quites la cola de este pequeño armadillo».

... una constelación que recién se asomaba por sobre las aguas del lago Texcoco. Los pasos de Escobedo lo habían conducido a casa de su amigo *pochtecatl* en Tepetitlan, una de las siete collaciones o *calpolli* en las que los comerciantes mexicas se agrupaban, tanto en Tenochtitlan como en Tlatelolco. Tepetitlan estaba ubicada en el campan de Moyotlan, una de las cuatro divisiones de la ciudad, situada al suroeste. Para llegar, el español salió por la puerta sur, una doble hilera de ocho columnas enmarcadas por dos sólidos pilares y coronada por un friso de madera tallada. Atravesó el canal que rodeaba todo el recinto ceremonial, giró al oeste, dejó atrás la plaza y el Palacio del Cihuacoatl, pasó entre la *cuicacalli* o Casa de Cantores y el Palacio del Tlilancalqui y antes de la Casa de Animales viró hacia el sur, cruzando canales y acequias, calles y *chinamitl*.

En la casa de Cuitlachnehnemini, los siervos ordenaban leña, así como las cañas *tlachinolacatl* —de maíz y otros tipos— que se utilizaban para cocer los *tamalli*. En los patios externos, daban de comer grano a las gallinas y a esos *huehxolomeh* que, a ojos de los españoles, parecían enormes gallos con papada. «*Cualli yohualli*» saludó el español, avanzando lentamente mientras los servidores de su amigo inclinaban respetuosamente la cabeza y continuaban enfrascados en sus tareas.

Las moradas mexicas eran de varios tipos. El segoviano, gracias a sus prolongados paseos por la ciudad, había podido ver muchas de ellas, pero había olvidado sus nombres. ¡Aquella lengua náhuatl tenía tantas designaciones para cada detalle de la vida cotidiana! Generalmente las casas eran de una sola planta, aunque los palacios de las personas más ricas podían tener hasta dos. La de su amigo tenía sólo una, muy espaciosa. Era encantadora: simple, bien ventilada y decorada, limpia y ordenada. Como la

gran mayoría, aquella vivienda estaba organizada alrededor de un enorme patio central, lo que le daba cierto aire morisco. A ese espacio abrían sus amplias puertas las habitaciones principales. No había ventanas, ni internas ni externas, rasgo este que no sorprendió a Escobedo, pues en las aldehuelas segovianas tampoco se veían demasiadas. Los pisos eran de tierra apisonada o mortero teñido de rojo, y siempre lucían muy pulidos y arreglados. Los techos, por su parte, estaban armados sobre recias vigas de madera y terminaban en una azotea plana: los mexicas no conocían las tejas.

Dentro de las habitaciones —al menos, en lo que concernía a la casa de Cuitlachnehnemini— se usaban esteras para cubrir los pisos o para tapar las puertas. El mobiliario era escaso: algunos asientos de madera, juncos o pieles, algunos cántaros y cestas y poco más. Para calentarse colocaban braseros de diversas formas, siempre bien aderezados, en los que quemaban maderas y resinas fragantes. En la cocina estaba el fuego central y junto a él el *metlatl*, en el cual todas las mañanas, tras oír las llamadas de bocinas y atabales que daban la bienvenida al sol y abanicar las brasas de la lumbre para avivarlas, las mujeres de cada casa —o, en su caso, las esclavas— molían el maíz de las sempiternas tortillas. Era entonces cuando se escuchaba, en toda la ciudad del lago, un sonido característico: el palmeteo de miles de manos femeninas que daban forma circular a la masa de maíz.

Las casas tenían dos entradas: una, la principal, hacia la calle de tierra; otra, la secundaria, hacia el canal. Por aquella última se recibían las provisiones ofrecidas cotidianamente por vendedores ambulantes en *canoas*: flores, verduras, pesca y agua potable. Por allí también entraban las visitas que llegaban en barcas, y salía Cuitlachnehnemini cuando partía en viajes comerciales. Pues la mejor forma de abandonar Tenochtitlan, y la más rápida si se iba con mucha carga, era cruzando el lago.

El *pochtecatl* estaba en el amplio patio de su morada, reunido con dos ancianos *pochtecatlatoqueh*, verdaderas autoridades en su gremio. Esos comerciantes viajeros ya retirados de la actividad —especialmente de las largas travesías— eran muy respetados debido a su experiencia. De ahí que sus colegas más jóvenes les pidieran siempre consejo y contaran con ellos para tomar decisiones que afectaran al sector. Escobedo saludó a su amigo.

—*Nehhuatl onihualla onimitzittaco*— le dijo. «Yo he venido a verte».

—*Tehhuatl tihuitz tinechittaqui*— respondió el mercader con solemnidad. «Tú vienes de allá para verme». Así cerraban su breve ceremonial de bienvenida.

—*Cuix namechahmana*?²⁷— preguntó el segoviano.

—*Ahmo, ahmo... Niyaz in Anahuac Xicalanco. Niquihmati: nohtlatoctiz, ninehnemitiz*²⁸— explicó. El español entendió que su compañero mexica preparaba un viaje comercial a las costas del oriente, a las tierras que él ya había visto aunque fuera de lejos, desde el mar. El *pochtecatl* le había contado muchas veces que solía ir allí, atravesando el territorio enemigo de Tecuantepec —con riesgo de su vida y la de sus acompañantes y cargadores *tlamemeh*— para llevar, entre otras muchas cosas, grana de tunas, piedra de lumbre, orejeras de cobre, cuchillos de obsidiana *itztlí*, punzones *itzauhqui*, cascabeles, hierbas y flores medicinales *tlacopahtli* y *xochipalli* y capas *quetzalichayatl* de fibras de maguey. A su vez, de aquellas tierras calientes traía bellísimas plumas de *quetzaltototl* y *chalchiuhtototl*, cueros

²⁷ En náhuatl, «¿Os molesto?».

²⁸ En náhuatl, «No, no... Iré a Anahuac Xicalanco. Me preparo: me moveré, viajaré».

labrados de animales feroces, granos de cacao, abanicos de plumas *coxolihehcacehuaztli*, ámbar, orejeras *quetzalcoyolnacochtli*, piedras *quetzalitztli* parecidas a esmeraldas y rodela *xiuhchimalli* ornadas de turquesas. Además se hacía con esclavos, que en aquella región solían costar treinta o cuarenta mantas de algodón *cuachtli*, las mismas que habían sido usadas para comprarlo a él en Cempohuallan. Dentro del enorme mundo de los comerciantes mexicas, los que viajaban —los *oztomecah*— eran los que más exponían, pero también los que más beneficios obtenían. Y entre ellos, los tratantes de mercadería humana —los *tecohuanimeh*— se hallaban entre las personas más ricas del universo mexica. Por otro lado, los *pochtecah* viajeros eran hábiles espías y guerreros, y muchas veces ostentaban, además de sus altas posiciones pecuniarias, títulos nobles concedidos por el *hueyi tlahtoani* en recompensa por sus acciones políticas y militares. Eran, por ende, una clase social con mucho poder y mucha autonomía, tanto política y social como económica.

Cuitlachnehnemini presentó al extranjero a sus mayores, nombrándolo *tlahcuiloani*. «El que dibuja, el que escribe». Así lo había bautizado cuando lo vio por primera vez, prisionero y de rodillas, en el patio de aquel desgraciado palacio totonaca. «*Tlilli, tlapalli, tlatl iolhuil*»²⁹ dijo de él. Pero los *pochtecatlatoqueh* ya se estaban retirando y terminaron de despedirse del dueño de la casa. Mientras tanto, la hija del *pochtecatl* se había acercado al hispano con una fragante caña de tabaco *iyetl* en su mano derecha y un plato para apoyarla en la izquierda. Vestía una sobria *cueitl* que le cubría el cuerpo hasta las pantorrillas, y un *huipilli* encima, apenas bordado. Su sencillez y su modestia la hacían todavía más hermosa a ojos del

²⁹ En náhuatl, «La escritura y la tinta son su especialidad».

hispano. Corresponiendo al ofrecimiento de la muchacha, Escobedo recibió la caña como mandaban las normas de urbanidad mexicas: tomándola con su mano derecha por el extremo decorado. Asió luego el plato con la izquierda, pues la costumbre estipulaba que ambos elementos se debían tomar como si fueran arma y escudo, respectivamente. Con un susurrado «*tlazohcamati*» agradeció el gesto, y la chica, entornando los ojos, respondió con un suave «*amitla*».

—*Mopal elcihcihu*³⁰— declaró el mercader cuando su hija se retiró. El español comenzó a fumar sin dar respuesta a aquella afirmación, entendiendo que «el que calla, otorga». Se hizo silencio cuando la joven —llamada Ayahuitl, «bruma»— apareció con una *iyetl* y un plato para su padre. Los dos hombres la siguieron con la mirada mientras se alejaba de nuevo, sus tobilleras y pulseras sonando y su *huipilli* ondeando suavemente tras ella. El *pochtecatl* dio un par de chupadas largas a su tabaco —el cual, como muchos mexicas, solía mezclar con betún *chapopohtli* para darle aroma— y escuchó con atención al escribano, que le comentó brevemente los adelantos de su gente con los trabajos de la madera. Aquel avance complacía, y mucho, al comerciante. Luego éste refirió los detalles de su futuro viaje.

—*Cuix huitz nonahuac*³¹— le preguntó inesperadamente al segoviano. Rodrigo sopesó cuidadosamente la invitación. No le desagradaba la idea de viajar con su mejor amigo, una persona que podría abrirle muchas puertas, del que podría aprender infinitas cosas y al que, en última instancia, le debía la vida. Además, de su mano podía conocer mejor el país y las

³⁰ En náhuatl, «Ella suspira por ti».

³¹ En náhuatl, «¿Vienes conmigo?».

costumbres, y hasta evaluar la posibilidad de convertirse en *pochtecatl*. Sabía que aquel hombre no sólo lo había salvado en un pasado reciente, sino que podría ayudarle a construir un futuro a su medida. Además... no quería desairar al que, con un guiño del destino, podría convertirse en su suegro. Pero, para poder irse tranquilo, deseaba ordenar un poco sus asuntos y quería esperar a que llegaran sus compañeros de Cempohuallan.

—*Nocnihuan...*— intentó explicar Escobedo. —*In cuepcahuan nicchiyaz.*³²

—*Quemah. Nehhuatl nimitzchiyaz*³³— fue la respuesta de Cuitlachnehnemini, que acercaba el tradicional tablero de *patolli*.

³² En náhuatl, «Mis compañeros... Esperaré su retorno...».

³³ En náhuatl, «Bien. Yo te esperaré a ti».

IX

SEVILLA, 1521

*E dízese que quando el miedo entra al cuerpo,
empuxa a los ombres a fazer sandezes e desvaríos que, en
estando cuerdos e tranquilos, no fazerían de ningún modo.
E al miedo achácasele, pues, la grande locura e nescedad que
fizieron aquesos pobres diablos, que por huir de un destino
incierto sellaron un cierto sino.*

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo III.

Caía ya la noche cuando los miskitu emplazados sobre el acueducto notaron gritería y ruidos extraños tras la Puerta. Aquella barahúnda no presagiaba nada bueno. Siguiendo la ruta del odre de *atolli*, enviaron la novedad a sus superiores, que avisaron del hecho a los altos mandos a través de los zapotecas y organizaron a las tropas para repeler cualquier ataque sorpresivo que partiera desde las murallas o desde el interior de la fortificada ciudad. A pesar de tantas carreras, todo se hizo con el mayor de los sigilos, ocultándose los hombres entre las sombras para no ser percibidos con facilidad.

Cuando la Puerta de Carmona se abrió lentamente, los dos vigilantes no daban crédito a sus ojos.

—*Bika! Man baha sut kaikisma?*

—*Kaikisna...*³⁴

Lo que salía no era una compañía del ejército sevillano. Se trataba de población civil: mujeres, ancianos, niños, esclavos, todos ellos provistos de antorchas y flanqueados por hombres malamente armados, con escasa protección y totalmente desorganizados. Los miskitu pronto comprendieron lo que estaba ocurriendo. Aquello era una escapada desesperada, una fuga apresurada de los sitiados en la que estaban condenando sus vidas. Mientras uno daba el aviso a sus compañeros de abajo —soplando casi la palabra *waihla nani*, «enemigos»— el otro no podía separar los ojos de aquel tropel.

—*Witin nani sut pruaia*³⁵— anunció quedamente.

—*Yang naha tasba wina katna kaka, aiklabaia kapri*— repuso el otro.

—*Taura aiklabi pruwai, alba kaia mankara*.³⁶

—*Witin nani sut pruaia*— repitió el primero, con la tristeza nublandole la mirada. Era un guerrero, no un asesino. Atacar a la muchedumbre que huía despavorida le parecía simplemente una masacre. Su compañero observaba perplejo a algunas de aquellas personas de piel oscura. Era la primera vez que veía hombres y mujeres de raza negra.

³⁴ En miskitu, «– ¡Mira! ¿Ves todo eso? – Los veo...».

³⁵ En miskitu, «Todos ellos van a morir».

³⁶ En miskitu, «Si yo fuera de esta tierra, lucharía. Primero morir peleando, que vivir esclavo».

—*Taya kalatka siksa baku...*³⁷— se dijo, extrañado.

El puñado de sevillanos que cruzaban armados por Carmona se adelantó al grupo y formó una especie de muro que avanzaba lentamente, con precaución, oteando a través de la penumbra que ya cubría por completo las primeras casas abandonadas del arrabal de La Calzada. Los vigías lenca y miskitu situados en las riberas del arroyo Tagarete podían distinguirlos a la luz de las teas encendidas que portaban, y advirtieron nuevamente a su general de lo que estaba sucediendo. Éste, confuso ante una situación tan singular, volvió a dar aviso a los altos mandos a través de los mensajeros zapotecas, y ordenó a sus tropas que se mantuvieran alertas, preparadas ante cualquier eventualidad.

Los sevillanos superaban las casas y callejas que los separaban de la Alcantarilla de las Madejas y de las aguas del arroyo, con los ojos y las flechas de sus enemigos apuntándoles. Se movían muy despacio, con mucho miedo. El tiempo transcurría casi sin ser sentido, al ritmo de los pasos de quienes los arrastraban en su fuga. De pronto, uno de ellos, un rufián armado con un viejo arcabuz de mecha humeante, entrevió algo en la negrura a los pies del acueducto y, sin pensarlo dos veces, alzó el caño de hierro y disparó.

«A las armas las carga el diablo» sentenciaba un viejo dicho español. Y, en efecto, pareció que el mismo demonio orientara la trayectoria de aquel pedazo de plomo candente. Enviado casi al azar contra un objetivo apenas adivinado en la oscuridad, partió el pecho de uno de los vigías miskitu, acallando el recuerdo de la esposa que había dibujado con nostalgia mientras caía la noche.

³⁷ En miskitu, «El color de la piel es como negro...».

—*Yaptam palira! Pat waihla nani aula*.³⁸— clamó su compañero, haciendo reaccionar a los hombres que estaban más cerca del humilladero. Justo al mismo tiempo, los silbos zapotecas devolvían la orden del *tlacochcalcatl* mexicana, Tepehuahtzin. Eran dos palabras en náhuatl, apoyadas por la llegada de varios escuadrones de arqueros *chichimecah*, taínos y caribes.

«A las armas las carga el diablo», decía el refrán. Algunos lo remataban afirmando que las disparan los imbéciles.



—*Diara sut brisna ba man dukiam atia sa*.³⁹— alcanzó a pronunciar, con las pupilas dilatadas por el asombro y el dolor, el vigía miskitu a su amigo y compañero antes de morir. El otro lo sostenía entre sus brazos. «Se fue...» pensó el hombre. A su alrededor había estallado la confrontación. Pero su pensamiento estaba lejos de allí. Miraba aquel cuerpo que yacía inerte y pensaba que podía haber sido él el que ocupara su lugar. Hubieran bastado sólo unos minutos para que sus recuerdos, sus sueños, sus deseos, sus gustos, su historia, sus lazos, todo desapareciera envuelto en un último suspiro. Todo ido, todo terminado de golpe, así, sin más, simplemente porque sí.

Una tempestad de «flechas negras» atravesó la turba que intentaba abandonar Sevilla por Carmona. Las puntas agudas de los proyectiles no diferenciaban niños de ancianos, hombres de mujeres. Los arqueros

³⁸ En miskitu, «¡(Insulto, sin traducción posible)! ¡Ya se acercan los enemigos!».

³⁹ En miskitu, «Las cosas todas que tengo son todas tuyas».

chichimecah se aproximaron por la Calzada de la Cruz del Campo y, sin dejar de disparar, cruzaron el puentecillo sobre el arroyo. Buscando resguardo entre las sombras, continuaron enviando sus saetas contra aquellas antorchas que ahora corrían frenéticamente de un lado a otro. La calle de tierra era un reguero de heridos que se arrastraban como podían entre alaridos de dolor. Los guerreros taínos, caribes, miskitu, lencas, nawat y mexicas siguieron las huellas de los *chichimecah*, prestos a entrar en acción, con el corazón hecho un ovillo de miedo, dudas y excitación. Los sevillanos contraatacaban con unas pocas ballestas y arcabuces al bulto, presas de la desesperación, y algunos se daban media vuelta y regresaban sobre sus pasos, tropezando con los cuerpos de los caídos y empujando al resto hacia la Puerta. Desde las almenas de la muralla se escucharon también los disparos de algunos defensores que les cubrían la retaguardia, pero los arqueros, ya fogueados en la batalla del Arenal, no ofrecieron blancos fáciles y regaron con dardos la cima del alto muro.

Y entonces ocurrió uno de los sucesos más lamentables de aquella nefanda jornada. Para evitar la entrada de invasores por Carmona, los defensores —reforzados por tropas que llegaban desde el Alcázar por mandato de Enríquez de Ribera— cerraron las puertas y las trabaron. Pocos de los que habían salido pudieron volver a entrar, y el clamor que se elevó fuera de la puerta no consiguió revocar la decisión. Salvar a esos que se habían «rebelado» contra las órdenes —aún a sabiendas de lo que podía sucederles— equivalía a poner en peligro al resto de la población. Y ese era un riesgo que no se podía correr.

A los guerreros de la serpiente con plumas no les costó ningún trabajo rodear y hacer prisioneros a los desdichados que habían quedado aislados

fuera del casco sevillano, mientras se defendían, al mismo tiempo, del ataque que arreciaba desde las almenas.

A manos del vigía miskitu que había alcanzado el odre de *atolli* a su compañero sobre el acueducto cayó prisionera Inés. La joven no se resistió. No hubiera podido, ni hubiera sabido. De sus labios temblorosos sólo se desprendieron palabras en la lengua de sus antepasados.

«*Shav'atenu kabel. Ushm tza'akatenu. Yode'a ta'alumot*».⁴⁰



—Un centenar. Quizás dos— fue todo lo que pudo responder el mensajero.

Enríquez de Ribera tuvo que sentarse tras escuchar la funesta noticia. Ése no era el resultado que había esperado una vez que se acatase su orden. Aquella gente tenía que haber sido detenida cuando quería salir, no cuando trataba de volver a entrar. Los que estaban en la Sala de la Media Naranja dejaron caer el peso de sus cabezas sobre el pecho y clavaron su mirada en el suelo. Había pasado la hora de completas, o tal vez maitines, ¿quién podía saberlo? Allí ya no sonaban las campanas que dividían el tiempo sevillano al ritmo de los rezos.

—¿Y la cárcel?

⁴⁰ En hebreo, «Nuestro clamor acepta y oye nuestro grito, Tú el que conoce los misterios». Es parte de la *Ana Bek'oach*.

—Medio centenar de presos muertos y ciento y tantos fugados, que poco pudieron hacer las gentes de armas en llegando allí. Sólo dieron con los que no lograron salirse de sus celdas.

—Y a los escapados, ¿habeislos buscado?

—En la noche, perseguillos es trabajo sin provecho. Es como querer atar al humo.

El Capitán General hundió la cara entre las manos. En cuanto amaneciera se reanudarían los combates. Y ya no tenía más cartas que jugar. Sólo restaba confiar en la bravura y en el instinto de supervivencia de los sevillanos. Pero con media muralla principal perdida, sus puertas abiertas y un mar de despojos hispanos yaciendo ante ellas, ¿podían la valentía y el arrojo mantenerse en pie?

—¿Por ventura habedes nuevas de las puertas del Alcázar?— quiso averiguar Enríquez, aunque era una demanda estúpida y él lo sabía.

—Oídlo vos mismo, señor— repuso el mensajero. En efecto, los cañones no habían dejado de golpear aquellas entradas en lo que iba de noche. Pronto caerían, y con la primera claridad del sol nada evitaría una nueva carnicería.

El Capitán alzó la vista. Poca gente quedaba en aquella sala. Muchos nobles habían muerto durante los enfrentamientos de la tarde anterior. Muchos buenos amigos, gente joven como Belalcázar. Y cuando llegaron las peores noticias, la mayor parte de los restantes se había dirigido a sus palacetes y casas para resguardarse allí, convocando a sus deudos en torno suyo para defender sus pertenencias y personas, olvidando la villa y sus habitantes. Permanecían con él algunos clérigos, un puñado de nobles e

hidalgos, los miembros del Cabildo secular que no habían caído a manos enemigas y los militares bajo su mando. Nadie más.

Nada más.

La ayuda de Toledo ya no podría socorrerles. Faltaban dos o tres días, con suerte, para que sus mensajeros dieran el aviso —si no habían sufrido ningún percance al cruzar la Sierra Morena— y tomaría diez días más a marchas forzadas para que las fuerzas imperiales pudieran acercarse a Sevilla. Para entonces, sería una suerte si subsistía memoria o rastro de los habitantes de la ciudad del Guadalquivir.

Tampoco había llegado apoyo desde las villas vecinas. El Capitán General pensó que los relatos de los que habían huido de la ciudad y sus alrededores habrían bastado para infundir temor en los espíritus más bizarros.

—Tened las guardias en las puertas orientales. Que ninguno cometa otro grande desatino como el que aquesos desdichados han hecho. Que los hombres descansen si pudiesen, mas de hacello, que recuerden⁴¹ presto. En amaneciendo habremos harta labor una otra vez. Aconteceranos lo que Dios pluguiera.

En su tienda sobre el Arenal, Tepehuahtzin era informado de la toma de prisioneros en Carmona. El mexica no dormía. No hubiera podido, con tantas imágenes en la cabeza, tanta responsabilidad en el pecho, tanta sangre y tanto fuego corriéndole por las venas, tantos planes por urdir.

⁴¹ En castellano antiguo, el verbo significaba «despertar». Para «recordar», el verbo usado era «acordarse».

El *tlacochcalcatl* repasó mentalmente los últimos acontecimientos. Luego se levantó de su estera —aderezada con ricas pieles de *ocelotl*, como correspondía a su rango— y, rebuscando en unos abultados sacos que ocupaban un extremo de su tienda *xacalli*, extrajo de uno de ellos un macizo crucifijo dorado. Era uno de los trofeos que había traído la *Tzitzimitl* desde Cádiz. Aquel símbolo siempre le había causado una sensación confusa, desde que los Mensajeros se lo enseñaron y explicaron hacía años, allá en Tenochtitlan. Una sensación que oscilaba entre la curiosidad, la diversión y el horror. No comprendía cómo aquella gente había sacrificado así, tan cruelmente, al que consideraba su salvador, su dios, su divinidad. Los dioses mexicas eran poderosos y escapaban al entendimiento o el alcance de los mortales. Pero aquel hombre, ejecutado primero, adorado luego...

Miró largo rato el crucifijo y sin mediar explicación alguna se lo lanzó al subordinado que le había llevado las novedades. Acto seguido, con frases breves, dio sus órdenes.

Sevilla se rendiría al día siguiente. No le quedaba ninguna duda.



Los prisioneros habían sido maniatados y arrinconados en una antigua posada de La Calzada, abandonada por sus propietarios y maltratada por el saqueo. Varios guardias armados los vigilaban. A la luz de unos pocos candiles de aceite negruzco, los cautivos podían ver sus facciones cobrizas, sus pinturas, sus vestimentas y sus adornos, tan exóticos para sus ojos como distantes para sus mentes.

Sabían de ellos que eran *el enemigo*, que estaban atacando su ciudad y que ahora sus vidas les pertenecían. Sólo eso. Un rumor de lamentos, de sollozos, de improperios, de maldiciones y rezos recorría aquel recinto de paredes encaladas, ocres a la tenue y sucia luz de las lamparillas.

Con la espalda contra una de ellas, arrebuja en su mantilla, estaba la judía «conversa». A su lado renegaba un viejo mendigo, andrajoso y mugriento. Vestía un sayo largo hecho jirones que no hubiera servido ni como papel de estraza, abierto por el hombro y cerrado por delante. Se tapaba la cabeza con una caperuza de cuartos y con un paño por donde deambulaba un rebaño de bichejos diminutos. Llevaba las piernas desnudas bajo un calzón antaño blanco, y calzaba unas abarcas de cuero crudo atadas con tomizas de esparto. Blasfemaba en su castellano más castizo. «Senjusticia com'aquesta no ha quedar sin pugnición, pardiez, qu'aquestos hideputas traidores, bellacos redomados, presto han trubar quien les espulgue las costillas... Sen resuello lo'han de dejar, y aun pior». Por la otra banda, una africana —quizás una antigua esclava— murmuraba a una pequeña que llevaba envuelta en un manto, apretada contra su pecho. «No llora no, pequeña di mi, no hacé eso no, ojito e'flore» le decía, cubriéndola de besos. «Nojotra van está bien, yo cuiddá ti mucho, agoda tu duelme... Yo ama ti mucho fuerte».

«Todo han destruido, bastardos, las murallas y el castillo trianero, todo...» denunciaba el pordiosero, e Inés lo interrumpió.

—¿Escucho bien? ¿El Castillo de San Jorge, destruido es?

—Ansí dicen, mi señora, que no l'han visto los mis ojos... Mas, en arrasando todo el río ¿como el castillo iba a salvarse?

—Maravilla muncha es aquesa...— se mordió la lengua la mujer. Aquella fortaleza era la sede de la Inquisición, el terror de los «conversos», los muros en cuyo interior se confesaba lo inconfesable, lo inadmisible, lo inexistente. ¿Habría sido realmente destruida? De allí habían salido muchos de los suyos vistiendo sambenitos, o como blanco del escarnio popular en su ruta a las hogueras levantadas en la plaza de San Francisco. Allí estaba el martillo que rompía lo que aquella sociedad más odiaba: lo diferente. Y oponérsele era imposible. Ya lo decía un viejo refrán ladino: «Fierro que da al vidrio, ¡guay del vidrio! Vidrio que da al fierro, ¡guay del vidrio!». Los débiles siempre perdían. Siempre.

Varios extranjeros armados entraron en la posada, eligieron a algunos prisioneros y los alzaron del suelo. Cuando pasaron frente a Inés, la mujer pudo reconocer entre ellos al miskitu que la había capturado. Él también la reconoció y, señalándola con la barbilla, le dijo unas pocas palabras al responsable de escoger a uno o a otro. Éste la miró con interés, gruñó algo ininteligible y levantó del suelo al mendigo que yacía a su lado, empujándolo hacia la puerta junto a los demás que ya estaban de pie. Allí otros hombres se hacían cargo de ellos, amordazándolos.

El miskitu se agachó hacia la judía y la observó con atención. Luego, atisbando a un lado y a otro, extrajo de su bolsa de fibras un par de tortillas envueltas en un paño y se las puso entre las manos. La mujer estudió fugazmente el rostro de aquel guerrero y vio pena en sus ojos oscuros, una especie de disculpa que superaba la barrera de los odios y los idiomas. El miskitu dirigió su mirada a la africana y su criatura e inmediatamente después, con un gesto mudo, la volvió a posar en ella. Inés asintió. No sabía muy bien cómo dar las gracias por aquello. Por experiencia de vida estaba convencida de que el hierro siempre rompía el vidrio, pero esta vez también

se había resquebrajado el metal. Proyectó su agradecimiento en un tímido ademán, que el hombre respondió cerrando y volviendo a abrir lentamente los párpados al tiempo que se incorporaba.

—Aliza— dijo la mujer, tocándose el pecho. Nunca podría explicar qué la motivó a hacer eso. Simplemente lo sintió y actuó en consecuencia.

—Saiwan⁴²— dijo el hombre, imitando el gesto antes de salir aprisa de la posada. Fuera se escuchaban golpes y gemidos apagados. «*Saura, saura...*»⁴³ iba repitiendo el miskitu en su lengua.



Sevilla se rendiría al día siguiente. A Tepehuahtzin no le quedaba ninguna duda.

Al amanecer del nueve de julio, desde las murallas que bordeaban la Puerta de Carmona se podía ver una treintena de cruces de madera erigidas a lo largo de la Calzada de la Cruz del Campo. Aquello parecía una ironía amarga, una asociación grotesca de nombres y hechos. Clavados a ellas estaban treinta de los prisioneros tomados la noche anterior. Los menos valiosos, los más viejos, los que habían sido capturados heridos o moribundos. Pero, aún así, sevillanos. Vecinos de Santa María la Blanca, familiares, amigos o conocidos de aquellos que se asomaban espantados por encima de las almenas.

⁴² El nombre equivale, en miskitu, a «amanecer».

⁴³ En miskitu, «Malo, malo...».

Aquella misma mañana se aproximaba a la ciudad, a la Puerta de Jerez, la vanguardia del enorme ejército que había asolado Cádiz, Puerto Real, Jerez, Lebrija, Cabezas de San Juan, Los Palacios, Villafranca de la Marisma, Dos Hermanas y todas las otras poblaciones que había encontrado en su camino. En aquellas columnas llegaban veinticinco millares de almas. Centenares de prisioneros y caballos. Y muchísimas ganas de acabar con todo aquello —costase lo que costase— para descansar de una buena vez.

Sevilla se rendiría aquel nueve de julio. Eso había pronosticado el *tlacochcalcatl* mexica. Él ya había efectuado su movimiento en aquel gigantesco tablero de *patolli*. Y ansiaba saber —como todo buen jugador cuando arriesga mucho— cuál sería el de sus oponentes.

X

TENOCHTITLAN, 1494

Las calles de agua e tierra de Tenochtitlan llenáronse de gentes, que a voces rescebían todos al su ejército e principales hombres de armas. E los captibos que truxían con ellos habían traças que movían a misericordia e compasión. Mas ninguna hubieron, que no estaba ello entre los sus usos e costumbres, sino más bien el sacrificarlos por honrar a sus dioses.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo III.

—Buena sea vuestra venida— dijo, con una ancha sonrisa, Andresillo de Huelva. Mediaba enero del nuevo año y las tropas mexicas regresaban de Cempohuallan. Y con ellas, todos los españoles que allá habían marchado.

Tenochtitlan se había puesto de gala para recibir a sus hijos y a sus aliados, pueblos éstos con orígenes similares a los mexicas y con historias comunes de luchas, dominaciones, batallas y encuentros.

El ejército había llegado formado en dos columnas, con los cautivos en el centro. Los prisioneros iban cantando y danzando contra su voluntad, y dando a veces voces plañideras en su lengua totonaca. Cruzaron la calzada

sur —piedra y tierra apisonada que se elevaba dos varas sobre el agua— y salvaron los dos puentes que la cortaban, uno de ellos incluido en la pequeña fortaleza de Xoloc. Por encima de la ciudad, en las cumbres de los templos de Huitzilopochtli y Tlaloc, Quetzalcoatl y Tezcatlipoca, Chicome Coatl y Xochiquetzal, sonaban los descomunales tambores *tlalpanhuehuatl* y las caracolas. Entraron primero los guerreros más viejos, los *cuauhhuehuetqueh*, con sus bezotes de piedras pardas, sus galas de cueros teñidos de rojo, sus orejeras de caracoles, sus rodela y bordones. Tras ellos venían los maestros de armas de cada *campan*, los *achcauhtin*, llevando colgadas pequeñas calabacillas con tabaco y, en sus manos, incensarios con lumbre y costalillos de incienso *copalli*.

Inmediatamente después marchaban los guerreros de los cuatro *campan* del gran *altepetl* mexica: los de Moyotlan, Zoquiapan o Teopan, Aztacalco y Cuepohpan. Cada parcialidad ingresaba a Tenochtitlan precedida por su *pantli*, una bandera o insignia de papel *amatl*. La del *campan* del noreste, Cuepohpan, estaba compuesta por tres banderillas blancas enlazadas por plumas de *quetzaltototl*. El *campan* del suroeste, Moyotlan, traía una enseña con franjas horizontales verdes, amarillas y rojas y un cuadro color café con nueve círculos o motas de algodón blanco y otros tantos en los bordes. El del sureste, Teopan, llevaba una bandera con franjas rojas y blancas y el del noroeste, Aztacalco, portaba una especie de paraguas de plumas doradas. Cada *campan* era liderado por uno de los miembros del consejo privado del *tlahtoani*: el *tlacochcalcatl*, el *tlacateccatl*, el *ticociahuacatl* y el *atempañecatl*. En aquella época, todos ellos eran importantes jefes militares, cada uno con sus atribuciones y sus rangos propios. Y de entre ellos —personajes de sangre real y alto linaje— se elegiría al siguiente *hueyi tlahtoani* cuando Ahuitzotl muriera.

Pisando las huellas de los guerreros mexicas venían las naciones aliadas y vasallas: las fuerzas aculhuas de la ciudad-estado de Texcoco, los tepanecas de Tlacopan, los culhuas de Culhuacan, los chalcas de Chalco, los chinampanecas de los islotes del lago, y los hombres de Xochimilco, Mixquic, Itztapalapan, Cuitlahuac, Huitzilopochtli, Mexicatzinco y tantos otros lugares vecinos de los lagos. Pues el de Texcoco —sobre el cual se alzaba Tenochtitlan— se comunicaba con cuatro lagunas más, todas ellas densamente pobladas.

Hombres y mujeres de la imponente ciudad mexica recibían al ejército a voces: «¡Seáis muy bienvenidos, hijos del sol, al asiento, lugar y casa del gran señor Huitzilopochtli!». La procesión atravesó la calzada sur y se dirigió al amplio recinto central, a los mismos pies del *hueyi teocalli*, el templo doble de Huitzilopochtli y Tlaloc. Allí fueron recibidos por los altos sacerdotes, y todos los recién llegados —nobles, guerreros y prisioneros por igual— tocaron la tierra con su dedo medio y se lo llevaron a la boca, en señal de respeto, obediencia y sumisión.

Además de los prisioneros, aquel ejército acarreaba rico tributo: bezotes de oro, esmeralda y cristal; orejeras; diademas de papel dorado; fastuosas tobilleras y tranzaderas de cabello; gruesos canutillos de pluma llenos de polvo de oro; suaves pieles y cueros; mantas y vestidos. Y cargas de cacao, fardos de algodón y de *chilli*, pepitas de calabaza, panales de miel, *copalli*, licor de cerezas *capolochtli*, cerbatanas para la caza, pigmentos para elaborar pinturas, papel, cuchillos de obsidiana...

Tras los discursos del *hueyi tlahtoani* y sus principales, los españoles se encaminaron juntos al sector de palacio en el cual aún se alojaban, con la promesa de una recepción posterior por parte del propio regente, además de

ceremonias, fiestas y cuantiosos presentes.

Rodrigo de Jerez venía con el brazo izquierdo vendado y colgando en cabestrillo. Andresillo lo miraba y reía por lo bajo.

—Vos, hermano, ¿veisme alguna coraza, o de qué os reís?— soltó el herido al grumete, entre bromas y veras.

—¡Ave María! ¡Destemplado viene este laúd!

—Calentose el horno y salieron llamaradas— chicoteó el genovés Jacome.

—¿No habrá querido vuesa meced parar una estocada a brazo desnudo?— se mofó Luis de Torres, sumándose a la chanza general.

—Son los broqueles de aquesta gente débiles como bizcochos, don Luis— argumentaba el de Ayamonte, mohíno. —Al primer golpe que rescebí, vesme aquí con el brazo como cogote de pollo.

—A fe mía que para su defensa usó una tortilla desas, que no broquel— dijo Diego de Arana, que se incorporaba al grupo tras saludar a sus compañeros.

—¡Conciértame estos candiles!— exclamaba Rodrigo, al que llovían bromas de todas partes.

—¿Escociote, Rodriguillo?— le palmeaba la espalda Txatxu de Lequeitio, entre carcajadas sonoras.

—Ahórrame burlas, Txatxu amigo, así te medre Dios, que ya bastantes me caen por doquiera.

—Mas... ¿usasteis los broqueles dellos y no las nuestras rodela?

—No llevamos suficientes, y vime forzado a llevar un escudillo mexica.

—¿Y do está Antonio?— buscaba Juan de Medina al de Cuéllar.

—Vesle aquí, vesle.

—Maldito sea este necio, y qué porradas dice. ¡Vete de aquí a la mala ventura!— seguía protestando Rodrigo contra Andrés, que, al parecer, continuaba con sus pullas.

—Por mi ánima, rapaz, que oigas y calles, que por eso te dio Dios dos oídos y una lengua sola— mediaba Escobedo, intentando atajar al zagal.

—Dejadme de prédicas, que yo me entiendo y bailo solo, señor escribano. No dejo que se me cocinen en el buche las palabras: que antes largo el arcabuzazo y venga lo que viniere— se defendía el muchacho.

—Eres tú una alhaja de las que el diablo empeñó y no sacó— le reprendía el segoviano.

—Es esta una cortada que cualquier cirujano sevillano declararía ser obra maestra de cortadas, señores— explicaba Rodrigo de Jerez, mostrando su herida al asombro general.

—No habrá ido a por lana y venido sin pluma, ¿verdad, maese Rodrigo?— reía maestro Domingo, el tonelero.

—No, no, no, mi amigo, que un solo golpe no derriba un roble— rebatía el aludido.

—A las obras creo, que las palabras las venden de balde doquiera. Que cada buhonero alaba sus agujas— insistía Andresillo, para deleite de todos y pesadumbre de Jerez.

—Jesús... Cuando tú naciste ya comía yo pan con corteza, zagal— replicó Rodrigo, enfadado.

—¡Santiguarme quiero! ¡Aunque soy mozo, cosas he visto asaz!

—Ya, ya, basta de requilorios y andar andillo— metió baza el escribano. —¡Mátenme cuerdos y no me den vida necios! Y tú— aconsejó al muchacho —si entre lobos quieres andar, enséñate primero a dar aullidos.

—Y además de la herida de don Rodrigo, ¿cómo os fue en Cempoala?— preguntaba Luis de Torres a Domingo de Lequeitio.

—Postema y mala landre maten a esos de Cempoala, don Luis. ¡Válalos el diablo y mal cancre se los coma!— refunfuñaba el vizcaíno contra los totonacas, quienes, por lo visto, no les habían dado buena jornada. —Ya os referiremos las nuestras aventuras desde la cruz a la fecha, que no son pocas ni es grano de anís.

—No fue tan duro, que no hicimos sino llegar y recaudar— intervino Arana. —En peores nos hemos visto. Harta carrera tuvimos hasta allá, eso sí, que en reunir el ejército de aquestos mexicas y los sus aliados tardamos lo más del viaje.

—En llegando allí— continuó el relato Rodrigo de Jerez —habían los totonacas deshecho malamente el camino, haciendo de él senda de espinos y roquedal intransitable. Harto daño hicieron a la calzada que vuestas mercedes y yo caminamos tiempo ha...

—Y la villa habían murallado con palizadas de lodo y piedras, como adobes— agregó Antonio de Cuéllar.

—Cierto es, que grande enojo tomaron dello los mexicas, por ser aquella ciudad tributaria y por ser ellos sus vasallos y estar defendiéndose de aquesa guisa contra de sus señores.

—Una vez asentados— siguió Arana —mandaron los reyes Ahuitzotl y aliados a unos embajadores, por allanar el camino y evitar ofensas, que tradición y costumbre es ésa entre los suyos. Mas volvieron los dichos embajadores con las manos vacías, que los totonacas dijéronles que ellos no querían más aceptar el señorazgo de los mexicas, y que libres iban a ser, o muertos.

—Dióseles un pito la embajada, como dijo el otro— resumió Txatxu.

—Por la noche enviaron los generales a unos que llaman «quimichin», que en lengua nuestra es como decir «ratones», y son aquestos unos espías prácticos en las cosas de guerra. Y van aquestos tan quedos que en la propia ciudad se meten sin ser sentidos, y hasta en las casas y palacios principales, y traen cosas para demostrar a sus jefes que en verdad allí se estuvieron y revisáronlo todo.

—Avisados son aquestos mexicas, que el mur⁴⁴ que no sabe sino un horado, si aquel le tapan, no habrá donde se esconda del gato— reflexionó Jacome.

—Pues tras la labor de esos «quimichin», sabíanse los mexicas todos los horados de Cempoala, por entrar y por salir della, que maravilla igual no he visto yo— señaló el de Cuéllar admirado.

⁴⁴ En castellano antiguo, «Ratón».

—Sotiles hombres son aqueos espías— aseveró Domingo de Lequeitio.

—¿Sotiles, dices?— exclamó Txatxu. —¡Hara! ¡Si capaces son de sentir el galope del caballo de bastos!

—Al amanecer fuéronse los embajadores una otra vez a parlamentar con los de la villa, que antes murieran muerte mala que bajar escalones ni faltar un quilate de su punto— retomó la historia Arana. —Y la misma respuesta rescebieron, que los otros iguales son en cosas de honra. Y así apercibiéronse las tropas con toda diligencia. Los mexicas habían reunido grande ejército, pues fueron muchos aliados de las villas e ciudades de todas las orillas de aquestos lagos.

—Y entonces comenzaron los mexicas a dar voces y a sonar atabales y bocinas— apuntó el de Cuéllar. —¡Válgame nuestra señora, que sea conmigo! Púsoseme en pie el cabello. «Junta de lobos, muerte de ovejas», díjeme.

—Pocas mataduras has visto tú en la barriga— sonrió Domingo de Lequeitio. Y mirando al resto, añadió. —Le corrían letanías por todo el cuerpo, señores, y sudaba gordo como garbanzos.

—Los hombres no son de fierro ni están obligados a tener como los clavos, que aun a ellos les falta la fuerza y suelen aflojar— manifestó el otro, a modo de disculpa. Luego se dirigió al de Lequeitio. —Y tú, tú eres más bruto que el que asó la manteca. ¡Bravucón rajabroqueles, y no más digo!

—¡Quien no te conozca, que te compre, maltrapillo! Que eres como el perro de Juan Molleja, que antes que le caiga el palo ya se queja.

—Sea, sea, tened en paz la fiesta, señores, y siga adelante maese Arana con su relato— terciaron a la vez Torres y Escobedo.

—Pues ahí comenzó la danza, que atabales y sonajeros tocaban para ello— sonrió Arana, rememorando la batalla. —De allá salieron los totonacas, fierísimamente armados, que daba espanto sólo de vellos desde lejos, y gritando blasfemias y otras cosas del jaez en la su lengua. Y de acá los mexicas y los sus vecinos y amigos, apellidando a los otros por su santa madre que los parió y todo lo demás que imaginarse puedan vuestas mercedes, que no era aquello entretenimiento de doncellas.

—Y espadas afuera luego— prosiguió Rodrigo de Jerez, mientras los demás asentían. —Cuchillada aquí, tajos acullá, reveses... Tiraron los mexicas de sus espadartes de leño y piedra a toda priesa y descolgáronseles encima a los mandobles, tales que si los totonacas no hubieran puesto esforzada resistencia y coraje como pusieron, en un despabilar de ojos los hubieran vuelto cisco.

—«¡Degollina con ellos, o cuatro onzas de plomo entre pecho y espalda!» dijimos nosotros, y allá fuimos— declaró Antonio. —Mas teníamos órdenes de no matar demasiados y de tomar los más prisioneros que pudiésemos, sin que ello fuera en perjuicio de nuestras vidas, que en defendiéndolas, lícito era escabechar a aquellos hideputas.

—Si por mi fuese, a todos los hacía chanfaina aquella mañana, que mal trago y sinjusticia nos dieron en Cempoala— refunfuñó Txatxu.

—Pues sepan vuestas mercedes que el pandero estuvo en manos que lo sabían hacer sonar— se jactó Rodrigo. —Los mexicas despacharon hartos totonacas a la tierra de las calaveras sin recomendación ninguna, que do iban no eran menester. ¡Tornábanles picadillo en un verbo!

—Nunca mucho costó poco— observó Escobedo, un tanto incrédulo ante aquella enumeración de hazañas y proezas tan salpicada de bravatas.

—Imaginen vuasés el escenario— dilataba la historia Rodrigo, impertérrito. —Aquel le arrimó un balazo a uno y lo mandó a pudrir tierra y a criar malvas con la mollera— apuntó con su mano sana al de Cuéllar. —Otros acullá, armados con dos estacas gordas como un brazo, se suavizaban el cordobán a trancazos.

—Mas muchos soldados jóvenes había— matizó Arana —que no sabían de guerra ni maldita cosa, y trabajaban entre varios para cautivar a algún bravo totonaca. Y los mexicas, de avisados y resabidos como son, meten entre varios jóvenes sin experiencia a algún soldado viejo, a algún «tigre» o «águila» que conozca hartó el oficio y les saque la olla del fuego si se ven en apuros. Y ansí de los más bravos los jóvenes van aprendiendo, que es grande maravilla de ver.

—Buenos son en la guerra. Y valientes— afirmó el cordobés Corvalán, callado hasta entonces.

—Sí, mas desorganizados también lo son— apostilló Arana, —que con un poco más de orden y concierto alcanzarían muchas más victorias con mucho menos embarazo. Mas aquesta es cosa que podremos tratar más adelante con los principales mexicas, y que será de beneficio para todos. Que con nuestro saber y nuestras armas, grandes cosas podría hacer su ejército.

—Aquí los señores de Lequeitio prendieron varios prisioneros, que maese Txatxu fue uno de los que más hizo— celebró Rodrigo de Jerez.

—Con la boca de espuerta que Dios le dio, habrá echado por ella sapos, culebras y demás alimañas, y desmayádoslos con el su aliento— volvió a la carga Andrés, que ya llevaba mucho tiempo callado.

—¡Como quien oye llover, niño! ¡Callos en los tímpanos tengo de oír esas necesidades!— respondió el aludido.

—Y algún regüeldo también habrá echado, ¿a que sí?— bromeó maestro Domingo.

—Sí, y algún bostezo de a cuarta, como que hay viñas en Jerez— asintió Rodrigo.

—Ya tiene vuesa merced su escudilla, como cada cual— consoló Escobedo a Txatxu, que meneó la cabeza sin hacerse cargo de todo lo que le endilgaban.

—La verdad sea para Dios, y Dios para los buenos, y los buenos sean para el cielo, don Rodrigo— se limitó a decir el vizcaíno. —Tienda vuasé por ahí los ojos— y señaló a Andrés —y verá qué valiente gente topa. A mi deberían agora trasquilarme y darme divisa de noble por mis prisioneros.

—¿Cómo así?— le interrogaron sus compañeros.

—Sabad, señores, que los grados de estos mexicas van en consonancia con los prisioneros que han tomado en guerra— explicó el vizcaíno. —Y cuando un mozo novato en las lides toma un prisionero, trasquílanlo de cierta manera y déjanle detrás del colodrillo un manojo de pelo para tranzallo con plumería rica. Anda entonces el tal mancebo con honores por la calle y entre sus allegados. Y puede ya vestir ciertas prendas y llevar divisa, y rescibe favores del rey y los nobles. Y mientras más prisioneros toma uno, más honras carga y más presentes ricos del rey. Aquesto vilo yo en Cempoala, que a varios mozos cortaron las guedejas y obsequiaron por los sus prisioneros.

—¿Y a vos han de trasquilaros de esa guisa?— se interesaron algunos, jocosos. El vizcaíno se encogió de hombros.

—Y don Martín, ¿qué tal lo hizo?— preguntó Andrés refiriéndose al de Urtubia, que había estado escuchando todo sin decir palabra.

—Cualquiera diría que no rompe plato, mas capaz es de sacalle los ojos al verdugo— contestó Antonio de Cuéllar, poniéndole al susodicho la mano sobre el hombro. —¡Si no conoceré yo las uvas de mi majuelo!

—Pues aquí estuviéronse todos rezando por vosotros— contó Jacome, —que hombres y mujeres familiares de los que con vuestras mercedes iban se estuvieron de ayuno y sin lavarse, mugrientos todos. Y los sacerdotes, según me fue dicho aquí en palacio, andaban en abstinencias, y muchos sacrificios de codornices y ofrendas a los sus dioses hicieron, que de arriba abajo sahumaron sus ídolos cada día. Y las mujeres en especial andaban de oraciones y grandes sollozos, ofresciendo comida a los tales ídolos.

—¿Y como terminó la historia en Cempoala?— quisieron saber todos, tras comentar lo dicho por el genovés.

—Por excusar prolijidades mayores, diré que los mexicas hicieron larga carnicería— cerró la historia Diego de Arana —y en tomando las palizadas, no dejaron allí persona viviente ni piente. En ello ayudaron muy mucho nuestros arcabuces y hierros, que grandísimo espanto traían los totonacas de vellos y oílos, y los mismos mexicas y sus aliados espantábanse del ruido de los disparos. Saliéronles luego los principales de Cempoala al paso con hartos bienes, plegando a los sus dioses, pidiendo misericordia y ofresciendo sus muchos tributos. Y con las bocinas y atabales mandaron los mexicas a los guerreros tenerse y sosegar, y no seguir matando gente. Y así, con los prisioneros tomados y todo el tributo, que adelantado lo pagaron por un año los totonacas, volviéronse.

—¿Así, sin más?

—Mucho aparato de disculpas y razones hubo— arguyó Rodrigo de Jerez —mas no lo vimos nosotros por hallarnos apartados de ese campo. Y muchos discursos de los nobles de Cempoala al rey Ahuitzotl y sus aliados, concertando las paces. Mas tengo para mi que los mexicas apaciguáronse en viendo el tributo, que hartó era.

—¿Vístelo vos?

—Sí, a fe... Había allí mucho género de mantas ricas y mucha suma de pañetes labrados de infinitas maneras de labores y colores, y en ellos iban puestos las figuras de los sus dioses. Y luego había mantas delgadas de a veinte brazas de largas, y de a diez, y de a ocho y más aun, a las maravillas galanas; y prendas muy ricas que es lo que acostumbran a traer las mujeres de señores y principales, que no las pecheras...

—¿Y aquesto, por qué es?— preguntó Jacome.

—La gente común no puede llevar prendas de lienzo ni labradas, so pena de castigo, sino paños blancos o de «nacuametl»⁴⁵, comunes y bastos.

—¿Será bien que almorcemos, camaradas? Las costillas me suenan en el cuerpo como la bolsa de trebejos del ajedrez— propuso Arana, atajando lo que se pronosticaba como una larga disertación de Jerez.

—Para almuerzo tarde es, que ya es casi mediodía. Mejor tomáramos comida— indicó Corvalán.

—Muerto soy de hambre, que mayor lacería no he padecido desde que bajamos de los balandros nuestros— declaró Rodrigo de Jerez.

—Mas ¿no llevaban matalotaje los mexicas?— inquirió Escobedo.

⁴⁵ Nombre náhuatl de la fibra conocida como «henequén».

—Sí, don Rodrigo, que en cada villa que el ejército atravesaba, los señores dellas dábanle tributo y buen rescebimiento a Ahuitzotl y sus principales. Tenían los mexicas para eso a unos mayordomos que iban adelante de las tropas y llegábanse a las villas por avisar de la venida de su señor. Y a los principales mexicas y vasallos teníanles un estrado galano y dábanles allí aguamanos y muchos presentes, y grande banquete. A los demás dábannos las provisiones generales. Mas tantos éramos, que a la repartija tocábamos a bien poco por testa. Y aún cuando fuimos tenidos siempre por la nuestra categoría de embajadores y nobles, el rey debía tener consideración para con muchas otras personas que con él iban, que de mayor rango eran que nosotros.

—Al acabo estoy⁴⁶, maese Rodrigo— manifestó Escobedo. —Y veo además que al que se acostumbra al buen yantar, la escasez paréscele lacería.

—Es que aquestos banquetes de aquí son cosa sólida, succulenta y que se pega al riñón— repuso Jerez. —Y no de puro soplillo y oropel como el «pinole» ese que llevan de provisión los mexicas a la guerra, que es tan de poca sustancia como manjar de monja.

—A más— añadió Martín de Urtubia —cada día habíamos de recordar luego para trasponer y pasar adelante, que luenga distancia habíamos de recorrer. Y entre el andar mucho y el dormir poco, ofendidos siempre por el mucho aire y sol de las montañas y sin poder sosegar y recogernos hasta muy tarde, consumiéronsenos las carnes que habíamos ganado aquí.

⁴⁶ En castellano antiguo, la expresión vendría a significar «ahora entiendo el meollo del asunto».

Para entonces ya se sentaban en su sala, mientras los servidores de palacio aparejaban bebidas y viandas.

—Comeré como el puerco la bellota: todo a hecho— anunciaba Txatxu de Lequeitio. Las risas burlescas de los demás dejaban entender que a nadie le cabía la menor duda de ello.

—Mal se ha costumbrado vuesa merced, señor Txatxu, con aquestos mexicas. Menester sería que volviera a Castilla a comer en algún bodegón de camino— le sugería Luis de Torres.

—Ea, don Luis, ¿acaso cree vuasé que no he comido en ellos, y aún almorzado y cenado cien veces? Que en mi casa comíame yo dos mondongos enteros de carnero con sus morcillas, pies y manos, y dos libras de pan y otros tantos azumbrillos de buen vino. ¿Y en las ventas, qué? Media hogaza de pan más negro que mis uñas me ponían, con corteza de piedra y miga de engrudo. Y algún huevo, mal guisado y peor aliñado, frito en un aceite que parecía sacado del culo de un candil. Y algún tiesto de gallina lleno de agua del pilón de las vacas me echaban, todo puerco y lleno de lagañas de la ventera.

Sus compañeros reían con aquellos recuerdos. Quien más, quien menos, todos conocían la mala fama de las posadas castellanas.

—Pues parado he yo muchas veces en una venta del camino de La Mancha que llaman «del Molinillo». Sus tajadas de lomo y sus torreznos fritos, difíciles son de olvidar— comentó Arana.

—Conozco la tal fonda— intervino Luis de Torres. —Más conocida es que la ruda. Pudieran mis tripas ladrar, a cuenta de los perros que me han dado a comer allí.

—Pues vecina della, en la Venta del Alcalde— se sonrió Escobedo, trayendo a la mesa recuerdos de su pasado —he almorzado yo tantos rocines viejos que traía muelas y estómago hechos diestros jinetes.

—En Sevilla habíades de parar— recomendó Fernando Ordóñez, el segundón que un día compartiera albergue con Rodrigo Balmaceda en Kosom Lu'umil. —En los tenderetes de San Francisco podríades gustar lenguas de vaca, cecinas de jabalí, lomo en adobo y piezas de tocino de tres dedos de grueso.

—¿Os han curado bien, don Rodrigo?— preguntó el escribano a su tocayo, viendo que se acariciaba el brazo herido.

—Maravilleme, amigo mío, del buen trabajo de los físicos y cirujanos de aquesta gente, que antes de decir «Cristo» me tenían la herida curada y vendada. Laváronla con ciertas aguas que, por mi fe, parecieronme orines y como tales olían. Luego pusieron encima della una penca de la planta de la que se hace el «octli», asada y caliente, y después echáronle cenizas de una hierba que llaman «matlatxihuitl», más un puñado de sal. Con eso y algunas curas otros días usando lo mismo, encarnose la herida y curose bastante bien, que agora sólo picores me da, mas ni sangra ni duele.

—Yo vide curar mayores descalabros que el de Rodrigo— refería Antonio de Cuéllar, —que piernas rotas y cabezas partidas arreglaban con sus mejunjes los tales físicos. Y a decir verdad, pareciome buen trabajo, más mejor aún que el de los matasanos que en Castilla he visto, que aquellos ninguno dejaban vivo, y aquestos curaron muchos y bien.

—Y sobre los principales de los mexicas, ¿qué habéis sabido, don Diego?— quiso averiguar Luis de Torres.

—Iban con nosotros varios reyes, que a mi entender son aliados de Ahuitzotl y que son los de Tezcoco y Tlacopan, villas vecinas al lago por la parte de oriente y de occidente. Iba cada uno con sus buenas compañías de guerreros, que parecieronme bien armadas y concertadas. E iban también en la partida naciones vasallas que, según supo Rodrigo, han sido conquistadas años ha y agora tienen como regentes a señores mexicas, nobles de la familia real.

—Y los sus capitanes, ¿de sangre real son también?

—Eso, don Luis, no pude sabello, que tienen los mexicas tantos nombres para sus capitanes que milagro sería aprendellos todos de una sentada. Cuatro había que parecían más principales que todos. Según supe de boca de un noble aculhua que iba con nos, éstos son de familia real y forman un consejo privado del rey Ahuitzotl. Y son todos primos, o sobrinos, o hermanos de alguna de las mujeres del padre o el tío o el abuelo de Ahuitzotl. ¡El diablo entiende esas familias! Paresce que los nobles y hombres principales toman varias esposas, como los moros, y de esa guisa viven, y a todos sus hijos intentan favorecer en lo que pudieren.

—Cierto es tal, que Ahuitzotl tiene dos mujeres, que yo sepa— señaló Escobedo. —Mas siempre tienen una señora principal, que la de Ahuitzotl llámase Tlilancapatl y es ella hija de una princesa de Tezcoco.

—El general de más confianza de Ahuitzotl es uno fiero y experto que dicen Cuauhnochtli— continuó Arana. —Otros llevó consigo, entre ellos un sobrino suyo, un mozo de unos veinticinco años de nombre Moteuczoma, al que apodan «Xocoyotzin», que es como decir «el joven», pues parece que ya hubo un rey con ese nombre y no gustan de confundillos. Y es aqueste mozo bravo y galano. Según supe, hijo es de un antiguo rey.

Así, relatándose aventuras y sucesos, los españoles siguieron comiendo, fumando y trasegando tazas y tazas de *cacahuatl* bien adobado, bebida ésta a la que todos —aún los más reacios a tomarla habitualmente— hicieron los honores tras días y días sin recibir más que «agua teñida de cacao», a decir de los expedicionarios. Y es que, según apuntaba Escobedo, «basta que algo falte para que se lo aprecie».

—Y a vuestras mercedes, ¿cómo les ha ido por aquí?— interpeló Rodrigo de Jerez a Luis de Torres.

—Dadnos albricias, amigo, pues buenas nuevas tenemos. Pudimos aderezar unos recios tablones y armar unos pocos fustes de arcabuces, unos toneles, un par de ruedas, un armazón de carro, y hasta un pequeño batel.— Los hispanos que habían permanecido en Tenochtitlan asentían orgullosos por sus logros. —Y con bronce que obtuvimos merced al mayordomo de palacio, pudimos forjar algunas armas, flechas y perdigones, mas de poco vigor, no siendo de hierro. Pudimos fabricar cola, mas aún no hemos sido capaces de explicar a los mexicas los componentes de la pólvora.

—Huélgame mucho de oír aquesto, señores. ¡Albricias os sean dadas en buena hora! Mas, ¿forja tenemos ya, pues?

—Ya la verá vuestra merced, que Andresillo usó su lengua larga para explicarnos como había de ser armada, según sus recuerdos de una en la que él trabajó. Y así pudimos hacer un yunque de piedra dura y unos mazos de piedra también, que los mexicas tienen rocas harto sólidas para hacer las sus herramientas de labrar templos e ídolos. Y el horno fácil fue, que tenían los mexicas algunos prisioneros de una nación del norte que llaman Michoacán, buenos forjadores, que nos ayudaron... aunque a lo primero no gustaron dello.

—Convenciéronles pronto— agregó maestro Domingo con sarcasmo, —que entre adornar el «zompantle» ese con las sus cabezas o armar un horno, la elección les fue sencilla, y no lo pensaron mucho.

—Mas... ¡habréis trabajado como esclavos para tantos logros en tan poco tiempo!— exclamó Martín de Urtubia, aún admirado por lo que oía.

—No, amigo mío, que en nuestro provecho hemos invertido el tiempo, y nada más. Harta ayuda nos han brindado los mexicas, cierto es, y están todos ellos admirados por las novedades que habemos. A decir verdad, cuanto más se maravillan, tanto más nos ayudan. No es tiempo de desaprovechar tan buena oportunidad como aquesta que agora se nos pinta. Bueno será presentar las nuestras cosas al *hueyi tlahtoani* y conseguir su favor.

—Y si el rey nos favorece por nuestras obras...— comenzó la frase Luis de Torres...

—... y por las nuestras...— siguió Arana.

—... pienso que podremos haber grandísima fortuna— cerró la idea Escobedo.

Todos sonrieron. Y elevaron sus tazas de *cacahuatl*, a su propia salud y a la de su venturoso futuro.



«Seáis muy bien venidos. Fuisteis a luchar con mis padres, hermanos, amigos, pasando tantos trabajos, soles, aguas, montes, ríos, pasando con harto dolor y temor a vista de animales fieros, y llegasteis allá y luchasteis con

los traidores, salteadores, con harto valor, con las vuestras armas extranjeras. Y habedes vuelto con honra y prisioneros, para gran contento de aquesta ciudad y sus gentes. No han de ser vuestros trabajos olvidados, que grande recompensa rescebiréis de las mis manos. Descansad agora, amigos, hermanos, y holgad conmigo».

Con este discurso —traducido por Escobedo, aunque entendido por la mayoría en su forma original— el propio Ahuizotl recibió a los españoles en palacio, varios días después de su arribo a la ciudad. Eran los últimos en tener audiencia con el *hueyi tlahtoani*, que ya había prodigado personalmente regalos y atenciones a todos los que participaron en la expedición a Cempohuallan, comenzando por sus aliados de Texcoco y Tlacopan y terminando por las diferentes compañías pertenecientes a los *campan* y *calpolli* de Tenochtitlan. Aunque lo primero había sido el agradecimiento a Huitzilopochtli, el señor solar de la guerra, la deidad más importante del panteón mexica. El dios-héroe tribal que los había guiado desde la mítica Aztlan hasta la actual ciudad del lago, en una larga migración que muchos códices relataban detalladamente.

Pronto habría una gran fiesta en la cual los prisioneros capturados en tierra totonaca serían ofrecidos a los dioses. Para esa celebración —en la que se esperaba que participara toda Tenochtitlan— ya se habían enviado invitaciones formales a las naciones vecinas y, muy especialmente, a los enemigos más irreconciliables. De esa forma, verían con sus propios ojos el destino que les aguardaba a los que osaban enfrentarse a los mexicas, el «pueblo elegido por los dioses».

Luego de elogiar el rol jugado por los hispanos en Cempohuallan, Ahuizotl se interesó por los últimos trabajos del resto del grupo. Los

españoles pudieron presentar el fruto de sus labores, para asombro y deleite del *tlahtoani*. Le mostraron el batel, y le comentaron que esa misma estructura —teniendo a mano los recursos apropiados— podía reproducirse a mayor escala para armar balandros o carabelas que navegaran el océano, ése que los mexicas llamaban «Gran agua» o «Cielo de agua». Le explicaron también el funcionamiento del pequeño carro y sus ruedas, un mecanismo que aquellas gentes ya conocían desde hacía siglos y que sólo usaban en sus juguetes, pues debido a la ausencia de bestias de tiro en sus tierras era poco útil para desempeñar otras funciones. Le enseñaron los fustes de madera de los arcabuces, un tonel y las pocas armas de bronce, y dieron cuenta de que estaban trabajando para poder encontrar hierro y fabricar pólvora. Complacido en extremo, el *hueyi tlahtoani* les hizo saber que sería de su gusto poder construir esos barcos de los que le hablaban. Entendía que tales naves podrían agilizar las rutas comerciales hacia las tierras cálidas del sur. Quizás estableciendo una base cerca de Cempohuallan y trayendo grandes maderos desde las tierras meridionales, los españoles podrían trabajar mucho mejor. O tal vez pudieran realizar sus primeras experiencias en el propio lago. Asimismo, se interesó por los metales y la pólvora, y alentó a los hispanos para que continuaran sus búsquedas instándoles a que consultaran a los orfebres del mercado de Tlatelolco.

Viendo que aquel momento era propicio, Escobedo comunicó al regente que tenía planeado dirigirse en breve al sur con una caravana de *pochtecah*. Aquello tomó por sorpresa a sus compañeros, pero el segoviano hizo caso omiso de su extrañeza. Manifestó que, más allá de sus intereses personales, tenía la intención de levantar mapas detallados de aquellas tierras, que luego servirían a los principales de Tenochtitlan para prever sus movimientos en esa región y conocer, de primera mano, la geografía de tales

territorios. Ahuizotl asintió y le hizo saber a Escobedo que sus destrezas eran muy apreciadas por los suyos y que, a su retorno, le complacería mucho que las enseñara en la escuela de los nobles, el *calmecatl*. El *tlahtoani* declaró, además, que tras los festejos —a los que esperaba que todos asistieran— le agradaría mucho reunirse con los que habían participado en la expedición a Cempohuallan para conocer su opinión sobre las estrategias bélicas mexicas, y sobre cómo mejorarlas de acuerdo a su propia experiencia y entendimiento. Asimismo, quiso saber cómo había sido la estancia de los hispanos en la ciudad hasta aquel momento. A eso todos respondieron de la forma más favorable. Ahuizotl anunció entonces que daría como mercedes a cada español sus propias tierras, casas y bienes, y que los animaba a establecerse por su cuenta, a desarrollar sus oficios y a formar una familia. Dado que habían dado muestras evidentes de hallarse bien en aquel lugar y acostumbrarse pronto a su lengua y a su modo de vida, y que hasta ese momento nadie había recibido quejas ni visto en ellos cosas engañosas, creía que aquella era la mejor manera de integrarlos en su propia sociedad y de vincularlos más y mejor a su pueblo. Todos demostraron satisfacción por esas noticias y expresaron su profundo agradecimiento.

El *tlahtoani* dispuso, por último, que a cada uno de los españoles le fuera entregada una pareja de esclavas para que dispusieran de ellas de acuerdo a sus intereses. Tal novedad pintó algunas sonrisas en los rostros hispanos.

Por la noche, durante la cena, y aprovechando el relajado ambiente de alegría generado por los buenos resultados de sus asuntos, Escobedo charló brevemente con sus compañeros sobre su viaje —que hasta aquel día había mantenido en secreto— y, como sin querer, fue delegando algunas de sus tareas y responsabilidades en aquellos que consideraba más aptos. En

especial, organizó la búsqueda de menas de hierro, dejando la tarea a cargo de Luis de Torres. Algo dentro de él le decía que empezaba a transitar un camino que, poco a poco, lo iría separando cada vez más del destino de aquel grupo. Aún no estaba muy seguro de lo que le depararía el futuro, un futuro que quizás encontrara resuelto o que él mismo construiría con sus decisiones. En los últimos días había estado pensando mucho en aquel mozo que se había quedado en la isla, en Kosom Lu'umil. ¿Había sido una locura la del muchacho? ¿O fue el más sabio de todos ellos? ¿Qué precio estaría pagando por su determinación? ¿Qué habría ganado gracias a ella? ¿Sería feliz? ¿Habría formado familia, elegido un lugar donde vivir y un oficio que le diera de comer? ¿Habría logrado dejar atrás sus recuerdos? ¿Habría aprendido a convivir con ellos?

Escobedo sabía que, si continuaba compartiendo íntimamente el día a día con los suyos, jamás podría liberarse de los vínculos que aún lo unían a su tierra natal. Estaba claro que no podría deshacerse jamás de sus raíces, de su piel, de su idioma, de su educación, de sus valores y creencias, de sus costumbres... Tampoco estaba seguro de querer hacer tal cosa. Pero era consciente de que necesitaba llenar una página nueva, una página en blanco y a su medida, que debía ser trazada sólo por sus manos. Al menos, si quería que lo escrito lo hiciera feliz.

Necesitaba distanciarse de aquel grupo, respirar su propio aire, andar sus propios pasos. Muchos de sus compañeros habrían sido incapaces de dar ese salto, y él lo sabía. Eran partes del grupo: sin él o fuera de él, nada serían. Sólo sonámbulos, sombras sin rumbo, espectros vacíos y perdidos. Pero el segoviano se sentía diferente. Su espíritu era más independiente. Más curioso e intrigante.

Alejarse de Tenochtitlan una temporada le permitiría un poco de soledad y de silencio interno, ése que tanto precisaba para aclarar sus ideas. Para dejar de llorar cada noche a causa del vacío que lo devoraba por dentro. Para aprender a diseñar y levantar esa vida que tanto ansiaba tener.

Sería después de las celebraciones, le había dicho Cuitlachnehnemini un par de días antes. El *pochtecatl* ya había adelantado bastante con sus preparativos para el largo viaje. «Después de las celebraciones», pensó el segoviano. El plazo le parecía interminable.

XI

CASTILLA, 1521

Aquesta cibdad de Sevilla rindiose finalmente, quando ya no resistía una sola bala de cañón más, ni una escaramuça en sus entradas. E grande fue el pesar de sus abitantes en quanto conocieron las nuevas de la su rendición, desonrosa para ellos. Pues muchos de sus allegados e amigos, e también familiares, habían dado sus vidas en la defensa.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo IV.

Nueve de julio. Dos ejércitos rodeando Sevilla. Un flota ocupando el río. Las murallas y puertas occidentales tomadas. Prisioneros crucificados ante una de las entradas orientales. Poca agua, poca comida. Desesperación, agotamiento, caos generalizado, ninguna ayuda exterior.

Las fuerzas invasoras habían lanzado un ataque fulminante. Sin línea de suministros, viviendo únicamente de lo que podían encontrar o saquear, no hubieran podido actuar de otra forma. Hubiera sido imposible para ellos mantener un clásico asedio europeo durante semanas o meses. La potencia de su ofensiva y su arrolladora superioridad numérica habían sido factores

decisivos en la posición favorable que habían logrado. Pero arriesgaban mucho. Demasiado, quizás. El cansancio y el hambre ya estaban haciendo mella en ellos, y si aquella situación persistía, su victoria se demoraría cada vez más.

Enríquez de Ribera convocó urgentemente a los supervivientes de los Cabildos en los Alcázares aquella misma mañana y, tras comunicarles las últimas novedades, planteó la rendición como la única posibilidad que quedaba. Podían resistir algún tiempo más, sí, pero aquello sería alargar la agonía. Si mantenían la opción de la defensa, probablemente terminarían siendo aniquilados. Quién sabía si crucificados. No había otra salida. Su majestad Carlos I entendería aquella decisión, y con el tiempo quizás pudiera revertirse aquella derrota y girar el tablero a favor de Sevilla y sus habitantes.

Los hombres se miraron. Después de haber presenciado cómo en cuestión de días lo inimaginable se volvía real delante de sus propios ojos, ante sus propias murallas y puertas, no les quedaba dentro ni una migaja de ánimo. Asintieron sin palabras —no había mucho que decir— y aceptaron aquel destino que parecía impuesto por algún demonio del quinto infierno: el infierno de los orgullosos.

Sólo quedaba averiguar cuáles eran las condiciones de la rendición, si es que aún estaban a tiempo de pactar alguna. Debían enviar a un embajador.



Había amanecido ya cuando Tepehuahtzin, que dictaba a un grupo de escribas parte de las crónicas de la jornada anterior, fue avisado de la

llegada del ejército de tierra. Su alegría no pudo ser mayor. Todo salía según lo proyectado.

Tardó poco en recibir entre sus brazos al general de aquellas fuerzas, su hermano Machimaleh. Aquél era uno de los pocos hermanos que le quedaban tras una fatídica guerra contra Huexotzinco quince años antes, en la cual habían caído buena parte de los varones de su familia. Machimaleh — que ostentaba el cargo de *tocuiltecatl* o segundo al mando de las tropas de la serpiente con plumas— venía fatigado del largo viaje por mar, de su trayecto por tierra, de las batallas que había debido librar y en las que, merced a los dioses, había vencido. Pero, a la vez, se le notaba complacido por haber podido cumplir con su cometido y por poder reunirse, finalmente, con sus compañeros.

Después de los saludos, Tepehuahtzin comentó con su hermano la situación de Sevilla. Tras la batalla del día anterior, aquello estaba calmo, si es que esa palabra podía definir la tensión de la espera. Luego quiso escuchar las noticias que el otro traía. Supo así que el plan general para aquella etapa se había ejecutado a la perfección. Los prisioneros capturados en Cádiz —los que habían presenciado el sacrificio de los cautivos— habían sido liberados antes de tomar Jerez; algunos de los de Jerez, testigos similares, habían sido liberados cerca de Lebrija, y así sucesivamente. El relato del poderío, la sangre fría y la saña mexicas se extendería por todo aquel territorio en cuestión de días, sembrando el pánico. El desconocimiento que se tenía de ellos, de su procedencia, posibilidades y naturaleza, acentuaría el miedo. Si lo que habían presupuesto en Tenochtitlan antes de partir era correcto, en aquel momento sólo una gran fuerza militar hispana osaría oponérseles; en cuanto a las ciudades, probablemente capitularían sin oponer demasiada resistencia en cuanto Sevilla cayera.

El ejército traía provisiones, armas, cautivos y, sobre todo, caballos y carros. «*Cahuayomeh...*» se dijo Tepehuahtzin, interesado. Machimaleh refirió que algunos de los prisioneros —los que sabían cabalgar sobre aquellas bestias asombrosas— habían intentado escapar sobre sus lomos, pero de nada les había servido la velocidad de los animales. Los demás, viendo la suerte que correrían si pretendían huir, colaboraron en todo lo que les fue posible, y ya algunos mexicas, gracias a ellos, estaban aprendiendo a montar. Los carros, por su parte, les habían sido de mucha utilidad para transportar víveres, armas y barricas de pólvora y agua potable, aunque habían sido difíciles de mover por ciertas zonas. Los enormes animales que tiraban de ellos, exhaustos por las marchas forzadas, serían sacrificados inmediatamente: su carne serviría de alimento. Exceptuando el profundo cansancio provocado por la caminata y la inseguridad sentida al pisar por primera vez aquellas tierras, los hombres estaban en buenas condiciones.

Concluido este intercambio inicial de impresiones, Machimaleh compartió con el *tlacochcacatl* la información que había obtenido de los cautivos a lo largo del trayecto, información referente al país y sus gentes. Había descubierto muchos factores que podían resultarles beneficiosos. Un rey poco apreciado, que estaba en el extranjero y había dejado el gobierno en manos de nobles foráneos nada respetados. Una revuelta popular reciente en Castilla, y varias en curso en las islas Baleares y en Valencia. Un odio intenso a los judíos, pueblo muy influyente en la arena política y económica. Una población morisca sofocada por las presiones. Extensos territorios en manos de nobles, religiosos y ciertas órdenes militares que ya casi no tenían poder bélico. Todos esos testimonios dibujaban un panorama fragmentario y nebuloso, cierto, pero aún así reflejaban bastante bien la realidad del reino que estaban pisando.

Aquello le pareció a Tepehuahtzin un desafío, una nueva partida de su sempiterno *patolli* planteada en un tablero mucho más grande, complejo y riesgoso. Pero sólo era necesario saber qué fichas mover para que todo aquel entramado cayera en sus manos por su propio peso y realizando un esfuerzo mínimo. Necesitaba más datos. Debía profundizar las divisiones, enfrentar, aprovechar las debilidades, exacerbar los ánimos de los enemigos irreconciliables, deshacerse de las cabezas visibles, ofrecer al pueblo promesas de mejor vida. La estructura de aquella nación parecía tan endeble y sus bases tan frágiles que, en opinión de Tepehuahtzin, bastaría un soplo para demolerla.

Sólo eso. Un soplo. Una brisa.

Curiosa coincidencia: Quetzalcoatl, la Serpiente Emplumada, era el dios del viento.



Pregoneros enviados por el Cabildo secular comenzaron a hacer sonar sus cuernos en la Plaza de la Alfalfa, cerca de las calles de la Caza, la Espartería, los Odreros y la Pescadería. Allí gritaron sus avisos, todos ellos escritos a vuelapluma por el propio Capitán General. Continuarían sus proclamas en las Plazas del Pan y de San Francisco, para luego dirigirse a las del Salvador, Santa Catalina y Feria. Los vecinos, privados de sueño, debilitados, reaccionaban de diferentes maneras ante el anuncio. «De parte del Señor Capitán General de Sevilla, don Fernando Enríquez de Ribera, se hace saber...».

Se hacía saber que, después del infierno que todos habían padecido, Sevilla se rendía. Que la población debía retirarse de puertas y murallas y refugiarse en el interior de sus casas, o agruparse en las plazas. Que todos los hombres de armas seguían bajo el mando de la Capitanía General. Que se recomendaba tranquilidad, prudencia y sensatez.

Eso se hacía saber.

Muchos se preguntaron por qué no se había tomado esa decisión antes del ataque, evitando muertes, destrozos e infortunios. Algunos sintieron que aquel acto era una deshonra para los que habían dado su vida en defensa de su ciudad y su gente. Otros tantos suspiraron aliviados, pensando que por fin todo había acabado y que solamente restaba esperar, averiguar quiénes eran aquellos que los atacaban y qué pretendían. La mayoría, sin embargo, fue incapaz de pensar o de sentir algo. Habían vivido una experiencia que no había sido soportada por Sevilla desde que Fernando III, rey de Castilla y León, había arrebatado aquella plaza fuerte a los musulmanes en 1248. Casi tres siglos de paz habían borrado totalmente de la conciencia sevillana la mera idea de un asedio, una invasión o una guerra.

Los pregoneros seguían su camino tan rápido como las calles se lo permitían. «De parte del Señor Capitán General de Sevilla, don Fernando Enríquez de Ribera, se hace saber...» continuaban gritando.



A una jornada de Toledo, los mensajeros despachados por Sevilla dieron con los primeros campamentos de las tropas leales a Carlos I, fuerzas comandadas por Antonio de Zúñiga, Prior de la Orden de San Juan y

hermano del Duque de Béjar. La situación allí era incierta. Tras la rendición en mayo de los rebeldes comuneros de Madrid, Toledo se había convertido en el último foco de resistencia de aquel movimiento en Castilla. Hasta ese momento, liderados por el obispo Antonio de Acuña, los «rebelados» habían combatido con los «realistas» entre Lilla y El Romeral en marzo, y en Illescas más tarde. Para entonces, Zúñiga y sus hombres habían arrasado Mora y los de Acuña habían atacado Villaseca de la Sagra. La entrada de tropas francesas en Navarra coincidió con un alzamiento de la población de aquella región. Una parte importante del ejército imperial debió marchar entonces hacia el norte para recuperar ese territorio, quedando el Prior sólo con sus propias fuerzas para ocuparse de poner a Toledo bajo la autoridad del rey. A la sazón, el obispo Acuña había huido y a mediados de junio la defensa de la villa toledana descansaba en las manos de María Pacheco, una mujer de origen noble, viuda de aquel Juan de Padilla que había capitaneado las Comunidades y había sido ajusticiado tras la derrota de Villalar.

Villalar. Allí donde los rebeldes perdieron toda su fuerza.

Junto a la gente de Zúñiga, los mensajeros sevillanos encontraron a los de la casa de Medina-Sidonia. Se trataba de un grupo de un millar de hombres liderados por don Pedro de Guzmán, el tercer hermano en la línea sucesoria del Ducado. La historia de aquella familia era peculiar, y ocupaba las charlas de mentideros y tertulias andaluzas. El primer hermano, Alonso, había sido declarado «incapaz, falto de seso, impotente y mentecato», pues no sabía siquiera hacer letra ni firma y además —así decían las malas lenguas— su «impotencia» era notoria. El segundo hermano, Juan Alonso, logró que el matrimonio del primero se disolviese y se casó con su cuñada, Ana de Aragón, haciéndose además con el título nobiliario. Para 1521 ya algunos lo llamaban «Duque». En compañía del tercer hermano, Pedro, un joven de 18

años, se había dirigido a Toledo para apoyar a Carlos I —a quien, en definitiva, debía su título— pero se había enfermado muy oportunamente y había debido quedarse en Córdoba. Mientras tanto, las riendas del Ducado, las del Señorío de Sanlúcar, las del Condado de Niebla y el Marquesado de Cazaza las llevaban la propia Ana de Aragón —hija del Arzobispo de Zaragoza y «nieta natural» de Fernando el Católico— y su suegra, la viuda Leonor de Zúñiga.

Aquellos mil seguidores que aportó el de Guzmán a las huestes del emperador, habían sido levados al estilo feudal con el que se formaban los ejércitos de aquella época: los nobles convocaban a los hombres que les debían vasallaje y éstos se ocupaban de proveerse con las armas de las que disponían. El mantenimiento de la tropa, la paga de sueldos y, a veces, caballos y ciertos armamentos, corrían por cuenta de los señores. En Italia se habían probado nuevas estructuras, y algunas llegaron a implantarse en ciertos puntos estratégicos de la península Ibérica —la compañía asentada en Cádiz había sido un ejemplo— pero faltaba mucho para que se crearan ejércitos reales o imperiales fijos, entrenados y bien preparados. Para las guerras a gran escala se solían contratar mercenarios, hombres que generalmente provenían de Flandes, de los estados tudescos —los famosos *landsknecht* o lansquenets— y de la Confederación Helvética.

Los mensajeros pidieron a los soldados por don Pedro. Orientados hacia su tienda —aquel campamento era un verdadero caos— apenas si se dieron tiempo para apearse de las monturas y referir la noticia. En un primer momento, nadie dio crédito a lo que escuchaba. Aquello no podía ser posible. Simplemente *no podía ser*. Debía tratarse de una broma, de un desatino por el cual alguien pagaría con su cabeza.

Sin embargo, poco tardaron el de Medina-Sidonia y sus acompañantes en comprender que no eran víctimas de una burla y que, a partir de aquel momento, Toledo podía hacer lo que le viniese en gana con sus llamamientos comuneros y su rebeldía. Si lo que les acababan de describir con todos sus pelos y señales era lo que aparentaba ser, pronto no quedaría títere con cabeza en Castilla entera.

Pedro de Guzmán mandó aviso urgente al Prior de San Juan, al tiempo que ordenaba a sus hombres que diesen algo de comer y beber a los mensajeros sevillanos y a sus maltrechas cabalgaduras. Mientras tanto, no dejaba de mesarse los cabellos y de retorcerse las manos, sin saber qué hacer o qué esperar. Era una persona valerosa, pero el abismo que se estaba abriendo bajo sus pies y bajo los del reino que defendía con sus armas era tan profundo que no veía escapatoria posible.

Antonio de Zúñiga llegó a caballo. En cuanto hubo desmontado, fue informado de todas las novedades. Y palideció. Concluyó enseguida que aquella amenaza era mucho más poderosa que la que podían plantear todas las Comunidades juntas, y que debía hacerse algo de inmediato. Mentalmente pasó revista de todos los nobles fieles a Carlos I que podía reunir en aquellas horas. Eran pocos. Hasta que no retornaran las tropas que estaban luchando en Navarra —y parecía que aún faltaba para eso— tendría que valerse por sí mismo, dar parte a quien correspondiera y dirigirse al sur, haciendo un llamamiento masivo a todos los hombres, señores y vasallos que pudieran sostener un arma.

—Alzad el real— dijo el Prior a los hombres, refiriéndose al campamento. —Partimos hacia Sevilla. Enviad mensajeros por el camino a

Córdoba. Que convoquen a los señores nobles y a todos los hombres de armas disponibles en consejos y villas.

—¿Y los toledanos?— preguntó el de Medina-Sidonia, casi adivinando la respuesta.

—¡Llévelos el diablo! Ya darán cuenta dellos los que bajen de Navarra. Agora no tenemos tiempo de ocuparnos de fruslerías como aquestas.

En efecto, así era. Estaban sufriendo una invasión masiva en toda regla. Y Castilla, en aquel preciso momento, no estaba en posición de hacerle frente.



El Cabildo sevillano había encontrado un embajador que pudiera parlamentar con el líder de las fuerzas atacantes. Había designado, para desempeñar aquella difícil misión, a una persona «apropiada por su don de mundo»: el veinticuatro y tesorero Alonso Gutiérrez de Madrid. Era aquél un hombre destacado y, en cierta forma, admirado: contaba con una larga trayectoria como político inteligente y como financiero hábil y ambicioso. Llevaba adelante importantes negocios en toda Castilla —incluyendo el manejo de las rentas de las órdenes de Calatrava, Santiago y Alcántara, y algunos otros asuntos oscuros— y, en Sevilla, estaba muy relacionado con el emporio comercial genovés. Se había casado con una jovencísima y bella mujer —María de Pisa— y había adquirido varios cargos en la administración real, entre los que se contaban un regimiento en Madrid y, más tarde, una contaduría en Toledo. Pero era también muy odiado: en

principio, por ser judío converso y tener problemas con el Santo Oficio y, en segundo lugar, por ser un peligroso intrigante y un tratante desaprensivo y rapaz, a quien más valía tener a favor que en contra. Bien lo sabían las poderosas familias judías de Abraham Seneor y Rabbí Mayr Melamed, cuyos monopolios financieros les había arrebatado de las manos jugando sucio. Había comprado la Veinticuatría y la Contaduría Mayor del consejo sevillano en 1496 y desde entonces se había granjeado enemistades muy poderosas, aunque, por supuesto, también se había ganado la amistad de personajes influyentes que, en caso necesario, imponían su presencia y evitaban cualquier acción contra él. Además, según había comprobado Gutiérrez muchas veces, el dinero allanaba todos los caminos y amansaba todos los ánimos adversos y contrariados.

Sus enemigos lo eligieron pensando que lo enviaban a una muerte segura. Tras haber disparado al mensajero extranjero, era de esperar que los atacantes devolvieran el gesto con el embajador hispano. Sus amigos, sin embargo, creían que él era la persona adecuada a la hora de negociar y quien podría sacar el mejor partido de aquella espinosa situación.

El hombre, ya sesentón, bajó por la Calle de la Mar. Ésta salía de la parte trasera de la Catedral —el famoso Patio de los Naranjos—, cruzaba la Alcaicería y la calle de los genoveses e iba a dar a la Puerta del Arenal. Llegado a las últimas líneas de defensa sevillana, encomendó sus cosas a los peones y ballesteros que allí estaban y, levantando los brazos por encima de su cabeza, se encaminó lentamente hacia las tropas enemigas.

«El Cabildo y Sevilla toda os encomienda a vos aquesta difícil misión, don Alonso. En las vuestras manos quedamos. Id, pues, y que Nuestro Señor os ilumine». Así le habían dicho. Cuando estuvo cerca de la puerta

destrozada y descubrió todos los cadáveres españoles aún tendidos, la sangre seca y los enjambres de moscas, no pudo reprimir las náuseas. Nada sabía de guerras, ni de estocadas o balazos. Aunque sí sabía que de cualquier conflicto podía surgir algún trato ventajoso o un buen negocio. Y estaba dispuesto a aprovechar aquella oportunidad haciendo uso de su enorme experiencia.

Un saetazo delató la presencia de los hombres de la Serpiente Emplumada. La flecha fue a enterrarse a sus pies. Gutiérrez de Madrid se quedó quieto, helado casi, sin poder despegar los ojos de aquella varilla empenachada. Luego miró al frente. Hacia él avanzaban varios hombres cuya sola visión le causó espanto. Le gritaron, pero él no entendió lo que le decían. Sus piernas temblaban. Quizás su espíritu emprendedor lo había llevado demasiado lejos. O puede que alguien quisiera verlo exactamente allí, bajo las armas de enemigos desconocidos. Mantuvo los brazos en alto y musitó de manera entrecortada algunas palabras de paz.

Los hombres lo rodearon y uno de ellos, por la espalda, le golpeó la parte trasera de las rodillas, haciéndolo caer. Inmediatamente se vio con los brazos atados. Lo alzaron del suelo y, casi a rastras, lo empujaron hacia la Puerta. Vio muchos, muchísimos más hombres como sus captores, tan diferentes de los que él se había cruzado hasta entonces que parecían venidos de otro mundo. Algunos de ellos arrastraban sus propios muertos y caídos. Cuando atravesó las murallas y salió al Arenal, el cuadro lo dejó pasmado. En enormes piras ardían decenas y decenas de cadáveres. El humo que despedían las hogueras, con su olor acre y repulsivo a carne quemada, le pegó en la cara y lo hizo toser. Fue trasladado hasta el río por entre las ruinas de lo que habían sido hasta hacía poco los arrabales extramuros y los almacenes portuarios sevillanos, mientras observaba como su fino calzado se deshacía entre los escombros, las cenizas y los despojos carbonizados. Al elevar la

mirada contempló las hileras de tiendas, las infinitas tropas y los monstruosos cañones decorados con serpientes y todo tipo de alimañas de formas angulosas.

Y, sobre todo, pudo atisbar los barcos bamboleándose suavemente sobre el Guadalquivir: centenares de velas del color del paño crudo, con un gigantesco dragón con plumas estampado sobre ellas.



Gutiérrez de Madrid fue conducido hasta una enorme tienda y puesto de rodillas frente a su entrada. El personaje que salió de ella y sus acompañantes semejaban los protagonistas de algún cuento del oriente lejano, esos que a veces traían las caravanas que surgían de las entrañas del desierto con especias y sedas. Los guerreros informaron cómo lo habían hallado y el hombre, con una breve indicación, hizo que le liberaran los brazos. Luego, con un ademán cortés y autoritario a la vez, le pidió que se pusiera de pie. El español así lo hizo.

—Yo os saludo— pronunció aquel extranjero, usando un castellano perfecto, aunque provisto de cierta pátina extraña.

—Yo os saludo, señor— repitió, como un eco, el embajador sevillano. —Soy Alonso Gutiérrez de Madrid, veinticuatro y tesorero del honrado Cabildo de Sevilla, y embajador de la ciudad ante vuestra merced y el reino a quien represente y sirva.

—Alonso Gutiérrez de Madrid...— dijo el *tlacochcalcatl*. — Mi nombre es Tepehuahtzin, gran general del ejército de la Serpiente Emplumada. Soy hijo de la casa real de Tenochtitlan, discípulo de vuestros Mensajeros y enviado de nuestro *hueyi tlahtoani*, Moteuczoma Xocoyotzin.

—Sabed disculpar mi ignorancia, señor, mas los nombres que mentáis no los habíamos oído nunca antes— repuso el sevillano, totalmente confundido ante voces de un idioma que ni siquiera le sonaba familiar. — Nadie en Sevilla sabe de vuestro rey y reino, o de dónde se encuentran vuestras tierras, o de lo que pretendéis en las nuestras.

—Presto lo sabréis, que a aqueso habréis sido enviado. Entrad en paz en mi tienda, Alonso Gutiérrez, y no temáis por la vuestra vida, que mi pueblo sabe respetar a los embajadores y mensajeros. Entrad y hablemos.

El español siguió a Tepehuahtzin dentro de su *xacalli*. Sus ojos tardaron en acostumbrarse a la penumbra que reinaba en el interior. En algunos braseros ardían incienso *copalli* y hierbas olorosas cuyos aromas le eran desconocidos. Fue invitado a sentarse en un cojín bajo, forrado de piel de *ocelotl*, mientras el mexica ordenaba que se les trajera algo para comer y beber y le echaba un vistazo curioso a su invitado. Pues hasta aquel momento no había podido ver a los hispanos de aquel lado del mar de cerca y con tranquilidad. Todo lo que conocía de ellos —su lengua, sus costumbres, sus vestiduras— era lo que había aprendido de labios de los «Mensajeros». Es decir, pura teoría.

—Vuestra ciudad ha sufrido un serio revés, Alonso Gutiérrez. No hubiera sido menester tanta muerte y destrucción si hubiérades aceptado la nuestra oferta.

—Disculpad, señor, mas, como os he referido antes, no conocemos la vuestra procedencia. No sabemos de qué nos habláis, a decir verdad.

—Venimos de Tenochtitlan, embajador. Somos los servidores del *hueyi tlahtoani* de Tenochtitlan.— El mexica pensó un momento. —Vosotros lo llamaríais «rey»...

—¿Tenotitlán? Mi señor Tep... Tepehuazin... ¿podréis decirme acaso dónde se encuentra ese lugar?

—Tenochtitlan, señor embajador, se encuentra al otro lado de las aguas que vosotros llamáis «Mar Océana», al oeste de vuestros reinos.

A Alonso Gutiérrez el sobresalto lo dejó sin pulso. Quedó boquiabierto unos minutos, considerando aquella afirmación, que no quería meterse en su cabeza bajo ningún concepto.

—¿Del oeste? ¿Del otro lado del mar? Perdonad mi osadía, mi señor Tepehuazin, mas... es imposible llegar desde allende la Mar Océana. Más allá de las aguas, si tierras hay, tan lejanas son que sería increíble alcanzarlas navegando.

—¿Imposible, decís?— El *tlacochcalcatl*, ante esa aseveración, sonrió. En aquel momento entraban algunos de sus servidores, con cañas de tabaco, *cacahuatl* y un puñado de tortillas. —Pues de allí venimos, por mucho asombro que os cause... Y que me toméis por mentiroso no es nada cortés de vuestra parte.

—Os ruego me disculpéis, que no era aquesa mi intención... Mas... ya... ya hemos intentado cruzar ese mar— balbuceó el hispano. —Los portugueses hanlo intentado. De buena fuente sé que genoveses e ingleses también lo han hecho. Todos buscaban las Indias, que imaginaban que trugarían al otro lado. Mas nadie llegó allí.

—O nadie retornó para contallo...— repuso el mexica. Dicho esto, tomó una *xicalli* de *cacahuatl* y probó su contenido. Hallándolo a su gusto, invitó al hispano a compartir con él la bebida.

—¿Ninguno retornó...? ¿Queréis decir que... que los nuestros... *han estado allí*?

—¿Vuestros enviados? Sí, por supuesto... Los primeros, los que nosotros llamamos «Mensajeros», arribaron hace casi treinta años. Yo era un niño entonces, y en Tenochtitlan reinaba mi tío Ahuitzotl, glorioso guerrero de feliz memoria.

Gutiérrez de Madrid, con las manos temblorosas por la emoción y el impacto de aquella noticia, tomó una *xicalli* y se llevó su contenido a los labios. Aquel líquido tenía un sabor definitivamente exótico: un brebaje espumoso, caliente, amargo y picante al mismo tiempo. El hombre intentaba asimilar todo aquello a la mayor velocidad posible, y estudiar cuál debería ser su táctica de allí en más. Alguien había alcanzado las míticas «Indias» por la ruta del occidente. Alguien se había quedado allí. Alguien les había dicho a aquellos que moraban al otro lado del mar dónde estaba Castilla. Y éstos habían venido, arrasando todo. Aquello no tenía ningún sentido.

El mexica, por su parte, saboreaba su bebida y no quitaba ojo de las ropas, el calzado y el tocado del sevillano. «Todo es como nos lo enseñaron» pensaba para sí. «Su habla, sus ropas, sus maneras... Todo».

—¿Los primeros llegaron hace treinta años...? Decidme, señor Tepehuazin... ¿Cómo llegaron? ¿Por qué no sabemos nada dello? ¿Y por qué decís que fueron «los primeros»?

El mexica se estiró en su asiento y encendió su tubo de tabaco, agarrando con unas pincillas un ascua de un brasero cercano.

—La historia completa la conocemos pocos, señor embajador, y no os aburriré con ella agora, pues asuntos más importantes habemos entre manos. Sabed sólo que a mí me fue referida por mi mentor y maestro, un hombre

sabio e ilustre que nos enseñó la vuestra lengua, escritura, costumbres e historia, y que ha dejado grande legado de documentos escritos en Tenochtitlan. Hasta donde sé, él y sus compañeros cruzaron el mar con un aventurero genovés llamado Colón...

—¿Colón? ¿Cristóbal Colón?

—Ése mismo.

—Perdonad mi atrevimiento, mi señor Tepehuazin, mas... debéis estar bromeando... Ése tal Colón era un loco que partió en una aventura insana y jamás...— El hombre se detuvo. En su cabeza se abría paso una idea que, aunque desquiciada, tenía todos los visos de ser verdad.

—¿Jamás regresó...? No, Alonso Gutiérrez, jamás lo hizo. Creemos que desapareció en el mar en su viaje de vuelta. Mas antes de regresar dejó allá unos cuarenta hombres en una isla llamada Haití, en nuestro Mar Central. Esos cuarenta se lanzaron a explorar más hacia el oeste. Para cuando llegaron a Tenochtitlan, tras padecer penurias sin cuento, eran sólo una veintena.

—¡Santo Dios!— exclamó el español.

—Ellos fueron los primeros. Poco después encontramos una segunda embajada de vuestros enviados, que sólo trajeron la muerte más horrorosa a nuestro pueblo. Merced a sus relatos supusimos la suerte de Colón. Dos o tres de vuestras expediciones se cruzaron con nuestros barcos en los sucesivos años. Todas ellas fueron capturadas y destruidas. Con el tiempo, supimos lo peligrosos que podíais ser para nuestra gente. A la vez, también aprendimos las maravillas que había de aqueste lado del mar. Sabíamos que algún día el encuentro entre nos había de producirse. *Debía* producirse. Así lo anunciaban nuestras profecías. Fue entonces cuando decidimos venir.

El español había terminado su *cacahuatl*. Sus manos aún temblaban, y el humo del tabaco de Tepehuahtzin le hacía escocer los ojos y la nariz.

—¿Venir? ¿Por qué, mi señor? ¿Qué queréis de nosotros?

—Todo, señor embajador— contestó el *tlacochcalcatl* con una sencillez apabullante. —Queremos la vuestra ciudad y gente, vuestros caballos y rebaños, vuestros metales, vuestras cosechas, vuestros bienes. De ahora en más respetaremos vuestras vidas, siempre que os sometáis a la autoridad de nuestro *hueyi tlahtoani* y os convirtáis en vasallos y tributarios de Tenochtitlan, sus regentes y sus dioses.

El atribulado hispano no sabía qué decir. Ni siquiera terminaba de entender completamente el porqué de todo aquello, la identidad de sus invasores, los motivos, las razones, las causas. Y, sobre todo, no podía siquiera entrever o adivinar los efectos futuros de las acciones y decisiones presentes. Pero se estaba dando cuenta de las enormes posibilidades que tenía aquel endemoniado asunto. Si esa gente venía de las «Indias», eran la avanzadilla de un reino rico, poderoso y próspero cuya ruta había sido buscada por años por los más grandes príncipes, magnates y navegantes europeos.

Quedaba claro que, para los recién llegados, ni Castilla ni las otras partes del reino eran territorio extraño, aunque jamás lo hubieran pisado antes. Sin duda alguna eso les daba total ventaja sobre sus adversarios, cuyo desconcierto y perplejidad proporcionaba al ejército invasor una inmejorable posición para imponer sus designios. Pero, tras su orgullosa arrogancia, debían tener un punto débil, alguna grieta en su sólida fachada. Eso lo sabía muy bien Gutiérrez de Madrid: todo poderoso tiene un lado flaco, que a veces ni él mismo conoce. El español pensaba tan rápido como podía. Necesitarían aliados, amigos, conquistas rápidas, caminos allanados. Y él

podía proveerles todo eso y mucho más. Mucha información. *Tepehuahtzin* lo observaba como un lince a su presa. Parecía querer penetrar, con sus ojos oscuros, en el fondo de sus cavilaciones.

—Estaréis pensando qué habéis para ganar y perder con aqueste ofrescimiento, mi señor embajador. No os esforcéis ni congojéis, que yo os lo diré. Podéis perdello todo, como habréis visto. No podéis oponernos mayor resistencia: sois un pueblo dividido, débil, pobre, y estamos bastante bien al cabo de vuestras alternativas. Mas si obráis con cordura, podéis ganar un soberano sabio, un comercio próspero y un reino unido y pacífico. Rendid la ciudad agora y la vida de la vuestra gente será respetada. Como os digo, seréis vasallos de Moteuczoma Xocoyotzin, tributaréis a Tenochtitlan y estaréis protegidos por sus fuerzas...— y aquí el mexica señaló la tierra y el cielo — ...aquí y allá.

—¿Cuáles son las condiciones de la rendición?— inició las negociaciones Gutiérrez de Madrid. *Tepehuahtzin* sonrió.

—Que vuestros hombres dejen las armas. Que se abran todas las puertas de la ciudad, y que mi gente sea rescebida en las casas de vuestras familias en paz. Ellos se harán cargo a partir de agora de aqueos hogares y bienes. Desde el momento en que entremos en Sevilla, gobernaremos la ciudad según nuestros usos y costumbres.

—No será cosa sencilla conseguir la conformidad de los nuestros cabildantes, mas lo hablaré con ellos y haré lo que esté en mis manos. ¿Eso es todo?

—No, mi señor embajador. Algo más hay. Una vez esté asentado en el vuestro castillo, que será mi residencia, quiero que se presenten ante mí los principales y nobles de la villa. Todos ellos. Y vuestra gente trabajará para

reconstruir todo lo que ha sido destruido en Sevilla. Desde los canales de agua al puente, y, sobre todo, las murallas y puertas.

El hispano asintió.

—Bien está.

—Otra cosa, señor embajador... Quiero creer que vuestro Cabildo os ha enviado a mí por ser persona de buen juicio y razón. Vuestros consejos pueden serme de utilidad en el futuro... ¿Puedo contar con los vuestros servicios?

—Pienso que habréis menester dellos, mi señor Tepehuazin— osó responder Gutiérrez de Madrid. Sabía que era hora de poner todas las cartas sobre la mesa. Si Sevilla estaba condenada a servir a un invasor, él quería asegurarse una posición en el nuevo esquema que se estaba conformando en aquella tienda sobre el Arenal. Y si aquel desconocido estaba exagerando el valor de sus naipes, como parecía, el judío decidió que él no iba a quedarse atrás.

—Veo que sois hombre osado, mas... ¿por qué suponéis que habría yo menester dellos?— quiso averiguar Tepehuahtzin.

—Estáis muy lejos de vuestras tierras y, si bien sois poderosos, habréis necesidad de amigos y aliados aquí, por mejor conocer el terreno y moveros así con más grande soltura... Y creo que yo podría ayudaros en eso.

—¿Y qué buscáis ganar? Porque sabréis que estáis traicionando a vuestra gente, embajador.

—Mi gente es la que más seguridad me da y más dinero me hace ganar, señor Tepehuazin. Y sensato es por mi parte ponerme del lado del señor y no del del vasallo.

—Pláceme— repuso el *tlacochcalcatl*. —Dejadme agora, Alonso Gutiérrez, y tornad con los vuestros para entregalles mi mensaje. Haced vuestro trabajo y volved a verme cuando el sol comience a bajar. Entonces seguiremos hablando.

El español se incorporó con torpeza del cojín bajo e hizo una reverencia ante el mexica. A una orden de éste, los guardias que estaban apostados a la entrada de la tienda acudieron para escoltarlo hasta la Puerta del Arenal.

Desde allí, el hombre comenzó a subir despacio por la Calle de la Mar, sorteando los cadáveres de los que hasta hacía un día habían sido sus vecinos. Su cabeza era un remolino de ideas. Llevaba en su piel el olor de los muertos enemigos quemados en piras y el del tabaco del mexica. Y en su boca, dos sabores: el del *cacahuatl* espumoso y el de su conversación con aquel extranjero.

Y sintió que ambos eran iguales: amargos y picantes a la vez.



En su tienda, Tepehuahtzin se relajó. Repasó mentalmente su entrevista con el embajador sevillano varias veces. Odiaba a los traidores. Le daban asco. Aquel individuo estaba dispuesto a traicionar a todos los que habían dado su sangre y su vida por defender sus familias, sus creencias y su ciudad. No había, en su escala de valores, nada más bajo que aquel que entregaba a su pueblo. Mas, por esa misma razón, sabía que podría utilizar a aquel castellano sin miramientos ni remordimientos, usándolo para alcanzar sus fines y descartándolo luego. Aquella idea puso una especie de sonrisa

indefinida en sus labios. Disfrutaría del momento en que pudiera deshacerse de él. Escoria como aquélla no debía caminar bajo el cielo o sobre la tierra, no debía respirar el mismo aire ni beber la misma agua que el resto de la gente. Ensuciaba todo. Contaminaba todo.

Mandó llamar a su hermano Machimaleh y, juntos, repasaron el plan que seguirían a continuación.

XII

MAR CENTRAL, 1494

E los caminos que unen Tenochtitlan con la lexana Xicalanco atraviessan tierras de las naciones mixteca, zapoteca, mazateca, chinanteca e popoloca, hasta llegar a la final al territorio de la nación chontalli, que en lengua náhuatl significa extranjero. E son diferentes aquesas gentes entre sí, e hablan lenguas harto dispares, que entrellos no se entienden.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo IV.

Rodrigo de Escobedo llevaba varios meses de viaje.

De acuerdo a sus siempre cuidadosos registros, había salido de Tenochtitlan a finales de enero. En Tochtepec, en el límite sur de los dominios mexicas, se separaban los caminos que iban a Anahuac Xicalanco —la costa del norte y del este— y a Anahuac Ayotlan, la del sur y el oeste, esa que él aún no había visto pero de la que había tenido abundantes referencias. A partir de aquel punto su ruta torció hacia el litoral oriental, hasta Coatzacualco.

Para entonces finalizaba mayo, y el zigzagueante derrotero de la caravana de *pochtecah* en la que participaba el segoviano había atravesado tierras mixtecas, zapotecas, mazatecas, chinantecas y popolocas. Bordeando la costa, entraron en los dominios del pueblo *chontalli* o yokot'an. Llegaron a

la villa de Potonchan hacia principios de agosto, y a Xicalanco —puerta a los territorios itzáes— hacia finales de septiembre.

Xicalanco —o Zactam, en lengua *chontalli*— se situaba estratégicamente cerca de una enorme laguna costera y de un litoral marítimo en el que volcaban sus aguas ríos como el Ozomahtintlan, oscuros y espumosos como el *cacahuatl*. En sus muelles lacustres amarraban las barcas que, transitando las caudalosas vías fluviales de la región, arribaban desde Cuauhtemallan, las tierras altas de aquel cálido y húmedo sur. Acudían desde allí los mercaderes o'depüt o *zoques*, cargados de goma *olli*, telas, topacios amarillos y cochinilla. Bajaban también los ch'oles, los tojolab'al, los tzeltales y los tzotziles con ámbar. Y por las rutas del mar hacían su viaje las barcas itzáes, procedentes de Chak'an Peten, Kaan Peech y Kosom Lu'umil.

El escribano, fiel a sus costumbres, había ido anotando una esmerada relación de todos los acontecimientos vividos y de todos los paisajes y las naciones que encontraba en su trayecto. Para ello había iniciado un nuevo diario, que había bautizado como «Libro de viaje». A su retorno a Tenochtitlan, transcribiría lo más interesante de aquel «Libro...» en sus «Crónicas», que había dejado allá al cuidado de su amigo Luis de Torres.

La marcha se había hecho pesada debido a que recorrían grandes distancias a pie, a que los *pochtecah* se detenían aquí y allá para hacer sus tratos y enterarse de novedades, y a que transitaban por regiones que pertenecían a pueblos no siempre amistosos con los mexicas. Y si bien los comerciantes de Tenochtitlan podían disfrazarse y aparentar ser —gracias a su dominio de las lenguas de cada zona— nativos de tal o cual ciudad, Escobedo era extranjero a todas luces y no había forma de evitar que llamara la atención. Por ende, debían moverse con mucha precaución, y más de una

vez el segoviano tuvo que permanecer escondido varios días en alguna aldehuela perdida para no ser visto.

También era cierto que Cuitlachnehnemini, líder de aquel grupo por su experiencia, alargaba los tiempos de estancia en cada lugar para que su amigo hispano tuviera la oportunidad de fijarse en todos los detalles, de indagar en cada rincón, de saborear cada manjar y de escribir todo eso en sus códices. La minuciosa curiosidad de Escobedo y su facilidad para aprender y recordar las cosas más asombrosas no hacían más que espolear al mexica, el cual siempre terminaba demorando unos días más la partida de cada pueblo que visitaban para poder mostrarle algo, presentarlo a diversos personajes y profundizar en el conocimiento de gentes y tierras.

Los yokot'an de Xicalanco mantenían buenas relaciones con los mexicas. Relaciones estrictamente comerciales, a decir verdad, pero buenas al fin y al cabo. Eran mercaderes avezados: las tierras en las que vivían producían poco —aunque el mar y la laguna fueran pródigos en pescado, tortugas y otros frutos— por lo que su economía dependía principalmente del intercambio. Conocían todas las materias primas y riquezas de su región y de las vecinas, y mantenían sólidas redes comerciales que se extendían hasta Potonchan y Cempohuallan, por el noroeste, y hasta los lejanos puertos de Nito y Naco, por el sudeste, mucho más allá de Kosom Lu'umil. Tierra adentro, sus caravanas y flotillas de barcas enlazaban con las rutas de sus hermanos *chontalli* de Itzamkanac, ciudad que los mexicas llamaban Acallan, «la tierra de las barcas». Desde ese lugar, según contaban algunas tradiciones añosas, habían partido los famosos *putun* para ocupar extensas áreas de Yucatán, y de los cuales descenderían los itzáes.

Los yokot'an eran, además, diestros navegantes y viajeros. Sus mapas eran renombrados, en especial los que contenían —sobre alguna tira de toско henequén— las rutas marítimas del Yucatán y de toda la costa septentrional y oriental de aquellas tierras. Conocían bien las lenguas y las costumbres de sus vecinos, lo cual les facilitaba sus desplazamientos a través de tantas naciones diferentes.

En Xicalanco, los mexicas habían sido recibidos por el principal de la villa, que los alojó en unos aposentos específicos destinados a visitantes. Los *pochtecah* pensaban quedarse allí algunos días, a la espera de ciertas flotillas mercantes itzáes que estaban por arribar desde Yucatán. Escobedo tendría, pues, mucho tiempo para pensar, para aprender y para descubrir.



La presencia de un hombre barbado y de piel blanca en la caravana de mercaderes de Tenochtitlan causó sorpresa y cierta inquietud entre los pueblos de la costa, especialmente entre los *chontalli* de Potonchan y Xicalanco. Circulaban entre ellos, desde hacía unos meses, historias de hombres extraños llegados del este en barcas de velas, que habían tenido encuentros violentos con los itzáes de Kaan Peech y Chak'an Peten, y que llevaban consigo armas singulares. Cuitlachnehnemini y sus compañeros escucharon esos relatos con sonrisas displicentes y frases tranquilizadoras, pues conocían los hechos de labios de uno de sus propios protagonistas.

Escobedo se los había narrado de manera exhaustiva durante el viaje, en aquellas noches en las que debían hacer alto en algún recodo del sendero, lejos de todo pueblo, y dormir bajo las estrellas... o las nubes de tormenta.

Acurrucados en sus gruesas mantas de algodón, los componentes de la caravana escuchaban atentamente al segoviano y lo interrumpían de vez en cuando con exclamaciones, imprecaciones, historias propias o preguntas. Sin embargo, Cuitlachnehnemini —que ya conocía el relato— oía todo aquello en silencio, con una expresión seria y pensativa. Una tarde, antes de entrar en Coatzacoalco, el *pochtecatl* le preguntó a su amigo español el porqué de aquellos ataques y muertes en territorio itzá.

—*Ahmo niquimati*— declaró Escobedo después de pensarlo un momento. —*Ahzo... nocnihuan tlaicolitiah... Tencualactli in icolli, in tlacah incocoliztliuh...*⁴⁷

—*Icolli... Ipampa in iuh anhuallahqueh in Cempohuallan, in Tenochtitlan?*⁴⁸

Rodrigo calló, pero no pudo disimular su desazón. Sabía que generalizar era un error, y que, al igual que él mismo, cada uno de sus compañeros habría tenido sus propias razones para embarcarse con Colón. Pero, en líneas generales, había mucho de codicia. Había también espíritu de aventura, desesperación, búsqueda de nuevas vidas y nuevos rumbos. Así trató de explicárselo, en pocas palabras, al mexica.

—*Tehhuatl... Tleh otihuallah?*⁴⁹

⁴⁷ En náhuatl, «No lo sé. Quizás mis compañeros codician. La codicia es veneno, enfermedad de los hombres».

⁴⁸ En náhuatl, «Codicia... ¿Por esa causa ustedes vinieron a Cempohuallan, a Tenochtitlan?».

⁴⁹ En náhuatl, «Tú... ¿Por qué viniste (hacia aquí)?».

Escobedo ni supo ni pudo responderle inmediatamente.



Castilla. Su puesto de contino real, nombrado por la Reina en 1486. Su sueldo de veinte mil maravedís al año, que le permitía vivir como un verdadero hijodalgo. La misiva secreta de su tío, fray Rodrigo Pérez, franciscano del monasterio onubense de Santa María de la Rábida, recibida en el otoño de 1491. Su relación de las ideas de un navegante genovés, o portugués, un tal Colombo, o Colomo, o Colón, que su compañero fray Juan Pérez había recibido en el monasterio, y que pretendía llegar a las Indias cruzando el mar occidental. El convencimiento de que aquel marino sabía lo que hacía, que parecía tener pruebas de que la ruta hacia las riquezas de las Indias era factible... El aviso de que, si los reyes aceptaban financiar la empresa, enviarían en aquella expedición, según sus usos, a un escribano para que diera cuenta de los descubrimientos y tomara nota de los posibles tributos a recaudar. El consejo de que moviera hilos para conseguir ese puesto. Sus dudas. Sus preguntas averiguando el fondo de aquella historia. La posibilidad latente de llegar a las fabulosas riquezas del Quersoneso Áureo, Mangi y Catay. Sus peticiones, las influencias movidas a su favor. Su designación para ir en aquella expedición, un poco más tarde. El viaje, largo, interminable, hasta que apareció la tierra buscada y prometida. El acta de descubrimiento que él mismo levantó en la ínsula de Guanahaní, territorio del pueblo lucayo. Las exploraciones a través de las islas. La confianza de Colón. Sus «Crónicas». Las expediciones breves que encabezó a las órdenes del Almirante. El naufragio de la «Santa María» que algunos creyeron hecho a propósito para dejar gente allí. La imposibilidad de cargar a todos los

tripulantes de la nao en las dos carabelas que quedaban. La construcción del fortín de Natividad. La vida con los taínos de Guacanagarí. El enfrentamiento constante con Arana, su superior al mando, por la inclinación desmedida de ambos hacia las mujeres y el oro. Las disputas con Jacome el genovés, que a veces habían llegado casi a los cuchillos. El odio de los locales, a quienes saqueaban y maltrataban sin miramientos. Las borracheras, los desafíos diarios, la total desorganización, el «sálvese quien pueda», la codicia, la ambición... Y luego, una de las tantas mujeres taínas con las que pasaba las noches contándole la historia de Caonabó y su plan para arrasar Natividad, ante el descuido o la complacencia —eso nunca se sabría— de Guacanagarí. Y entonces la decisión de partir, y las muchas que tendrían que tomar después hasta ser conducidos a Tenochtitlan. Y el cambio dentro de él. Y las cosas que no habían cambiado; entre ellas, el odio visceral hacia Arana...



—Por ambición, supongo— escupió al cabo de un rato en castellano. Luego tradujo la frase. El mercader lo miró confundido.

—*Cualli yectli tlacatl niquimati. In icolli ahmo niquitta. Teicnomatiliztli, yolcualiliztli niquitta...*⁵⁰

—*In tlacah patlah, Cuitlachnehnemini. Inin tlacatl in aquin tiquimati in axcan, ahmo necah tlacatl in aquin quizaya acalco in Castilla.*⁵¹

⁵⁰ En náhuatl, «Conozco un hombre justo (bueno, recto). No veo codicia (en él). Veo compasión, honestidad, sabiduría...».

⁵¹ En náhuatl, «Los hombres cambian, Cuitlachnehnemini. Este hombre que tú conoces hoy

El *pochtecatl* repuso que era cierto: los hombres cambiaban y él se alegraba mucho de ello, en especial en lo que concernía a Rodrigo. Agregó que confiaba en que todos sus compañeros hubieran cambiado en mayor o menor medida, como él lo hizo. Pues entendía que la codicia y la ambición, bien manejadas, eran sanas, y podían convertirse incluso en un acicate para el progreso. Pero, mal controladas, eran espinas en el alma de los hombres y, como consecuencia, en la de sus pueblos. Y a las espinas había que arrancarlas antes de que provocaran daños irreparables.

Escobedo entendió lo que su compañero trataba de decirle. Pero la cuestión no era tan sencilla. Él era otro en ciertos aspectos, o, mejor dicho, aquellos viajes, aquellas tierras y todas sus aventuras y desventuras lo habían transformado en otro a la fuerza. Sin embargo, ¿cuánto habían mudado de parecer los suyos? ¿Qué evitaba que Tenochtitlan se convirtiera en otra Natividad, en otra Kosom Lu'umil, en otra Kaan Peech? ¿El miedo? ¿La inseguridad? Cuando esos factores se esfumaran a medida que aumentasen su confianza y su poder, ¿qué ocurriría?

«Sólo puedo hablar por mí, amigo mío» reconoció Rodrigo. Cuitlachnehnemini estuvo un rato con la vista clavada en el suelo. Hasta que finalmente se atrevió a preguntar algo que Rodrigo esperaba desde hacía tiempo. Y lo hizo en ese castellano que tanto se esforzaba por aprender.

—¿Más hombres de Castilla vienen?

«*Ahmo niquimati*», fue la lacónica respuesta del segoviano. Si el Almirante había logrado regresar a España, probablemente sí: vendrían más hombres y más barcos. Y traerían armas, y caballos, y hierros, y frailes, y

no es aquel hombre que salió de Castilla en un barco».

capitanes... Llegarían a aquellas costas centenares de Diegos, de Antonios, de Rodrigos, de Domingos, todos buscando oro, especias, pedrería, mujeres y tierras. Lo mismo que habían buscado ellos en su momento. Lo mismo que algunos seguían deseando obtener.

Y seguramente llegarían de Castilla docenas de escribanos como él, que dejarían constancia de todo lo que ocurriera.

Lo harían como siempre lo habían hecho: de manera más o menos fehaciente. Construirían así una historia digna de crédito cuya veracidad quedaría en entredicho con el correr del tiempo. Y perpetuarían unos hechos y unos actos que se rescribirían y reinterpretarían en el futuro, como ya se habían rescrito y reinterpretado los acontecidos en el pasado.



Sobre la plaza central de Xicalanco se elevaban las torres de algunos templos, una imagen tan habitual en aquellas tierras como la de los robustos campanarios coronados por nidos de cigüeñas que jalonaban la meseta castellana. Sentado en una esquina del recinto, Escobedo escribía en su diario, mordisqueando de vez en cuando un *tzapotl* que manchaba con su jugo las páginas del código, y mirando a su nuevo compañero de viaje, un pequeño mono-ardilla *ozomahtli* que le habían obsequiado los *pochtecah* para que fuese algo así como su mascota. Cual si fuera un perrillo castellano, el animalito no se despegaba de él ni se bajaba de sus hombros: sus ojos, de expresión casi humana, lo observaban con curiosidad descubridora. «Asombrado estará de ver las mis barbas» bromeaba el segoviano consigo mismo. La región de Ozomahtintlan era pródiga en aquellos animales. De

hecho, el propio nombre de la zona, del río que la atravesaba y de una villa cercana a él significaba «tierra de monos». O «tierra de pequeños monos», si se consideraba el otro nombre de aquel territorio, Ozomahtzintlan. La inquieta presencia del *ozomahtli* era buena compañía: con sus gracias, con sus carreras, con sus caras y sus ademanes, el hispano entretenía sus largas horas de estadía en la villa.

Describía el español los perfiles de aquellas *teocalli*, las «casas de los dioses», como las llamaban los mexicas. Aquellas siluetas le trajeron recuerdos. Dejó la pluma a un lado, le dio el enorme hueso de la fruta a su mascota para que terminara de limpiarlo de pulpa, y ocupó el tiempo que le restaba de espera reviviendo las celebraciones que presencié durante sus últimos días en Tenochtitlan, hacia finales de diciembre.



Se celebraba el festival de Panquetzaliztli en honor al dios de la guerra, Huitzilopochtli. Al parecer, los actos conmemorativos habían comenzado ochenta días antes, en el mes llamado Ochpaniztli, y habían ocupado los meses de Teotlehco, Tepeilhuitl y Quecholli, cada uno de veinte días de acuerdo al calendario solar local. Durante todo ese tiempo, los sacerdotes y muchos mexicas de ambos sexos y de todas las edades habían hecho penitencia. Llegado el mes de Panquetzaliztli, se habían puesto a cantar una canción en honor a la deidad. Empezaban los cantores a medianoche y terminaban al amanecer: se agrupaban coros masivos en los templos, haciendo sonar además bocinas y flautas. Escobedo, ignorante aún de esas festividades —y de otras tantas, propias de cada mes— había escuchado ecos de aquellos cantares en casa del *pochtecatl*.

—*In cuicatl in ehua itoca tlaxotecayotl; icuic in Huitzilopochtli*⁵²—
había explicado Cuitlachnehnemini.

La fiesta principal solía coincidir con el solsticio de invierno, el momento en el que el sol se encontraba —de acuerdo a las creencias mexicas— en conjunción con la tierra y, por ende, en una relación muy especial con ella. Aquel acontecimiento anual se festejaba con juegos de pelota, procesiones, banquetes, danzas, cantos, embellecimiento de casas y árboles con banderines de papel y guirnaldas de flores de girasol *chimalxochitl*, combates ceremoniales y sacrificios. Sacrificios personales: algunas gotas de sangre, un puñado de resina *copalli*, unas pocas tiras de papel goteadas de goma *olli*, flores... Y sacrificios humanos: los guerreros mexicas ofrecían a la divinidad sus cautivos, y los nobles y *pochtecah* pudientes, sus esclavos.

Nueve días antes del festejo central, los ancianos de todos los barrios de Tenochtitlan se habían dirigido por la calzada del sur hasta la ciudad de Huitzilopochco, sobre el estrecho que separaba los lagos Texcoco y Xochimilco. Allí, en el manantial llamado Huitzilatl, habían llenado cántaros nuevos y, una vez cubiertas sus anchas bocas con hojas de ciprés *ahuehuatl*, habían cargado con ellos las dos leguas que los separaban de su villa. Con esas aguas habían bañado a los prisioneros y esclavos al pie del *hueyi teocalli*, el «gran templo», empapando sus cuerpos y ropas. Luego los habían despojado de las prendas mojadas y los habían vestido con adornos de papel, pintándoles brazos y piernas de azul y los rostros a rayas amarillas y azules, diseños típicos de Huitzilopochtli. Les habían atravesado el tabique de la

⁵² En náhuatl, «El canto que entonan se llama *tlaxotecayotl*; el canto de Huitzilopochtli».

nariz con una saetilla y colgado una nariguera en forma de medio círculo. Para finalizar el atavío, les habían puesto unas coronas de finas cañas con manojos de plumas en lo alto, blancas para los hombres y amarillas para las mujeres. Así engalanados, los dueños se los habían llevado a sus casas, en donde cada cual realizaba ceremonias y fiestas privadas.

Cinco días antes de la gran celebración, los propietarios de aquellos prisioneros y esclavos habían ayunado, practicando a la vez abstinencia y penitencia. Escobedo supo todos los detalles de boca del *pochtecatl*, el cual había decidido ofrecer a Huitzilopochtli diez de sus siervos. La idea mexicana de «ayuno» implicaba no ingerir ni sal ni *chilli* ni beber otra cosa que agua, y reducir las comidas a una, escasa y realizada al mediodía. Aquello era, en cierta forma, parecido a las costumbres tradicionales observadas durante la Cuaresma cristiana. En la penitencia se incluía un baño a medianoche: los hombres, en ciertos oratorios especiales llamados *ayauhcalli*, «casas de la bruma»; las mujeres, en la corriente más cercana a la puerta de su vivienda, generalmente en un canal. Además de soportar el agua helada y el frío aire de aquella época invernal y de aquellas alturas, los varones llevaban consigo cuatro espinas de maguey con las cuales se perforaban orejas, dedos o lenguas. Las féminas, por su parte, sólo portaban una espina de la misma planta, con la que también se sangraban. Al autosacrificarse, todos solían repetir: «*Ic izcaltilo in tonatiuh*». «Así se nutre el sol».

Al amanecer previo al día esperado, los esclavos y prisioneros se habían presentado ante sus dueños cantando a voz en pecho, con una escudilla llena de almagre azul entre sus manos. Con esa pasta habían pintado jambas y puertas de las casas de sus amos y de las habitaciones propias. Tras aquel rito se les había dado de comer y beber. Escobedo había presenciado la ceremonia en casa del *pochtecatl*. De la decena de hombres y mujeres

condenados al sacrificio, sólo un par habían probado bocado; el segoviano había advertido, en las expresiones de los demás, el terror al destino que les aguardaba.

Al salir el sol de la jornada señalada, un sacerdote vestido como Payinal —vicario de Huitzilopochtli, ágil corredor y mensajero de la muerte en combate— había descendido del «gran templo» y se había dirigido al campo de pelota ceremonial. En aquel mismo lugar había sacrificado cuatro prisioneros cubiertos de papel: dos en honor al dios Amapan y otros dos en honor a Huappatzin. Inmediatamente después, sus servidores habían arrastrado los cadáveres por la arena del campo de juego, tiñéndola de sangre.

Desde allí, Payinal y su comitiva habían ido corriendo hasta Tlatelolco, en el norte. Luego se habían dirigido a Nonohualco, en cuyo templo se les había unido otro sacerdote, personificando a Cuahuitlihcac, otro vicario de Huitzilopochtli. Juntos habían llegado hasta Tlacopan, ya en tierra firme, atravesando el lago por la calzada del oeste. A continuación habían ido hasta Popotlan, y en el templo de ese lugar habían ofrendado varias vidas. Siguiendo con aquella marcha, habían alcanzado Chapoltepetl, cruzando Izquitlan. Nuevo sacrificio y nueva carrera hasta Acachinanco, pasando por Coyohuahcan, Tepetocan y Mazatlan. En definitiva, un viaje a través y alrededor de la gran ciudad lacustre y de sus innumerables barrios.

Mientras los dos «dioses» hacían ese recorrido, quienes iban a morir habían sido nuevamente trasladados por sus dueños al *hueyi teocalli* y divididos en dos grupos para representar una batalla. A un lado se habían colocado los prisioneros de guerra; al otro, los esclavos. Los primeros, que habían sido asistidos por sus amos guerreros durante el simulacro, habían utilizado rodela pintada con círculos blancos y negros, garrotes y dardos.

Sus contrincantes habían contado sólo con unas pequeñas flechas. Con mucho público presente, habían combatido entre ellos, y los que habían sido apresados por el primer grupo habían sido sacrificados allí mismo sobre un *teponaztli*, un enorme tambor de madera tallada. Seguidamente, en un acto ritual, les habían arrancado el corazón del pecho.

Había sido en aquel preciso momento, recordaba Escobedo, cuando ellos hicieron su entrada en el corazón de Tenochtitlan.



Él y sus compañeros habían salido del palacio hacia el interior del recinto ceremonial, un espacio magnífico con sus blancos y policromados edificios tan limpios, y sus fuegos siempre ardiendo. Avanzando de sur a norte por una calzada abarrotada de gente, dejaron a su izquierda los templos de las diosas Xochiquetzal y Chicome Coatli, y a su derecha el del Tezcatlipoca negro y el edificio perteneciente a la elite de los guerreros *ocelomeh*. Los españoles no conocían ese lugar por dentro, pero lo suponían similar al de los *cuacuauhtin*, que ya habían visitado. Éste último, la «casa de las águilas», era realmente hermoso. Sus dos entradas estaban flanqueadas por estatuas que representaban precisamente a guerreros-águila, de vara y media de altura y un detallismo asombroso. Todos sus muros, exteriores e interiores, estaban profusamente decorados, y en el acceso a la sala norte se erguían dos esculturas de cerámica en verdad impresionantes que representaban a Mictlan Teuctli, el esquelético señor del inframundo. Por último, en los bancos adosados a las paredes se desplegaban procesiones de combatientes tallados en piedra y coloreados, que confluían en una bola de

hierba *zacatapayolli*: ésa en la que se solían clavar las espinas de maguey tras ser usadas en los autosacrificios.

Una vez que pusieron los pies en la amplia extensión que se abría en la base del *hueyi teocalli* —el «templo mayor», la gran pirámide de doble cima en honor a Huitzilopochtli y Tlaloc— giraron a la izquierda para evitar la multitud y bordearon el santuario de Quetzalcoatl-Ehecatl. Era aquella una construcción muy particular: una pirámide rectangular coronada por un adoratorio circular techado con paja. Tenía almenas en forma de caracol, y su puerta se hallaba entre las mismísimas fauces de una monstruosa serpiente tallada en los muros.

Superaron luego el *hueyi tzompantli*, cuya visión todavía los sobrecogía. Había varios pequeños ejemplares de aquellos «ábacos de calaveras» —como ya los llamaban los hispanos— repartidos por todo el recinto ceremonial. Algunos de ellos eran simplemente «decorativos» y estaban tallados en piedra, estucados y coloreados. Sin embargo, el *hueyi tzompantli* —el «grande», el central— era real. Demasiado real: troncos horizontales atravesando una multitud de cráneos, algunos de los cuales aún tenían pieles resacas o cabellos pegados al hueso.

Torcieron nuevamente a la derecha, pasando entre el edificio de Quetzalcoatl y el *tlachco*, el campo del juego ceremonial de pelota. Con paso firme, sortearon el gentío y fueron conducidos al templo de Cihuacoatl. Desde allí podía verse con toda claridad la doble escalinata que ascendía hasta la cúspide del *hueyi teocalli*, además del maravilloso paisaje que rodeaba Tenochtitlan. Eso incluía las cimas nevadas de las sierras y las

siluetas lejanas del humeante Popocatepetl y la blanca Iztaccihuatl⁵³. Todo el grupo de hispanos fue acomodado junto a otros invitados como Cuitlachnehnemini, el cual no se separaba de Escobedo. Resultaba llamativo que en aquel mismo lugar también hubieran sido colocados los embajadores de los pueblos enemigos de los mexicas.

El «templo mayor» era una mole de tierra y piedra *tezontli* de unos treinta metros de altura, dividida en dos partes. La de la izquierda, la mitad sur, estaba dedicada al dios de la lluvia Tlaloc, y su santuario en la cima medía unos quince metros y era de color azul. La de la derecha, la mitad norte, era la del dios solar de la guerra Huitzilopochtli. Formando una sola pirámide, ambas mitades —dualidad de la vida y la muerte— representaban montañas asociadas a los mitos de cada dios: la Tonacatepetl, «el cerro del alimento» estaba relacionada con la leyenda de la creación del ser humano a partir del maíz; la Coatepetl, «el cerro de la serpiente», tenía que ver con el sitio mítico en donde había nacido la deidad central del panteón mexica.

Cuitlachnehnemini aclaraba al escribano que aquel templo simbolizaba el centro del mundo. Estaba orientado hacia los cuatro puntos cardinales, y en él confluían, además de los cuatro rumbos, el camino que llevaba hacia los trece cielos del mundo superior y el que se dirigía hacia los nueve niveles del inframundo. Las seis direcciones se encontraban y se enlazaban allí. Y toda la ciudad se organizaba de manera concéntrica en torno a aquel «ombligo»: los nobles, en sus palacios del interior, y los pescadores y

⁵³ El Popocatepetl («cerro humeante») es un volcán aún activo. Iztaccihuatl («señora blanca») es una montaña, separada del anterior por un paso. Ambos eran visibles en el horizonte sudoriental de Tenochtitlan.

horticultores pobres, en sus chozas de barro y caña del sector más externo, casi flotando sobre el lago.

Al pie de las escaleras del *hueyi teocalli* —en las que se podían contar un centenar de empinados peldaños— estaba la fabulosa escultura desmembrada de Coyolxauhqui, parte del antiguo mito de los mexicas referido al nacimiento de Huitzilopochtli. La narración explicaba que el dios había matado a su hermana y a cuatrocientos de sus hermanos y había arrojado el cadáver descuartizado de la primera desde lo alto de la Coatepetl. Al menos, así lo había entendido Escobedo cuando su amigo se lo contó abreviando mucho la historia.

Cerca de aquel relieve había una enorme serpiente ondulante, altares, plataformas y cinco columnas de piedra maciza con forma de guerreros. Aunque todo el conjunto se mantenía siempre muy limpio, con motivo de aquellas celebraciones había sido cuidadosamente barrido y arreglado por las *cihuatlahmachchihui*, jóvenes mujeres al servicio del dios.

Al poco de ubicarse en la parte del templo que les habían reservado y haber sido testigos del sacrificio de algunos esclavos, vieron retornar a Payinal y Cuahuitlihcac de su viaje por toda Tenochtitlan. La escaramuza ceremonial se detuvo entonces a la orden de un sacerdote que gritaba desde lo alto del «templo mayor». Los «dioses» llegaron precedidos por dos estandartes de papel y plumas que fueron subidos al *teocalli* merced a dos portadores, los cuales descendieron luego cargando la efigie del señor de la guerra.

El ídolo de Huitzilopochtli, hasta ese momento oculto tras cortinas en la cima de su santuario, estaba hecho de una masa de semillas de *huauhtli* unidas por sirope de maguey. En su interior, para «darle vida», se colocaban

bolsas conteniendo piezas de jade, huesos y amuletos. La estatua había sido construida pocas noches antes: la masa se cocinaba en el recinto llamado Tilocan y la figura se armaba en otro denominado Itepeyoc. Allí se la vestía ricamente y se le colocaba una máscara de oro. La imagen, una vez bajada a la plaza central del recinto ceremonial, fue fragmentada y repartida entre el pueblo para ser comida. Cada uno se llevaría un poco a su casa, para compartirlo con los suyos.

Tras ello, los servidores del dios tomaron a los prisioneros y esclavos y los trasladaron, una vez más, en procesión alrededor del «templo mayor». Finalmente fueron conducidos al *techcatl*, el altar de sacrificios de la cima del *teocalli*, por varios hombres pintados enteramente de negro. Primero ascendieron los prisioneros de guerra, y tras ellos los esclavos. Después de cada muerte sonaron las trompetas de caracol, los bastones *chicahuaztlí*, los caparazones de tortuga *ayotl*, los *teponaztlí*, las sonajas... Y los cadáveres fueron arrojados, rodando, por las escaleras, mientras sus corazones — denominados ritualmente *cuauhnochtli*⁵⁴— se iban apilando en un enorme cuenco de piedra llamado *cuauhxicalli*.

Caían los cadáveres desde lo alto, como había caído el cuerpo destrozado de Coyolxauhqui desde la cumbre de la Coatepetl.

Escobedo estaba horrorizado ante aquel espectáculo. Luis de Torres, a su lado, notó su consternación y sonrió con ironía.

—¿Espántase vuesa merced de lo que ve?

⁵⁴ En náhuatl, «Tunas del águila». El «águila» era Huitzilopochtli, y las «tunas» le servían de alimento.

—Barbarie me parece— apuntó el segoviano, con un nudo en la garganta.

—Eso es que ha visto pocas ejecuciones en Castilla, que de estar presente en algún auto de fe, tendría el alma curtida a estos dolores...

El escribano se giró para mirarlo. Torres mantenía la atención fija en las escalinatas del *hueyi teocalli*.

—...o quizás en alguna batalla contra los moros, que cuando estuve en Murcia vide yo unas cuantas, y no son más que muerte y crueldades sin fin.

—No he presenciado yo auto de fe ninguno, don Luis.

—Si vuesa merced tuviera sangre judía, como yo, sabría lo que cuentan y lo que duelen los tales autos. Helos visto yo, e igual es que aquesto. Sangre o fuego, lo mesmo da, que todo es por agradar a una fe maldita y meter terror en las ánimas.

—Tenga esas palabras para sí, mi amigo.

—Nadie me ha de denunciar aquí al Santo Oficio, don Rodrigo— respondió secamente el murciano. —Aquí puedo ser otra vez quien soy: Yosef, hijo de Levy. Olvidarme puedo ya de la doña Catalina Sánchez que dejé en Moguer por esposa, que siempre renegó de mis raíces. Olvidarme puedo de la limpieza de sangre, de los miedos, de mis amigos perseguidos y juzgados, del potro y los tormentos...— El hombre habló en un murmullo, mordiendo las palabras para que sólo llegaran a los oídos del segoviano, mientras los ojos se le arrasaban de lágrimas. —Aquí, don Rodrigo, ya nadie me ha de perseguir por mi origen.



Todo eso había revivido el segoviano en aquella plaza. Atardecía ya, y el mono-ardilla dormía en su regazo, encima de su diario aún abierto, con la cola arrollada en torno a su cuerpo como cualquier michifuz castellano. Despertó al animalillo, lo cargó en su hombro, metió su diario y su recado de escribir en el morral y se levantó, dirigiéndose con paso cansino hacia la cámara que compartía con Cuitlachnehnemini en Xicalanco.

Aquel día de la fiesta central del Panquetzaliztli había sido uno de emociones fuertes. Memorable, en verdad. Habían seguido cuatro jornadas de festejos particulares en casa de aquellos que habían ofrendado las vidas de sus cautivos a la divinidad. Entre los cuales, por cierto, no habían sido incluidos los prisioneros que los españoles habían capturado en Cempohuallan. Dado que se respetaban sus creencias, los hispanos no se habían visto en la obligación moral de sacrificar sus prisioneros. En vez de eso, los habían vendido a buen precio en el *tiyanquiztli* de Tlatelolco.

Había tantos sentimientos mezclados que Escobedo no conseguía deshacer la maraña de recuerdos que guardaba de aquellos momentos. Pero podía evocar claramente el juego ceremonial de pelota que había disfrutado viendo antes de su partida de la villa del lago.

El juego en sí recibía el nombre de *ollamaliztli*, aunque era más conocido como *tlachtli*. Su práctica estaba permitida únicamente entre nobles, guerreros y sacerdotes, y Escobedo intuyó que tenía ciertas connotaciones religiosas y mitológicas que no alcanzó a comprender del todo. El *tlachco*, el lugar donde se practicaba, estaba cercado por altos muros y tenía la forma de una I mayúscula, con una línea en el medio que lo dividía en dos áreas, una para cada equipo. En la zona central, encastrados en la pared a

cierta altura, había dos aros de piedra con la silueta de una serpiente —los *tlachtemalacatl*— situados uno a cada lado.

Durante la partida sonaron todo tipo de instrumentos musicales, pero el segoviano no recordaba haber escuchado vihuelas, rabeles o cosas semejantes. Los espectadores —nobles y plebeyos por igual, aunque separados en distintas zonas— cruzaban importantes apuestas: mantas de algodón, joyas de jade, bolsas de cacao, plumas *quetzalli*... Lo que tuvieran. Tan fuerte apostaban que llegaban a arriesgar sus casas, haciendas y mujeres, y muchos ofrecían sus propias personas, terminando a veces como esclavos o sacrificados a los dioses.

La pelota *ollamali*, hecha de goma *olli*, pesaba entre seis y ocho libras, medía un palmo y rebotaba como por arte de magia. Lo más sorprendente era que debía ser impulsada sin usar manos ni pies, es decir, empleando cualquier otra parte del cuerpo. Aquella bola, por su propio peso y la velocidad a la que se movía, era letal: dañaba carnes, partía cráneos y costillas, rasgaba la piel y mataba a alguno si lo alcanzaba de lleno en la cara o en las tripas. Todo eso a pesar de que los jugadores —en dos equipos de número variable— estaban forrados de protectores: en las piernas y espinillas, sobre el pecho, en los codos, en los hombros, en las caderas. Su aspecto era galano, y todas sus prendas estaban profusamente decoradas.

Partiendo de la raya central, la bola iba pasando de cadera en cadera, de pierna en pierna y de pecho en pecho. El objetivo final, el que resolvía el juego, era empujar la pelota a través del aro correspondiente. Sin embargo —como bien pudo notar Escobedo— aquella era una tarea ardua, si no imposible, dada la altura de las metas. Por tal motivo se usaba un sistema complementario de puntos que ayudaban a decidir la partida y eran

contabilizados por árbitros. Se perdían puntos si se intentaba pasar la pelota de goma por el aro y se fallaba, si se la dejaba ir fuera del campo, si rebotaba dos veces antes de lanzarla al equipo contrario... Se ganaban cuando la *ollamaloni* golpeaba la pared situada a espaldas del adversario.

Era, pues, un deporte complejo, en el que los mexicas se ejercitaban con gran pasión y en el que eran muy diestros y elegantes. Durante ciertas festividades el equipo perdedor ofrecía su vida a la deidad. Pero, según refería Cuitlachnehnemini, aquello ocurría sólo en ocasiones aisladas. Por lo general, el *tlachtli* se practicaba como un pasatiempo, y los mejores jugadores eran verdaderos héroes, tanto en Tenochtitlan como en todos los sitios donde se jugaba. Pues también era popular, con otras reglas y bajo otras formas, en tierras mixtecas, zapotecas e itzáes.



Pocos días después, el segoviano había dicho adiós a sus compañeros y se había encaminado a casa del *pochtecatl* para aguardar allí la salida de la caravana que lo llevaría a recorrer los horizontes más allá del límite sur del territorio mexica.

Antes de partir, Cuitlachnehnemini había tenido que cumplir ciertos ritos para obtener el favor de sus dioses y que éstos le dieran un buen viaje. Aquello era costumbre entre los *pochtecah*, una tradición ineludible. Además, dado que iba a estar ausente de su casa bastante tiempo, debía dejar todos sus asuntos en orden. En cuanto a la partida, había elegido una fecha favorable para el comienzo de su expedición mercante: *ce miquiztli*, «1-muerte», un buen día para los devotos de Tezcatlipoca que hubieran demostrado

humildad. En el calendario de Escobedo, coincidía con la última jornada de enero.

La noche anterior, Cuitlachnehnemini se había cortado y lavado los cabellos. Luego había ofrecido numerosas tiras de papel pintadas con olli derretido a distintas deidades: al señor del fuego, Xiuhteuctli; a Tlaltecuctli, señor de la tierra; a Yahcateuctli, protector de los comerciantes y dueño de un curioso apéndice nasal. Y había atado todos esos papeles en su báculo *topilli*, que llevaría durante todo el viaje. Inmediatamente después había obsequiado otros papelillos pintados, con forma de mariposa, a los dioses del camino Zacatzontli y Tlacotzontli.

Pasada la medianoche, a modo de sacrificio el *pochtecatl* había descabezado varias codornices ante el fuego de su hogar. Los cuerpos decapitados corrieron hacia el sur, lo cual había sido interpretado como señal de buen agüero. Había ofrendado también su sangre, salpicándola hacia los cuatro horizontes al tiempo que repetía la fórmula ritual «*teoneppa*»: «cuatro veces para el dios». Había quemado *copalli* blanco, había dicho sus plegarias y, finalmente, había puesto a arder sobre el incienso otra tira de papel más, la cual se consumió por completo. Aquello también había sido un augurio propicio.

Tras todas las ceremonias, de las que Escobedo fue un atento y respetuoso testigo, los dos amigos saborearon un guiso delicioso y devoraron varias cestillas *chiquihuitl* llenas de *tamalli*. El hispano observó un detalle curioso: los sirvientes que traían los platos de comida jamás los asían por el borde, sino que los cargaban en medio de la palma. Recordando las ventas castellanas, en las cuales muchas veces había debido comer «sopa de dedos» del que repartía el yantar, no tuvo más remedio que soltar una carcajada y

referir el caso al mexica. Relajados, bebieron *cacahuatl* muy espumoso en unas tazas especiales hechas de coraza de tortuga, al igual que los platos para apoyarlas y los palillos para revolver. Aquello era un servicio digno de reyes: por lo general, las bebidas se tomaban en pocillos de barro o de calabaza.

Pasaron toda la noche fumando el tabaco del *pochtecatl* y mascando unos hongos *nanacatl*, que el español describiría luego como «unos honguillos que emborrachan y hacen ver visiones». Mientras esperaban juntos el alba, el mercader había explicado lo que se iban a encontrar en su viaje, cómo habían de proceder, cómo debían comerciar. Y le había contado que traerían hartas riquezas, como el *teonacaztli*, la «oreja divina», especia del país mixteca que usaban los nobles para aderezar las bebidas de cacao.

A la mañana siguiente, el mercader había comido con su familia, amigos, vecinos y allegados. Había convidado a los más ricos con *cacahuatl* y a los pobres con *atolli*. Había repartido cañas de tabaco, flores *chimalxochitl* y *cuauhxochitl*, y unas guirnaldas de papel decoradas con mosaicos de turquesa y plumas de fibras de agave *ichquetzalli* brillantadas con mica. Luego los viejos le habían dado consejos y bienaventuranzas. Entre tanto, los portadores que Cuitlachnehnemini había contratado para el viaje habían empezado ya a cargar en barcas las andas *cacaxtli* con las mercancías amarradas sobre ellas, y los paños *cuachtli* que se usarían para pagar en las transacciones: los más caros, los *tototlacualtecuachtli*, valían cien granos de cacao, y los *tecuachtli*, sólo cuarenta. Tan valiosa mercancía debía ser llevada con mucho cuidado. Los cargadores habían armado con ella varios fardos *petatl*, envueltos en esteras y atados con recias cuerdas. Los llevarían colgados a la espalda mediante una cinta ancha de palma, la *mecapalli*, que se ceñían a la frente.

Llegado el momento de la despedida, el *pochtecatl* —engalanado con orejeras de cuero y piedras, un bezote curvo y un abanico redondo *ehcacehuaztli* de palma tejida— había regalado muchas mantas *amanepaniuhqui* con adornos de papel, vestidos *huitztecollaxochic* con flores naranjas, paños femeninos *tlalpiltimahtli* tejidos con pequeños nudos, capas *tlatzcallotl* decoradas con volutas y espirales, taparrabos *coyoichcamaxtlatl* forrados de piel de «lobo» *coyotl*... Habían sido costosos presentes, dignos de tan importante mercader. Al mexica sólo le restaba despedirse de su hija —la única mujer de la familia, pues Cuitlachnehnemini sólo había tenido una esposa, de la cual había enviudado—, dándole un puñado de consejos y muchas muestras de cariño.



Escobedo rememoraba con mucho placer, y con una especie de nudo en el estómago, su propia despedida de Ayahuítl. Aquello fue arriesgado, inverosímil, curioso y, sobre todo, digno de recordarse por siempre. Habían sido sólo dos frases. La del segoviano fue pronunciada débilmente, con inseguridad por lo que debía hacer, por cómo debía actuar, por cómo debía decir lo que pugnaba por salir a gritos. Sólo pudo musitar...

—*Nehhuatl nicuepaz*...— «Volveré».

—*Nehhuatl nican niyez*...— «Aquí estaré» afirmó la muchacha, con una sonrisa y una madurez que le detuvieron el pulso, le desbocaron el corazón y le hicieron temblar las piernas. Todo a la vez.

Si aquello no había sido una promesa, ¿qué había sido entonces?



Los mercaderes que esperaban arribaron a Xicalanco cuatro días después. La comitiva mexicana fue a su encuentro, llevando entre ellos a Escobedo. Auguraban excelentes tratos comerciales, pues los itzáes solían traer buenas cosas desde sus costas. Grande fue la sorpresa de los mercaderes del Yucatán cuando vieron al escribano.

—*Ah... Uláak' táanxel kaahil!*⁵⁵

Cuitlachnehnemini preguntó a qué se debía esa exclamación, y los comerciantes mayas le contaron de un hombre de piel blanca que hablaba el itzá a la perfección, que se embellecía como ellos y practicaba sus costumbres, y que venía navegando tras ellos en una enorme barca con velas de paño de algodón. Ya era conocido en todo el litoral desde Kosom Lu'umil a Chak'an Peten, y ellos mismos le habían hablado de Xicalanco.

Traducida la respuesta, Rodrigo de Escobedo suspiró aliviado. Sabía perfectamente quién era aquel extraño de piel blanca. Y sintió que sería magnífico poder reencontrarse con él.

⁵⁵ En maya yucateco, «¡Otro extranjero!».

XIII

CASTILLA, 1521

Dízese en los escritos antiguos de nuestros maiores que la cobdicia siempre lleva al ombre a la perdición e al mal camino. Camino es para la trayción, la falta de sensatez e de seso, el olbido e tantas otras pérdidas. Dezían también que assí como se ganan algunas posesiones, piérdense otras. E que el ombre avissado e cauto sabe quando apartarse de aquese sendero.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo IV.

—Todo eso es lo que he podido averiguar, señores. He de volver allí antes de que se ponga el sol para llevar la nuestra respuesta.

El Cabildo sevillano había oído con mucha atención el relato de la embajada de Gutiérrez de Madrid, despojado, como era de esperar, de todo aquello que no fuera estrictamente necesario dar a conocer. Todos coincidieron en que no quedaba otra salida que aceptar y que, en última instancia, la derrota no sería tan vergonzosa ni humillante como ellos esperaban.

Antes de que el embajador abandonara la Sala de la Media Naranja, Enríquez de Ribera se volvió para preguntarle si conocía el motivo por el que el tal Tepehuazin quería tener ante él a los nobles de la villa. El hombre repuso que lo ignoraba.

Mientras salía del Alcázar, Gutiérrez se dijo que, en circunstancias tan poco halagüeñas, hubiera preferido no figurar en la lista de los principales sevillanos. Aquella convocatoria no tenía trazas de nada bueno. Debía ganarse la confianza y el favor de los extranjeros cuanto antes.



El jinete rebasó el Castillo de San Servando, cruzó velozmente el Puente de Alcántara y entró al casco toledano por la puerta del mismo nombre. Al galope bordeó el recinto amurallado y, sin dejar de ascender, se dirigió al Alcázar de la ciudad, que exhibía su perfil imponente sobre la villa y el río Tajo.

—¡Decid a doña María que traigo nuevas!— gritó a los guardias de la entrada.

Momentos después se encontraba en presencia de María López de Mendoza y Pacheco, hija del Marqués de Mondéjar y Conde de Tendilla y viuda de Juan de Padilla, de triste y honrosa memoria. Se trataba de una dama granadina noble, culta, que rondaba los 25 años. A pesar de su juventud mostraba un temple férreo y era dueña de un carácter indomeñable. La mujer, de luto riguroso, lo esperaba sentada en un escaño bajo, en una de las salas de la fortaleza.

—Hablad...

—Señora, las tropas del Prior de San Juan están alzando el real y se trasladan al sur.

Todos en aquella sala demostraron con voces su sorpresa ante la noticia.

—¿Cierto sois del tal movimiento?

—Vídelo con los mis ojos, señora. Mas aquesa no es la novedad. Las tropas muévense hacia Sevilla. Llegados son aquesta mañana unos mensajeros de aquella ciudad. Dícese que ha sufrido invasión de una flota extranjera, que ha subido por el Guadalquivir arrasando todo a diestro y siniestro. El Prior se retira con todos sus hombres.

—Convocad a los capitanes y envid mensajeros con la nueva allí donde sea menester— dijo María Pacheco. —Paresce que a la postre Dios sonríe a la nuestra causa.



Con la respuesta favorable del Cabildo en sus manos, Alonso Gutiérrez de Madrid atravesó nuevamente la Puerta del Arenal rumbo a la tienda del *tlacochcalcatl*. Como la vez anterior, iba escoltado por guerreros del ejército de la Serpiente Emplumada. E intranquilo: con un sólo movimiento, aquellos hombres podrían terminar sus días y sus sueños allí mismo, de un golpe. Y él no había superado tantas pruebas y tantos obstáculos a lo largo de sus seis décadas de vida para que, por una estupidez, lo acabaran de un flechazo o un mandoble. Además, si todo salía bien, había buenas expectativas para el futuro. Quizás pudiera obtener un puesto importante en la nueva configuración de poderes que parecía estar

decidiéndose allí, a orillas del Guadalquivir. Aunque debía jugar bien los naipes que tenía en la mano y guardar para ocasiones propicias los que ocultaba en la manga. Pues todo buen jugador sabía que las trampas eran las que podían inclinar hacia uno u otro lado una partida difícil. Y aquella lo era.

Las piras funerarias que había visto por la mañana se habían consumido: en su lugar sólo había unos tizones que hacían más fantasmagórico y sobrecogedor el aspecto que presentaba aquel frente de Sevilla. Se detuvo ante el *xacalli* de Tepehuahtzin y uno de los guardias, tras consultar en el interior de la tienda, le franqueó el paso. El mexica, que estudiaba lo que al español le parecieron pergaminos plegados, lo saludó con un gesto amable.

—Sentaos, mi señor embajador, si os place...— le dijo, indicándole el mismo cojín bajo que había ocupado durante su visita anterior. —Confío en que me traeréis buenas nuevas.

—Dadme la enhorabuena, mi señor Tepehuazin, porque así es. El Cabildo sevillano ha aceptado las vuestras condiciones.— El *tlacochcalcatl* asintió, complacido. —Agora sólo resta que vuestra merced me dicte las instrucciones que se deberán seguir en lo sucesivo.

—Mañana al amanecer entraremos en la ciudad y me dirigiré al vuestro castillo, mientras mis hombres se hacen con el control de puertas y murallas. Una vez que allí me asiente, daré mis órdenes. Aunque la primera, ya lo sabéis, es que los nobles de la ciudad acudan a mi presencia.

—Ya ha sido hablado, y así se hará.

—Bien está. Lo demás se irá viendo.— Un servidor entraba con tazas de *cacahuatl* y tubos de tabaco. —¿Gustáis un poco de *cacahuatl*?

—Ha un gusto particular, por mi fe, mas pláceme. Os lo agradezco. ¿Llámase «cacahuate», pues?

—*Cacahuatl*, señor embajador, *cacahuatl*. Hágase al hábito de la nuestra lengua vuestra merced, que hartos ha de oílla de agora en más. Y aproveche que aún habemos de aquesta bebida, que pronto se acabará y no habremos más della hasta que nuestros barcos tornen a Tenochtitlan.

Gutiérrez de Madrid bebió un sorbo. El mexica volvió a sus cartas plegadas.

—Decidme, Alonso Gutiérrez. ¿Todos aquestos territorios pertenecen al mismo señor?— Y señaló con el dedo, sobre una tosca carta del sur de la península Ibérica, la zona comprendida entre Sanlúcar de Barrameda, Cádiz y Sevilla. El español se inclinó y observó cuidadosamente el mapa. No estaba acostumbrado a leerlos —no era algo corriente para los hombres de su época— y, por ende, tardó algún tiempo en descifrarlo. Tepehuahtzin, mientras tanto, no le quitaba la vista de encima.

—Si aquesto es Sevilla, luego lo de aquí es Sanlúcar, y más allá, el puerto de Cádiz...— razonaba el hombre para sí. Al cabo de unos minutos se incorporó y devolvió la carta a su dueño. —La mayor parte dello, mi señor Tepehuazin, pertenece a los Medina-Sidonia. Ya conoceréis a las Duquesas, que son las que tienen el poder, a falta de los hombres de la casa.

—Y aquestos hombres, ¿do están?

—Idos son al norte, a Toledo, por combatir a los rebeldes de las Comunidades, que de un tiempo a esta parte hanse alzado contra la autoridad del nuestro rey.

—Algo tengo oído de ese asunto— repuso Tepehuahtzin. —¿Y el resto de las tierras?

—Pertenecen a varias casas nobles de menor rango. Todas ellas os serán presentadas.

—Bien... ¿Sabéis do se encuentran las guarniciones militares en ese territorio que os he mostrado?

—Dejadme decillo de aquesta manera, mi señor Tepehuazin. Las más fuertes halas muerto vuestra merced y el su ejército aquí en Sevilla. La otra compañía de soldados está en Cádiz.

—Pláceme, que aquesas muertas son también.

—¿Habéis...?— comenzó la pregunta Gutiérrez de Madrid, incrédulo.

—...arrasado Cádiz, embajador. Y todas las villas en el camino desde allí hasta aquí. Y, por si queréis contallo a vuestros amigos sevillanos, habemos otra flota dirigiéndose a ocupar las Canarias y presto tomaremos Córdoba y Granada, en donde, por lo que sé, poco esfuerzo hará falta para que eso ocurra.

El español estaba espantado. Aquello era un propósito de conquista más ambicioso de lo que había imaginado.

—Nada revelaré, que soy vuestro servidor. Mas sepa vuestra merced que aquestas que menta son plazas fuertes. Harto tiempo tomó a los reyes Isabel y Fernando el conquistar Granada.

—Lo sé, Alonso Gutiérrez, que los vuestros Mensajeros nos lo avisaron. Mas agora cuento yo con aliados dentro de la ciudad.— El español, perdido en su propia confusión, no entendía lo que aquel hombre quería decirle. Pero los escalofríos que le recorrían el cuerpo eran mala señal.

—Disculpad, mas no os comprendo, mi señor...

—No es menester, que yo me entiendo y eso basta. Agora decidme, señor embajador... ¿Saben los hombres del norte de nuestra presencia?

—Varios mensajeros fueron enviados, por alertalles.

—¿Cuántos son?

—He oído que los sevillanos son un millar. Mas si resciben apoyo hartos más serán, que dicen que de Navarra baja un ejército de unas treinta mil almas, y que ya cerca de Toledo había muchos cientos más.

—Y aquestos rebeldes de Toledo, ¿qué sabéis dellos?

—Estuve yo en Medina del Campo, una villa del norte, cuando estalló la revuelta el pasado año. Allí conocí al jefe de los comuneros toledanos, un Juan de Padilla que era personaje hidalgo y de ideas claras. Prestele dinero por un medallón de oro que empeñó, aunque el negocio no fue del su agrado. Mas creo yo que acuciado por la necesidad, viose obligado a ello. A aqueste Juan de Padilla degolláronlo tras la derrota de Villalar, que fue más de dos meses ha. Y agora, según supe, comanda la resistencia en Toledo la su mujer, una María Pacheco que es de casa noble de Granada, mas opónese al rey y al su poder.

—Y vos, Alonso Gutiérrez, ¿elegísteis el lado de los vencedores?

—Dello puede dar fe vuestra merced, que fiel he sido hasta agora a Carlos de Gante. Mas los castellanos no gustan de imperios, mi señor Tepehuazin, que ellos en todo tiempo han sido gente reacia a acatar yugos. Distinto ha sido en Sevilla o en otras villas de la Andalucía. Aquestas siempre fueron tierras de señoríos nobles. El dominio de los poderosos es visto por cosa natural y está fuera de discusión.

Tepehuahtzin repasaba una vez más la carta que tenía en sus manos.

—¿Sabéis acaso do están los barcos de las vuestas flotas?— preguntó.

—No, tal cosa no sé yo. Muchos dellos ha apresado o quemado la vuestra armada aquí mesmo. Si, como decís, arrasado es el puerto de Cádiz, y si, como supongo, también son destruidos los barcos de Sanlúcar, pocas naves quedarán en esta región, como no sean las galeras mercantes que vienen de Génova o las carabelas y naos que llegan de las islas o de Portugal.

—¿Y en el mar interior?

—¿El Mediterráneo? Tierra de nadie, mi señor. No os aconsejo entrar allí con vuestras naves. Habréis de hacer frente a los piratas berberiscos del Barbarroja, y a las galeras turcas, venecianas, genovesas, florentinas y pisanas, y a los barcos catalanes, mallorquines y valencianos, y a todos los cántabros y castellanos que por allí andan y campean a sus anchas. Os destrozarán.

—*Niquittaznequi nicmahuizoznequi...*⁵⁶— exclamó el mexica con un ademán irónico. Luego plegó su carta. —Habeisme hecho un grande servicio, señor embajador, y podéis ser cierto de que os será recompensado. Partid agora y llevad mis indicaciones al vuestro consejo, que desde mañana habremos hartos que hacer.

El español se levantó pesadamente y, con una reverencia respetuosa, salió de la tienda. Fuera atardecía. Tepehuahtzin salió también del *xacalli* y vio marchar al embajador sevillano hacia las murallas. Le había revelado muchas cosas, en verdad. Quizás demasiadas. Pero sabía que aquel individuo actuaría siempre en beneficio propio. No contaría nada a sus conciudadanos,

⁵⁶ En náhuatl, «Eso quiero verlo...».

y se guardaría mucho de intentar engañar a los que serían, en poco tiempo, sus gobernantes. Y si algo se le escapaba, tanto daba: no le había dicho nada que no deseara que se supiese.

En su camino al Alcázar, Gutiérrez de Madrid se preguntó qué le depararía el día venidero. Confiaba en su propia habilidad y, de alguna manera, en la de Tepehuahtzin. Aunque no era poco el temor que le inspiraba aquel hombre certero y frío.



El piloto de la *Santa Maria das Neves*, Alfonso Gonçalves, «nacido em Lisboa e vecino de Arrecife, em Lanzarote, comerciante e marino» estaba tirado, casi convertido en una piltrafa, contra el muro interno de la Mancebía sevillana, abandonada desde que habían llegado aquellos conquistadores de fuera. La Mancebía se extendía paralela a la muralla principal, entre las puertas de Triana y del Arenal, y tenía un paredón interior que la aislaba del resto de la población, convirtiéndola casi en un barrio cerrado, una especie de «aljama» que mantenía separadas a las prostitutas de toda la demás gente. Allí, contra aquel mismo muro, se había desplomado el portugués hacía dos días, y aún no se había levantado. Su dignidad, su moral, sus ganas de vivir, su vergüenza y su honor habían desaparecido bajo los efectos del alcohol. «*Eu disse-o, eu disse-o...*» había repetido insistentemente durante todo ese tiempo, hasta convertir aquella frase en una especie de letanía monótona, apagada a veces por los hipidos y sollozos e interrumpida otras por las náuseas. «*Eu dei o aviso a esse capitão de Cádiz... Eu disse: 'Vem uma armada, senhor capitão', assim disse*». El hombre alzaba la mano y señalaba a su alrededor, como si se estuviera dirigiendo a una audiencia imaginaria.

«Agora todos eles estão mortos, vêde-lo? Todos...». Acto seguido se mesaba los cabellos y volvía a lamentarse. *«E nós também morreremos, nós também... Hoje, amanhã, não sé quando, mas estaremos todos mortos a mãos destes filhos da puta...».*

Ya había caído la noche, aunque dentro de Gonçalves no había luz desde hacía un par de días. El hombre vomitó por enésima vez y se puso a recordar sus días en Arrecife, mientras murmuraba el final de una endecha que había oído allá en las Canarias, y que sonaba a epitafio: «¿Do está tu escudo? ¿Do está tu lanza? / Todo lo acaba la malandanza».



Las tropas del Prior de San Juan y sus aliados avanzaban hacia el sur, deshaciendo el camino que los mensajeros sevillanos habían recorrido para ir a su encuentro. Eran unos tres mil hombres, pero el Prior contaba con reclutar más a su paso. La noticia —divulgada a la ida por los de Sevilla en cada recodo del camino— había abatido muchos ánimos, pero al mismo tiempo había enardecido algunos otros. Y aquello convenía al líder castellano: desde la indignación y el enojo cualquier hombre entregaría mejor su vida y se lanzaría a combatir a un enemigo desconocido sin siquiera dudarlo.

Su destino inicial era Córdoba, en donde concentraría la mayor cantidad de hombres posibles para luego dirigirse a Sevilla. Mientras tanto, los emisarios de esa última ciudad continuarían su camino hacia Madrid y Segovia, con órdenes expresas del Prior, que también iba despachando sus propios enviados conforme se aproximaban a Andalucía.

Para entonces, Gonzalo de Iriarte y sus hombres atravesaban los campos andaluces de sur a norte. Habían conseguido monturas para muchos de ellos en varios puntos de su trayecto: en la dispersa población de Paterna de Rivera, en la bellísima ciudad de Arcos de la Frontera, en Bornos, en Villamartín... Cruzarían luego por El Coronil y Utrera, en donde recabarían información precisa del paso del ejército invasor por la vecina Villafranca. Su camino los llevaría por el Arahal, Marchena y Écija antes de ir a dar con sus huesos en Córdoba. Para su contento, muchos hombres se les habían unido, como los soldados licenciados de las guerras de Italia que encontraron en Arcos. Y dieron con docenas de matasietes desocupados con deseos de entretener sus horas en algo más emocionante que farruquear en las plazas y revolver dados en las tascas.

De tal manera —improvisada, valerosa y desquiciada— aquella hueste crecía día a día. Iriarte aún no sabía, a ciencia cierta, qué es lo que harían una vez llegados a su destino. Todavía les faltaba un trecho, y cuando se lo preguntaban respondía que ya se vería.



Mañana del 10 de julio. El ejército de la Serpiente Emplumada al completo rodeaba la ciudad y entraba por las puertas hasta entonces cerradas. Al menos, aquellas que aún resistían de pie. Densas formaciones de guerreros aliados se apostaban en las torres y los muros, al tiempo que Tepehuahtzin, acompañado por Machimaleh y el resto de sus generales, cruzaba el arco de la Puerta del Arenal en lenta procesión. Del otro lado lo esperaban Gutiérrez de Madrid y un puñado de cabildantes. Las tropas extranjeras marchaban fuertemente armadas, exhibiendo sus estandartes y ataviadas con sus mejores

galas. Al ritmo de los atabales y en su propia lengua, cada una de las distintas secciones entonaba cánticos de victoria, y por las callejas se perdía el eco de los bramidos que emitían flautas, caracolas y trompetas.

La población, atemorizada y absorta a un tiempo, se asomaba a espiar a los invasores. Tepehuahtzin subió por la Calle de la Mar, giró por la de los Placentinos hasta el antiguo Corral de los Olmos, a la sombra de la torre de la Catedral —el alminar de la antigua mezquita— y, mientras sus hombres ocupaban la plaza abierta ante la fachada del templo y sus gradas, se dirigió al Alcázar. A la entrada lo esperaban el Capitán General, sus subordinados y algunos nobles. Gutiérrez de Madrid indicó al *tlacochcalcatl* quién de entre todos ellos era Enríquez de Ribera.

—Os saludo, mi señor capitán— dijo el mexica. El sevillano, desgastado por tantos días de lucha sin descanso y por la humillación de haber sido vencido y enfrentarse a un futuro incierto, hizo, a pesar de todo, acopio de dignidad.

—Os saludo, señor— respondió, inclinando levemente la cabeza. —Vuestra es la villa y sus gentes. Quiera Dios que gobernéis a aquellos que habéis conquistado mejor que lo que nosotros los supimos defender.

—Brava defensa ha sido, os lo aseguro, que habéis hecho todo lo que en vuestras manos estaba y merecéis agora todo mi respeto— declaró Tepehuahtzin. —Acompañadnos, hacedme placer, que con vuestra merced quisiera hablar unas palabras.

Enríquez asintió. El *tlacochcalcatl* se volvió entonces hacia sus tropas y les habló en castellano. Quería que los sevillanos conocieran las órdenes que iba a repetir a sus hombres, entre quienes ya habían sido proclamadas el día anterior.

—Ocupad las casas en paz. No quiero saqueos, ni robos, ni abusos contra persona alguna. Descansad si podéis y comed lo que hubiésedes. Mañana, los hombres ya señalados para ello se pondrán a trabajar.

Sus instrucciones fueron traducidas por los que conocían la lengua de Castilla y recibidas con una gritería alborozada. Inmediatamente después, los diferentes cuerpos del ejército comenzaron a desfilas, guiados por sus *tlacateccah*. Tepehuahtzin entró a continuación al Alcázar, lado a lado con Enríquez de Ribera.

—Como veis, mi señor capitán, no deseo la destrucción de vuestra ciudad ni la de vuestras gentes. Queremos hacer de aquesta la nuestra capital, villa insigne y próspera.

—Por la fuerza de las armas no se consiguen esos nobles fines que mentáis, señor mío— manifestó amargamente el sevillano.

—Las armas no hubieran sido menester si hubiésedes oído la nuestra advertencia. Mas ya que elegisteis luchar con honor, sabed agora rendíos con sumisión y paciencia, que más llano será todo si nos ahorramos problemas.— El mexica contempló y alabó la belleza del edificio que, de allí en más, sería su palacio y la sede de su gobierno. Sus acompañantes tampoco podían despegar los ojos de los muros ornados, de las arcadas labradas, de los pisos. Sin duda, era aquél un lugar digno de reyes.

Dio órdenes en náhuatl a los suyos, instándoles a que reconocieran todo el edificio y a que acondicionaran los espacios necesarios, tanto para sus habitaciones y las de sus principales como para el gobierno. Enríquez lo condujo a la Sala de la Media Naranja, y Tepehuahtzin, maravillado, supo que desde aquel rincón regiría los destinos de la ciudad y de los territorios que en adelante conquistara.

—Sentémonos y hablemos, mi señor capitán— dijo. El interpelado ocupó un asiento. Los nobles y cabildantes sevillanos y los generales de la serpiente con plumas hicieron lo propio. —Mañana principiaremos a reparar los caños de agua, por que toda la ciudad tenga de beber, y el puente sobre el río, por no estar aislados. Murallas y puertas tomarán más tiempo, mas confío en que ninguno de vuestros vecinos de fuera de los muros sea tan necio como para osar atacarnos. No sería bueno para nadie.

—Por mí puedo hablar, mi señor, y por nadie más. No sé lo que nuestros vecinos piensen hacer. Como habréis podido comprobar por vos mismo, solos hemos estado ante vuestro ataque.

—Hombre sensato y amigo de la verdad me parecéis, señor capitán, y aqueso es cosa que aprecio en una persona. Cordura, sensatez y buen tino es de lo que habemos menester agora.— Tepehuahtzin reflexionó un instante. Luego se dirigió a Gutiérrez de Madrid. —Señor embajador, convocad para mañana por la tarde a los nobles. Procuradme, además, un escribano.— El judío se levantó y muchos de los sevillanos presentes lo miraron con odio, entendiendo que se había convertido en siervo de los conquistadores. O en su aliado. Antes de que saliera, lo detuvo.

—Por cierto... ¿Conoscéis el nombre del que disparó al nuestro enviado?

Fue Enríquez de Ribera el que respondió. Sabía que tal cosa ocurriría. Y, como había prometido, no se callaría aquella información.

—Buscadlo y traédmelo también— fue todo lo que dijo Tepehuahtzin a Gutiérrez. El «embajador» decidió no moverse de allí hasta que la reunión terminara. Por su parte, el mexica interrogó al Capitán General nuevamente.

—Decidme, señor capitán... ¿Noble sois?

—Provengo de familia noble, más no he dominios de los que hablar. El Marquesado está en manos de mi hermano mayor— contestó Enríquez. Tepehuahtzin pareció mostrar cierto alivio.

—Bien está. Habré menester de la vuestra colaboración durante aquestos primeros tiempos. Quiero que toda la pólvora y las armas de la ciudad se almacenen en aqueste castillo, y que todos los *cahuayomeh*...— el mexica titubeó, buscando la palabra correcta —...los caballos y animales de montar también sean traídos aquí.

—Dudo que aquesa orden pueda ser cumplida— observó Enríquez, con cierta agresividad que no pasó desapercibida al *tlacohtcalatl*.

—Puedo hacella cumplir por la fuerza, mi señor capitán. Vos elegís. Disponed las cosas para que mañana, a lo largo del día, todo lo mentado empiece a llegar a aquesta fortaleza.— Enríquez de Ribera se mordió la lengua y consintió en silencio. —Una otra cosa importante son los bastimentos. ¿Habéis almacenes de reserva para la vuestra gente?

—Poco habemos— intervino Gutiérrez de Madrid, —que hemos sufrido grandes carestías en los últimos tiempos. Huertos y campos han sido arrasados por las vuestras tropas, y muchos almacenes han sido saqueados. Lo que quede estará en manos de los mercaderes.

—Disponed, señor capitán, que concentren todas las vituallas que los vuestros hubiesen menester en los sitios que vos consideréis oportuno. Sacrificad animales, si los habéis. En comiendo vuestra gente, comerá la mía, que en sus casas se alojarán. No deseo padecer hambrunas agora. Y escribid, mi señor embajador, una lista de las poblaciones cercanas a las cuales mercabais alimentos, para que mis hombres vayan por ellos.

—Ansí se hará— repuso el otro. Tepehuahtzin se alzó de su silla, dando por finalizada aquella entrevista. Aunque, antes de que los demás hicieran lo mismo, tuvo algunas palabras más para los sevillanos.

—Mañana por la noche, mi gente celebrará la victoria según los nuestros usos y costumbres, por honrar a nuestros dioses. Os aconsejo que ninguno de los vuestros esté presente. Y tened aquesto en mente, señores míos: cualquier descontento, cualquier rebelión, cualquier ataque será apagado con las armas. Evitad, si os place, que hayamos tal ocasión. Y, mi señor capitán— dijo secamente a Enríquez, —apilad los cadáveres de los vuestros muertos cerca de las murallas destruidas. Y quemadlos agora mesmo.



El bullicio de la entrada de las tropas de la Serpiente Emplumada había puesto en alerta al portugués Gonçalvez, que, sin alcohol que ayudara a abotargar su miedo o su instinto de supervivencia, corrió a lo largo del muro de la Mancebía hasta dar con el Postigo del Golpe, la puerta que la comunicaba con el resto de Sevilla. No había vigilancia allí, ni esperaba encontrarla tal y como estaban las cosas. Aquel lugar había sido abandonado. Supuso que las callejas de la ciudadela-burdel más cercanas a las murallas exteriores estarían destruidas, por lo que optó por buscar refugio en alguna de las casas que se mantenían en pie cerca del postigo.

Se metió en el primer portal que halló y subió unas estrechas escaleras que conducían a un cuarto mugriento y hediondo. Gracias a los haces de luz que se filtraban apenas por los rajados postigos de la única y diminuta

ventana, el marino atisbó un camastro revuelto, una mesa, un par de banquetas, dos o tres jofainas, una trébede, calderos y poco más. Tardó poco en distinguir, entre el bullicio que provenía del exterior —aquellos condenados extranjeros soplaban y golpeaban todo lo que tenían a mano para celebrar su victoria— un gemido apagado que salía de un rincón, mezcla de suspiro y lamento. Una mujer joven, desgredada y hecha un ovillo, se acurrucaba en una esquina. Desde detrás de los mechones negros que le ocultaban el rostro, dos ojos enormes lo contemplaban, intentando averiguar si era amigo o enemigo.

—Non temáis, *mulher*, que soy de los vuestros.

La muchacha —pues no más de veinte años tenía— se apartó un poco el pelo de la cara para verlo mejor en la penumbra. El portugués creyó apreciar que sus manos y sus labios temblaban. Pero quizás lo imaginara.

—Ya son entrados, ¿verdad?— El hombre asintió, desolado, y miró a su alrededor, intentando controlar una situación personal que se le había escapado de las manos hacía días. —¿Soldado sois?— preguntó la joven.

—No, non lo soy, e muy a mi pesar...— aclaró el otro, sin siquiera voltearse. La expresión de su rostro era de profundo desprecio hacia sí mismo. Comenzaba a darse cuenta de lo que había hecho o, peor aún, de lo que había dejado de hacer. Contempló aquel cuarto: los rayos de sol que entraban delataban el polvillo fino que flotaba en el ambiente. Como en un *déjà vu*, aquello lo llevó a un momento del pasado, un instante que retornaba de forma insistente a su cabeza: el cuarto del capitán de Cádiz, hacía pocos días. «*Meu Deus...*», pensó. Sólo unos días, y parecía que habían pasado años. ¿Cómo se había llegado a esa situación? ¿Cómo había llegado *él* a estar como estaba?

—¿Qué van a hacernos?— La voz de la muchacha lo trajo de vuelta a la realidad. Esta vez Gonçalves se volvió a mirarla. —Aquesos de fuera, ¿qué van a hacernos?

—Non lo sé, *mas melhor será para todos* que non nos truben *na rua*.

—Sois portugués...

—Alfonso Gonçalves, comerciante e marino de Arrecife, em Lanzarote, nas Canarias.

—¿Lanzarote?— La joven rompió a reír, una risa nerviosa que más se parecía a una serie de convulsiones que a una carcajada. —Mi abuela era de Gran Canaria. Una esclava canaria.— Dejó de reír y se retiró todo el cabello de la cara. —Yo me llamo Lucía.

—Permitidme estar aquí, Lucía, hasta averiguar que pretenden esos de fuera. Creedme: nada malo debéis temer de mí.

—¿Temer?— La muchacha rió otra vez esa risa suya, descontrolada y rota. —¿Es que no catáis quién soy y cómo vivo, mi señor Alfonso? ¿Creéis que puedo temer a un hombre, después de los cientos que me han...?

La muchacha dejó la frase colgando de sus labios y perdió la vista en algún punto de la nada que se abría ante ella. El portugués se le acercó.

—Mas teméis a los de fuera.

—Aquesos no son hombres...— La joven negaba con la cabeza, con vehemencia, la mirada aún en el vacío. —No... Son demonios. Bestias son... Bestias llegadas para castigarnos por los nuestros pecados, para llevarnos al infierno a pagar nuestras faltas. Y eso sí que lo temo.— Alzó los ojos hacia él. —Eso sí...

Alfonso Gonçalvez la observó detenidamente. Entre las sombras del cuarto, pese al destrozo que la vida había infligido en aquella joven, la encontró indescriptiblemente hermosa. E igual de deshecha que su risa. Quizás fueran esos ojos que lo miraban tan de cerca aunque estuviesen a leguas o a años de distancia. O tal vez esa risa, que aún pretendía serlo a pesar de todo. Descubrió entonces que no era el único que se sentía miserable en aquella ciudad: ante él yacía un jirón de oscuridad que un día había sido una mujer.

E intuyó —a pesar del mareo, las náuseas incontenibles y el dolor que le partía la cabeza— que de allí en más, el mundo que él había conocido y amado se transformaría en un lugar tan mísero como ellos dos.

Tendió la mano a Lucía y la ayudó a levantarse del rincón. Los cánticos de los guerreros de pieles cobrizas se colaban por las rendijas del ventanuco e inundaban, de forma inevitable, aquella pequeña cámara. «*Tawantinsuyup churikunanqa sinchinkutami rikuchisanku*»⁵⁷ coreaban las tropas de Wayrachaki.

⁵⁷ En quechua, «Los hijos del Tawantinsuyu están mostrando su valor (su fuerza)».

XIV

MAR CENTRAL, 1494

*Una misma tierra puédese apreciar con distintos
oxos de acuerdo al que la mire, o quando la mire, o como. E
fueron las costas del Iucatán un escenario de bellezas sin
par, quando antaño habían sido infierno verde, cenagal e
cuna de alimañas infectas. E tornose maravilla en un verbo,
e aquesas vistas borraron del ánimo e la memoria los
entuestos pasados, que lexanos parecían.*

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo IV.

—¡Válgame la maldición! ¡Mas si es el escribano Escobedo...!

—Pláceme veros otra vez, maese Balmaceda— repuso el segoviano, estrechándole la mano. —Parésceme que los de Kosom Lu'umil no os han tratado mal.

—Hanme tratado como hermanos, don Rodrigo, y aún muy mejor.

—Ya lo veo, ya... ¡Si lucís mesmamente como un itzá!

Los dos españoles se habían encontrado en el puerto de mar de Xicalanco, un emplazamiento un tanto alejado de la villa en cuyas cercanías

se habían instalado mercados, almacenes y casas de mercaderes. El andaluz acababa de desembarcar. Escobedo había estado atento a la llegada de su compatriota, la cual le fue anticipada por los mismos que le dieron la nueva de su supervivencia. Por su parte, Balmaceda ni siquiera esperaba aquel encuentro: hacía tiempo que había dado a sus compañeros de viaje por muertos en algún punto del mar o en alguna villa itzá. De hecho, había tenido noticias de sus conflictos cuando pasó por Kaan Peech y Chak'an Peten, por lo que supuso que, de persistir en ese tipo de acciones, no les aguardaba un final feliz.

—Y yo veo que habéis nuevos amigos— señaló el muchacho, apuntando al mono que, como era costumbre ya, viajaba sobre el hombro de su dueño. —Aunque también supe que buenos enemigos os habéis ganado. Mas decidme, por mi abuela... ¿qué diablos hacéis aquí? ¿Os habéis quedado en Xicalanco?— preguntó, un tanto inquieto.

—No, nada de eso. La nuestra historia es tan apasionante como de seguro lo será la vuestra. Yo de viaje estoy ahora, con unos mercaderes del pueblo mexica que andan en los sus tratos y granjerías. El resto de los hombres quedose en *Tenochtitlan*, la ciudad capital de aquesta gente.

—Oído tengo hablar de los tales mexicas. Mercenarios y fieros guerreros me han dicho que son. Mas do está su capital no lo sé.

—Muy al norte de aquí. Luengos meses habemos viajado por arribar a aquesta villa y mercar algunos bienes, y ya pretendíamos volvernos cuando unos tratantes itzáes nos hablaron de vuestra barca. Entonces me decidí a esperarlos.

—¿Os habéis vuelto mercader, pues?

—En tales pasos ando, que quien ha oficio ha beneficio. ¿Y vos?

—En los mismos que vuesa merced, que con un poco de fortuna y otro de tesón podré ganarme una vida decente hasta el fin de mis días. Holgada ocupación es la del comercio, y libre de pesadumbres, ¿verdad? Y contadme, ¿qué ha sido de los vuestros compañeros?

—Allá en Tenochtitlan quedaron, como os digo, armando barcos y armas para el señor de aquella villa. Empero, de los que conocisteis sólo quedamos una veintena, que duros trances y tragos amargos hemos pasado.

—¡Madre de mi alma!— exclamó Balmaceda. —¿Sólo veinte?— El muchacho estuvo un rato en silencio, antes de retomar la conversación. — Pues os tengo nuevas, don Rodrigo, que estimaréis grandísimamente vos y los vuestros.

Balmaceda buscó un lugar en donde sentarse, dejando a sus pies su alforja de cuero y sus armas, sus inseparables compañeras.

—Os escucho— lo instó Escobedo a continuar.

—Poco antes de partir de Kosom Lu'umil— refirió el andaluz, revolviendo su bolso y sacando una lonja de pescado seco, que empezó a mordisquear mientras hablaba —sufrimos ferocísima tormenta, que a un pelo estuve de quedarme sin casa y sin barca. Una de ésas que los de Haití llamaban *huracán*. Varios días duró, y arrojó a las playas de nuestra isla dos *canoas* taínas. De Cuba. Ya sabréis que allí, por mor de las corrientes, fácil es que arriben barcas cubanas, que no es la primera vez que ocurre. Aquestos hombres, en viéndome, hubieron grande asombro y espanto.— Balmaceda escupió un par de gruesas espinas y miró el mar. —Resultó que aquesos taínos habían visto pasar los nuestros balandros, tiempo ha, y sabían de nos porque asaltámosles sus *bohíos* una tarde. Y refirieron que después de

nuestro saqueo, ha varias lunas ya, encallaron en sus costas dos barcos enormes, por culpa de una otra tormenta. Dijeron que los hombres que dellos bajaron son blancos como nosotros, y van vestidos y armados de igual guisa.— Escobedo tenía los ojos como platos. Su tocayo volvió a escupir espinas y guardó el trozo de cecina de pescado.

—¿«Son», decís?— recalcó el escribano. —¿«Van»?

—Ajá... Aqueso es lo mejor del cuento: los desventurados aún se están allí, viviendo en un fuerte como el que nosotros construimos en la Hispaniola. Dijéronme que muchos están enfermos, y que gran mortandad han traído a las aldeas. Los taínos huyen de ellos como de la peste, que es con certeza lo que los tales fulanos llevan encima.

—¿Será el Almirante, que es tornado?— aventuró el segoviano, con la voz entrecortada.

—Lo mesmo pregunteme yo, don Rodrigo. Mas no lo sé, que poco más pude sacar a los taínos. Y decidido como era a iniciar mi jornada, di aquellos desdichados al olvido, que tampoco había interés en encontrar castellanos en el mi camino— y aquí Balmaceda sonrió a Escobedo, disculpándose por lo bajo con un «no os ofendáis». —Ansí que híceme a la mar con rumbo norte y buen viento, y no me preocupó en qué había de parar la tal historia. Habrán durado en Cuba aquesos infortunados menos que lienzo de narices.

—¿Cuánto ha de aquesto que me contáis?

—Bien ha dos lunas, o poco más.

—Con armas puede que aquellos hombres sobrevivan, aunque si enfermos son y los taínos se les oponen no lograrán durar mucho tiempo... ni salir de allí. Menester sería ir a por ellos.

—Hay dos lunas de viaje desde aquí hasta Kosom Lu'umil, y eso con viento a favor...— calculaba Balmaceda con los ojos entrecerrados —...y desde la isla hasta el norte de Cuba puede haber... ¿una luna más? Quizás dos.— Luego, clavándoselos de nuevo al escribano, concluyó: —Con mucha fortuna podría vuesa merced tardar medio año largo en ir y ser de vuelta aquí, que no conozco yo otra ruta que no sea bordeando la tierra firme. Si vuesa merced hubiese nao o carabela, más rápido iría, mas con las barcas de aquestas tierras tardará lo que le digo, si no más.

—Desde aquí a Cempoala, con viento a favor, tendría un mes más... Y para la ruta deberé fiarme de la memoria mía y de unas cartas de marear que he mercado aquí en Xicalanco, que no he traído mis diarios conmigo— reflexionó Escobedo en voz alta. Y se quedó pensando un rato, mientras el andaluz hurgaba otra vez en su bolso para hacerse con un puñado de hojas de tabaco con las que armar un *cohiba*. —Decidme, maese Balmaceda: ¿por ventura iríais conmigo?

—Ningún motivo hallo para ir allá, mi señor Escobedo, que muy bien estoy do estoy agora. Del mal, el menos...— declaró Rodrigo, echando a andar hacia un puesto cercano donde una mujer asaba mazorcas de maíz. En las brasas encendió su tabaco y, con un gesto, agradeció el servicio. Enseguida volvió al lado del escribano, expulsando volutas que, a tenor de su expresión, lo llenaban de placer. —A más, de hallar a los tales castellanos— continuó el hombre su razonamiento —que a mí, todo sea dicho, no se me dan un cuatrín, poco podríamos hacer por ellos. No pensará vuesa merced en meter

medio centenar de grumetes en esa barquichuela mía. Ir allá para eso sería como coger agua en un cesto.

—Sólo quiero saber si me ayudaríais en esa jornada.

—No, señor Escobedo, partíos do quisiéredes con la mi bendición, que os deseo todo bien, mas no contéis conmigo. Tanto mejor me hallara en cueros en una porqueriza que yendo a rescatar cristianos. Y de corazón os digo que espero no tener que decir de vos aquello de «ojos que lo vieron ir nunca lo vieron volver».

—Mas pensad que, si se trata del Almirante don Cristóbal, sería importante para nosotros el encontrarlo.

—Lo será para vos, amigo mío, que no para mí. Ahórreme razones, que no tengo intención ninguna de volver a Castilla, y, si he de ser honesto con vos, no me placería nada el ver más castellanos por aquestas tierras.

—De eso se trata, maese Balmaceda. *De eso se trata...*— insistió Escobedo. El andaluz se lo quedó mirando, intrigado.

—Hay cosas que aún no me habéis dicho, ¿verdad?— adivinó. El segoviano así lo dio a entender con una sonrisa indefinida. Balmaceda permaneció un rato en silencio, rumiando sus pensamientos. Dio una larga pitada a su *cohiba* y, observando aquel atadillo de hojas secas al tiempo que soltaba humo por boca y nariz, sentenció:

—Un viaje a Cuba no estaría mal, si lo pienso bien. Han allí los más suaves *cohibas* que he gustado, por mi fe. Y en el transcurso podríais enseñarme a leer y a escribir.— Escobedo, tomado por sorpresa, consintió en el trato. —Mas después de dejaros en Zempala, o como se llame ese sitio que mentáis, el negocio es todo vuestro. *Todo vuestro*— remarcó Balmaceda,

apuntándole con el tabaco medio consumido.

—Bueno... Todo sea por hacer bien sin catar a quién— replicó el escribano, burlándose del abrupto cambio de opinión de su antiguo compañero.

—No me jodáis...— resopló el otro. —Agora espero que compartáis conmigo el vuestro alojamiento, que a ninguno conozco aquí. Y por el camino me aclararéis todo eso que todavía no me habéis contado.— Alzó su alforja y sus armas del suelo y se dispuso a seguirlo. —Por cierto, ¿habeisle puesto nombre al mico?

—Diego— indicó el segoviano, simulando indiferencia. —Es en honor a vuestro amigo, maese Arana. Aunque sé que con ello ofendo al infeliz mono.

—Dello no hay dudas, que el nombre sigue al hombre— logró articular Balmaceda entre dos carcajadas.



—Aqueste es mi amigo Cuitlachnehnemini, un *pochtecatl*, que es como decir mercader en náhuatl. Tenedlo en grande estima, que es noble persona en Tenochtitlan y de los mejores hombres con que me he topado— le aconsejó Escobedo a su tocayo, presentándole al mexica. —*Ca notech icniuh inin tlatatl. Rodrigo Balmaceda itoca*⁵⁸— dijo luego al comerciante, explicándole que era uno de sus antiguos compañeros de viaje que había

⁵⁸ En náhuatl, «Este hombre es mi amigo. Se llama Rodrigo Balmaceda».

decidido quedarse en una isla de los itzáes, muy al oriente, en circunstancias que era mejor no recordar. Ambos se saludaron con cortesía, aunque para Cuitlachnehnemini el aspecto del hispano resultaba bastante insólito.

—Vaya nombre difícil el del vuestro amigo, don Rodrigo— comentó el andaluz. —Decidme: ¿significa algo en esa lengua náhuatl que parecéis hablar tan bien?

El escribano rió.

—Pues sí... Convencido estaba yo de que tenía algo que ver con el maíz, mas no sé yo de dónde saqué idea tan peregrina, como no sea de algún malentendido. Su nombre quiere decir algo así como «el viajero bravío».

El muchacho silbó su asombro.

—Si hace gala al nombre que lleva lo tendré en tan grande estima como vos mandáis, tenédmelo por cierto.

Los dos españoles pasaron toda aquella tarde charlando sobre sus respectivas vidas, obras y aventuras. El escribano puso al tanto a Balmaceda de los planes castellanos en Tenochtitlan: algunos querían quedarse allí en paz y comenzar una nueva vida, y otros, hacerse de una buena posición para poder, en algún momento, cruzar una vez más el océano como embajadores, mercaderes o navegantes. La llegada de más expediciones europeas a aquellas costas frustraría, en cierta medida, cualquiera de esos planes. Escobedo no ocultó el enredo de sus sentimientos: en una tierra cada vez menos desconocida donde, a pesar de la nostalgia, eran bien tratados y podrían obtener una buena posición, nadie quería ver amenazadas esas expectativas. Y si bien eran varios los que, de tener la oportunidad, volverían a España si llegasen barcos desde allí, convenía analizar primero la situación para ver cuánto de favorable o de adverso podía reportarles.

Estudiaron a continuación la manera de dirigirse a Cuba para tratar de hallar a aquellos «hombres blancos» que supuestamente habían desembarcado en la isla. Cuitlachnehnemini quería ponerse al cabo de lo que hablaban, por lo que Escobedo debía detenerse de tanto en tanto para traducir a su amigo lo dicho. El *pochtecatl* opinaba que aquel viaje, de materializarse, sería una locura. En realidad estaba muy preocupado. Y alarmado. La pregunta que había hecho al segoviano durante su viaje parecía tener ya una respuesta. Por lo que había llegado a entender, estaban viniendo más hombres desde Castilla. Más hombres con barcos, con armas... Y con enfermedades. No creía que fuera una buena idea el ir a «rescatarlos». Su sentido común le indicaba que aquello equivalía a ir a buscar problemas para traerlos a la casa propia.

Sin embargo, siendo persona prudente como era, prefirió guardar sus juicios para sí y continuar escuchando lo que los españoles discutían. Quizás tuvieran razones de peso para considerar aquella arriesgada opción tan cuidadosamente como lo estaban haciendo.

Al atardecer, los dos hispanos habían arreglado un plan, tras evaluar sus posibilidades, los recursos de que disponían, la ruta más factible y cómo actuar en caso de dificultades o contratiempos. Balmaceda era capaz de dibujar sobre el piso de tierra el mapa completo de la península de Yucatán y señalar sobre él sus corrientes, sus vientos y sus ciudades costeras más importantes. Tal alarde de memoria y de conocimientos geográficos impresionó sobremanera a su compatriota, que se dio cuenta del uso que podría hacer aquel muchacho de un don tan valioso como la escritura. Hicieron partícipe de todo a Cuitlachnehnemini que, para sorpresa de ambos, acabó de tomar la decisión de acompañarlos. El mexica alegó que no podía dejar solo a Escobedo, el cual estaba bajo la protección de su *hueyi*

tlahtoani: hubiese sido imperdonable abandonarlo y no poder asistirlo si algo le sucedía. Tampoco podía quedarse allí esperándolos. Además, y aunque no expresó tal idea, no descartaba poder colaborar también dando su parecer — y hasta oponiendo cierta resistencia— en caso de que los acontecimientos se tornasen contrarios a los intereses de Tenochtitlan. Los cuales, a fin de cuentas, eran los suyos propios.

Por otro lado, y ya en el campo de los negocios, recorrer otros horizontes no le vendría nada mal.

Los castellanos, al principio reacios a llevarlo con ellos, terminaron accediendo a su reclamo tras comprobar que el empeño y la insistencia del mexica podían ser realmente tenaces.

—Perdonadme, don Rodrigo, mas el vuestro amigo no parece hombre de aventuras ni andariego, que más bien ricohombre o hijodalgo aparenta ser— opinó Balmaceda en un aparte.

—Desengañaos, amigo mío, que aqueste hombre es bravo y ha visto hartos mundos. Pues según me ha contado, se inició en su oficio como viajero y espía, como comienzan todos ellos, caminando y enfrentando avatares sin cuento. Y si ahora empéñase en venir con nos, es porque de seguro que algo se traerá entre manos— reveló el escribano.

Resolvieron partir a la mañana siguiente, a pesar de las advertencias de Cuitlachnehnemini, que señaló que aquél sería un día desfavorable para zarpar: *yei cuauhtli*, «3-águila», estaba bajo los designios de Quetzalcoatl-Ehecatl, señor de los vientos. No era un signo propicio. Aunque realizando un pequeño sacrificio al dios en *chicome quiahuitl* o «7-lluvia», quizás la deidad mostrara clemencia. Tal fecha llegaría cuatro días después, y él se ocuparía de recordarla.

—Ya había decidido yo que Xicalanco sería la última estación de mi recorrido, antes de regresar a Kosom Lu'umil— suspiró Balmaceda tras tomar aquella resolución. —Los de Chak'an Peten me habían referido que en pasando adelante de aquesta villa se habla una otra lengua que en nada se parece al itzá. Y agora ya veo que llevaban razón.

—Sí, amigo mío, que los mexicas hablan náhuatl, y en todos sus dominios y en las tierras que les son vecinas pudierais haceros entender si lo usarais. A propósito, ¿sabéis qué día es mañana?

El mozo tomó su bolso de cuero y comenzó a contar los pequeños cortes de cuchillo con los que marcaba cada jornada. Escobedo lo miraba sin reservas.

—Ahórrese fatigas, maese Balmaceda. Doce de octubre— interrumpió la cuenta. —Dos años ha ya que llegamos a aquestas tierras.

—¡Mi Dios, y cómo se nos es pasado el tiempo!

—Podréis contar mejor ese tiempo cuando os enseñe los números. Ansí no habréis menester de perforar tan malamente la vuestra alforja, que parece ese cuero mesmamente una criba.

—Mas no olvidéis que quiero también aprender a escribir y a leer lo escrito, que hartas cosas he de relatar sobre todo lo que tengo visto en Kosom Lu'umil y en mi viaje.

—A fe que parecéis haber vivido aventuras sin nombre.

—No tanto, mas creedme que vide y supe maravillas en viniendo hacia aquí. Sorpréndeme que vosotros no las hayáis encontrado, ya que hemos andado igual camino. De hecho, he venido siguiendo las huellas que en su día dejasteis en toda la costa itzá, que no fueron otra cosa que

blasfemias y maldiciones contra todos vosotros. Hartos problemas causome el haber la vuestra misma piel.

—Dios me libre, y qué buena fama nos ha hecho ganar el señor Arana... ¡A saber en qué negocios andará metido agora, voto a tal!

—Si decís que lo dejasteis construyendo barcos y armas, para cuando tornéis a vuestra villa os toparéis con ejército completo y pertrechado como para tomar cien Granadas, y con flota que ni la de los genoveses igualara.

—Dejaos de chanzas, que muy capaz es el fulano de llevar a cabo tamaña proeza. ¿Y qué cosas han sido esas que habéis visto, que ameritan aprender a escribir?

—No lo ameritan tales cosas, sino el que podré anotar todo lo vivido y dejar que mi memoria lo olvide sin que por ello perezca, don Rodrigo. Para vos, natural es escribir vuestras historias y pensamientos, mas para mí es grande milagro y arma más poderosa que la espada, que aquella guarda para el futuro y aquesta troncha y muele sin dejar nada.

—Por vida mía que juiciosas palabras son esas, para venir de alguien tan joven.

—No debieran medirse las personas por los años que hayan, sino por lo que en esos años tengan vivido. Os aseguro que el rasero es bien diferente, y que más de un hijodalgo no sería sino un niño de pecho a la par de algunos zagaletes que conocí en el mi pueblo. Mas, si deseades saber lo que vide y supe, imaginad ciudades enteras de piedra en medio del bosque más tupido que pudieseis soñar, o puertos con cientos de barcas que flotan en un mar de turquesas, o mercados llenos de gentes y de productos de todas colores...

—Algo dello vide yo, sí, mas no fue con los vuestros ojos, que los míos, cuando vieron todas aquesas cosas, ocupados estaban en otros menesteres y no supieron apreciar las bellezas que mentáis.

—Pues poned atención, agora que habréis la oportunidad de repetir el trayecto, y veréis que aquestas tierras son un verdadero paraíso en la tierra, como que me llamo Rodrigo Balmaceda.

Al alba del día siguiente el trío se acomodó en la barca del andaluz, mientras la caravana de *pochtecah* mexicas, cargada de mercancías y esclavos, volvía sobre sus pasos enfilando hacia el norte, hacia la ciudad del lago. Los mercaderes llevaban una nota en castellano para el español Luis de Torres y unas palabras en náhuatl para Ayahuitl. Los tres hombres se hicieron a la mar y emprendieron su ruta hacia el este provistos con vituallas suficientes, algunas armas y buena cantidad de cacao, piedras verdes, tabaco, papel y tinta. Y un mono *ozomahtli* bautizado «Diego», al cual navegar no le hacía maldita gracia.



—Mi estimado señor Escobedo... ¿Seríais tan amable de decille al vuestro condenado mico que deje ya de colgarse de las velas?— prorrumpió Balmaceda, conteniendo a duras penas sus deseos de patear al mono y «enviarlo a jinetear olas», como él mismo se ocupó de aclarar. El escribano apartó su «Cuaderno» a un lado y silbó a su *ozomahtli* para que descendiera del palo. Llevaban ya dos semanas de navegación ligera. Gracias a los vientos propicios, habían llegado muy pronto a Chak'an Peten, donde fueron recibidos con no poca sorpresa y cierta desconfianza, provocada sobre todo

por Escobedo. Allí habían realizado, a petición del *pochtecatl*, un sencillo ritual de ofrenda a Quetzalcoatl-Ehecatl, buscando su protección y la colaboración de los buenos aires que hincharan los trapos, esos aires que el dios gobernaba. El mexica no perdió la ocasión de pasear por uno de los mercados de la gran ciudad y estudiar a conciencia las posibilidades de intercambio con aquella región. De nuevo embarcados, aún les tomaría otros quince días aproximarse a Kaan Peech, lugar del que Escobedo conservaba tristes imágenes.

—No bajaremos a tierra en aquese lugar— sentenció el andaluz, siempre al timón, la víspera de alcanzar aquel punto del recorrido. La frase fue dicha en un tono que no permitía discusión. No obstante, el escribano insistió en averiguar el por qué.

—Cuando pasé por aquí, ignorante de las vuestas hazañas, toqué tierra por conocer un poco y ver los mercados, como aquí hace el vuestro amigo. Mas fui apresado al punto e interrogado por los guardias del *batab*, que querían saber si os conocía.— Rodrigo hizo una mueca de desagrado. —Yo alegué y alegué, mas ellos me mostraron los tres trofeos que les dejasteis en vuestra escapada, y me refirieron la historia completa, en buen itzá. «Ladrones», «mentirosos», «bastardos», «asesinos» y otros palabrejas de tan fino jaez fue lo menos que dijeron de todos vosotros, maese Escobedo. Y los trofeos de los que os hablo están en la entrada del puerto: tres cabezas empaladas, que aún conservan las sus pobladas barbas.

—Santos del cielo...— murmuró el segoviano.

—Sí, eso fue lo mismo que yo dije, aunque después de oír la historia que me contaron, pensé para mí que os merecíaís estar todos allí, con perdón de vuasé.— Balmaceda dio un golpe de timón y oteó el horizonte. —Los

itzáes se hicieron también con las armas de aquellos desgraciados, que os olvidasteis en Kaan Peech un buen arcabuz y un par de ballestas, amén de sendas espadas y dagas y un par de alforjas.

—Madre de Dios... ¿Podremos pasar por frente a sus costas sin tener altercados?

—Creo que sí, que ya conocen el perfil de mi barca y de las velas. A más, la explicación que a la postre les di yo tras saber de vuestros delitos los convenció, que presto me dejaron ir en paz.

—¿Y qué les dijisteis?

—Que la misma barbarie habíais hecho en la mi isla, y que por ese motivo yo me quedé con los itzáes allá y vosotros seguisteis vuestro camino. Lo cual, al fin y al cabo, es la pura verdad.

—Ya veo...— repuso el escribano. —Pues sabed, maese Rodrigo, que estoy de acuerdo con vos, a pesar de que los hechos muestren una otra cosa. Y cierto es que desde que os dejamos en aquella ínsula me he preguntado en hartas ocasiones cómo habéis hecho para acostumbraros a vivir lejos de los vuestros, entre extraños y en tierras tan distintas.

—Fácil no ha sido, vos deberéis sabello bien. Mas... ¿qué puedo deciros? En aquella isla soy libre, que nunca lo fui tanto en ninguna otra parte. Libre de todo, ¿entendéis? Y los que vos llamáis «extraños» ya no lo son para mí. Agora son mi gente y mi familia— aclaraba el muchacho mientras se movía para tensar la cuerda de una vela. —Pues he aprendido con los itzáes que la gente propia, la familia propia, no siempre es la que lleva la misma sangre o habla la misma lengua, sino la que le hace a uno un lugar entrellos, lo ayuda a vivir y lo respeta por ser quien es.

El escribano contemplaba el agua que golpeteaba los lados de la barcaza.

—Ya os lo he dicho antes y os lo repito agora, amigo mío. Para ser tan joven, juicioso sois, que buenas razones habéis en todo lo que decís.

Balmaceda agradeció el cumplido.

—Hartas cosas helas sabido de los itzáes, que son gente de grande entendimiento, avisada y prudente. Ellos hanme enseñado de todo con sus proverbios y sus cuentos. Mas otras descubrilas yo mesmo, que la soledad es mala compañera. Uno se hace mil preguntas en estando solo: sobre su vida, sobre el destino... Y acaba por hallar muchas respuestas...— replicó el muchacho.

—Ya quisiera hallallas yo para mí— se quejó el segoviano.

—Daréis con ellas, don Rodrigo, que sois hombre instruido, y más prudente de lo que yo seré en toda mi vida. Mas no os engañéis: buscad respuestas sencillas. Que en el sentido común hay más verdades y sapiencia que en todos los libros del mundo juntos, y las cosas simples son más valiosas que todo el tesoro de Venecia.

—Ya echaré mano del sentido común que mentáis, mozo, tenédmelo por cierto— respondió Escobedo. El andaluz meneó la cabeza en un gesto de seguridad.

—Y agora— agregó Balmaceda —si os place, traducid al vuestro amigo todo el discurso que entrambos habemos habido, que rato ha que nos mira cual si estuviéramos planeando echallo por la borda.

Pasaron, pues, de largo el puerto y villa de Kaan Peech, y desembarcaron un poco más adelante a por agua. Enseguida continuaron su

viaje, deteniéndose en donde creían oportuno para abastecer sus vasijas o para cocinar y dormir. Comida no les faltaba: la pericia de Balmaceda con las redes y el arpón proveían a los viajeros de suficiente pescado y hasta de algún *manatí*. Podían incluso darse el lujo de fumar buen tabaco y beber *cacahuatl*. Con tales comodidades —que el escribano no había disfrutado en su periplo anterior— la travesía se les hizo bastante fácil, y los días fueron pasando sin mayores contratiempos que alguna corriente cruzada, un chaparrón imprevisto o algún mediodía de calma chicha.



Su lenta ascensión con rumbo norte por el lado occidental de la península de Yucatán los llevó a superar el puerto de pescadores de Sakniteelchen y la isla de Hailna. Atravesaban el territorio de los itzáes canules, un paisaje de estuarios bermejos, manglares y junglas, salpicado aquí y allá por aldeas costeras y ribereñas, barcas y viajeros. Escobedo recordó que por allí habían botado al mar los cuerpos de cinco de sus compañeros, muertos entre vómitos hacía más de un año.

—Aqueste es el *kuuchkaabal* de Ah Canul, la tierra de los canules— refería Balmaceda que, por como hablaba, parecía conocer todas esas tierras como la palma de su mano. —Dijéronme unos sacerdotes que me crucé por aquí que la ciudad principal llámase Kaalk'iinil, que es como decir «Garganta del sol», y que se encuentra tierra adentro. Bellísima es, me contaron. Hay también otras villas, como Maaxcanul, Dzibalche, Tepakam, todas ellas hacia el interior, cerca de una sierra que allí se levanta y que llaman *pu'uk*.

Para finales de octubre giraban al este, topándose con los puertos de Sisal y Tiizpat y con las bocas de Dzilam, aún en el *kuuchkaabal de Ah Canul*. Borearon luego las costas de los *kuuchkaabalo'ob* de Chakan, Ceh Pech, Ah Kin Ch'el y Chikinchel, todas ellas reseñadas en las «Crónicas» de Escobedo, aunque el segoviano desconociera en aquellos tiempos sus nombres y no hubiera tenido la oportunidad de verlas tan de cerca por haber navegado siempre a una distancia segura de la orilla. En esta segunda ocasión iba trazando un nuevo mapa de la costa, midiendo continuamente la posición con su cuadrante y llenando hojas y hojas de anotaciones, detalles, apelativos y sabrosos comentarios.

A esas alturas del viaje, Rodrigo Balmaceda ya había aprendido las cifras romanas y la mayor parte del alfabeto. Armaba palabras con soltura, pero su caligrafía era espantosa. De acuerdo al segoviano, lo que escribía podía entenderlo sólo él, a lo cual el andaluz se defendía argumentando que, en efecto, no necesitaba que nadie más lo comprendiera. Y, en cuanto a los errores ortográficos, poco importaban por aquel entonces: en general, se escribía según se hablaba, y cada escribiente lo hacía, por ende, a su manera, reflejando la variante dialectal o social de la lengua castellana que tuviera a bien usar.

—Bueno... ¿está bien escrito así?— preguntó una tarde Balmaceda, mostrando una hoja recién garrapateada. Estaban acampados en algún rincón del norte del Yucatán: Escobedo removía unas gachas de maíz y Cuitlachnehnemini se entretenía jugando con el mono. El escribano agarró el pliego de papel, en el cual se leía «comenzé la mi biage açe muchaz lunaz iá».

—¿Se puede saber qué carajo quisisteis escribir aquí?— estalló el de Segovia.

—Hombre, don Rodrigo, lo que pone...— atinó a responder el muchacho, un poco cohibido. Escobedo soltó una risa que le sacó lágrimas, y no pudo evitar compartir aquello con el mexica, aunque el otro no se enterara de mucho. «Errar es de hombres y ser herrado de bestias» afirmó el andaluz, «todo corrido» como él solía decir. Ya era noche cerrada y el escribano aún se esforzaba por explicar al joven la forma de escribir más o menos decentemente aquella frase.

Cuando el mes de noviembre terminaba, sobrepasaban la laguna de Yalahau y el puerto de Hool Boox, allí en donde un enorme tiburón —que fue bautizado entonces como «pez dama»— había jugueteado con los remos de los expedicionarios de Arana. Balmaceda hizo virar su embarcación al sur, siguiendo la silueta de la península, y atracó en Éek' kaab, bellísima ciudad que fascinó tanto al segoviano como al mexica. Quedaron así fuera de su ruta la isla que los españoles llamaron «Isla Mujeres» y aquella otra poblada de aves marinas, que el escribano había descrito con palabras llenas de poesía.

A primeros de diciembre desembarcaban en Kosom Lu'umil. Cuitlachnehnemini, con miles de ideas, planes, narraciones e imágenes en su cabeza; Escobedo, con cierto sentimiento de opresión en el pecho.



—Ix Xíiw, *in ts'unu'un... Bix a beel...!?*

—*In suku'un! Pa'atik a suut!*⁵⁹

⁵⁹ En maya yucateco, «Ix Xiiw, mi colibrí... ¿Cómo estás?» y «¡Hermano mío! ¡Ya has vuelto!».

De esa forma se reencontró Rodrigo Balmaceda con su pequeña «hermana adoptiva» y con el resto de su familia, que salió a recibirlo apenas los que estaban en la costa de Ixlapak avistaron los paños de la barcaza del andaluz y dieron el aviso en la población. Rodrigo alzó a la pequeña del suelo en un abrazo y jugueteó con la caracola roja que pendía de sus cabellos. La niña, contentísima, le acarició la barba con un gesto reprobatorio, y luego echó un vistazo indiscreto a los extraños compañeros de su «hermano». Cuitlachnehnemini y Escobedo —de buen humor a pesar de todo— hablaban por lo bajo en náhuatl y participaban de la alegría de los otros. Balmaceda los espió por sobre su hermana y los señaló con la barbilla.

—*Letio'ob ku p'a'asticeno'ob*— le dijo a la niña como en secreto.

—*Ba'axten*⁶⁰— exclamó Ix Xíiw abriendo desmesuradamente los ojos y dirigiéndoles otra de sus famosas miradas reprobatorias. Rodrigo se encogió de hombros, simulando un inocente desconocimiento.

—Caballeros, os habéis ganado la inquina de mi pequeña hermanita, que en enfadándose es peor que un vendaval— comunicó el andaluz dejando a la pequeña en el suelo. —No sabéis cómo se pone cuando no acierto con sus adivinanzas...

El padre de Ix Xíiw saludó efusivamente al muchacho e invitó a los tres viajeros a su casa. Allí, los hombres pudieron comer algunas tortillas frescas mientras comentaban con la familia los altercados del viaje y los horizontes que habían surcado. Los itzáes demostraron mucha curiosidad por el mexica y cierta aprensión por Escobedo: nadie había olvidado, a pesar del tiempo transcurrido, las circunstancias en las que Rodrigo había optado por

⁶⁰ En maya yucateco, «Se están burlando de mí» y «¿Por qué?».

permanecer en la isla. Y mucho menos su «familia adoptiva».

Al día siguiente, el andaluz se dirigió solo a entrevistarse con Ah Keeh Koot, el *ah kuuch kaab* de Ixlapak. Balmaceda sabía que aquel hombre había decidido quedarse con los náufragos taínos como esclavos. Era aquél un destino común para los desafortunados cubanos que el mar botaba a las costas itzáes, aunque menos cruel, por cierto, que acabar en la piedra de sacrificios. Las islas del este no eran desconocidas para los mayas. Muchos mercaderes itzáes se arriesgaban a cruzar el brazo de mar que separaba Yucatán de Cuba para comerciar con los isleños. Y eran varios los cautivos taínos en Kosom Lu'umil y en tierra firme: algunos de ellos habían logrado la libertad, si bien jamás regresarían a su hogar.

El joven propuso al *ah kuuch kaab* que le vendiera los esclavos. Alegó algunos motivos que quizás sonaron poco convincentes: sus «buenos recuerdos» de su estancia en Haití y Cuba, la «hospitalidad» taína —forzada, en todo caso— y el hecho de sentirse, en cierta forma, en deuda con los hijos de aquella tierra. Ah Keeh Koot fingió considerar tales razones y accedió a la transacción por un elevado precio en jade y cacao, precio que sería pagado pieza sobre pieza y grano sobre grano por Escobedo y el mexica.

Antes de entregarle a los prisioneros isleños, el jefe estudió con detenimiento a Balmaceda durante un largo rato, y luego le aseguró que no era asunto suyo el entrometerse en sus negocios pero que, fueran cuales fueran, no deseaba que el otro español permaneciese por más tiempo en la isla. No quería *k'as iik'o'ob* —«malos vientos»— en su comunidad ni en su tierra. Rodrigo lo miró con franqueza y le prometió que en dos días el extranjero ya no estaría allí. Y que precisamente su negocio trataba de evitar que esos «malos vientos» llegaran a Ixlapak.

Usando el vocabulario taíno que aún recordaban, Escobedo y Balmaceda explicaron a la media docena de cubanos que serían libres siempre y cuando los guiaran hasta los dos grandes barcos que habían encallado en su isla. Los hombres se mostraron indecisos al principio: no confiaban en absoluto en la gente de piel clara. Sin embargo, no tuvieron más remedio que aceptar el trato, pues querían volver a sus costas desesperadamente. Y, a fin de cuentas, aquellos extraños los habían comprado y, en la práctica, les pertenecían. No estaban en posición de discutir condiciones.

De modo que en breve fueron preparadas las dos *canoas* taínas que la diosa de las tormentas, Huabancex, había decidido arrojar a las playas de Kosom Lu'umil. Y para el 17 de diciembre reanudaron la travesía.

XV

CASTILLA, 1521

Anunciose que fiesta grande habíase de fazer en las gradas de la Cathedral, por celebrar la vitoria de la entrada de las fuerças de la Serpiente Emplumada a Sevilla. E mandose que ningún sevillano, so pena de muerte o tormento, debía salir de la su casa aquesa noche

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo IV.

Saiwan, el vigía miskitu, y varios de sus compañeros de armas y de pueblo iban a alojarse en la casa de Aliza, que había dejado de ser su prisionera para convertirse en su forzada anfitriona. La judía, hija única, condujo a aquella decena de guerreros al hogar paterno, allí donde siempre había vivido. Allí donde había ido perdiendo esa alegría que ya sólo llevaba en su nombre hebreo. Sus padres eran dueños de una casona con patio interior en el barrio de Santa Cruz. Aquélla había sido una familia próspera y pudiente, protegida por algunos nobles sevillanos debido a la fama del padre de la joven mujer, un *rabbí* muy respetado.

En ese momento —media mañana del día 10— grupos numerosos de extranjeros pululaban ya por las calles de aquella barriada, buscando morada.

Aliza se enfrentó a la pesada puerta de madera de su residencia, tachonada de clavos de cabeza cuadrada, e hizo sonar el aldabón de hierro ennegrecido por los años.

La madre tardó largo rato en asomarse a la mirilla, y grande fue su alegría al reconocer a su hija y verla con vida. Aunque igual de grande fue su espanto al hallarla rodeada por aquellos invasores, que se le antojaban, a primera vista, unos salvajes incivilizados y semi-desnudos, pintados, engalanados con plumas y abalorios y armados como gladiadores. O peor.

—Entra, fija miya, entra...— le dijo la madre al abrir la puerta. Franqueó la entrada a su hija y, de mala gana, a sus acompañantes, a quienes observó con verdadero pánico. La anciana la abrazó tras asegurar el portón, y le cubrió el rostro de caricias mientras se deshacía en llanto y la atosigaba a preguntas. Mezclándolo todo, le refería sus miedos y los acontecimientos de los últimos días.

—¿Do está padre?— preguntó Aliza, intentando liberarse de aquel aluvión de cariño materno. La anciana señaló un rincón a sus espaldas. La mujer se volvió y vio a un hombre muy entrado en años, emocionado hasta las lágrimas.

—Fija miya...— la recibió en sus brazos. —Mil gracias sean dadas al Dío por haberte traído sana y salva a la muestra casa.

La mujer explicó a los dos ancianos la situación en la villa, y resumió en breves frases lo que le había ocurrido durante las pasadas horas, evitando, no obstante, los detalles más escabrosos. Luego los tres contemplaron a los miskitu que, por su parte, también los observaban expectantes. Aliza declaró que, si seguía con vida, probablemente se lo debía a Saiwan.

—Seáis bienvenidos a aquesta casa en paz— dijo entonces el anciano a los extranjeros. Los guerreros, que no se movieron de su sitio, inclinaron levemente la cabeza para girarla inmediatamente después hacia la mujer joven. Aliza hizo señas de que pasaran al interior, y los diez hombres la siguieron. Era curioso ver a aquellos conquistadores moviéndose con cautela, respeto y humildad entre esos muros que, oficialmente, les pertenecían. La judía los guió hacia unas habitaciones en uno de los extremos del patio, indicándoles —siempre con la ayuda de gestos— que allí podrían quedarse. «Aquestas son las vuestras cámaras» les dijo. Luego les mostró el aljibe y cómo funcionaba, y les hizo saber que enseguida podrían comer algo. Los miskitu asintieron nuevamente —poco más podían hacer— y dejaron sus pertenencias en las dos habitaciones que les fueron destinadas. Realmente no sabían cómo comportarse ni qué se esperaba de ellos. La orden que recibieron fue ocupar las casas sevillanas, comer, descansar, estar alertas y reunirse para la celebración de la victoria al atardecer siguiente. Habían oído que era probable que pronto tuvieran que ponerse en marcha otra vez, así que debían aprovechar cada momento para reponer sus fuerzas y aprender algo más de aquella tierra que estaban ocupando.

Mientras los guerreros se acomodaban en los cuartos, Aliza supo por sus padres que ya no quedaban sirvientes en la casa: todos habían huido cuando los pregoneros habían proclamado la rendición. El aljibe del patio seguía funcionando, y gracias a él habían podido beber sin tener que echar mano de vecinos —entre los cuales había pocos amigos— o sufrir la sed provocada por aquellos condenados que envenenaron las aguas de muchas de las fuentes públicas. Las noticias que tenían del exterior de sus propias paredes eran las que les habían llevado los hermanos judíos que se habían acercado hasta allí para solicitar su ayuda. Afortunadamente, sus despensas

contaban con bastantes provisiones, y tenían dinero escondido que podrían utilizar para salir de Sevilla si llegaba el caso, o, al menos, para aliviar su situación si se volvía muy difícil. Aliza estaba al tanto de todo eso —sólo hacía un par de días que faltaba de su casa— y también del escaso significado que tenía frente a la desesperación que sentían sus padres. Asimismo daba por cierto que, en adelante, todo sería distinto: con toda probabilidad, las cosas empeorarían. Y no tenía la menor idea de qué destino les esperaba. Así que compartía la desesperanza de su familia que, al fin y al cabo, tenía motivos bien fundados para temer lo que pudiera acontecer mañana.

—Aliza...— sonó una voz a su espalda, interrumpiendo la conversación. Saiwan estaba detrás de ellos con un par de morrales en las manos. Por medio de la mímica les hizo entender que él y sus compañeros tenían bastimentos —«*tama*»— pero que necesitarían fuego para convertirlos en comida. Sin que mediaran más explicaciones la mujer les llevó hasta la cocina.



Wayrachaki y sus tropas habían ocupado los edificios que rodeaban la Plaza de San Francisco, un recinto que, como muchas otras plazas ibéricas, estaba acotado por las propias casas. Habitados a la vida comunitaria de sus lugares de origen, aquellas gentes de las montañas y altiplanos del sur de las Tierras del Oeste se reunieron en grupos. Pronto asomaron las bolsas de lana *chuspa* rellenas de hojas de coca, y de los *macutos* salieron las flautas con las que aquellos hombres morenos habían conmemorado siempre los acontecimientos importantes de su existencia: los nacimientos y las muertes, los triunfos y las derrotas...

En aquel pesado mediodía sevillano se oyó, surgiendo desde el vientre de la ciudad, el estruendo visceral de los *pinkillos* y las *tarkas*, que festejaban la victoria de los que habían quedado con vida y honraban la memoria de los que habían caído para que tal triunfo fuese posible. El sonido se enredaba con el humo de los hogares y el aroma de las comidas, se trepaba a un viento que presagiaba lluvia y rebotaba en las añosas piedras de las paredes medievales, para perderse luego en adarves y corralas, mezclado con las vibraciones procedentes de otros instrumentos sopladados o golpeados en varios festejos similares.



Los diez miskitu se habían colocado en torno al fuego y charlaban mientras uno de ellos revolvía con una cuchara de madera en un cazo de barro. Él mismo había elegido ese recipiente entre la panoplia de cacharros de la casa, porque le resultó el más parecido a los que se utilizaban en su pueblo. «*Awas pautika lâwan ba pautara dingkan taim kasak aswisa*» decía el que cocinaba. «*Awas?*» preguntaba otro, dudando de los conocimientos sobre distintos tipos de leña de su compañero. El primero le mostraba la mano. «*Awas maka babatni ba wan mihtara alkisa*». Luego se la acercaba a la nariz. «*Awas maka ba kia damni sa*».⁶¹

⁶¹ En *miskitu*, «La leña del pino seca, cuando se pone en el fuego arde muy bien», «¿Pino?», «La resina pegajosa de pino se adhiere a la mano» y «La resina del pino es aromática».

La familia judía, entre tanto, estaba sentada a la mesa: los miraban llenos de incertidumbre, sin entender nada de lo que decían y sin saber cómo actuar. En aquel momento, Saiwan se dio vuelta hacia ellos y se presentó.

—Saiwan...— pronunció, dirigiéndose a los padres de Aliza y señalándose a sí mismo. Acto seguido nombró a sus compañeros. —Arari... Waula... Kasbrika...

Aliza lo interrumpió.

—Asperad, asperad... ¿Arari?

—*Au*, Arari.— y el hombre imitó el maullido de un gato y el ademán de arañar.

—Paresce querer dezir «gato»— sugirió el *rabbí*.

—Waula...— continuó Saiwan, e imitó con el brazo una serpiente, silbando sordamente entre dientes. El aludido fruncía el ceño y todos los demás le hacían chanzas en voz baja. Los judíos supusieron erróneamente que sus nombres tenían que ver con animales.

—Kasbrika...— repitió, refiriéndose al tercero y, apuntando hacia el cielo, dibujó en el aire el sol y una nube que lo tapaba.

—Nube— adivinó Aliza. Con timidez y algo de dificultad intentó decir aquella palabra, y Kasbrika sonrió cuando logró pronunciarla. Por lo visto no era sólo con los animales sino con la naturaleza en general con lo que estaban relacionados sus nombres. Saiwan terminó de presentar a sus compañeros: Imyula, Makwa, Kruhbu, Kakmapara, Wingku⁶² y...

⁶² En *miskitu*, los nombres se corresponden con el relámpago, un pajarillo, el ocelote, una serpiente mítica y un oso hormiguero. Arari es el nombre de un gato montés negro y Waula,

—*Aw!... Painika nina aya tiwan*⁶³— se excusó el hombre, confundido, al llegar al último.

—Pikpik... — repuso el mentado con fastidio. Su nombre significaba «rana», y fue coreado por todos los demás en tono de mofa: «Pik-pik-pik-pik-pik...».

Los judíos no podrían recordar todas aquellas palabras, pero agradecieron el gesto y les enseñaron también los suyos. La mujer, como mejor pudo, incluso les explicó el significado de su nombre, y todos estallaron en exclamaciones. «*Lilia*», repetían, pues así se decía «alegría» en su lengua. Con un poco más de confianza, Saiwan señaló al *rabbí* y luego a Aliza, preguntando «*abba?*». La mujer asintió. Aquello sonaba parecido al hebreo.

—Sí, él es el padre miyo. E ella, mi madre.— Y volvió a articular ambos términos, extendiendo la mano hacia cada uno de sus progenitores. Saiwan los repitió y los pronunció después en su propio idioma: *abba* y *yapti*. En ese momento la joven se levantó de la mesa y se acercó al fuego para ver qué preparaban.

—*Ulang...*— mostró el «cocinero», levantando un poco la cuchara. Era un caldo espeso de harina de maíz. —*Plun auhni...*— manifestó aprobatoriamente. —*Aya... Upla bara daiwan sim pata pain pali sa...*⁶⁴— El hombre metió la mano en el saco de sus provisiones y extrajo un poco de aquella harina toscamente molida, entre la cual había aún algunos granos

el de una boa.

⁶³ En *miskitu*, «Se me olvidó el nombre de mi amigo».

⁶⁴ En *miskitu*, «*Ulang* (caldo espeso de maíz o yuca)... Comida sabrosa... Maíz... Es un buen alimento para el hombre y los animales...».

enteros. «*Aya*» repitió. Aliza los tomó en su mano. Eran preciosos. Y desconocidos. «*Aya ma ba lipni*»⁶⁵ añadió el «cocinero» antes de volver a su trabajo. La mujer llevó los granos a sus padres.

—*Kli karna takamna...*⁶⁶— agregó otro, haciendo como que tenía mucha fuerza. Aliza no pudo por menos que sonreír.

—*Tyara kikra painkira brisa... Mawan lilia kum...*⁶⁷— comentó el más viejo de los miskitu a Saiwan, quien asintió ensimismado, aunque a él no le parecía que fuese una persona feliz. Encontraba, tras los ojos de la mujer, una tristeza ilimitada.

Los demás hablaban animadamente sobre lo bueno que hubiera sido contar con otros alimentos que le dieran más enjundia a aquel guiso *ulang*. Un poco de ñame blanco *usi*, o yuca *yauhra*, o calabaza *iwa*. O quizás algo de *wîna*. Carne. Alguien sugirió que aquello sería poco para todos ellos. Entonces intervino el interlocutor de Saiwan: «*Plun aitani daukan*». Y con un «*plun uba ailal piaia ba saura sa*»⁶⁸ zanjó la conversación.

—Si pudiera favlar la su lingua e pruntalles quiénes son, qué fazen aquí e qué va a ser de mozotros...— suspiró Aliza. Sus padres se encogieron de hombros. «Aman, que se escape este mal diya» musitó la madre.

⁶⁵ En *miskitu*, «El grano de maíz es brillante».

⁶⁶ En *miskitu*, «Recuperaré(mos) la fuerza perdida».

⁶⁷ En *miskitu*, «La joven tiene una linda sonrisa... Un rostro alegre...».

⁶⁸ En *miskitu*, «Hizo suficiente comida» y «Comer mucho es malo».

«Lo que deva ser, será, fija miya» repuso el *rabbí*. «Tengamos fey en el Dío, que él mos cudiará».



—Lucía, ¿estás ahí?— llamó una voz.

Gonçalvez salió del cuarto en el que la muchacha dormía entre pesadillas. En el hueco de la escalera había una mujer mayor, que se sorprendió cuando vio asomarse al portugués.

—Perdonad, señor. Creí que Lucía estaba sola. No son momentos ni horas aquestas para trabajar...

—No trabaja, señora, que ella duerme. Entré aquí por guarecerme, y aquí estoy aún.

La mujer lo miró con desconfianza y al cabo de un momento siguió hablando.

—Vivíamos juntas aquí, mas cuando comenzaron a retumbar los cañones fui a la Plaza de la Alfalfa con una amiga. Lucía no se quiso venir. La pobrecica no está bien.

—Entiéndese, que vida dura parece haber sufrido.

—No lo sabe bien vuesa merced— lo interrumpió la otra. —Que las que trabajábamos aquí, quién más, quien menos, habíamos elegido nuestro destino, y mal no nos iba, digan lo que digan las malas lenguas y los condenados prestes. Mas ella...— La mujer iba a decir algo más pero se calló de repente y comenzó a descender los escalones. —Decidle, señor, que estuvo Melisa, y que puede venir a verme y estarse conmigo cuando lo desee. Ella

sabr   cómo encontrarme. Dec  dselo, assí Dios os salve el alma.

—Ans   se lo dir  , señora... Quede Dios con vos— repuso el portugués. La mujer se alejó, respondi  do «Y con vos vaya, caballero» y Gonçalvez volvió a la cámara, a sentarse en una banqueta coja y rezongona que all   había. Se preguntaba cuál sería la historia de aquella joven. Y se preguntaba también cuál sería la suya de all   en adelante.



Los miskitu invitaron a sus «anfitriones» a compartir aquel *ulang* de maíz. Sentados algunos en el suelo y otros a la mesa con los tres judíos, comenzaron a trasegar aquel caldo con un apetito voraz, como si no hubiesen comido otra cosa en semanas. A los dueños de casa el cocido no les pareció gran cosa pero, aún así, no quisieron ofender a sus «invitados». Sirviéndose de nuevo de la mímica, *Saiwan* les anunció que a la noche siguiente debían marchar a un encuentro con los suyos, y que ellos no debían salir de casa por ningún motivo. Aunque no podía explicarles el por qué de aquella orden, tampoco hubiera sabido cómo hacerlo. El miskitu, pese a que ni entendía ni aceptaba lo que ocurriría entonces, estaba perfectamente al tanto de todo

El mismo aviso —junto con el de entregar armas y caballerías en los Reales Alcázares— sería proclamado a lo largo de todo aquel día y el siguiente por los pregoneros del Cabildo, que harían esfuerzos ingentes para que su mensaje se escuchara alto y claro por encima de la barahúnda armada por los extranjeros.

Probablemente, y aún sin haber oído tales advertencias, ningún sevillano hubiera osado salir de su casa durante aquellas jornadas de confusión.



11 de julio. A lo largo de todo el día fueron llegando al Alcázar caballos, mulas, arcabuces, espadas, ballestas, munición y pólvora. Las tropas asentadas en la villa iban recorriendo casas y almacenes, corralas y adarves, y se incautaban de cuanto hallaban a su paso.

Cerca de las murallas ardían los cadáveres de los defensores de Sevilla abatidos durante los combates. Las llamas consumían los sueños de los que se fueron y las esperanzas de los que quedaban, que ni siquiera tuvieron la oportunidad de darles sepultura de acuerdo a sus creencias.

A la hora de vísperas, los nobles de Sevilla acudieron a la cita con el jefe del ejército de la Serpiente Emplumada en el Alcázar, atravesando una ciudad en donde, poco a poco, el caos se apaciguaba al tiempo que aumentaban el temor y la incertidumbre. Allí estaban las Duquesas de Medina-Sidonia, el Duque de Arcos y el de Medinacelli, el Marqués de Tarifa —hermano del Capitán General— y tantos otros. Tras la recepción, los más poderosos fueron invitados a una comida con el *tlacochcalcatl*. A ella también asistiría Gutiérrez de Madrid.

Quienes habían sido eximidos de participar en el banquete abandonaron pronto los Alcázares para refugiarse en sus palacios citadinos. El aire amenazaba tormenta, y la compañía de sus nuevos gobernantes no les era agradable en absoluto.



Al caer la noche de aquel 11 de julio sonaron los tambores *tlalpanhuehuetl* en las gradas de la Catedral. Obedeciendo a su instinto de supervivencia más que a las órdenes dictadas, ningún sevillano estuvo allí para presenciar la ceremonia. Ninguno, excepto los «invitados de honor»: el «embajador» de Sevilla ante Tepehuahtzin y los nobles que con él habían cenado.

La tormenta que presagiaban los vientos se desencadenó hacia medianoche. Fue entonces cuando todo acabó y los guerreros de la serpiente con plumas retornaron a las casas que ocupaban en la villa.

Las aguas del cielo lavaron los restos de lo que allí había acontecido. Aunque no todos. Delante del atrio del templo mayor sevillano, en medio de la oscuridad y la lluvia, los pocos perros callejeros que aún deambulaban buscando un lugar en el que guarecerse del aguacero se toparon con las cruces en las que colgaban los pellejos sanguinolentos de los nobles más ricos de Castilla.

En un lugar destacado se encontraban los restos de las Duquesas de Medina-Sidonia y, a su lado, los de Miguel de Montecruz. Muy pocos serían capaces de reconocer a éste último. Sin embargo, serían muchos los que lograran distinguir las ricas ropas que aún lucían la primeras.



A la mañana siguiente, los primeros habitantes de la ciudad que pasaron por delante de la Catedral se quedaron clavados al suelo, intentando comprender qué era aquello que veían.

Nadie pudo dar cuenta de lo que había ocurrido la noche anterior. Nadie quiso intentar siquiera buscarle una explicación. Incluso los extranjeros de la serpiente con plumas guardaron silencio, amparados por su virtual desconocimiento del castellano y su situación de ventaja. Y el único español que había estado presente en la ceremonia y aún seguía con vida — Alonso Gutiérrez de Madrid— había enmudecido para el resto de sus días. Sólo en su lecho de muerte, momentos antes de recitar la *Shema*, despegaría sus labios para relatar a sus hijos la ejecución de la que había sido testigo. Durante algún tiempo sus palabras serían tenidas como una prueba más de la barbarie que habían traído los invasores a las tierras castellanas, pero todo lo que vino después borraría su confesión de la memoria colectiva, una memoria que, andando los años, elevaría a aquel judío converso a la categoría de «traidor a Castilla».

Para la hora tercia del 12 de julio de 1521, la voz de rebelión se había alzado en la antigua Hispalis. Y las fuerzas de los mexicas se aprestaban para apagar el fuego de la revuelta con sangre.

Faltaba aún una semana para que el Prior de San Juan llegara a Córdoba.

XVI

MAR CENTRAL, 1494-5

Muertos del hambre, andraxosos e quasi dementes hallábanse aquellos ombres, tirados por el vendabal a las costas de la ysla de Cuba e allí abandonados a su suerte. E estaban todo el tiempo alçando las sus voces al cielo, con hartos iuramentos e promessas, por que los rescataran de allí y los llebaran a lugar seguro e de gente amiga.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo IV.

El día de Natividad encontró a los tres viajeros y a sus guías tocando el extremo occidental de Cuba. Los dos españoles no pudieron menos que dar gracias a todos los santos de su paraíso por la buena fortuna que hasta entonces habían tenido, y Cuitlachnehnemini hizo lo propio con sus dioses. Pasaría una semana más antes de que el *pochtecatl* diese la voz de aviso: bajo el sol del mediodía habían aparecido, recortadas sobre el horizonte, dos siluetas extrañas para el mexica.

—Carabelas— aseguró Balmaceda. —Ahí están las condenadas, bien enterradas en la arena.— Los taínos, que los precedían en sus *canoas*, daban voces señalando aquellas figuras. «*Yamocá piraguá*» exclamaban,

identificando las dos naves con sus propias barcas de guerra. Aquellos atemorizados guías viraron con celeridad y se colocaron junto a la barca del andaluz. Sin demasiadas consideraciones le comunicaron que ellos habían cumplido ya su parte del trato y que no tenían intención alguna de acercarse a aquel lugar. Los españoles les agradecieron su ayuda y les desearon buena fortuna. Diciendo «*taigüey, guaítiao*», se despidieron. Al alejarse, los cubanos todavía le gritaron a Balmaceda: «*Osama, guami, uará guarico guakia...*». «*Han, han catú...*»⁶⁹ respondió el andaluz alzando la mano y prometiéndose que algún día retornaría para visitarlos. Los taínos apuntaron las proas de sus *canoas* hacia el oeste y volvieron sobre sus pasos en busca de las costas de su aldea.

Cuanto más se aproximaban a los barcos, más tétrico les parecía aquel espectáculo. El mexica no daba crédito a sus ojos. Aquellas embarcaciones le resultaban descomunales: casas sobre el agua, monstruos gigantescos varados en una playa y despedazados por el embate del mar y del viento. Los hispanos comprendían que poco podría hacerse por los náufragos, a menos que éstos se hubieran agenciado ya un par de *piraguas*, *cayucos* o *canoas* locales, o contaran al menos con unos botes: las carabelas tenían el casco destrozado, las vergas partidas, los trapos desflecados y las cuerdas desgarradas. Para colmo de males, dos de los palos de una de ellas amenazaban con desplomarse, y el mayor de la otra se estaba curvando sobre sí mismo de manera alarmante. Viejas, mal calafateadas y medio comidas por la broma, parecían llevar allí una eternidad.

⁶⁹ En taíno, «(Tened) buen día, amigos», «Oye, señor, ven a nosotros» y «Sí, así será».

—Esas naos son del tiempo del Rey Perico y Maricastaña— declaró el andaluz —que aún las de los primeros reyes godos lucieran mejor hogaño.

Para cuando estaban a doscientos pasos de las naves, dos hombres desharrapados, con la ropa hecha jirones, barbados y desgredados salieron de entre la vegetación que llegaba hasta la playa y comenzaron a hacer señas con los brazos en alto, como posesos.

—Aquesto va a ser peor de lo que pensé— murmuró Escobedo.

—Ya lo sabía yo— gruñó Balmaceda. —Estos pobres diablos no dan un ochavo por sus vidas, y capaces serán de matarnos a los tres por hacerse con provisiones y con la misma barca. No hagáis lo que la gansa de Cantimpalos⁷⁰, don Rodrigo. Andad con tienta y con el hierro a mano, que quien se fía del lobo entre sus dientes muere. Que no por ser cristianos nos han de respetar.

—Sosiéguese, mi amigo, que todo saldrá a cuajo, si es que lo quiere el cielo benditísimo.

—¡Alahé! Pues dareme punto en boca y os dejaré hacer.

Balmaceda enfiló su barcaza hacia la arena y pronto se encontraron cara a cara con aquellos dos espectros vivos, que los contemplaban atónitos desde la playa.

—¿Sois cristianos? ¿Habláis la nuestra lengua?— fue lo primero que acertaron a preguntar a los gritos, en un estado de desesperación que realmente movía a compasión.

⁷⁰ Alusión a un antiguo refrán castellano: «La gansa de Cantimpalos, que salió al lobo al camino».

—Castellanos somos— respondió Escobedo, bajando de la barca y avanzando hacia la orilla con el agua por las rodillas. —¿Quiénes sois vosotros?

Pero los dos hombres estaban ya de hinojos dando gracias al Creador, abrazándose, mesándose los cabellos y llorando a lágrima viva. Cuitlachnehnemini terminó de asegurar la barca junto a Balmaceda, y ambos se sumaron a aquella estampa de desolación.

—Hermanos, ¿sois españoles? — insistió el andaluz.

—Españoles somos, señores— dijo uno de ellos —que en aquesas dos carabelas que allí vedes fuimos naufragados aquí meses ha. Grande hambruna y enfermedad hemos padescido, e solo cinco seguimos con vida, que todos los otros están enterrados aquí cerca, en un fuerte que habemos levantado con palizadas.

—Cinco de cincuenta, sólo éstos quedamos... ¡Madre de Dios, bendita seas por habernos enviado la nuestra salvación!— chilló el otro, hincándose otra vez de rodillas.

—Teneos, hermanos, y decidme... ¿Cómo habéis llegado hasta aquí? ¿De dónde venís? ¿Quién es vuestro capitán?— les interrogó Escobedo.

—De las Canarias venimos, que hace meses salimos de allá con el patrón de las carabelas. En llegando a aquestas tierras dimos con una isla que queda más al oriente, mas en ningún sitio pudimos echar anclas sin que los naturales dellas nos rescibieran como salvajes y posesos, con muchas flechas y gritería. Con algunos tuvimos altercados por conseguir agua y comida, ansí que decidimos de continuar hacia poniente. Y aquí embarrancó nuestras carabelas una tormenta fierísima, que por poco nos ahoga a todos.

—¿Quién es vuestro capitán? ¿Vive aún?— repitió Escobedo.

—Es uno de los otros tres. Un tal Bermejo, que así le mentan por el color de sus cabellos. Es de las Canarias él, como todos nosotros. De la isla de Gomera.

—¿No venís con el Almirante Cristóbal Colón, pues?

A esa pregunta, los dos hombres enmudecieron y se miraron, en el colmo del asombro.

—Virgen santísima, y que era verdad toda esa historia...— balbuceó uno.

—¿Qué historia?— preguntó Balmaceda.

—La que nos contó el tal capitán Bermejo por enrolarnos en su viaje. Dijo que había encontrado en alta mar un tonelillo con un mensaje dentro, un pergamino encerado en el cual se daba cuenta de la posición de aquestas islas, y que estaba escrito y firmado por un tal Colombo. Dijo que ese fulano había salido de Palos buscando las Indias por occidente, y que él conoció cuando paró en Gomera con sus tres naves.

—Dijo también que el tal Colón lanzó el barril al agua en medio de una tempestad— continuó el otro —y que ofrecía en él no sé cuantos ducados para aquél que diera con el pliego, si se lo hacía llegar a sus Majestades. Mas este Bermejo, que es hombre ambicioso, pensó que mucha más fortuna conseguiría si intentaba él mismo llegar a aquestas tierras, pues en Castilla nunca se supo que el tal Colón regresara. Supusimos que sus naves se habían perdido en la tormenta que mentaba en el su mensaje.

—Y así nos hicimos a la mar, señores, que hartas promesas de gloria y fortuna nos hizo el capitán. Mas trajimos con nosotros varios enfermos con

viruelas y peste, que en poco tiempo han acabado con la vida de muchos de los nuestros y de infinidad de los naturales de aquí, que caen como moscas y no se nos acercan ni para atacarnos. Nada hemos podido hacer sino armar unos chozos con palmera y cañas y algunos maderos, y esperar la muerte o a que alguien nos socorriera. Aqueste Bermejo fue *tan avisado* que no dio aviso a nadie de la nuestra travesía... ¿Y vosotros, señores míos, sois de la tripulación del tal Colón?

—Somos, sí, y ninguna noticia hemos habido del nuestro capitán.

—Ni la habréis— interrumpió el náufrago —pues muerto es, hundido de seguro por la tempestad, que recuerdo yo una muy fuerte año y medio atrás, que se llevó una flota de cien carabelas portuguesas y medio millar de barcos de pesca y mercantes en las Canarias.

—¿Y cómo habéis sabido de nosotros?— trató de averiguar el otro.

Balmaceda resumió toda la historia, mientras Escobedo explicaba al mexica la situación. Cuitlachnehnemini inmediatamente se opuso a que llevaran a aquellos individuos a Tenochtitlan o a cualquiera de las tierras firmes si estaban enfermos. El escribano intentó tranquilizarlo, alegando que antes de nada deberían ver en qué estado estaban los otros tres.

—Llevadnos con vuestros compañeros— pidió entonces Escobedo.



Los náufragos se adelantaron para guiar a los tres hombres hacia su campamento en aquel recóndito lugar del norte de Cuba. Balmaceda aprovechó la ocasión para susurrarle al escribano que debían tener cuidado con el capitán, que parecía una buena pieza. «De esas que el diablo empuñó y

no quiso rescatar» acordó el otro. Cruzaron el blanco arenal y se metieron por una trocha entre las palmeras y la arboleda que, en aquella parte de la isla, era exuberante y muy tupida. A medio centenar de pasos dieron con un improvisado y deshecho «fortín» y en él, con tres hombres en los huesos, tendidos en el interior de un chozo. Ninguno de ellos podía dar crédito a sus ojos: los recién llegados debieron parecerles enviados divinos llegados para salvar sus vidas y rescatarlos de aquel infierno en la tierra. El capitán se levantó a duras penas del suelo.

—Seáis muy bienvenidos, señores, al hogar de las desdichas...— fue lo que atinó a decir.

—¿Sois el capitán Bermejo?— preguntó Balmaceda. El *pochtecatl* miraba a aquellos hombres con verdadero horror. Le hacían recordar viejas leyendas de viajes al Mictlan, la tierra de los muertos de los mexicas.

—Mi nombre es Jaume Llops, natural de Valencia, mas llevo tanto tiempo en Gomera que ya es como si fuera de allí— logró explicar, conmovido. —Dícenme Bermejo por la color de mis barbas... ¿Quiénes son vuestras mercedes?

El segoviano refirió parcamente sus pasos, mencionando Tenochtitlan y el origen de Cuitlachnehnemini sólo de pasada. Todavía no sabía a qué atenerse y, como bien enseñaba el proverbio árabe, «el hombre es amo de lo que calla, y esclavo de lo que dice». Bermejo rebuscó en un fardo que en algún momento había sido un morral, y extrajo un pliego doblado en varias piezas que entregó a Escobedo.

—Aqueste es el famoso mensaje del vuestro Almirante Colón, que halleo en una barrica flotando al norte de Gomera, durante un viaje. Milagro fue que la tal barrica no se hundiera con mensaje y todo.

Tras desdoblar el casi deshecho pergamino, el escribano reconoció la letra de su capitán. Sin duda aquella escritura tenía mucho de testamento, y algo de lo que leyó le advirtió que jamás volvería a ver a aquel hombre. Probablemente esa tempestad que describía velozmente en sus líneas se había cobrado su vida y la de sus antiguos compañeros. Alzó la vista del mensaje, mientras su cabeza pensaba tan rápido como podía. Si aquellos marinos afirmaban que nadie había tenido nuevas del regreso de Colón, probablemente fuese cierto que se había perdido en la tormenta. Lo cual quería decir que en Europa nadie conocía aún la existencia de aquellas tierras occidentales. Nadie, excepto ellos y aquellos cinco sobrevivientes, que habían partido en secreto por evitar competencias y que, con tal precaución, se habían condenado al olvido. Lo único que se le ocurría ante el calamitoso estado de aquellos infelices era llevarlos con él a Tenochtitlan.

—Me temo que no podréis volver a los vuestros hogares, señores míos— comunicó Escobedo, devolviendo el pliego. —No hay forma de reparar las vuestras carabelas, ni podréis tornar en un bote.

—Aqueso sabémoslo ya, señor Escobedo— repuso Bermejo. —¿Do están vuestros compañeros?

—En la tierra firme del oeste, a tres meses de navegación en barca.— El hombre optó por cambiar rápidamente de tema. —Decidme, maese Bermejo: ¿alguno de vosotros está enfermo?

—Enfermos de hambre y debilidad estamos, señor, mas no habemos habido señales de peste ni viruelas, que ésas se llevaron al otro mundo a los nuestros amigos.

—Bien está. Vendréis conmigo, pues— anunció el segoviano. Luego informó de su decisión al mexica, aclarándole que ninguno de ellos

presentaba rastros de enfermedad y que allí no podrían dejarlos sin condenarlos a una muerte segura por inanición. El *pochtecatl* no estaba muy convencido, mas las razones argumentadas por su amigo eran sólidas y no tuvo más remedio que aceptarlas. Los náufragos demostraban una alegría que rayaba en la locura. Balmaceda, en un aparte, aconsejó a Escobedo que mejor pusiera a aquellos hombres bajo sus órdenes si no quería tener altercados futuros, pues parecían «madrigados y redomados». El segoviano aceptó con gusto la recomendación.

—Y otra cosa, señores. Quedáis bajo mis cuidados, mas también bajo mis órdenes. Aqueste es un mundo nuevo que no conocéis, así que os conviene seguir mis indicaciones si deseades continuar con vida.— Los hombres asintieron. Balmaceda les preguntó si llevaban con ellos armas, municiones, herramientas u otros elementos que pudieran serles útiles.

—Con nosotros sólo tenemos ropas. Todo lo demás está en aquel otro chozo, señor Balmaceda— señaló uno de los marineros. El andaluz se dirigió a revisar el lugar indicado, y grande fue su sorpresa cuando encontró una culebrina, tres arcabuces y un buen número de espadas, cuchillos, hachas, sierras, mazos y garfios. Había, además, toneles y cajas de bastimentos vacías y algunos baúles con rescates. Pero ni señales de pólvora.

—¿Habéis salvado algún chinchorro de desembarco?— gritó. La respuesta fue afirmativa: habían salvado dos. Escobedo les preguntó si tenían provisiones de algún tipo, pero sólo les quedaba bizcocho y algo de vino. También estaba interesado en saber si tenían en su poder cuadrante, sextante, brújula, cartas de navegación, papel, tinta o elementos por el estilo. Y encontró que, en efecto, algunos de esos bienes había.

Decidieron que los cinco sobrevivientes viajarían al arrastre en uno de los botes de desembarco, junto con dos barricas de agua y el resto de comida. Iban tan cargados de piojos y pulgas que ninguno quería tenerlos cerca. Las demás posesiones —en especial todo lo que tuviera hierro— serían acomodadas en el otro. Balmaceda se había acercado a los esqueletos de las carabelas y estaba registrando concienzudamente las estructuras para hacerse con cosas que le fueran útiles: cuerdas, sogas, paños de vela, clavos de hierro, remaches... Despacio repartió todo aquel botín entre su barcaza y el chinchorro de carga. Acordaron partir al alba siguiente, si el viento ayudaba, por lo que armaron un campamento en la propia playa, apartados de la línea de marea —dibujada por restos de algas secas— y alrededor de un buen fuego.



—«Garajonay» y «Madre de Dios». Así se llamaban las mis carabelas— se lamentaba Bermejo espiando de vez en cuando sus siluetas, que la luz del crepúsculo teñía de ocre y naranjas. — *Verge santísima!* Agora parecen fantasmas, mas eran dos navecillas bien marineras.

—Aclaradme algo, maese Bermejo— pidió Escobedo. —Disteis con el tonelillo y el mensaje del Almirante en alta mar, lo leísteis y decidisteis venir en busca de aquestas nuevas tierras. Y por no despertar sospechas mantuvisteis todo el negocio en silencio, salvo con la vuestra tripulación, ¿no es así?

El interpelado asintió en silencio.

—O sea: que nadie más sabe que estamos aquí, excepto nosotros.

—¡Desdichado de mí! Colgadme del aparejo si queréis, don Rodrigo... ¿Que esperabais que hiciese? ¿Acaso no sabéis lo dura que es la vida de los marinos, y la competencia que han entrellos, que muchos matarían por saber nuevas rutas, y hartos más si conducen a las Indias?— se lamentó Bermejo. — Desde que el vuestro capitán no fue tornado de la su sonada expedición, la ruta del oeste fue abandonada. Todos decían: «Ya lo dije yo, que locura grande es tentar esa ruta». Mas yo había entre manos la prueba de que en verdad podía recorrerse. ¿Que me pedís que hiciera?

—¿Y la tripulación? ¿Ninguno contó su destino a su familia?

—Ninguno tenía familia, don Rodrigo, que era aquesa condición para embarcarse. Estos dos de aquí son antiguos esclavos guanches liberados, y ellos dos, convictos de la Andalucía por los que nadie daría un ochavo en sus tierras y que desde hacía años vivían en Gomera por buscarse un vivir. Y así eran todos, que el que más el que menos nada tenía que perder y todo podía arriesgar en aqueste viaje. Fue por eso, creo yo, que vinieron con nos tantos apestados.

La mirada que Balmaceda le echó al escribano hablaba por sí sola.

—Nadie contó nada, pues...— concluyó el segoviano.

—Nada, que así pedilo yo a cada uno de los hombres. Mas, aunque hubieran contado algo, ¿pensáis que alguien hubiérase creído? *Per l'amor de Déu!* Por locos e idiotas rematados los hubiesen tenido. Ni ellos mismos estaban ciertos de lo que hacían, y sabe Dios que en embarrancando en aquesta costa más de uno quiso matarme por habello traído a las puertas del infierno.

«Pues sí que estamos bien» apostilló Escobedo. Balmaceda suspiró ruidosamente y aceptó un «cañuto de humo» —como había dado en

llamarlo— que le ofreció Cuitlachnehnemini. El *pochtecatl* ya disfrutaba del suyo, acabado de encender. Los náufragos los miraban asombrados.

—Haceos al hábito, señores míos, que muchas y muy extrañas cosas veredes de agora en más— les avisó el *ch'ee* entre el humo del tabaco. —Y no será sólo eso: haced acopio de valor, que hartos peligros y aventuras podréis vivir.— Dicho eso, se tendió en la arena, mirando las estrellas y canturreando algo en itzá. El mexica hizo lo propio, usando su capa de almohada. Y recostándose al lado de su tocayo, Escobedo recomendó a los demás que intentaran descansar, pues les quedaba mucho camino por delante.

—¿«Hartos peligros y aventuras podréis vivir...»?— lo imitó, bromista, en un siseo.

—Creedme, don Rodrigo: a los castellanos los prefiero asustados como conejos en redil, antes que envalentonados.

El escribano sonrió y, enrollándose con su propia capa, trató de dormirse.

Pero no podría hacerlo hasta bien entrada la madrugada. Su *ozomahtli* no tenía sueño. Por el contrario, tenía unas enormes ganas de incordiar.



Tuvieron que esperar al cuatro de enero para tener vientos favorables que les permitieran partir. La barcaza y los dos pequeños chinchorros pusieron entonces rumbo a poniente. Balmaceda deseaba deshacerse cuanto antes de aquella «carga», así que intentó demorar la navegación lo menos posible. En el plazo de dos semanas estaban nuevamente en Kosom Lu'umil,

sin mayores percances que las jugarretas del «mico de los demonios», las clases de escritura —a las que se había sumado Cuitlachnehnemini— y las continuas «Salves» y «Ave Marías» que rezaban los del botecito.

—¿Es que no saben otra cosa que rezos y oraciones, esos condenados?— se exasperaba el muchacho andaluz.

—¿Y qué queréis que hagan? ¿Cantar romancillos?

—Hombre, al menos nos alegrarían el camino...

Se detuvieron una sola noche en la aldea itzá, tiempo suficiente para que el *ch'eeł* discutiera con su «familia adoptiva» sus planes para el futuro inmediato y pusiera a buen recaudo sus bienes. A ese respecto, tuvo una fuerte riña con los «rescatados». El capitán Bermejo argüía que esos hierros, lonas, armas y sogas le pertenecían.

—Consideradlo el pago por los costes del viaje— se limitó a responder Rodrigo, que estaba tentado de devolverlos a Cuba y olvidarlos allí. Escobedo puso paz, aunque no dejó de señalarle al andaluz que esos bienes eran, en efecto, de ellos.

—Más útiles me serán a mí aquí que a ellos en tierras mexicas, don Rodrigo. Y de no haberlos recogido yo de do eran tirados, allí hubiéranse quedado.

—Ya, cierto es, mas de ellos siguen siendo...

—¿Sabéis qué? Razón habedes, amigo mío— le dijo. —Y como yo nada os debo a ninguno, aquí me quedo, en la mi casa y con los míos. Llegad vos a Zempala como bien pudiéredes, a ver si la caridad y la buena voluntad que os hinchán sirven para mantener a flote a aquesos condenados chinchorros hasta allá.

La cuestión estaba zanjada: los bienes tenían nuevo dueño. Al alba zarparon rumbo a Xicalanco, la que sería su primera etapa. Desde allí, navegarían por rumbos que Balmaceda desconocía, aunque sabía que debería limitarse a seguir la costa hasta llegar a Cempohuallan.

El viaje tomó semanas y fue bastante monótono. El *ch'ee* practicaba sus destrezas alfabéticas, el escribano revisaba sus apuntes y mediciones para confeccionar una carta de esas regiones a su llegada a Tenochtitlan ayudándose con los mapas *chontalli*, y el mexica concebía nuevos negocios. Por su parte, los cinco del chinchorro amanecían cada día más apocados y apagados. Pero todos supusieron que se trataba de agotamiento y no dudaron que, una vez en tierra y sometidos a buenos cuidados, se recuperarían pronto.

—¿Recordáis cómo asábamos pescados en las nuestras rodelas?— preguntó una tarde Escobedo a Balmaceda, al calor de unas brasas, en una sección de costa del norte de Yucatán.

—Por mi fe que no... ¿Do fue aqueso?

—Pues si no me engaño, por aquí mismo.

—Ya no viajaba yo con vosotros, mi amigo.

—Ah... Cierto es... Pero recordaréis cómo asomábamos el trasero por la borda en el norte de Cuba, y las competencias que había entre los de Lequeitio por ver cual zurullo hacía más ruido al caer al agua, ¿o no?

Balmaceda se desternillaba.

—Pues sí... Divertida gente, esos vascuences.

—Decidme, amigo... ¿De verdad no os apetece volver con los vuestros?

—Sí, don Rodrigo. Cuanto antes regrese a Kosom Lu'umil, mejor. Ya echo en falta a Ix Xíiw.

—Me refiero a los castellanos.

—No, señor escribano. Ésos ya no son los míos. Bien graciosos son para un rato de chanzas y para rememorar glorias y desventuras pasadas, mas no para otra cosa. Dejadme agora que os haga yo la misma pregunta. ¿Os apetece a vos volver con los vuestros?

Escobedo se quedó pensativo un rato.

—Pues el punto es que no, mas hasta agora he pensado que este sentimiento mío de renegar de la mi gente es cosa que va contra natura.

—¿Entonces os sentís mejor entre los naturales de aquestas tierras que entre vuestros camaradas de aventuras?

—Ansí es, sí... Sólo que no acierto a explicar por qué, o a decidir si es algo que está bien o está mal.

—Habedes remordimientos.

—Algo ansí, sí.

—Pues dejaos de pamplinas, mi señor Escobedo, y haced de vuestra vida lo que mejor os plazca, y al diablo con el resto.

—Quizás lo haga, que hallo en aquesta gente bastante más... limpieza... o sencillez que en tierras nuestras.

—Sé de lo que habláis. Aunque no es oro todo lo que reluce, y hartas desdichas, vilezas y injusticias he trubado aquí también, como en Castilla. Mas me siento mejor entre los itzáes que entre castellanos, y tampoco sabría decir por qué.

Llegaron a Xicalanco hacia finales de marzo. Los náufragos de Cuba iban cada vez peor. Cuitlachnehnemini, preocupado, hizo notar varias veces a Escobedo que podían estar enfermos. El segoviano lo achacaba a la debilidad e insistía en que se pondrían como nuevos después de un par de semanas comiendo decentemente en Tenochtitlan. El mercader, no sin cierta inquietud, había aceptado esas razones, pero no dejaba de vigilar a los españoles.

Para ese entonces, Balmaceda ya escribía con bastante soltura, lo cual no dejaba de llenarlo de una especie de orgullo mezclado con satisfacción y alegría. Tenía demasiadas cosas que contar. A ellas se dedicaría tan pronto retornara a su casa.

El 18 de abril navegaban rumbo norte, aprovechando un viento que parecía enviado por el mismo Quetzalcoatl-Ehecatl. Los trapos, totalmente henchidos, parecían felices y hubieran sonreído de poder hacerlo. Al girar un promontorio desembocaron en una amplia bahía. Al fondo se elevaban las pirámides albas de Cempohuallan, que Escobedo reconoció al punto. Pero apenas si se fijaron en eso: entre ellos y la villa totonaca, sobre el mar, se presentaba el verdadero espectáculo, el que los dejó sin habla, el que les cortó la respiración.

Una decena de carabelas de maderas ennegrecidas, de proas y popas talladas, altas bordas y paños de algodón por velas, cabeceaban plácidamente cerca de la costa.

XVII

CASTILLA, 1521

Los pellexos pintados, la sangre e demás restos que se pusieron a la vista de las gentes de la cibdad de Sevilla como muestra del sacrificio a Huitzilopochtli, fuerte temor probocaron. Mas también algarabía grande, que los sevillanos no querían aceptar aquese destino para sus nobles e personajes principales, e pensando en eso resolvieron alçarse en armas.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo IV.

Tepehuahtzin se paseaba por la Sala de la Media Naranja, recorriéndola de punta a punta. Era 12 de julio y fuera de aquellas paredes, en los callejones y plazuelas, comenzaba la revuelta popular.

Resultaba paradójico que desde ese mismo salón desde el cual debería tomar medidas contra el alzamiento, los sevillanos hubieran organizado sus ataques contra él hasta hacía unos días. Pero así había sido siempre la historia: un viento que movía locamente la veleta de los hombres. ¿O era al revés? Fuese cual fuese el motivo, lo cierto era que las circunstancias mudaban irremediabilmente con el tiempo, y con ellas la situación de sus

protagonistas: el que ayer había sido un héroe, hoy era decapitado por traidor; el que antes había sido poderoso caía en desgracia y pobreza; las fortalezas musulmanas pasaban a manos cristianas y, por fin, al control de los mexicas.

Sería una mera coincidencia, pero los sucesos que condujeron a los disturbios que tenían lugar fuera del Alcázar estaban relacionados precisamente con poderosos que caían en desgracia. El *tlacochcalcatl*, que poco tiempo antes había actuado como el instigador de tales acontecimientos, ocupaba ahora un lugar privilegiado como mero observador. Ante sus ojos veía desfilar una secuencia mágica de imágenes desvaídas, que parecían reflejar algo ocurrido hacía milenios en vez de horas.



Una recepción tensa, en la cual el líder mexica conoció a los nobles de la ciudad, aquéllos a quienes pertenecía, literalmente, todo aquel territorio. Muchos que se retiraron, otros que se quedaron invitados a una cena más tensa aún. Y entonces, las condiciones de Tepehuahtzin. Las Duquesas de Medina-Sidonia firmando ante un escribano amenazado de muerte el documento a través del cual, para salvar sus propias vidas, cedían sus posesiones y cargos al general de la Serpiente Emplumada. El resto de las casas nobiliarias, retenidas allí con la excusa del banquete, imitándolas. Inmediatamente después los guardias prendiéndolos y sujetando las manos y los pies de aquellos desdichados con fuertes sogas. La Duquesa más joven proclamando a los gritos su hidalguía, sus raíces lejanas procedentes de un rey, sus relaciones, su poder... «Soy Ana de Aragón y de Gurrea» chilló, «hija del Arzobispo de Zaragoza, nieta de Fernando el Católico». Y luego, tras

comprobar que todo aquello no valía sino para amedrentar e imponer respeto a los suyos, su llanto implorando clemencia, perdida entera su anterior dignidad. La celebración de la victoria ante aquel templo cristiano, en cuyas gradas se colocó la piedra de sacrificios y la estatua de madera de Huitzilopochtli, traída desde Tenochtitlan a bordo de la «Ayahuicoatl». El cuchillo de pedernal del sacerdote extrayendo «las tunas del águila»; las manos ofreciendo ese alimento sagrado a los dioses; el «agua preciosa» corriendo por los peldaños y los viejos adoquines de Sevilla. Los tambores, las bocinas y las flautas resonando mientras las pieles eran arrebatadas de los cuerpos caídos y colocadas en cruces, como homenaje a las deidades y como advertencia a los habitantes de aquella ciudad. A continuación los truenos y la lluvia —caricia de Tlaloc a sus hijos— que lavó todo, todo, todo...



¿Se excedió Tepehuahtzin al dar aquel paso? ¿Se equivocó? ¿Debería pagar muy cara su actuación? Intentando hallar respuestas a sus propias preguntas lo encontró Machimaleh cuando entró en el recinto para comunicarle que el levantamiento había comenzado, y que estaba localizado en núcleos donde se habían dado cita hombres toscamente armados. El *tlacochcalcatl* pensó que aquel intento de oposición era inútil: la mayor parte de las armas y las caballerías de la ciudad las tenían consigo en la fortaleza. ¿Los atacarían con herramientas, con piedras, con cuchillos de cocina? Quizás así fuera... No había que confiarse jamás, y mucho menos hacerlo en la superioridad propia. Eso se lo había enseñado su mentor, Rodrigo de Escobedo, hacía muchos años en Tenochtitlan: hasta los mayores imperios podían ser derrotados y aniquilados por huestes reducidas que supieran

aprovechar sus fortalezas y valerse de las debilidades contrarias. Así se lo había dicho: lo recordaba bien. Y él no pensaba dejarse sorprender por una «hueste» ni perder la posición que tanto esfuerzo y sacrificio le había costado ganar.

¿Qué hacer? ¿Cómo actuar? Si mostraba misericordia o inclinación al diálogo, quizás ganara vasallos fieles y pudiera llegar a acuerdos. Pero, tal y como estaban de enardecidos los ánimos, aquel paso hubiera sido una inútil muestra de debilidad. Sangre había encendido la revuelta, y sangre debía apagarla.

—*Macamo xíquimicnoittacan...*⁷¹— sentenció. Machimaleh asintió y despachó emisarios. Tepehuahtzin mandó llamar entonces a los escribas para continuar redactando las crónicas de aquella conquista. Deseaba enviar una copia detallada de lo ya acaecido en los barcos que pronto zarparían hacia su ciudad natal, su hogar, la villa de los templos sobre las aguas del Texcoco.



Gonçalvez había conseguido algo de comida —pagando un precio ridículamente alto por ella— en una taberna cercana a la Plaza de la Alfalfa. Las provisiones escaseaban en Sevilla, y los comerciantes, buenos especuladores, no abrían ni sus arcas ni sus almacenes, éstos últimos lugares de acopio de bastimentos y vituallas.

—*Come, mulher, que pouco mais podemos fazer sinon manter-nos vivos*— animó a Lucía, mientras colocaba una hogaza de pan y unos

⁷¹ En náhuatl, «No les mostréis misericordia».

embutidos cocidos sobre la mesa. La muchacha se había abandonado a su suerte. Nada le importaba, y parecía decidida a dejarse morir.

En la taberna en donde había comprado los alimentos, el portugués escuchó las charlas de algunos parroquianos. Se enteró así de la noticia del macabro sacrificio de los nobles más prestigiosos y ricos, algo de lo que, en su fuero interno, se alegró. Y también supo de la revuelta que estaba en marcha. Cavilando en su camino de vuelta, decidió que sería prudente guarecerse en la Mancebía y no salir de allí mientras todas aquellas correntadas de descontento no amainaran. Probablemente los que pretendían hacer frente a los invasores terminarían sus días como esos nobles de los que hablaban: con sus cueros expuestos al escarnio en algún sitio público.

Esas nuevas le contaba el hombre a su «anfitriona», que las digería con el mismo hastío que la comida y sin mostrar emoción alguna. Hasta que manifestó su conformidad con el hecho de que los nobles hubieran recibido su merecido. En ese instante la mujer pareció volver de algún lugar muy lejano y, por primera vez en el tiempo que llevaba allí, le prestó atención.

—Debiérades haberos unidos a los que se alzaron a favor de las Comunidades— opinó Lucía.

—*Nada disso sé yo, que el meu negócio é navegar, e pásome mais tempo no mar e nos portos que enterándome dos assuntos das cidades.* Mas... ¿Comunidades, dices?

—Sí, en Castilla fue, un tiempo ha. Aquí, el hermano del Duque de Arcos se alzó también, clamando liberarse del yugo del rey y gobernar la villa por sí mismos, como pedían los de Segovia, Ávila y Toledo.

—¿Un noble?! ¿Alzándose contra el rey?!

—Ya lo veis, que aquesto semejaba un mundo al revés... Mas aqueste Arcos era un segundón buscapleitos, un mequetrefe bravucón, un noblecillo maleducado y bueno para nada que sólo quería meterse en grescas para hacer asomar la espada. En nada parecíase a los de las comunidades castellanas, que aquellos se alzaban por libertad y aqueste por divertimento.

—¿Cómo sabedes vos *todo isso*?

—El fulano solía venir por aquí.

—*Nobre é raça de marica e afeminado que non trabalha e vive de outros... Viste-se e obra como rico, e non lhe importa a sorte dos pobres... Eu conheço-os bem, casta maldita, os piores abutres dos céus de Portugal e Castela...*— despotricó el marino en su propia lengua.

—¿Y agora que ocurrirá?

—Agora Sevilla tiene nuevos señores, moza— respondió el portugués.
—*Será a mesma merda, mas com diferente cheiro...* E hasta que *os sevilhanos aceitem as novas regras*, habremos revueltas *todos os días*.

—¿Y vos que haréis?

—*Sair daqui em quanto possa.*

La mujer bajó la vista y lanzó un suspiro.

—Come, Lucía— dijo entonces el lusitano —*que non sabemos quando habremos jantar outra vez...*



La sublevación de Sevilla fue rápidamente apagada, y al día siguiente —13 de julio, fecha funesta según las creencias tradicionales castellanas— fueron ejecutados todos los hombres que habían tomado parte en ella, todos los sospechosos de ser rebeldes, todos los amigos y parientes de los sospechosos y culpables, y todos aquellos que fueron descubiertos en posesión de algún elemento que pudiese ser usado como arma contra los mexicas y sus aliados.

Fue una masacre. Aunque muchos fueron colgados de las murallas, debido a que faltó cuerda para ejecutar tanta gente, otros tantos fueron sumariamente decapitados y sus cabezas apiladas junto a las puertas de la villa para escarmiento y lección de otros. Pero fueron contados los ojos que vieron aquello, pues la población estaba prácticamente prisionera y pocos osaban acercarse a las entradas.

Entre el 14 y el 15, los almacenes de los comerciantes que aún tenían existencias fueron requisados por las tropas de la Serpiente Emplumada bajo órdenes del nuevo gobernador Tepehuahtzin y del Capitán General, convertido en uno más de los forzados títeres del mexica. Todas las mercancías expropiadas fueron sacadas a la venta en tenderetes, puestos y mercadillos. Se vendieron, además, todos los animales que estaban dentro de la ciudad y los que pudieron ser capturados por los recién llegados en arrabales y campos cercanos. Las ganancias fueron a parar, como era de suponer, a las arcas de los nuevos dueños de la villa. La ciudad estaba muda: de espanto, de dolor, de indignación, de impotencia, de rabia. No se escuchaban sus pasos ni sus carreras ni sus tradicionales gritos. No se oía la algarabía ni el zumbido laborioso que desplegaba cualquier población. Todo era silencio, gestos hoscos, miradas gachas o esquivas. En bodegones y

tabernas, los hombres se emborrachaban para tratar de olvidar su suerte, ahogando sus últimos dineros en el fondo de un vaso de vino. Y cuando surgía alguna voz ebria de rebeldía, las demás la acallaban en seguida, instándole a que se tragara las palabras si no quería amanecer «en alto puesto», es decir, colgado de las almenas. Las mujeres apenas salían de sus casas, ocupadas como estaban en atender a los invasores. Aquéllos que tenían campos extramuros se habían quedado sin tarea: la mayor parte habían sido arrasados, y de momento eran pocos los permisos para salir del casco urbano. Los artesanos volvían lentamente a sus labores, pero se preguntaban a quién demonios ofrecerían sus productos. Los marinos y viajeros colmaban los mesones intramuros, imposibilitados de subirse a un barco o de salir de la villa.

Los caños de Carmona estaban siendo reconstruidos usando las mismas piezas que fueran voladas en los primeros momentos del ataque a Sevilla. Y la noche del 15 los restos de los ejecutados ardían en hogueras descomunales en los antiguos muladares de extramuros, para frenar el aumento de las enfermedades que podrían diezmar la villa. Las cabezas, sin embargo, no fueron incineradas: ensartadas en largas varas obtenidas en las Atarazanas, fueron desplegadas a modo de *tzompantli* a lo largo de la cara exterior de las murallas, para recordar a todos los que se aproximaran a ellas el castigo que habían recibido quienes se les opusieron.

El día 16 de julio, los pregoneros del «Cabildo» —un Cabildo que jamás había sido precisamente «del pueblo» y que para entonces lo era mucho menos— avisaron a todos los vecinos que debían reunirse en sus respectivas parroquias para recibir instrucciones sobre cómo se desarrollarían las cosas en el futuro. Allí se les informaría de que cada collación quedaría en manos de un *tlacateccatl* extranjero, el cual intentaría por todos los medios

lograr que la vida de los sevillanos volviera a su antiguo cauce. Las distintas compañías del ejército de la Serpiente Emplumada se ocuparían de ello: de que no faltara comida, de que los labriegos pudieran labrar sus tierras, de que los artesanos trabajaran y de que, poco a poco, los comerciantes retomaran sus asuntos y los navegantes los suyos. Se organizaría, además, la repartición de casas, y se forzaría a las viudas y solteras a unirse a guerreros extranjeros.

Aunque ya para aquel momento la mayoría de las mujeres habían sido forzadas.

Como era de esperar, el descontento tras la comunicación de tales medidas se generalizó. Había pocas opciones. Y la de huir presentaba varias incógnitas. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Hacia dónde? ¿Hacia qué? Muchas mujeres, sin alternativas posibles, aceptaron su destino con sumisión y docilidad. Muchas otras prefirieron quitarse la vida, una vida que ya no tenía demasiado sentido para ellas. Y unas cuantas aguantaron todo lo que vino prometiéndose venganza por las demás y por los padres, maridos, hermanos e hijos muertos. Una venganza que, por cierto, jamás conseguirían.



Aquel mismo día 16, las tropas comandadas por Antonio de Zúñiga, Prior de San Juan, se concentraban en Córdoba. Los habitantes de la ciudad estaban al tanto de los problemas de Sevilla, pero su Cabildo había decidido no efectuar ningún movimiento hasta obtener datos dignos de crédito sobre lo acontecido. Aún desconocían la identidad de los invasores y nada sabían de sus intenciones inmediatas.

Córdoba, como muchas otras ciudades del reino de Castilla, estaba rodeada de murallas y torres. Se situaba a la vera del Guadalquivir, allí donde el río formaba un meandro cerrado. Su corazón era la *medina* musulmana, la villa amurallada. A su alrededor se levantaban los arrabales, algunos de ellos también protegidos por torreones y muros, constituyendo lo que denominaban la *ajerquía*.

Tras cruzar el puente romano de tres ojos del arroyo Pedroches, el ejército alzó el real a las afueras de la villa, mientras que sus dirigentes hallaron alojamiento en una posada del casco cordobés. Don Pedro de Guzmán buscó a su hermano para comunicarle su llegada, mientras el Prior y sus colaboradores organizaban una reunión con los cabildantes para deliberar sobre el apoyo de la ciudad a la defensa de Hispalis. Aquellos hombres todavía no estaban enterados de que la toma de Sevilla era ya un hecho. Pero no tardarían en llegarles los rumores de su caída en cuanto atravesaran la puerta de la posada. La villa no podía ser defendida. Debía ser atacada. Al menos si querían librarla del dominio del ejército de la Serpiente Emplumada.

En la habitación donde descansaba hasta el momento de la reunión, los asistentes del Prior le anunciaron que un hombre solicitaba una audiencia.

—Que pase— respondió Zúñiga, mientras se hacía dar aguamanos para refrescarse y decidía con qué ropas iba a asistir a la cita del Cabildo. Ante él se cuadró un soldado de aspecto resuelto, con las ropas denunciando un largo viaje y el rostro clamando a gritos por descanso. Traía como mozo o escudero a un mozalbete con las mismas trazas que él. O peores.

—Alférez Gonzalo de Iriarte, excelencia, a vuestras órdenes— se presentó el recién llegado.

XVIII

CEMPOHUALLAN, 1495

Una nube de velas blancas e trapos de algodón desplegábanse al viento en la bahía de Zempoala, do los castellanos habían construido naos e carabelas para el su señor Ahuitzotl, gran orador o huei tlatoani de los mexicas de Tenochtitlan. E era grande marabilla el poder ver todos esos barcos allí flotando, con los sus maderos tallados e las sus vergas.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo IV.

—¡Me cago en Cristo!— profirió Balmaceda, estupefacto. Cuitlachnehnemini estuvo a punto de caerse por la borda, los ojos saliéndose de las órbitas. La expresión de Escobedo no era muy distinta: con la boca abierta de par en par, se había quedado alelado por la visión.

En la playa se levantaban talleres y se perfilaban baos, cuadernas, mástiles y palos. Y entre unos roquedales cercanos emergían del agua tres cascos que parecían hundidos. Había un verdadero ejército de hombres trabajando allí, y otros tantos maniobrando en las embarcaciones.

—Ya os lo había dicho yo, don Rodrigo— dijo el *ch'eel*, contemplando la ribera. —Dadle tiempo al Arana ése y os preparará una flota como para derrotar a la veneciana.

El escribano asentía, riendo, y señalaba los barcos al *pochtecatl*. Éste no lo podía creer. ¿Tanto habían avanzado ya? ¿Qué cosas podrían hacer esas naves? ¿Hasta dónde podrían llegar? ¿Hasta dónde los podrían llevar? Todo un espectro de posibilidades se abría en su cabeza de comerciante, y los rumbos transitados en aquellos meses de viaje ya no le parecían ensoñaciones, sino realidades al alcance de la mano.

—Don Rodrigo, yo os dejo aquí mesmo— dijo de pronto Balmaceda. —No quiero tener ningún problema con vuestros compañeros, ni verme en el trance de una riña.

—Por aqueso no os aflijáis, amigo mío, que yo respondo por vos.

—¿Ajá? ¿Y por vos, quién responde?

—El propio *hueyi tlahtoani* de Tenochtitlan. Vamos, avanzad un trecho más y dejadnos allá. Podréis descansar y mañana al alba, si así lo deseades, partiréis para vuestra isla con bastimentos y lo que hayáis menester.

— Sea...— aceptó Balmaceda de mala gana. Se acercaron lentamente a la costa y encallaron la proa en una de las pocas secciones de arena libre que lograron hallar. Al punto un hombre de piel blanca se les acercó corriendo, seguido por varios guerreros mexicas.

—¿Don Rodrigo? ¿Sois vos?

Escobedo reconoció a Andrés de Huelva, sonriente como siempre, vestido de punta en blanco, con un poblado bigote y varias pulseras de *chalchihuitl*.

—Andresillo, zagal, sí que soy yo... Mas... ¡Madre de mi alma! ¡Miraos, pues! ¡Si os habéis hecho un hombre templado en menos de un año!

—Más de un año, don Rodrigo, que ya os dábamos por perdido y muerto en el sur. Mas... ¿a quién traéis con vos? ¿No son aquellos españoles?

—Sí, son náufragos que hemos rescatado de las playas de Cuba con ayuda de nuestro antiguo compañero Rodrigo Balmaceda. ¿Os acordáis de él?

Andrés torció el gesto.

—Sí, vaya si lo recuerdo. Y de seguro que también lo hará el condenado Arana.

—¿Está él aquí?

—Sí, don Rodrigo, y os aconsejo que os mantengáis alejado de él, que se ha vuelto hombre intratable, quisquilloso y con harto poder y codicia. Mas decidme, ¿cómo os ha ido en vuestro viaje?

—A mí muy bien, que hartas cosas he visto y vivido. Y dime tú, mozo, ¿cómo habéis logrado armar aquestas naos?

—Esfuerzo nos ha costado, que las dos primeras, más pequeñas, las probamos en el lago de Tezcoco y una dellas se fue a pique apenas tocó el agua. Y aquellas que vedes allá entre las rocas son otras tres que aquí también fallaron, más otras cinco que se hundieron en alta mar... Agora tenemos aquestas que se están aquí y otras quince que están navegando más al norte.

—Si parece milagro y cosa de no creer... ¿Y de las armas, qué hay?

—Eso os lo referirá don Luis, que en Tenochtitlán se ha quedado. Mas ya tenemos pólvora y hierro, y allí se está trabajando con cañones, falconetes y arcabuces, por hacellos mejores, que hartos problemas nos han dado, y también algún herido.

—¿Alguno de los nuestros?

—No, todos nosotros estamos de maravillas, don Rodrigo, que no sé yo si en el cielo haya un lugar como aqueste agora. Casas habemos, y tierras, y hartos bienes. ¡Y mujeres!

—Hombre, lo que tú habías menester, Andresillo. Ansí que agora eres dueño y señor de tu casa.

—Sí, pues, que...

La respuesta del grumete onubense se vio interrumpida por la voz de Diego de Arana, que se aproximaba raudo con una cohorte de guerreros mexicas a sus espaldas.

—Mas... ¿qué ven mis ojos? ¿Acaso es nuestro pintapapeles, que tornado es?

—Don Diego... Sólo por haber el placer de oír una otra vez vuestra armoniosa voz es que he vuelto, creedme— respondió el escribano con sorna.

—¡Alahé! ¿Y a quién habéis traído con vos?— Arana tardó en reconocer a Balmaceda. —Pero si es el marrano traidor de...

Y uniendo el dicho al hecho, echó mano a su espada. Pero el andaluz fue mucho más rápido. Con la suya también desenvainada detuvo el golpe y con la otra mano le tiró un tajo de cuchillo a la cara que estuvo cerca de dejar tuerto a Arana. Luego lo empujó hacia atrás, apartándolo de su lado.

—El cobarde de Diego de Arana, aún vivito y coleando— le escupió. Escobedo se interpuso entre ambos hombres.

—Tocad al mozo y me ocuparé personalmente de que vuestra cabeza adorne un *tzompantli*— le advirtió al cordobés. Éste rió.

—¿Quién os creéis que sois, maese Escobedo? ¿El consejero de Ahuitzotl? Sabed que desde que os fuisteis, las cosas han cambiado mucho por aquí.

—No necesito ser amigo de nadie para clavar vuestra testa en un madero con mis propias manos, Arana— ladró el escribano. La saliva se le había espesado, y a su sangre volvía la ira, la furia y la fuerza de sus años mozos, cuando por menos de un «Jesús» desenvainaba la toledana. —No tentéis la suerte.

—Vaya...— se carcajeó el cordobés, amenazando con la punta de su hierro al segoviano. —¡Mirad esto! ¡El borrego resultó ser lobo! Hacedme placer, chupatintas, y no me enseñéis los dientes si no sabéis usarlos. Echad luego a esa alimaña de aquestas tierras si no queréis que lo haga rodar desde lo alto del templo grande de Tenochtitlán.

Escobedo se cegó. Arrebató de un golpe el hierro de la mano derecha de Balmaceda y lo cruzó con Arana. Aunque éste reaccionó a tiempo y con gran agilidad, no fue lo suficientemente rápido: el escribano alzó el arma y deslizó la punta por la cara del cordobés, que, esta vez sí, recibió un buen tajo. Instintivamente el hombre se cubrió el rostro con la mano izquierda, momento que fue aprovechado por Escobedo para bajar de un golpe el arma de su adversario y colocar el filo de la suya en la garganta de Arana.

—Reíd agora— le espetó. —¡Reíd agora, os digo!

A su alrededor se había agrupado bastante gente, pero nadie intervenía. Todos —incluidos los mexicas— sabían que no debían entrometerse en un duelo, ocurriese lo que ocurriese.

—¿Vais a degollarme, don Rodrigo de Escobedo?— le animó Arana, mordaz.

—No, bastardo... Os dejaré con vida para que recordéis cómo un día huisteis de una isla itzá por no enfrentaros con éste de aquí atrás, y cómo hogaño un simple chupatintas estuvo a punto de cortaros el gaznate. Vivid con eso y disfrutadlo, que las mierdas como vos no merecen otra cosa.

Cuitlachnehnemini bajó el arma de Escobedo y se lo llevó de allí, mientras Arana, con los brazos abiertos, le gritaba: «¿Eso es todo lo que sabéis hacer? ¿Eso es todo?». Balmaceda asió el brazo del segoviano, a la vez que recuperaba su espada.

—Ha sido un gusto volver a veros, don Rodrigo— le saludó. —Ya sabéis do trubarme. Agora parto. Ya os dije que no quiero problemas, y si me estoy aquí un minuto más terminaré matando a ese hideputa.

—Id con Dios, Rodrigo, y gracias por la vuestra ayuda— se despidió Escobedo. El *pochtecatl* llevó aparte a Balmaceda y le entregó varias sargas de valiosísimas cuentas de *chalchihuitl*. El andaluz agradeció el presente pero no quiso aceptarlo. El mercader insistió y en su precario castellano le indicó que lo necesitaría en el futuro, pues dentro de diez lunas lo estaría esperando en Xicalanco para comerciar. Rodrigo asintió y se alejó al trote hacia su barcaza sin cruzar palabra alguna con los cinco náufragos, que bajaban del chinchorro cargados con sus hatos llenos de ropas viejas y daban gracias al cielo por su feliz llegada a tierra firme y a manos amigas.

El *ch'eel* comenzó a empujar su barco para desencallar, y fue entonces cuando Arana se libró del grupo que lo sujetaba y fue tras él.

—¿Os vais sin despediros, traidor? ¿Así os vais?

Balmaceda ya estaba sobre su barca, orientando los paños para salir de la bahía. Desde allí le desafió a voces:

—¡Volveremos a vernos, maese Arana! ¡Y la próxima vez será la última!



Cuando por fin abandonaba aquella bahía con rumbo sur, con la sangre repicándole en las sienes y la rabia atragantada, sintió el andaluz un chillido entre las velas. Desde allá arriba bajó corriendo el *ozomahtli*.

—¡Santos del cielo! ¡El que me faltaba...!— gimió Rodrigo. El mono se le subió al hombro y empezó a espulgarse tranquilamente.

XIX

CASTILLA, 1521

E los vezinos e abitantes de las riberas del río Guadalquivir vieron passar una otra vez las embarcaciones con la Serpiente Emplumada como insignia. E asombro grande causábales el contemplar su tamaño e su figura, que susto llevaban en el cuerpo de solo ver sus siluetas e las sierpes de maderas que llevaban asomando por las proas, con sus colmillos por fuera.

Crónicas de la Serpiente Emplumada, tomo IV.

Caminaban los de Medina-Sidonia por el puente romano que cruzaba el Guadalquivir en los sotos de la Albolafia. De las aguas marrones surgían, en aquel sitio, una infinidad de barras e islotes cubiertos por el plumaje blanco, los picos negros y las miradas amarillas de las garcetas. El río movía allí varios molinos —el de San Antonio, el de Enmedio, el de Téllez, el propio de la Albolafia— cuyos chirriantes ejes de madera seguramente llevaban girando y gimiendo desde el tiempo de los romanos o de los almohades. Don Juan Alonso de Guzmán, ya repuesto de esa repentina «enfermedad» que le había impedido dirigirse a Toledo al frente de sus hombres, oteaba la corriente

mansa con indiferencia, la misma con la que escuchaba las ideas y propuestas de su hermano menor. Éste hablaba sin cesar de las nuevas que habían tenido, de los hombres que habían levado en su camino desde Toledo, de los planes del Prior para salvar Sevilla...

—Teneos, hermano, y dejad las vuestras razones a un lado, que apasionadas son, sí, mas también propias de persona tan joven y sin experiencia como sois vos— profirió de pronto el mayor de los Guzmanes, tras un largo rato sin decir palabra. Don Pedro lo miró extrañado, casi afrentado.

—¿Qué queréis decir?

—Vaya al diablo Sevilla y todo lo que en ella viva y muera, que a mí no se me da un clavo su suerte— exclamó el otro. —Que los dominios de la nuestra casa son los más grandes de Castilla, y no habemos menester de arriesgar la vida por salvar a nadie ni a nada.

El muchacho parecía confundido.

—Mas... ¿qué decís? ¿Teméis arriesgar la vida? Señor, parecéis no recordar que en aquea villa habéis mujer, madre, casa, amigos y vasallos.

—Mujer, amigos y vasallos por conveniencia, y madre anciana, zagal. ¿Y casa? Cientos he, desde Sanlúcar a Medina-Sidonia y desde Sevilla hasta Niebla. Mas vida he una sola, y no pienso ponerla bajo el cuchillo de nadie.

Aquella respuesta despejó de inmediato las dudas del otro.

—Es por eso que os «enfermasteis» en yendo a Toledo, ¿verdad?— Don Juan Alonso de Guzmán no se inmutó. Continuó allí, sin despegar los ojos de las aves que pescaban entre los carrizos de los islotes. —Enfermo de cobardía.

El hombre se giró rápidamente y le cruzó la cara al joven de un revés. Acto seguido lo asió por el collar del jubón.

—No porque seas mi hermano y noble te he de aguantar sandeces o bellaquerías, ¿me oyes?— le aclaró, zamarreándolo con violencia. Luego lo soltó y le apuntó a la cara con el índice. —Ten quieta la lengua, que muy mozo eres para andar hablando de lo que no sabes. Que el rey solucione sus asuntos y no me desampare, y si alguien tiene que morir por la su causa, que sean los pecheros, que nada arriesgan. A mí se me da un ochavo que los toledanos se rebelen, que yo ni gano ni pierdo con eso. Que mientras en aquestas tierras me respeten, ningún problema me ha de venir encima.

El muchacho se restregaba la cara y se miraba la mano, pintada con un imperceptible rastro de sangre. No podía creer lo que estaba oyendo.

—Y si Sevilla cae en manos de extranjeros, ¡que caiga y que se salve el que pueda!— continuó el mayor. —Mientras siga yo vivo, todo lo demás no me interesa.

—¡Maldita sea tu casta, que por desgracia es la mía! ¡Mal cancre te coma, y pierdas todo lo que has, y te quedes como perro sarnoso en la calle!— gritó Pedro, separándose de su hermano. —¡Maldito seas, traidor de los demonios! ¡Así te lleguen los malos años, a ver do estarán las tus riquezas para salvarte!

Corrió por el puente hacia la antigua y gastada puerta que se abría en aquella parte de las murallas cordobesas, y se perdió de vista. Juan Alonso de Guzmán se quedó allí, oyendo el ruido de la corriente al chocar contra las piedras, y observando una vez más los molinos harineros, las garcillas y moritos, las copas de los sauces y la Torre de la Calahorra. Pensaba en lo estúpido que eran los puntos de honra y las hidalguías cuando el asunto, todo

el maldito asunto, era mucho más sencillo: vivir para ver, vivir para tener, vivir para disfrutar. Pero, sobre todo, vivir.



—Sí, alférez, oímos algunos rumores del ataque a Cádiz en cruzando la sierra. Parésceme que las nuevas se mueven en aquesta bendita tierra más veloces que langostas. Mas, por lo que me contáis, las fuerzas que agora se están en Sevilla son muy superiores a las nuestras.

—No lo sé, excelencia, que todo aquesto es confuso y sólo por rumores y noticias vagas nos movemos. Y ya sabe vuestra merced que cuando los tales rumores viajan de boca en boca, cada lengua los agranda a su gusto, que nunca sabe uno cuánto hay de verdad en ellos y cuánto de mentira.

—Mas vos y vuestros hombres fuisteis testigos del ataque a Cádiz. Al menos ya sabemos a cuántos soldados nos trubaremos de seguro en Sevilla. Los que hayan subido por el río con los barcos pueden ser menos, o ser sólo naos y carabelas y nada más.

Iriarte se encogió de hombros.

—¿Los que vienen con vos son todos los hombres que habéis? ¿No llegarán refuerzos?— preguntó. El otro negó con la cabeza y terminó de secarse las manos. —Poco se podrá hacer, pues.

—Avanzaremos hasta los arrabales de Sevilla por oriente, por estudiar la situación. Entonces sabremos qué conviene hacer, alférez— respondió Zúñiga, mostrándose ofendido ante el atrevimiento de un subordinado que pretendía decirle lo que era factible y lo que no.

Gonzalo de Iriarte realizó una venia, musitando un «quedo a vuestras órdenes» y, haciéndole una seña a Hernán, salió de allí. Un puñado de sus hombres más leales lo esperaba a la puerta del mesón.

—Confiésense vuestas mercedes en la iglesia de Santa Marina, o do más les plazca, que a la muerte nos lleva este hideputa, si se confirman los rumores que corren sobre la rendición de Sevilla.— Los hombres se miraron entre ellos, incómodos. Iriarte escupió al suelo y se quedó un rato masticando su impotencia. —No tiene más hombres que los que habedes visto, y con ellos piensa reconquistar la ciudad y tomarla de manos de los que arrasaron Cádiz, por coronarse de laureles y llenarse de gloria eterna.

—¿No vienen más tropas?— se alarmaron algunos.

—No, señores, somos los que somos, y así sin más iremos a dar batalla.— Varios de aquellos soldados gaditanos resoplaron. Una cosa era la disciplina y otra bien distinta el suicidio. —Quedáis libres de vuestras obligaciones para conmigo, amigos míos. Decidlo así a los vuestros compañeros. El que lo desee, que se una a las huestes del señor Prior. El que no quiera perder la vida tontamente, mas aún quiera vengar la suerte de los nuestros compañeros del puerto, hará cosa inteligente si cabalga a Toledo y espera allí la llegada de las fuerzas de Navarra.

—¿Y qué hará vuestra merced?— quiso saber uno de los soldados.

—Ir a Sevilla con aqueste cabrón. He menester de saldar una promesa pendiente.— El hombre quedó en silencio unos momentos. —Si alguno va a Toledo, que me lo haga saber, que he de dalle un par de recados.— Uno de los hombres alzó la mano y comunicó que allí se dirigiría, pues tenía allegados en la villa. Iriarte lo llevó aparte y le pidió que se hiciera cargo de Hernán. Le encomendó que lo condujera a casa de una familia que él conocía, en donde

de seguro cuidarían de él. Al menos como criado tendría un porvenir. Luego se volvió hacia el muchacho.

—Hernán, irás con aqueste hombre a Toledo. Te dejará en una casa do me conocen y do cuidarán de ti. Vete, pues, y nunca olvides todo lo que has visto, todo lo que te he contado y todo lo que me has oído murmurar y gruñir, que algún día podrás repetírselo tú a tus nietos, si los ves crecer.

El muchacho asintió, acongojado. Iriarte le revolvió los cabellos, musitando un «Dios te proteja, zagal» que confiaba que se cumpliese.

«Ninguno de los tus nietos te creará la historia que has visto, Hernán, aunque jures por todos los santos del cielo» pensó Gonzalo para sí viéndolo partir, cuando el mozo lo saludaba agitando la mano. Enrollado de su muñeca todavía colgaba el rosario ennegrecido que rescatara hacía poco más de dos semanas de las manos de su madre en una iglesia de Cádiz.



En el mismo momento en que tenía lugar aquella despedida, los barcos de la serpiente con plumas empezaban a moverse por el Guadalquivir con numerosas tropas sobre sus puentes y en sus bodegas. Llevaban con ellos las armas traídas desde Tenochtitlan que no había hecho falta desembarcar, así como los bastimentos que habían sobrevivido al viaje. Para aquella expedición fueron elegidos los hombres que aseguraban estar en excelentes condiciones, y se les asignaron las naves más resistentes y mejor armadas: doscientas cincuenta naos, carabelas y urcas enormes, que exhibían con orgullo su estandarte anguloso y colorido por encima de sus sombrías siluetas.

Otras cinco naos zarparían para Tenochtitlan, transportando en sus bodegas caballos, bueyes, armas y muchos de los bienes obtenidos durante los saqueos a las distintas villas de Andalucía. En ellas, a buen recaudo, iría también una copia de las crónicas de viaje y conquista que el *tlacochcalcatl* había ido dictando cada día.

Casi medio centenar de barcos de la flota quedarían anclados en el puerto, y veinte mil guerreros permanecerían en Sevilla y sus arrabales. Tepehuahtzin había dado instrucciones a la armada que partía —comandada por Machimaleh— de dirigirse corriente abajo para ir asegurando el territorio hasta Sanlúcar. Esa ciudad no debería oponer resistencia si se respetaban los títulos de traspaso de poder firmados ante escribano por su señora, la Duquesa de Medina-Sidonia. Y, sobre todo, si recordaban las dos anteriores visitas de los barcos mexicas a sus orillas.

La intención de Tepehuahtzin no era otra que descomprimir la situación en Sevilla —había demasiados hombres y barcos en un mismo lugar— y, a la vez, empezar a expandir y a asegurar sus dominios. Por otro lado, necesitaba obtener suministros de forma urgente. Esperaba que las urcas que enviaba aguas abajo retornaran a la brevedad con alimentos y provisiones.

Una vez en Sanlúcar, los barcos debían poner rumbo a Cádiz para tomar posesión de aquella ciudad. Desde allí, un par de carabelas regresarían a Sevilla para informar de lo acontecido y el resto navegaría hacia el naciente, penetrando en el Mediterráneo y reconociendo las costas hispanas.

Entre la tripulación de aquella armada se encontraba Enríquez de Ribera. El Capitán General se convertía así en un rehén obligado a allanar el camino de los invasores en los feudos de sus compatriotas. Su mujer, Inés

Portocarrero y Cárdenas, de la Casa de Moguer, y su hijo Per Afán —un niño de 12 años— permanecerían en Sevilla, en su residencia del Palacio de las Dueñas, como prenda de «buena voluntad». La enseña de Enríquez —bandas horizontales amarillas y verdes— sería presentada en todos los puertos y villas con los que aquella flota entrase en contacto, para facilitar las tratativas o, al menos, para retardar los conflictos.

El español sabía lo que le ocurriría a su familia si no cumplía con lo que le ordenaban. El pellejo de su hermano, expuesto en una cruz ante la Catedral sevillana, había sido demostración suficiente.

Las obras de reconstrucción del acueducto avanzaban, y en unos días más se esperaba tener nuevamente agua limpia en todas las fuentes. Las del puente también estaban en marcha, utilizándose para su reparación piedras de las derruidas murallas, materiales de los arrabales incendiados y las más avanzadas técnicas mexicas en el manejo de cursos de agua.

Tepehuahtzin mandó llamar a Gutiérrez de Madrid a la Sala de la Media Naranja. El judío acudió pálido, temeroso y mudo. Su aspecto había cambiado de manera notable. Incluso el *tlacochcalcatl* se daba cuenta de que aquel hombre jamás volvería a ser el mismo. Pero, aún así, debía aprovecharse de sus contactos y conocimientos.

—Convocad tres mensajeros. Tres que hayan familia y en cuyas casas vivan mis hombres.— El judío inclinó la cabeza y salió del salón sin decir nada. El mexica dictó una serie de mensajes a sus escribas. Para cuando llegaron los tres elegidos, los textos estaban preparados.

—Llevaréis estos mensajes a Córdoba, a Jaén y a Granada. Se os darán caballos, vituallas y dineros para el viaje. Si no tornáis en un tiempo prudente, vuestras familias serán muertas. Si lo hacéis sin respuesta, vosotros os uniréis

a la vuestra familia en el mismo final. Partid agora.

La mañana del 18, las patrullas que nomadeaban al este de la villa dieron aviso del avance de una tropa de unas cuatro mil almas. Tepehuahtzin despachó a los comandantes de las cinco naos que iban a volver a Tenochtitlan y de inmediato se puso a analizar aquella amenaza que acababa de asomar a tan corta distancia.



19 de julio. Las huestes del Prior de San Juan y sus aliados se acercaban a Sevilla. En su camino desde Écija habían logrado distinguir, en el occidente, las difusas siluetas de arrabales y murallas. Y entre ellos y la ciudad, un ejército inmenso que se extendía por campos y huertas.

A lo lejos sonaban bocinas y atabales. De pronto, decenas de pabellones se alzaron y se desplegaron al viento en medio de una gritería furibunda.

Y diez millares de manos alzaron sus armas al cielo.

FIN·D
EL· LIBRO
DL· GVERRERO

NOTA DEL AUTOR

Los retos a la hora de escribir la segunda parte de las «Crónicas de la Serpiente Emplumada» no han disminuido en relación a la primera. Es más, quizás hayan aumentado. Sin embargo, lejos de convertirse en una barrera, las dificultades a superar se transformaron en un desafío digno de ser afrontado.

Al incorporar al pueblo miskitu a mi historia descubrí que su lengua actual está profundamente invadida por términos de origen inglés. Debido al íntimo contacto que han tenido con colonos de esa nacionalidad, su idioma posee multitud de palabras que derivan directamente de voces británicas. Por ende, a la hora de redactar las frases en miskitu debí tomar la precaución de revisar su etimología y origen, asegurándome de que todos los vocablos fueran puramente miskitu y no tuvieran rastro alguno de influencias europeas.

Redactar diálogos completos en castellano antiguo, usando giros y formas de hace cinco siglos, tampoco fue sencillo. Por un lado, busqué inspiración en los escritos de la época. El lector habituado a hojear esa literatura encontrará seguramente palabras y frases procedentes de «La Celestina» de Fernando de Rojas, de varias obras de Miguel de Cervantes y Francisco de Quevedo (entre ellas la «Historia de la vida del Buscón») y del inmortal «Lazarillo de Tormes». Sin embargo, una de mis fuentes más útiles

y a la que debo mayor reconocimiento es un trabajo del peruano Ricardo Palma, «Tradiciones peruanas», en donde recoge cantares, versos y formas del decir del Perú colonial. Por otro lado, la tradición oral castellana actual conserva muchos giros, expresiones y refranes que proceden de tiempos muy antiguos. De ella también saqué inmenso provecho.

La elaboración de un plano exacto de Tenochtitlan antes de la llegada hispana fue una tarea prácticamente imposible. Más allá de la famosa maqueta exhibida en el Museo Nacional de Antropología de México, sólo quedan de su geografía algunos relatos desarmados y ciertas referencias aisladas sobre distintos edificios, templos y construcciones, especialmente en las páginas de la «Historia General de las Cosas de Nueva España» de fray Bernardino de Sahagún. En el caso de Sevilla, el trabajo fue mucho más sencillo, aunque debí tener en cuenta que para 1521 la ciudad hispalense contaba con edificios y estructuras construidas por o merced al «descubrimiento» de América. Por tal motivo, tuve que investigar cada rincón, cada calle y cada monumento mencionado para asegurarme de que existía antes de 1492 o de que hubiera existido aunque América no hubiese aparecido en los mapas.

Comidas, bebidas y prendas mexicas también representaron un desafío, aunque esta vez por su extenuante diversidad. Me bastó consultar un repertorio de la lengua náhuatl para encontrar centenares de términos referidos a la ropa, definiendo vestidos, tocados y adornos con una especificidad que pocas veces he encontrado en otro idioma. Los alimentos y su forma de preparación y consumo también se desplegaron como un abanico ante mis ojos, mareándome como lo hicieron con Rodrigo de Escobedo. Bien dicen que el personaje es, en cierta forma, parte de su autor.

Por último, la consulta cuidadosa de los anales de Sevilla me permitió conocer a las personalidades políticas y económicas de la ciudad en 1521. La historia real del converso Alonso Gutiérrez de Madrid es digna de una novela por sí sola, así como la del hermano del Capitán General Enríquez de Ribera, el Duque de Tarifa don Fadrique, que inauguró el primer Vía Crucis de la ciudad tras volver de una expedición a Tierra Santa. Investigar la línea sucesoria de Tenochtitlan y hallar a Tepehuahtzin y a Machimaleh insumió un poco más de tiempo, así como realizar un mapa de las villas de los lagos mexicas y relevar sus reyes, reinas y nobles. La mayor parte de los personajes incluidos son reales, así como sus historias. Aunque la realidad supere con creces a la ficción que planteo en esta saga.

Vaya mi agradecimiento a los personajes de esta narración, que me siguen susurrando sus andanzas, y a todos los lectores que recorren estas páginas, con la esperanza de que sigan haciéndolo hasta el final de la aventura.

